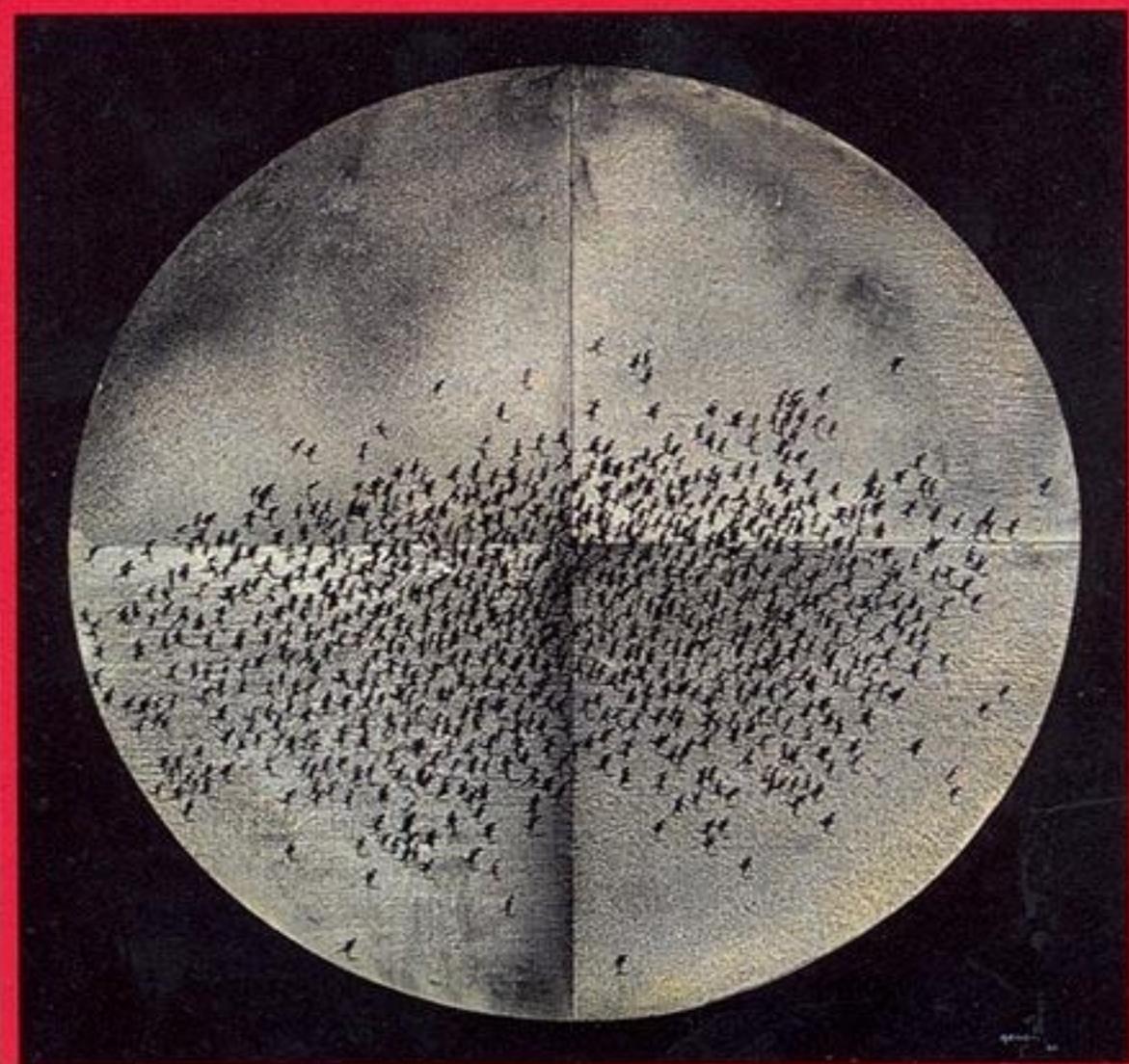


# Rafael Chirbes

## La larga marcha



Lectulandia

En esta extraordinaria novela la ubicación geográfica y temporal es absolutamente reconocible: de la España de la posguerra hasta el inicio del largo final del franquismo. Pero en *La larga marcha* lo reconocible no es algo dado, fosilizado o cerrado. La mirada narrativa de Rafael Chirbes pone en evidencia los oscuros e incómodos mecanismos personales y colectivos de nuestra historia; las claves narrativas de una historia que una y otra vez sale del olvido y se hace carne: novela.

El amplio y ambicioso horizonte narrativo que el libro aborda se acomoda en dos grandes bloques: la posguerra española y la resistencia antifranquista de los años sesenta. Dos generaciones caminan delante de un espejo que no devuelve imágenes gratas o autocomplacientes. Hombres y mujeres que se reparten el dolor y la humillación de la derrota (y en algún caso, los despojos y el botín) mientras aprenden la dura tarea de sobrevivir y salir adelante. La juventud universitaria que intenta tomar conciencia —en clave marxista— mientras aprende a construirse contra un pasado que inevitablemente forma parte de su herencia. Sobrevivir y actuar. Derrota y vanguardia. Cenizas y fuego. Novela de personajes, novela de generaciones, novela de grandes y mezquinas pasiones. Novela sobre las grandes y las pequeñas palabras.

Y una novela que consigue sortear las tentaciones de la nostalgia y del idealismo tierno y sentimental sin caer en la caricatura novelesca o en la complicidad autosatisfecha. Una novela que aspira a decirnos de qué obras ajenas y propias somos hijos. Una novela llena de personajes levantados con una maestría narrativa en la que reconocemos las capacidades pertinentes de todos los grandes novelistas. La capacidad para revelar y dar a conocer los hilos y nudos de relación entre vidas aparentemente dispares. El talento para descubrir la constelación de miedos, deseos y aspiraciones que construyen a cada personaje. La habilidad estilística para volver concreto lo inconcreto —el sentimiento hecho imagen, gesto, rasgo— o para llenar de emoción una metáfora. La capacidad para volver significativo lo aparentemente anodino.

Estamos frente a una de esas novelas que los lectores reclaman a los autores de su tiempo, frente a una de esas novelas que se esperan. Y en este caso no se trata de una espera decepcionada. La fuerza constructiva que el libro muestra: planos, lenguajes, hechos, secuencias, ecos, rimas narrativas, alcanza logros poco habituales. Estamos ante una cumplida ambición narrativa de primer orden. Una novela apasionada que exige una lectura apasionada. Una novela que confirma a Rafael Chirbes como una de las grandes voces narrativas de nuestra literatura. Una novela que hay que oír.

**Lectulandia**

Rafael Chirbes

# **La larga marcha**

ePub r1.0

Titivillus 26.02.16

Título original: *La larga marcha*  
Rafael Chirbes, 1996  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Constantino, que me lee  
A Ernesto, Vicente, Carmen y Elena (sin hache)

**Primera parte**  
**El ejército del Ebro**

Eran las cuatro de la mañana de un día de febrero. A pesar de que los postigos de la ventana permanecían cerrados, se oía el ruido del torrente a espaldas de la casa. Había nevado durante varios días, luego había salido el sol, después había llovido, y ahora el torrente arrastraba toda el agua resultante del deshielo, y ramas secas y piedras que, al ser transportadas, producían un tremendo fragor. En la casa se advertía especial agitación. Las mujeres entraban y salían de la cocina con ollas humeantes y en la chimenea ardía un fuego poderoso que imprimía un tono rojizo a la escena que se desarrollaba allí, imponiéndose la luz que salía del espacio de la chimenea a la del quinqué que colgaba del techo y a la del que permanecía encendido encima de la mesa en la que apoyaba sus codos, silencioso e inmóvil, un hombre de unos treinta y tantos años. Llevaba sobre los hombros una manta a rayas, y estaba sentado en el largo banco de madera que recorría dos de las cuatro paredes de la habitación, formando un ángulo en el que se inscribía la mesa. A su derecha, otro hombre se fumaba un pitillo. Duplicaba en edad al que estaba junto a él, aunque el dibujo de sus caras —aparte de las diferencias impuestas por los años— era casi idéntico: los rostros de los dos, vistos el uno junto al otro, podrían servir como modelo para componer uno de esos grabados morales, a los que tan aficionado fue el Barroco, que simbolizan las edades de la vida, el paso del tiempo sobre el cuerpo de los hombres. Donde los rasgos del hijo se pegaban aún al trazo de la mandíbula y de los pómulos, los del padre se ensanchaban y se volvían borrosos en su dibujo, adquiriendo un aire de infirmitad; y también la nariz del padre era como si la del hijo hubiese perdido cierto soporte y se hubiera desmoronado, ensanchándose. El color rosado, saludable, que presentaban las mejillas del más joven, era purpúreo en los rasgos del viejo, con manchas en la piel provocadas por el estallido de algunas venas, sobre todo en la base de la nariz, chata y ancha. Los ojos, azules, tenían, sin embargo, idéntica viveza, por más que los del padre permanecían hundidos en buena parte en el reborde que formaban las ralas pestañas, y quizá por eso, y por estar empapados en la fluidez de las secreciones lacrimales, parecían brillar con mayor intensidad. De ambos cuerpos emanaba una sensación de fuerza desmedida, casi brutal, que estalló en la voz del más joven cuando apareció en el umbral de la puerta que comunicaba la cocina con el resto de la casa un niño con los pies descalzos y vestido con un pijama a rayas blancas y verdes. «Te he dicho que no quiero verte por aquí, Lolo. Ahora mismo te vas a la cama, hasta que sea hora de ir a la escuela», le dijo el hombre. El niño no llegó a pronunciar ninguna palabra, aunque abrió la boca. Dio media vuelta y se hundió en la oscuridad del pasillo. Su aparición había servido para completar el grabado sobre el paso del tiempo. Era el mismo rostro de los dos hombres visto muchos años antes. Las tres edades. «Y usted también debería acostarse, padre», prosiguió, ya en otro tono de voz, el hombre joven. El viejo ni siquiera se molestó en responderle. Se acercó el cigarrillo a los labios, aspiró con fuerza, echó una bocanada de humo y luego se apoderó con la mano derecha del vaso de café y bebió un trago. El café del vaso humeaba. Los objetos aparecían deformados por los cambios que en

la distribución de luces y sombras marcaba el fuego de la chimenea, y se escuchaban los periódicos silbidos que emitía la leña húmeda al ser lamida por las llamas, y también, cercano, el rumor del torrente. Aún era noche cerrada. Probablemente, en ninguna otra casa de Fiz había luces encendidas. Y ni siquiera los animales sin dueño debían de recorrer esa noche las calles batidas por el viento de invierno y la frontera entre el bosque y las casas de las afueras, nada más que una masa de sombras bajo el cielo sin luna. Manuel Amado se había echado sobre los hombros la manta a rayas — que aún llevaba puesta encima— poco rato antes, cuando había salido al corral por la puerta trasera para orinar. Ya en el exterior había tenido ocasión de comprobar que hacía mucho frío y estaba empezando a caer un aguanieve fina, apenas perceptible, pero que le había impulsado a regresar al calor de la cocina animado por un repentino optimismo. La diferencia de temperatura entre fuera y dentro le había transmitido una sensación de seguridad. Se había sentido propietario de aquel grato clima que creaba el fuego de la cocina, y de cuanto envolvía: las cacerolas enormes en las que hervía el agua, las sábanas blancas que, en el piso de arriba, desde el que llegaba el eco de pasos, cubrían la cama de matrimonio sobre la que su mujer, ayudada por la comadrona y por Eloísa, la hermana soltera que vivía con ellos, iba a dar nuevamente a luz. Al volver del corral había mirado a su padre, que había edificado aquella sólida casa de piedra, y se había sentido continuador de la obra que un día acabaría por ser suya, propietario de las paredes de granito, del tejado de pizarra, de las trébedes, los platos de barro, la mesa de nogal, la cecina guardada en la despensa y el unto procedente de la reciente matanza, de los embutidos metidos en las orzas, de las vacas que mugían en el establo, que ocupaba la parte baja de la casa, de las gallinas que, al salir, había oído moverse en el corral. Sintió una ternura satisfecha hacia todo aquello y, con ella, con la seguridad que le transmitía, tuvo la certeza de que el parto no podía frustrarse. Su segundo hijo, que ya vivía desde hacía meses en el interior de la madre, y a quien él había escuchado y sentido moverse tantas veces acercando su oído y su mano al hinchado cuerpo de Rosa y que estaba ahora a punto de salir a la luz, iba a ser una nueva pieza que venía a añadirse a la obra familiar, como él mismo había sido una pieza de la obra que continuó su padre, prosiguiendo el trabajo de los abuelos; y el futuro, aunque no era más que una bruma, se coloreó con nuevas esperanzas. Quería a aquel niño, el segundo que iba a llegarle, el que más iba a necesitar de sus esfuerzos, aun antes de que naciera. También él había sido segundón, y por eso, quizá, tenía razones añadidas para quererlo. Cuando Lolo —así le decían en casa al que, a partir de hoy, iba a ser el mayor, y que se llamaba Manolo, como él mismo— se había asomado a la puerta de la cocina, Manuel Amado había tenido ocasión de abarcar de una sola mirada el rostro de su padre y el del hijo primogénito, y se había sentido satisfecho, como se había sentido extrañamente satisfecho mientras orinaba en la oscuridad de la noche. Desde el cordón de su orina subía un calor que la tierra devolvía en forma de humo y que era la expresión de la vida que llevaba dentro de sí: sintió como si estuvieran en relación las dos escenas, él, orinando en la

oscuridad, dejando caer su fuerza sobre el estiércol del corral, y su mujer, arriba, sobre la cama, rodeada de los recipientes repletos de agua hirviendo, del vaho de los sahumerios y del aroma de las hierbas que ardían en el brasero, participando de esa fuerza suya, de la de dentro, que había engendrado lo que estaba a punto de nacer, y de la de fuera, que había construido aquel paisaje de certeza en torno suyo. Se sintió fuerte, mientras le decía al viejo: «Padre, váyase a dormir», como si le concediera el generoso regalo del descanso no sólo para esa noche, sino para cuanto viniese en adelante. Le expresaba, sin darse del todo cuenta, que ahora sólo él guardaba la fuerza suficiente para seguir haciendo crecer la riqueza en la casa. Tan seguro estaba de sí mismo, que creyó saber con certeza en ese mismo instante que lo que venía tenía que ser también varón, y supo el nombre que tenía que darle. Su mujer y él habían discutido en diversas ocasiones qué nombre tenían que ponerle, tanto si era hembra —que es lo que deseaba su mujer— como si resultaba, tal y como él quería, otro varón, y no habían acabado de llegar a un acuerdo. Ahora, en aquel instante, decidió por su cuenta el nombre, y también que ya no importaba que le pareciera o no bien a su mujer, aunque sabía que no iba a discutirle si le mostraba su voluntad inequívoca. Le llamaría Carmelo, en recuerdo del hermano que lo había precedido a él, al segundón Manuel Amado, y cuya fuerza había sido inútilmente derrochada en los remotos pedregales de Tafersit, un lugar que, cuando él fue a la mili, pudo descubrir escrito en letra casi invisible sobre un viejo mapa de Marruecos que colgaba de la sala de oficiales en el cuartel de La Coruña al que lo destinaron. Tafersit. Aquel minúsculo punto negro del mapa se había bebido la sangre de Carmelo, que ni siquiera debió de servir para que naciese algún hierbajo: Carmelo les había descrito la sequedad de aquel lugar desértico, las estériles dunas, las piedras, el sol que batía implacable unos suelos en los que se retorcían los alacranes, la risa siniestra de las hienas que rompía el silencio de las noches. Allí se quedó para siempre. Nadie recogió el cuerpo de Carmelo Amado Souto para enterrarlo dignamente en alguna parte, ni les envió a los familiares sus pertenencias. Durante algún tiempo guardaron bajo el techo de aquella casa la esperanza de que hubiera sido hecho prisionero por las tropas de Abdelkrim, y que fuera rescatado y devuelto en alguna acción de guerra o en algún intercambio de prisioneros, pero el paso de los meses fue arrebatándoles esas esperanzas. Su madre se lamentaba al atardecer en la penumbra de la cocina por el hijo desaparecido, mientras procedía a pelar patatas, desgranaba maíz, remendaba usados calzones, zurcía calcetines y tejía jerséis. Su padre viajó a Lugo y también a La Coruña en infructuosa búsqueda de aquel cadáver que en sus sueños se le aparecía a Manuel con la boca llena de arena. De noche, mientras dormía, veía aquel cadáver y escuchaba el crujido de la arena entre sus dientes y se despertaba sudoroso en la habitación, cuya cama habían compartido los dos hermanos hasta que Carmelo se fue a la mili. Por entonces, en los largos días de invierno en los que el cadáver se tendía a su lado y se lamentaba con un crujido de arena, como debía de lamentarse el viento en la interminable geografía del desierto,

pensó que los objetos guardan misteriosamente la presencia de quienes los han utilizado —ropas, habitaciones, lugares—, y que, por eso, aquel sueño volvía recurrente a apoderarse de cuanto el difunto había frecuentado: la cama, la jofaina de loza blanca, la pastilla de jabón, el espejo en su marco de madera de nogal, la foto en que aparecía Carmelo de niño, montado en un caballito de cartón que sin duda formaba parte del material de trabajo del fotógrafo en el estudio de Lugo donde fue hecha, y cuya firma aparecía en una esquina de la cartulina amarillenta. El cadáver de su hermano, que durante todo el día parecía dormir en paz, se despertaba por la noche y venía a desvelarlo con sus dedos nudosos que se le aferraban al hombro y con el triste crujido de la arena entre sus dientes. Tal vez, en su abandono, en sus largas horas de silencio bajo la tierra, el cadáver de Carmelo Amado había tenido tiempo de percibir que, bajo la inconsolable pena de su hermano, algo —un leve temblor de signo opuesto— se había agitado dentro de él: no un temblor de satisfacción, ni de alegría, sino sólo una modesta y triste sensación de alivio al conocer que su muerte lo convertía a él en primogénito y le evitaba un horizonte incierto de lejanías indeseadas, paisajes desconocidos, gentes vestidas con ropas llamativas y que hablaban con acentos extraños. Él había visto en las romerías a los tres indios de la comarca —uno de ellos vivía en la casona de la plaza de Fiz— que charlaban en corro vestidos de blanco, con sus chalinas colgadas del cuello y sus llamativos panamás. Los niños los miraban con curiosidad y daban vueltas en torno a ellos, mientras que las mujeres y los adultos cuchicheaban y les lanzaban unas miradas de refilón en las que se mezclaban la envidia y el temor a lo desconocido. ¿Qué habrían visto aquellos ojos fatigados?, ¿qué habrían tocado aquellas manos de hinchadas venas?, ¿qué habrían comido y besado aquellas bocas marchitas? En el jardín del indiano de Fiz crecían plantas extrañas de opulentas flores: glicinias, jacarandás, que hacían pensar en algo carnal y diabólico. Uno de ellos se había casado con una mujer de piel canela y ojos refulgentes que llevaba trajes repletos de colores que contrastaban con la monotonía del negro con que se envolvían las mujeres del pueblo que tenían su edad. Incluso para asistir a las romerías, se llevaban el servicio para que los atendiera, pero La Mulata, que así es como se la conocía en el pueblo, extraía personalmente la botella de un color de oro transparente del interior de un recipiente de plata en el que el vino se enfriaba hundido en hielo, y les escanciaba a los hombres entre sonrisas en unas copas finísimas de cristal labrado con delicadas tallas. El oro de las copas relucía al sol como una tentación y Manuel sentía una irresistible atracción hacia aquellos rituales que se desarrollaban ante todo el mundo, en un lugar ligeramente apartado del que ocupaba la multitud que asistía a la romería, y que parecían ajustarse a las misteriosas reglas de una congregación. Manuel había percibido con claridad por primera vez la advertencia de ese aciago temblor ante lo desconocido —que le transmitía la visión de los indios y que luego lo hizo sentirse culpable— cuando visitaron su padre y él La Coruña y, al llegar la noche, se recogieron para cenar en una fonda modesta detrás de la calle Real. Durante toda la

jornada había esperado sentado en pasillos interminables, pintados de un verde descolorido, a que su padre concluyera sus entrevistas con militares que eran familiares de familiares, o de vecinos y conocidos de Fiz, y, al atardecer, su padre y él habían recorrido los muelles del puerto, donde había tenido ocasión de admirar la belleza del mar desde lo alto de los jardines en los que está enterrado un inglés que vino a morir —también él— lejos de su tierra; la perfección y blancura terribles de aquellos enormes barcos que hacían la América llevándose en sus vientres un peso de miseria, desconsuelo, y también de esperanza. Por la noche había visto las sombras de quienes iban a embarcar al día siguiente buscando un lugar resguardado que les sirviera de refugio durante la noche, entre los montones de bultos y las grúas del muelle; y, ya en la pensión, se había contagiado de la tristeza de los comensales en torno a la mesa cuando hablaron de América con el mismo espanto que debió de sentir su hermano viendo cómo se acercaba a él la muerte bajo aquel sol abrasador que les había descrito en sus cartas. Aquella noche, su padre y él durmieron en una misma habitación en la que había nada más que una cama que apenas alcanzaba a ser de cuerpo y medio y, mientras sentía el calor de su padre, y el peso de su brazo que lo rodeó de madrugada, y escuchaba su dificultosa respiración de fumador, había percibido el alivio de saber que ahora, después de la muerte de Carmelo, él ya no tendría que emprender ese viaje a lo desconocido; que su vida se inscribiría en un mapa familiar: el camino cortando el bosque de robles, la piedra oscura de la ermita, y las tardes de fiesta entre los puestos humeantes que instalaban las pulpeiras que venían de Ribadeo, el corral con las vacas, el prado que bajaba hasta el torrente y el brillo plateado de la trucha y la fría llamarada del salmón entre las piedras. En casa aún se guardaba en el cajón de la alacena la foto que envió su hermano, hecha en el estudio de un fotógrafo de Melilla, tal y como mostraba la firma labrada en relieve en el ángulo inferior izquierdo, y cuyo telón pintado del fondo representaba una palmera, algunas jaimas y una pareja de camellos. En su primera carta les había descrito Carmelo la travesía por mar como si él hubiera sido el primer marinero de la historia, la llanura del agua, el temporal que los alcanzó en el cabo de San Vicente, el perfil amenazador de Gibraltar y la blancura del caserío de Tánger, detrás del cabo Espartel, como un anuncio del país que lo aguardaba, envuelto en un velo de misterios y erizado de amenazas, y la desolación que le produjo la costa de Almería y su muelle batido por el sol, y las casuchas de La Chanca que subían entre plantas de hojas espinosas por la ladera pelada del monte más allá de la siniestra fábrica del castillo. «Aquí, un gallego se seca como cecina», le decía a su madre en la primera carta, «te aseguro que el día que entre por la puerta de casa vais a creer que entra un verdadero moro, y eso que todavía no he pisado África. Estoy negro como el cuero de los zapatos». Aún no había pisado África. Se había limitado a vestirse el traje de soldado, a cargar con el petate y a someterse a órdenes que, pronunciadas en castellano, le resultaban difíciles de entender, del mismo modo que no entendía la razón por la que los oficiales los hacían formar, romper filas, gesticular, marcar el

paso y subir y bajar el fusil al unísono. También había visto de refilón los ojos de las mujeres de Almería, que se escondían detrás de las persianas cuando veían subir los grupos de soldados por los callejones de la ciudad alta. «El día que entre por la puerta de casa vais a creer que entra un verdadero moro». Pero Carmelo Amado no entró nunca más por la puerta de casa, ni se sentó a la sombra del castaño a tocar aquella armónica (Hohner: llevaba grabada la marca en la funda y también en el lomo reluciente del instrumento. ¿Seguiría sonando en algún lugar la armónica que desapareció con él?, ¿quién soplaría en ella?, ¿qué manos la sostendrían?, ¿qué música emitiría?), ni animó con su conversación las veladas de invierno junto a la chimenea. Ni siquiera en forma de noticias volvió su recuerdo. Nada más que un documento emborronado con sellos oficiales en el que podía leerse la expresión «desaparecido en combate». Eso fue todo lo que la resaca de la lejana guerra les devolvió de él. Unas tristes manchas de tinta. Un nombre y algunas frases oscuras. Nada más. Ellos siguieron esperándolo durante meses, pero concluyó la guerra, y no regresó. Pasaron los años, Manuel se hizo un hombre, y Carmelo se fue volviendo humo: un sistema codificado de gestos y palabras que alguien recordaba, un condicional si («si él hubiera visto esto», «si él hubiera estado aquí», «si a él le pasara») que oponía futuribles y hechos presentes, algunas fotos que ayudaban a que el humo no se disolviera del todo, la letra de sus cartas, irregular, torpe, que bajaba al dios de los recuerdos de su pedestal y lo ponía en su limitado espacio de ignorante campesino que desconocía con demasiada frecuencia las reglas de la sintaxis y de la ortografía. Nadie supo dar razón acerca de él. El sobre metido en un cajón del aparador, los sellos, las manchas de tinta. Sombras sobre un papel. Volvía sólo su negra sombra, por las noches, para hacer crujir la arena entre los dientes de humo de las pesadillas del adolescente que exprimía una delicuescente culpabilidad. Y cuando, años más tarde, el padre acompañó hasta la cercana estación de tren a Manuel, que se marchaba al servicio militar que cumplió, gracias a las recomendaciones, en La Coruña, le puso la mano sobre el hombro, lo miró con ojos angustiados, y le dijo: «A ti no te me puede pasar nada. Me ha costado mucho conseguirlo, pero tú me has de volver», y con esa forzada construcción gramatical, y esa forma verbal que era, más que un anuncio de futuro, un imperativo ineludible, le expresó con claridad que formaba parte de él, como más adelante formarían parte de él los hijos que tuviera y los hijos de sus hijos, si Dios le daba la suerte de conocerlos y aun en el caso de que no los conociera, porque la familia era el río por el que corría la vida y era uno solo que se perdía hacia atrás en el humo del pasado, y hacia adelante en la bruma de lo que fuera a venir. La pradera, el castaño que había delante de la casa y las piedras que formaban la casa y el bosque y el corral eran parte del hombre que se quedaba aquella mañana en el andén y tenían que serlo del que se iba en el tren, en cuya seguridad esa familia había empeñado buena parte de su economía. Manuel comprendió aquella mañana que su padre había invertido en él, igual que invertía para reparar los tejados o para construir el nuevo establo. Había metido su dinero en él, como se mete en una

propiedad durante años, a la espera de que produzca un día. Y el recluta supo que estaba obligado a regresar, porque el cuerpo del padre ya no aceptaba otra mutilación. Volvió a pensarlo años más tarde, durante la guerra, cuando lo enviaron durante unos meses a la primera línea del frente de Aragón como soldado nacional. También entonces su padre consiguió, por medio de un amigo, pasarlo al poco tiempo a un puesto más seguro, en intendencia. La casa, la pequeña viña que había al pie del monte, los animales de la cuadra, necesitaban su regreso. Una casa no podía sostenerse sobre un yerno, sobre un cuñado, sobre familiares recién adquiridos que mirarían con voracidad aquello que el cielo, el azar o —aún peor— el frío cálculo les había dejado caer entre las manos. Todo eso giraba en la cabeza de Manuel mientras miraba al padre, sentado a su lado tantos años después, y veía entre el laberinto de las arrugas que rodeaban sus ojos aquellos otros ojos que lo habían mirado en la estación, condenándolo irremisiblemente a volver, y pensaba que el padre soportaba la vigilia en la madrugada como un propietario que se niega a abandonar los derechos sobre su propiedad. Era una decisión que podía leerse no sólo en el brillo de los ojos, sino también en la fuerza de los pliegues que se marcaban a ambos lados de la boca, en la mano ancha, en el modo con que cogía el pitillo con las yemas de dos dedos. Rasgos y gestos formaban una unidad que podía definirse con la sola palabra propietario: de la casa y los muebles, de los animales y los campos, de todo cuanto se movía en una geografía que era rigurosamente suya, que, como la semilla que había dado vida a sus hijos, había salido de dentro de él y se había derramado hasta un límite preciso que aparecía marcado en escrituras y partidas de nacimiento y también en algo difuso que era como un envoltorio que lo abarcaba todo, que estaba alrededor y por encima de todo, que era más que todo a pesar de que no fuera nada, sino un modo de entender y mirar, de mover la mano para levantar la pata de una vaca que se había herido, de hacer girar el brazo frente a sí, señalando lindes y accidentes orográficos, de sentarse sobre la banqueta a gozar del calor que desprendía la leña en el ámbito de piedra de su sólida chimenea. La entrada de Eloísa en busca de una nueva cacerola de agua caliente interrumpió los pensamientos de Manuel. Cruzaron algunas palabras —«ya viene, viene bien», dijo la solterona, que aprendía una vez más los misterios dolorosos de la maternidad, sin tener acceso a los gozos— y después, al cabo de unos instantes, se oyó estruendo de pasos en el piso alto, el ruido de una puerta que se cerraba, media docena de gritos desgarrados, y a continuación un silencio que se comía el fragor del torrente y que fue rompiendo poco a poco un gemido lejano que creció y se convirtió en un llanto infantil claramente reconocible y que llenó el fondo de la noche. Los dos hombres se miraron y se levantaron, de un solo movimiento el más joven, con lentitud el mayor, que aprovechó el gesto con que tomó impulso despegándose de la banqueta, para arrojar la colilla sobre las brasas de la chimenea. Carmelo Amado, el sobrino de aquel Carmelo Amado que se tragaron las arenas de África, último heredero de cuanto a él debería haberle correspondido y también — como una reparación o como una usurpación, ¿quién podría decirlo con certeza?— de

su nombre, acababa de nacer. El reloj que había sobre la consola del pasillo marcaba las seis de la mañana. Era el dieciséis de febrero de 1948. Cuando los dos hombres llegaron al piso superior, frente a la puerta de la parturienta, la comadrona sostenía entre las manos al recién nacido y alargó los brazos para ofrecerlo a la vista de los dos hombres, que lo contemplaron desde una precavida distancia que parecía acordada por anticipado, antes de cogerlo en brazos uno después de otro. Cumplido ese ritual y expresada su satisfacción entre susurros, el mayor se quedó ante la puerta mientras que el más joven se metió en la habitación llevándose al recién nacido que no dejaba de llorar.

Raúl Vidal se lavaba primero las manos en el grifo que había cerca del arca de agua bajo cuya manga las máquinas de vapor llenaban sus grandes estómagos negros. Cada tarde, fuese invierno o verano, lo hacía así. Se quitaba primero las manchas de grasa y carbón de las manos, frotándose con el estropajo, y una vez que tenía las manos limpias, se metía en la lampistería, en uno de cuyos extremos había una ducha, se desnudaba por completo y se ponía bajo el surtidor para lavarse con agua fría el resto del cuerpo. Le gustaba llegar con la ropa limpia a casa y dejar en las perchas del almacén las prendas manchadas que usaría al día siguiente, aunque su mujer le tuviera preparado en casa el balde con agua caliente y algunas veces completase, frotándole la espalda, la higiene de cada día. No le parecía bien atravesar los descampados de la estación y cruzar las callejuelas que llevaban hasta su casa vistiendo los harapos sucios que se ponían los peones ferroviarios para trabajar. Algunos compañeros bromeaban cuando veían su cuerpo blanco y musculoso desnudo bajo la ducha, pero a él no le importaba. Se secaba sentado en el banco que había junto a los sucios azulejos, se ponía el pantalón oscuro y la camisa blanca, encendía un cigarrillo y se dirigía a su casa. En invierno, la piel de la cara en contacto con el agua fría se le coloreaba intensamente, y más aún cuando a continuación se enfrentaba con el aire que vagaba libre entre los vagones parados en la enorme explanada de la estación. Esos días fríos ya era de noche cuando abandonaba la nave de la lampistería y, en su camino, se encontraba con la luz de la taberna que a veces le atraía durante unos momentos. Se tomaba una copa allí, y seguía en dirección a su casa. Desde que había nacido su hijo, las paradas en la taberna eran aún más breves. Le gustaba ver cómo iba creciendo aquel hijo tardío e inesperado que Adela había concebido cuando ya pasaba de los cuarenta y él se acercaba a los cincuenta. Los primeros meses se entretenía viendo cómo acercaba su boquita ansiosa a la areola ancha y oscura del pecho de ella y cómo las gotas de leche le manchaban la comisura de los labios. A veces alargaba el dedo ante la mirada escandalizada de ella y lo mojaba en aquella leche y luego se lo llevaba a la boca: era dulce y tenía el calor de lugares ocultos que él auscultaba periódicamente durante la noche, o en las pesadas horas de la siesta veraniega, cuando la luz del sol formaba en la pared rayas irregulares, siguiendo los espacios que quedaban entre las láminas de madera de la persiana; en ocasiones, había acercado sus labios para besar al tiempo el pecho de ella y la carita del niño. Después de la cena, se quedaba en la mesa del comedor leyendo bajo la lámpara las hojas de los periódicos que los pasajeros dejaban olvidados en los asientos, o en las redecillas para equipajes, y que él guardaba en el bolsillo de la chaqueta al volver a casa. Antes de que pasaran las limpiadoras, se daba un paseo por los vagones y recogía los tres o cuatro periódicos abandonados y que nadie querría de no ser para envolver alguna mercancía. Por la noche, ya en casa, leía bisbiseando y siguiendo con el índice el trayecto de las diferentes líneas impresas, como si tuviera miedo de perderse entre ellas. Adela, su mujer, y Ana, la hija, cosían en sillas bajas cerca de él, y él leía inclinado sobre la sábana impresa del periódico con una atención

desmesurada. Algunas noches era la hija la que se encargaba de leerle. Raúl entornaba los ojos y escuchaba las noticias, pidiéndole de vez en cuando que repitiese algún párrafo cuyo sentido se le había escapado. Se sentía orgulloso de Ana. Él le había enseñado las primeras letras, pero muy pronto la niña había aprendido a pronunciarlas con una entonación cuidadosa, segura, uniéndolas hasta formar palabras y destacando algunas palabras y haciendo que otras fluyeran de manera imperceptible. También dibujaba de modo notable, y bordaba, y con doce años ya hacía labores para el vecindario y traía algún dinero a casa y le llevaba las cuentas de la economía doméstica a la madre. Raúl se entretenía ojeando los cuadernos cuadriculados que ella coloreaba hasta conseguir las figuras que luego bordaba en la tela: los patitos amarillos y las cestas llenas de flores, las frutas, las casitas de tejas rojas y puertas azules con que adornaba las sábanas, las almohadas, las batas y baberos de los recién nacidos; las letras entrelazadas destinadas a marcar los ajueres de quienes iban a casarse, o las pecheras de algunos vestidos y los bolsillos de camisas y pijamas, o los ángulos de los pañuelos. En verano, a la salida del trabajo, Raúl cultivaba el huerto que había alquilado en las traseras de la casa y la niña y la mujer venían a traerle la merienda y le ayudaban a abrir y cerrar los surcos por donde iba discurriendo el agua. A veces, con el buen tiempo, cuando él no tenía servicio, pasaban el día entero en el huerto. Precisamente allí, en aquel huerto, se había enterado una tarde de principios de verano del nacimiento del niño. Ana había venido a avisarle de que la madre se había puesto repentinamente enferma y él había corrido a casa, pero cuando había llegado, el niño estaba limpio y acurrucado sobre el pecho de Adela. Pensó que iba a parecerse a él, que a aquel niño tampoco le gustaba que lo viesen sucio. Por la noche había invitado a los amigos a beber en la taberna y había vuelto a casa con unas copas de más y un puro entre los labios. Fue aquella noche la que más echó de menos a su hermano. Animado por las copas, llegó a pasar bajo los balcones de la casa en que vivía, y había estado a punto de llamarlo para invitarlo a beber con él. No se había atrevido. Tal vez, el nacimiento del niño hubiera sido una buena razón para volver a unirlos después de dos años sin hablarse. Se evitaban cuidadosamente, aunque la verdad es que en Bovra apenas coincidían en ningún lugar: ahora se movían en ambientes diferentes. Su hermano frecuentaba los bailes del casino, las excursiones que periódicamente trasladaban a la buena sociedad local a lugares como Fátima, Lourdes, Ávila o Santiago de Compostela, y también a playas más o menos alejadas, mientras que él seguía moviéndose en el reducido espacio que separaba la estación de la taberna y de su casa, y sólo de vez en cuando se acercaba a los bares de la plaza para encontrarse durante algunas horas con Hermenegildo, su amigo desde la infancia, que, cuando se casó, unos años antes, se trasladó a vivir a una casa situada en la barriada recientemente construida junto a la carretera. Con Hermenegildo, acudía también al fútbol algunas tardes de domingo, prosiguiendo una costumbre de adolescencia que durante años compartieron con Antonio, a quien ahora veían al otro lado del campo, en la tribuna, rodeado por toda aquella gente

encorbatada que se movía despacio y como si sólo miraran hacia el interior de sí mismos. Era el único lugar en el que solía ver a Antonio y a veces pensaba que, si cada vez acudía a los partidos con menos ilusión, era precisamente por eso, porque el verlo allí, a lo lejos, moviéndose con aquella seguridad recién adquirida, le quemaba la sangre y lo llevaba a beber esas noches más de la cuenta y a regresar a casa con un mal humor que dejaba caer sobre su mujer y su hija. Qué culpa tenían ellas de sus dificultades. Desde que acabó la guerra, había tenido que conformarse con continuar como peón de Vías y Obras, viendo cómo ascendían rápidamente los que llegaban de fuera avalados por recomendaciones que siempre destacaban su conducta patriótica en el bando nacional, o los que, habiendo trabajado con él antes de la guerra, habían actuado en el ferrocarril como colaboracionistas: los de la quinta columna, que era como se llamó durante la guerra a quienes boicoteaban el servicio, trabajaban con desgana traidora y hasta cometían pequeños atentados en el material del ferrocarril. Él nunca se había destacado en política. Había militado, como casi todo el mundo, en la UGT; había servido en el ejército de la República, en Teruel, y en Gandesa, porque Bovra había caído del lado republicano y también porque esas eran sus ideas como trabajador, como proletario, que se decía en aquellos años; había ayudado a su hermano —que había sido militante de las Juventudes Socialistas Unificadas y por ello encerrado y condenado a muerte— durante los tres años que permaneció en la cárcel de Alcoy. Y eso era lo que pagaba ahora en el trabajo. Sobre todo, lo último. Porque su hermano había empezado a relacionarse enseguida con quienes lo habían delatado y mantenido encerrado, y él se había distanciado, y esa actitud de distanciamiento le había procurado un aura reciente de rojo. Tenía huevos que quien había sido rojo militante, y acudido a mítines, y exhibido banderas y colaborado en la requisición de bienes de burgueses y colaboracionistas, e incluso arrojado un bidón de gasolina en la fachada de la iglesia, prendiendo un fuego que había tiznado de hollín las imágenes de piedra del portal, hoy fuera uno de los animadores de la población, apoyándose en la amistad de Eduardo Alemany, el propietario de la fábrica de harinas y de la exportadora de frutas. Antonio había salido de la cárcel con prisa por vivir los años que había perdido allí dentro. «¿Sabes, Raúl?», le dijo el día que volvió de la cárcel, mientras Adela le frotaba con petróleo la cabeza para intentar quitarle los piojos, «yo ya he hecho bastante. Tú no sabes lo que yo he pasado». Raúl pensó que sabía lo suficiente. Aunque sólo había estado un par de meses en la cárcel al final de la guerra, porque, aparte de haber servido en el ejército republicano, no existía ninguna denuncia ni encontraron ningún cargo contra él, sí que sabía lo que era pasar hambre, porque durante los tres años que Antonio había permanecido preso, el poco dinero que habían ganado en casa se les había ido en viajes a la prisión para llevarle una comida que ellos se habían quitado de la boca. O sea, que en el fondo estaba convencido de que, de los dos, quien en realidad había pasado más hambre durante aquellos años había sido él. Si Antonio supiera la de días que él había llegado a casa diciendo que no tenía ganas de comer, para dejarles a Adela y a la niña lo

indispensable y poderle llevar al hermano unos pocos boniatos asados, un pan, huevos (un huevo tenía la blancura de un milagro durante aquellos años), o unas naranjas (las naranjas eran reconstituyentes como el sol: medicina, salvación). Por eso, y porque el miedo o el rencor y la venganza no deben nunca traspasar ciertos límites, porque, si los traspasan, degradan al hombre y lo convierten en un pelele, no había entendido aquella prisa de su hermano por mostrar a todo el pueblo el abandono de sus viejas ideas. Cuando vinieron a contarle que, una tarde de domingo, en el cine, al final de la sesión —y según las normas que habían impuesto los vencedores—, se levantaron los espectadores para entonar brazo en alto el «Cara al sol», y que Antonio, que estaba entre ellos, hizo lo mismo, y un camisa vieja lo abofeteó delante de todo el mundo, diciéndole que un hijo de puta rojo no tenía derecho a manchar el himno de José Antonio, Raúl pensó que su hermano había traspasado esa barrera que separa en un hombre la vergüenza de la dignidad, y que a partir de entonces alguien podría echarle un pedazo de pan al suelo y que él lo cogería con la boca, que alguien podría darle una patada y él se escaparía a la carrera gimiendo exactamente igual que un perro. Pero su hermano no se inmutó. Volvió al cine al domingo siguiente, y cantó de nuevo el «Cara al sol» con los ojos entornados. Y ya nadie le dijo nada. Y a las pocas semanas, invitaba a un café a la hermana de Alemany y a sus amigas, y hacía bromas con ellas en el paseo, delante de todo un pueblo que aún no había recuperado el humor para las bromas, de unos hombres que aún tenían a sus hermanos, a sus familiares y amigos en la cárcel y que, si acudían al paseo los domingos a aquellas horas, era porque allí se contrataban los jornales para la semana entrante. Raúl no sabía si Antonio se hizo primero socio de Alemany o novio de su hermana, ni las humillaciones que tuvo que pasar antes de ser admitido en aquella casa que se había distinguido por su orgullosa militancia de derechas. Lo cierto es que se casó al poco tiempo con la única hija de la familia, y que, como es lógico, ni siquiera se molestó en invitarlos a él y a Adela, que lo habían alimentado durante sus años de presidio, y recogido, lavado, vestido y alimentado cuando volvió. Raúl sentía amargura y desprecio, pero también, muchas noches, cuando veía que Adela se quedaba cosiendo hasta tarde para poder ayudar en la economía de la casa y que sus compañeros del ferrocarril se escapaban hacia puestos de mayor dignidad laboral y mejor remunerados, se veía a sí mismo como un pobre hombre, y llegaba a pensar que el perro que se agachaba a coger con la boca el pedazo de pan que le tiraban no era su hermano, vestido con trajes de alpaca, fumando cigarros habanos y pasando la petaca de cuero en la grada del campo de fútbol, o poniéndose el sombrero a la salida de la iglesia, sino él, sucio de grasa y carbón, guiando y empujando la vagoneta de Vías y Obras, o metido en el barro y regando los tomates que su mujer llevaría al día siguiente, bajo un sol abrasador, al mercado; lleno de grasa, en la estación, haciendo los trabajos que los demás despreciaban, viendo cómo su mujer tenía que quedarse hasta el amanecer planchando cuidadosamente unos trajes que no podría ponerse ni siquiera en sueños. Entonces deseaba liarse una soga alrededor del

cuello, igual que se les ata a los perros (¿qué era él?); pero, de un tiempo a esta parte, además de sus dos mujeres, estaba el niño. Raúl ya empezaba a pedir las cosas por su nombre y manchaba con lápices de colores los cuadernos que Ana le ponía delante, y señalaba con el dedo y decía casa, árbol, agua, y perro: ya decía con unas erres estropajosas la palabra perro.

Los días de lluvia disminuía la recaudación. La gente se protegía en los soportales de la plaza y se pasaba la tarde girando bajo ellos, y era como si no quedara espacio para los clientes, o como si no soportasen que, en medio de aquella aglomeración, los vieran allí subidos en la silla del limpia a la que se ascendía pisando dos cajones de madera: además, para qué iban a abrillantarse los zapatos, si enseguida el barro y la lluvia volvían a mancharlos. Sólo algunos ganaderos, algunos corredores y tratantes venidos de la provincia, le pedían que les untase con sebo los botos recién comprados, para que el agua no cuarteara el cuero. Pedro del Moral, el limpia que se ponía siempre al lado de las mesas del Novelty, odiaba los días de lluvia. Apenas empezaba a oscurecer, cargaba con la banqueta y con la caja en la que guardaba el betún y los cepillos, y que le permitían que depositase en el sótano del café a cambio de algunos servicios que prestaba, recados y cosas así. Se frotaba las manos con cuidado de que no quedase ninguna mancha de betún en el lavabo blanco, amarraba las sillas con una cadena que aseguraba con un candado y se dirigía, Rúa adelante, hacia Tejares. Antes de llegar a casa, se detenía tres o cuatro veces en las tabernas que se encontraba en el camino, y esos días de lluvia, como recogía antes de tiempo, siempre acababa bebiendo más de la cuenta. Su mujer había muerto hacía siete años, a consecuencia de las complicaciones que siguieron al parto de José Luis. Al mayor le habían puesto de nombre Ángel, y había resultado un demonio, que por suerte empezaba a encauzar sus destructivos instintos: ahora andaba, con diecisiete años, dominando su carácter violento con la colaboración de Ramiro, un antiguo boxeador que recogía a los muchachos y los entrenaba en una nave abandonada que había a la salida del barrio. Cuando volvía a casa, ya de noche, Pedro veía encendidas las luces del almacén y oía los gritos cortos que emitían veterano y aspirantes y que le recordaban los que el sargento les lanzaba durante el servicio militar. Aquellos gritos se perdían en la noche, o se quedaban flotando por encima de las casas del barrio, en cuyas ventanas se veían únicamente las luces inciertas de los carburos que ardían en el interior: sombras alargadas, extrañas, como si estuvieran originadas por seres deformes, de otro mundo: enormes jorobas, cabezas distorsionadas, manos gigantescas. El nombre del segundo hijo, José Luis, lo decidieron a medias, su mujer y él, cuando todavía faltaba un par de meses para el parto. Aquel nombre compuesto les pareció elegante. Pedro siempre había tenido fe en los nombres, pensaba que marcaban de algún modo, y que, si no era así, siempre se podía llegar a cualquier parte con mayor facilidad si uno tenía un nombre sonoro —José Manuel, Juan Francisco, José Pablo o José Antonio, que era por entonces un nombre de moda que se ponía a muchos niños en recuerdo del fundador de la Falange—, y no uno de esos nombres vulgares que se prestaban a chanza y que dejaban escapar, sólo con ser pronunciados, un triste aire de miseria. Con Ángel, hasta la fecha el nombre no había sido precisamente premonitorio, aunque quién podía saber si algún día podría cambiar la suerte de ese muchacho. Se imaginaba su nombre en un cartel: «El Ángel de Tejares», o simplemente: «Ángel del Moral. Campeón de los pesos medios de

Castilla». O «Campeón de España». Y que la voz de Matías Prats o de algún locutor famoso pronunciaba con admiración ese nombre mientras retransmitía un combate triunfal desde el Campo del Gas de Madrid, o quizá desde alguna ciudad extranjera. Él, en Fuentes de San Esteban, el pueblo del que se vino a Salamanca al final de la guerra, se llamaba Pedro Moral a secas, y había sido durante su estancia en el ejército nacional cuando había aprendido la importancia de poner un «del» antes del apellido. Aquellos jóvenes y limpiísimos tenientes, que procedían de grandes familias, y que habían abandonado sus estudios universitarios para luchar por la patria, nunca se llamaban Castillo a secas, ni Gutiérrez Montes, sino Del Castillo, o Gutiérrez de los Montes. Teniente Gutiérrez de los Montes. Por eso, cuando, ya en Salamanca, vestido con la camisa azul, y con una medalla colgada del bolsillo izquierdo (el lado del corazón), pintó aquel cartel que iba a poner cada mañana encima del sillón de trabajo, no escribió, como hubiera sido lógico, «Pedro Moral. Limpiabotas», sino «Pedro del Moral. Higiene y abrillantado del calzado». Al principio, la gente se reía, no tanto por lo de Del Moral, sino por lo de higiene y abrillantado, que sonaba a farmacia, o a una de aquellas casas que había por detrás de la Clerecía y que vendían lo que entonces se llamaban gomas higiénicas para evitar contagios en los servicios que ofrecían las chicas. Durante la guerra, uno y otro bando estuvieron convencidos de que el enemigo infectaba a las putas para minar la moral de la tropa. Él, después de la muerte de su mujer, había visitado unas cuantas veces el barrio chino, se había tomado tres o cuatro copas y había subido con alguna de las mujeres, para descargar esa energía que la viudez le dejaba intacta. A la salida, no se sentía dichoso. No era ése el futuro que había imaginado para sí en su juventud, allá en Fuentes de San Esteban. Él, desde el lejano mirador de su pobreza, había soñado en cosas hermosas que había creído rozar con la punta de los dedos cuando volvió como vencedor de una guerra (así los habían llamado: «Vencedores»). A pesar de que la guerra le había enseñado la capacidad de hacer el mal que tienen los hombres, incluso los mejores, pensaba que la posguerra iba a ser hermosa, y de ellos, de quienes habían servido a la bandera española contra las hordas de la república. Así se lo prometían los altos mandos que visitaban las trincheras y les hablaban después de haberlos puesto en formación («Vencedores de las hordas sin fe del comunismo internacional»), o los que pronunciaban discursos por la radio, cuyas voces se escuchaban a todas horas en las cantinas. José Luis del Moral era un nombre hermoso para su hijo, como tenía que ser hermosa esa España que él había pensado que estaba a punto de llegar. Era un nombre de comerciante, de ganadero, de abogado, de atleta, de obispo, de médico, de licenciado en letras. Imaginaban su mujer y él el futuro de aquel niño que iba a nacer con una ilusión que a Asunción le duró muy poco, ya que murió de fiebres puerperales a los escasos días. El final de la madre, aunque doloroso, no tenía por qué enturbiar el chorro de esperanza de aquel niño inocente que tuvo que empezar a chupar enseguida los biberones de leche de cabra que Pedro le ponía después de hervirla tres veces, para evitar que el recién nacido pudiera contagiarse con las fiebres

de Malta. Mezclaba la leche con agua para impedir que su excesiva densidad le estropeará el estómago. Pedro le había comprado la cabra a una familia gitana, para nutrir a la madre durante el embarazo, y el animal había seguido pastando frente a la casita y proporcionándoles leche hasta que había muerto el pasado invierno. Ángel había tirado su cuerpo en el vertedero que había detrás de las últimas chabolas del barrio y allí habían estado peleándose los perros por aquellos despojos durante toda una noche, en la que José Luis, con voz de trapo, le preguntó que por qué no se la habían comido ellos, y Pedro tuvo que explicarle que la cabra había muerto de una enfermedad, y que uno se come los animales que mata, pero no los que se mueren, aunque también él se había hecho la misma pregunta que su hijo pequeño cuando vio a Ángel desaparecer con el animal a cuestras por detrás de los desmontes. Pensó, mientras miraba los troncos pelados de los chopos de la Quinta y las torres de las iglesias flotando por encima de las aguas del Tormes, en el sabor que tendrían aquellas carnes asadas, y le pareció que era como si en su vida alguien fuera destruyendo cada noche lo que él amasaba cada día: pensó en su mujer, en el día en que decidieron dejar Fuentes de San Esteban para venirse a Salamanca, creyendo que aquello era lo mejor para todos: para su mujer, para él, para el hijo que tenían y para los que, Dios mediante, llegaran un día. Aquel viaje en autobús: ella llevaba un traje gris que se había hecho con un pedazo de tela que Pedro le trajo del frente de Aragón en su último permiso, él iba vestido con la camisa azul y, en el pecho, la medalla, y estaba convencido de que camisa y medalla iban a ser salvoconductos que le abrirían cualquier puerta. Recordaba la sucesión de encimares vistos a través de la ventanilla, las plazas de los pueblos en las que el autobús se detenía para recoger nuevos pasajeros. Y, sobre todo, la descorazonadora llegada a una ciudad sobre la que parecía haber caído una lluvia de azulete y latón, porque todos los hombres vestían como él: camisa azul falangista y medallas. Creyó que el mundo se le venía abajo cuando empezó a encontrarse en las puertas de las casas cuyas direcciones le habían dado antes de salir del pueblo a decenas de tipos uniformados (la mayoría con más de una medalla), que hacían interminables colas para ser recibidos en misteriosos y poco ventilados despachos. Pensó que todos ellos traían sin duda más papeles de recomendación que él, y firmados por manos más notables que la del secretario y jefe local del Movimiento en Fuentes de San Esteban, que era quien había firmado la suya. Además, era verdad que la guerra lo había acostumbrado a convivir con cuerpos frágiles, enfermos y heridos, pero la ciudad emanaba ella misma una fragilidad que lo hería. Allí, en las largas colas, sus manos de campesino destacaban en exceso al extremo de las mangas azules. Aquellos dedos cortos y robustos y las palmas encallecidas y duras aparecían vulgares entre las pálidas manos de quienes estaban a su lado, que a veces pedían un lápiz y lo cogían con gracia, y también con gracia se acercaban el pitillo a la boca. Cuando la sensación de asfixia se le hacía demasiado insoportable, necesitaba escaparse del centro de la ciudad, alejarse de todas aquellas viejas fachadas de piedra labrada, de las columnas y estatuas que parecía que le

hablaban de que allí se habían manejado lápices y papeles desde siempre, se habían mojado desde siempre plumas en pegajosos tinteros, se habían escrito cartas, cientos, millones de cartas de recomendación como la que él llevaba en la cartera. Se asomaba al puente y desde lo alto veía correr el río, estrellando sus aguas contra los tajamares, y la quietud de los chopos de la orilla y el vuelo de los pájaros entre los árboles y las enormes torres y cúpulas de catedrales e iglesias, y pensaba que, para venir, había empeñado el billete de vuelta, sí, pensaba que ahora ya no podría coger el autobús que en un par de horas lo devolvería a su pueblo, porque en su pueblo no había dejado nada: jaramagos y encinas que eran de otros, recuerdos que no se compraban ni se vendían y debajo de los cuales uno no podía arrojarse cuando llovía y hacía frío, ni cuando caía blanda y cruelmente la nieve durante el invierno. Nadie puede saber lo que sintió Pedro del Moral a la muerte de su mujer, cuando miró entre sus manos a aquel niño que acababa de nacer y vio que era nada más que suyo: que sólo de él dependía que quien aún no había sido bautizado ni inscrito en el registro civil, ni, por lo tanto, tenía todavía nombre, ni existencia oficial, acabara llevando toga, o mitra, o hablando por la radio en un castellano perfecto (decían que el mejor castellano era el de Valladolid, pero él estaba seguro de que en Salamanca se hablaba mejor, por algo tenía tantos siglos de universidad a espaldas), y alguien esculpiera su estatua en alguna fachada, o la pusiera en algún patio, o en alguna plaza, y creciera un nuevo bulto de piedra en aquella ciudad de estatuas y piedras, y así les diera sentido a tantos años de lucha y también de desánimo, o que, por el contrario, bajara así, diminuto, al polvo, para no ser más que polvo, y convirtiera en polvo sin nombre sus sueños, y dejara en los estrictos límites del polvo a su mujer muerta, y lo hiciera polvo a él mismo. Por la noche, se despertaba cuando lo oía llorar y observaba que nada más que con la sombra de su dedo pulgar cubría la mejilla del niño. Eso le daba miedo. Tanta fragilidad. Era como si, en mitad de una batalla, le hubiesen mandado transportar un jarro de vidrio muy frágil a través de las trincheras, entre las explosiones. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar en su recorrido? ¿En qué momento estallaría el jarro en mil pedazos? ¿Le alcanzaría la explosión también a él? Con el segundo vaso de vino que bebía pensaba que ahora tenía dos fuerzas que lo empujaban. Y le parecía curioso que esas dos fuerzas fueran tan distintas. Una fuerza se la daba Ángel, cuando volvía recién lavado de los entrenamientos, o cuando le traía el sobre con el dinero que le daban cada semana en el taller de coches en el que había empezado a trabajar como aprendiz. La fuerza de Ángel estaba en sus brazos, cada vez más sólidos, en su cuello, cada vez más ancho, en sus piernas toscas y velludas. Ángel era una fuerza fuerte, en la que uno podía apoyarse, que podría levantarlo a uno o tumbarlo —a veces habían discutido y había visto cómo cerraba los puños de rabia, cómo contenía esa fuerza, guardándose de no aplicarla con su padre más que en sus aspectos positivos—, pero luego estaba también la otra fuerza, la que le transmitía José Luis, y que era la fuerza de la fragilidad, la que sacaba de él una energía inaudita que lo llevaba a proteger aquel cuerpo que fue estirándose poco

a poco, que se arrastró a cuatro patas primero y luego se puso sobre dos pies, y empezó a caminar con torpeza y después a correr, y que, sin embargo, seguía siendo frágil: los hombros estrechos, el pecho hundido, los ojos pequeños y huidizos, las piernas como dos cañas que se pudieran quebrar. Y toda esa fragilidad era como un cubo que se le iba metiendo dentro al cabo de una larga soga y que sacaba fuerza del pozo que él era, de su interior sombrío. Durante el primer año, algunas noches, cuando sostenía la cabeza del niño en la palma de su mano, había pensado que no tenía más que cerrar esa mano abierta. Creía que se había secado ese pozo sombrío dentro de él. Asunción Capilla. 1917-1948. Eso decía la pequeña lápida que había puesto con sus propias manos sobre el montón de tierra que aún se notaba que había sido recientemente removida. La piedra la había labrado Andrés, uno de los vecinos de las chabolas que trabajaba como tallista y que le había regalado el trabajo y el material que había sacado a escondidas del taller. Al principio, había ido casi a diario al cementerio a visitar la tumba de su mujer. Ahora hacía ya tiempo que no iba. Para qué. Los muertos ni ven ni oyen ni entienden. Y a los vivos les duele lo que ven allí. Bueno, no lo que ven, sino lo que saben que está allí cuando debería estar en otro lugar. Asunción, en otro lugar: cosiendo en las tardes soleadas a la puerta de la casa, inclinada sobre el puchero en la cocina, arreglándole la pechera de la camisa antes de salir de paseo un día en que él ha abandonado el puesto de limpiabotas, tumbada a su lado, con la luz de la luna entrando por la ventana y derramándose por encima del camisón que deja ver los pechos blancos. Dios. Qué coño de Dios. A Pedro lo persigue el recuerdo de la blancura y suavidad de ella. La ha buscado en las habitaciones sin ventilación del barrio chino. La busca en la visión furtiva de las pantorrillas y en los brazos de las mujeres que pasan deprisa ante él por la Plaza Mayor. Mira esas pantorrillas desde la banqueta en la que permanece sentado a un palmo del suelo con una toba entre los labios. A veces, le ha parecido reconocerla. Aquella carne. Pero nunca ha podido confirmarlo. Medias oscuras envolviendo el fulgor blanco de la carne, zapatos de tacón sobre los que se tensan los músculos que, con el pie desnudo, se reblandecen como una invitación. Figuras fugitivas reluciendo un instante ante él, que permanece sentado en la acera delante del Novelty a la espera de un cliente. A veces piensa que, a pesar de que en el mundo hay millones de personas, cada carne es distinta, tiene un color, un tacto, un olor que no se parece a ningún otro, y que no puede copiarse. Él ha perdido los muslos entreabiertos de Asunción. Y los ha perdido como otros perdieron un miembro en el frente, que incluso mucho tiempo después de cortado y enterrado dicen que sigue doliendo. El vino es una medicina que calma al principio ese dolor, y luego lo acrecienta. Algunas noches, tarde, el vino le devuelve el miembro amputado, y Asunción le duele como si volvieran a estar separándola de él, aserrándolos, sin anestesia, en algún lugar helador. Una noche de invierno en los pelados cerros de Alcañiz. Piensa: «Vencedores de una guerra», cuando bebe, y el vino trae el hielo de las sierras de Teruel y también la palidez febril de ella durante la enfermedad, la cama, la

inmovilidad, el olor de la suciedad del cuerpo tendido y sudoroso: un olor traidor que quiere sustituir al de las noches felices, que se superpone a él y lo embadurna hasta borrarlo por completo. Esas noches sabe que tiene que quedarse encerrado en casa, porque si saliera a buscar un consuelo en el barrio chino, el dolor se le volvería insoportable y se pondría a gritar delante de la gente. Entonces piensa que, aunque Asunción no era frágil, sigue viviendo en la fragilidad de José Luis, y por la mañana lo mira vestirse, ponerse el pantalón corto, pasarse los tirantes por encima de los hombros, enfundarse el jersey de lana que ha heredado de cuando Ángel tenía más o menos su edad, y que le queda grande. Viéndolo vestirse, es como si la viera desnudarse a ella. Y, mientras el niño se toma el vaso de leche, le dice: «Me ha dicho el tío Andrés que te pases el domingo por el cine». Andrés no es tío del niño, aunque él lo llama así. Es el amigo del padre que durante la semana trabaja como cantero y los sábados y domingos está de portero en el cine Alamedilla, y que algunos domingos deja que José Luis se siente de balde en una butaca de la última fila de general. El niño sale de la casa con mucho tiempo de antelación, cruza el puente y se entretiene mirando los pájaros que sobrevuelan el curso del Tormes, atraviesa la ciudad entera y llega al cine antes de que abran la puerta y espera impaciente a que vaya entrando toda aquella gente que hay allí en la cola, se espera junto a la persiana de metal hasta que empieza la película y, cuando apagan las luces, se cuelga de puntillas, empujado por la mano de Andrés, en la última fila de general. A José Luis le gusta mucho el cine. Lo ve desde atrás del todo y puede seguir completo el surtidor de polvo luminoso que sale de la pequeña ventana de la cabina, pero le gustaría ir un día como lo hacen los otros, los niños que se ponen corbata desde pequeños y llevan, a pesar de que tienen su edad, pantalón bombacho y un chaleco de lana muy fino bajo la chaqueta, que resalta el nudo de la corbata: elegir la butaca que más le apeteciera abajo, y pedir la entrada numerada en la taquilla, ver bien las caras, los gestos de los actores, y no como se ven desde allá arriba, donde apenas se oye nada, porque hay niños que van vestidos como él y corren y juegan por los pasillos, ir abajo, pedirse una gaseosa y un cucurucho de patatas fritas, o un barquillo, y estar allí, antes de que empiece el Nudo, esperando a que suene el timbre y se vayan apagando las lámparas blancas y reluzcan los neones de colores como hilos luminosos en torno a la pantalla y a los palcos, y alrededor de las molduras del techo, que tienen formas que a veces recuerdan una flor y otras un pez. Piensa que un día podrá hacerlo así, en otra ciudad donde nadie lo conozca, ni le llame «limpia», por ser hijo de quien es, piensa que cuando sea mayor irá a una de las primeras filas, desde donde, si alarga la mano, uno casi debe de poder tocar las caras y los cabellos de aquellas mujeres hermosas que ríen, cantan y lloran, sentir el calor de las pistolas que humean después de un disparo. Tiene ya siete años y lee muy bien, a pesar de que parece más pequeño. A la vuelta del cine, espera nervioso al padre para contarle de arriba abajo la película. Resulta sorprendente cómo se fija en todos los detalles de lo que ha visto en la pantalla. Se los repite cuidadosamente al padre y a veces hasta añade alguno que el

director de cine se olvidó de poner. El padre lo escucha primero complacido, y luego tiene prisa por que concluya el relato que se alarga innecesariamente, y acaba por dormirse sin enterarse del final. José Luis, entonces, se pregunta cómo puede alguien empezar a escuchar una historia y darle igual cómo termina.

Aún duerme mal don Vicente Tabarca. Se despierta de madrugada y se queda a oscuras junto a la ventana del saloncito, mirando hacia la calle vacía desde detrás de la persiana entornada. Debajo hay una farola, que se apaga después de la medianoche. Así que, entre las ramas yertas de las acacias, en esas largas horas que pasa en vela, sólo distingue lo poco que la luna —cuando la hay— ilumina: el anuncio de la tienda de comestibles de enfrente, los adoquines, algún paseante tardío. Cada vez que oye el ruido de un coche y luego ve los focos acercándose despacio desde la esquina de Princesa, don Vicente se sobresalta, levanta las nalgas de la silla, se inclina más hacia el cristal de la ventana, aparta disimuladamente con las puntas temblorosas de los dedos los visillos, y nota cómo se le tensan los músculos del cuerpo, cómo se le desmaya el ánimo, y hasta se escucha latir el corazón en el cuello y en las sienes. Bum, bum, bum. A veces piensa que, sin embargo, si en esas largas noches de insomnio cogiera un libro y se pusiera a leer, se tranquilizaría; que, una vez embebido en la lectura, se distraería y le pasaría desapercibido el ruido de los motores acercándose y el de los neumáticos derrapando al tomar la curva, y la luz de los focos, que, cuando giran los automóviles para enfilar la calle, iluminan la parte baja de la fachada de enfrente, el cartel y las persianas metálicas de la tienda de comestibles, y que frenan y parece que vayan a detenerse. Pero, además de que la electricidad está cara y es un lujo que no pueden permitirse, cuando ni siquiera les llega el dinero para comida, ropa y carbón, resultaría demasiado sospechosa una luz que se encendiera a altas horas de la madrugada una noche sí y otra también en la ventana de su casa. Así que no puede recurrir durante la noche a la lectura. Piensa, recuerda y tiene miedo. De día sí que lee. Más de lo que quisiera, porque casi nadie acude a la consulta que tiene instalada en la habitación que hay junto al vestíbulo, y que anuncian una pequeña placa de metal puesta en la jamba derecha del portal y otra idéntica colocada en la puerta del departamento bajo el ojo de cristal de la mirilla desde la que, cuando suena el timbre, su mujer vigila el descansillo de la escalera antes de abrir. No corren buenos tiempos tampoco para ejercer sin recomendación la medicina como una profesión liberal —ya nada más que la palabra (liberal) parece llevar una carga negativa—, y menos aún si quien lo intenta no sólo carece de esas recomendaciones imprescindibles, sino que posee ficha en los servicios de la brigada político-social de represión de la masonería y el comunismo, y también en los servicios de información militar, y en cualquier comisaría o cuartel de la benemérita en el que se pregunte, como desafecto al régimen: más aún, como declarado enemigo del régimen y colega, tanto en el ejercicio de la medicina como en las ideas, del doctor Negrín. Don Vicente Tabarca ha sido autorizado a abrir su consulta de médico generalista después de un largo calvario por interminables pasillos y ante una infinidad de ventanillas, y después de rellenar decenas de pliegos de súplicas e instancias, y si eso ha sido posible, lo ha sido sin duda gracias a la intercesión de su primo Alejandro Muñoz Tabarca, teniente del ejército rebelde —hoy, gracias a la victoria, comandante del ejército nacional— y héroe del Alcázar de Toledo, que ha

explicado a funcionarios, policías, jefes de barrio y de finca, que el delito de Vicente Tabarca, siendo grave, lo fue sólo de ideas; que durante la guerra, como médico, actuó por motivos humanitarios y que no existe ninguna denuncia por hechos de sangre contra él; añade siempre Alejandro que su primo ya ha tenido tiempo de sobra para arrepentirse en los años que ha pasado en la cárcel modelo de Valencia —ciudad a la que fue trasladado desde el campo de concentración de Albaterra al final de la contienda y en la que con anterioridad había estado destinado como médico de campaña en un hospital móvil, después de su regreso de Alcañiz— y también en la prisión del Dueso. Don Vicente Tabarca apenas se ha atrevido a comunicar a sus viejos conocidos —unos desaparecidos, otros muertos, otros tan asustados como él y tan poco deseosos de que los vean con antiguos conmlitones como él mismo lo está — la apertura de la consulta. Su mujer —Luisa Montalbán— sí que lo ha comentado entre las vecinas que acuden al cercano mercado de Altamirano a comprar, e incluso entre las compañeras de trabajo, porque, desde hace algún tiempo, Luisa trabaja en una fábrica de muñecas de tela instalada en los bajos de una casa de Blasco de Garay. Pero sus acciones informativas no han surtido hasta el momento demasiado fruto. Así que don Vicente Tabarca, en su día jovencísimo cirujano en el Hospital Clínico de Madrid, y hoy generalista, espera y lee. Aún quedan unos cuantos libros de su gusto en la casa: los *Episodios nacionales*, *La Regenta*, *La lucha por la vida*, *Tirano Banderas*. Quevedo, Cervantes, San Juan de La Cruz, y también Balzac, Tolstói, Maupassant y Dostoievski. Los libros de Alberti, Lorca, Miguel Hernández, Blasco Ibáñez, Azaña, Trigo, Hoyos y Vinent, Sender y tantos otros, los quemó su mujer días antes de que entraran los nacionales en Madrid. Ya no están en la biblioteca, que un día fue opulenta y que ahora apenas llega a los trescientos títulos, y aun éstos es un milagro que se hayan salvado de los bombardeos de la guerra y del caos de los primeros días de victoria nacional; que hayan soportado abandonos (a la mujer la echaron del viejo piso mientras él estaba en la cárcel) y traslados, cuando no los soportaron la mayoría de los muebles que habían ido acumulando desde la boda. Y a pesar de la purga que hizo su mujer en aquellos días, cuando don Vicente lee sus libros favoritos todavía lo hace con cierta aprensión, como si, de repente, fuera a abrirse la puerta del cuarto en el que está sentado y alguien pudiera sorprenderlo con las manos en la masa, porque, al fin y al cabo, aunque permitidos, son libros de autores cuyos solos nombres sirven para desenmascararlo, para demostrar que su pensamiento no ha cambiado en nada, que sigue cometiendo el mismo crimen que lo llevó a la cárcel —un delito de ideas—, que es todavía de los que ahora llaman con cruel eufemismo «de la cáscara amarga», aferrado a unos pensamientos que se supone que ya han sido extirpados, como la gangrena se aferra a un miembro hasta que lo devora. Esos libros puestos en los estantes del cuartito de estar, lejos de la vista de los pacientes, muestran que él sigue contagiado por una forma de pensar que los vencedores calificaron de epidemia y que extirparon con cruel y efectivo instrumental durante tres años en las trincheras y cuya cura prosiguieron en paredones y celdas.

Don Vicente, cada vez que abre un libro, sabe que, con ese gesto, demuestra que la dolorosa cura no ha sido suficiente, que sigue intoxicado, y teme una nueva intervención de esos despiadados cirujanos cuyo instrumental componen pesados barrotes, relucientes Luger, largas y restallantes vergas de toro. Don Vicente teme la aplicación de un emético suplementario. Ni el campo de Albaterra, ni las cárceles de Valencia y El Dueso le han servido como correccional, ni los trabajos forzados lo han reformado. El miedo encubre los síntomas del mal, mientras que los libros delatan su permanencia. Cuando alquilaron el piso, Luisa y él pensaron que era una ventaja que todos los cuartos fuesen exteriores: la casa tenía buena luz, y entraba en ella el sol desde muy temprano por la mañana, lo que proporcionaba no sólo alegría, sino también ahorro en electricidad y calefacción. Ahora hay momentos en los que lamenta esas cualidades, porque le gustaría tener una habitación hermética que, cuando se encendiera una bombilla, no dejara escapar ni una brizna de luz que pudiese alertar a nadie, y en la que encerrarse alguna noche a leer esos libros que le dan la razón a solas, cuando le hablan en términos idénticos a los que él emplea en la rigurosa intimidad de sus pensamientos solitarios. España, en esos libros, es un eterno país nocturno e intransigente, cainita, en donde siempre la mitad ocupa por la fuerza el todo y lo pone a su servicio, un miserable país que grita «¡Vivan las caenas!», y saca bajo palio a los tiranos, y usa el nombre de Dios como una pistola con la que disparar sobre el prójimo, y en el que un esperpento sangriento llamado Millán Astray apunta su arma contra Unamuno al grito de «Muera la inteligencia», y donde los obispos bendicen los paredones desportillados por los impactos de las balas y manchados de sangre. Después de la larga guerra y de la terrible noche que la ha seguido, no queda nada que muestre síntomas de vida en España. Pensadores, científicos y poetas han muerto fusilados o han tenido que marcharse. Aquí no ha quedado más que la basura: energúmenos sudorosos que dan patadas a un balón; olor de sangre y estiércol y gritos de bárbaros en un redondel donde se tortura a un toro; tonadilleras que apestan a sobaco cuando levantan los brazos para tocar las castañuelas; y curas que chupan la sangre de la ignorancia y el miedo que han impuesto después de tantos años de muerte, con el solo objeto de engordar; matones que trabajan en grupo, que se imponen en grupo, que pegan y matan en grupo. A la primera hija (tardía, la guerra se les había comido la juventud), que nació en 1945, le puso de nombre Alicia. Hacía apenas un año que él había salido de la cárcel, con la pena de muerte conmutada por la de prisión durante treinta años, de los que sólo había cumplido cinco, pasando al régimen de libertad vigilada, gracias a que las cárceles estaban tan llenas y hacía falta tanta mano de obra que el Estado no podía permitirse mantener entre rejas a aquel montón de gente, y también a las gestiones de su primo Alejandro Muñoz Tabarca. En su actual situación penitenciaria, aún tiene que presentarse todas las tardes en la jefatura de barrio y cada tarde es como si volviera a entrar en prisión. El mismo miedo, que hace que le tiemblen las piernas cada vez que oye en la noche el frenazo de un vehículo ante su puerta, y el mismo

odio, que le agita la respiración, se le reproducen cada tarde. A su mujer le extrañó que él se empeñara en ponerle a la niña el nombre de Alicia, que no se correspondía con el de ningún miembro de la familia, y seguro que no lo hubiese aceptado de saber sus razones. «Pero ¿qué le vamos a dar a esta criatura?, ¿qué futuro le espera?», dijo don Vicente cuando se enteró del embarazo de su mujer y de que estaba dispuesta a tener el hijo. Y, meses más tarde, cuando, recién nacida la criatura, la tuvo entre sus brazos, siguió pensando lo mismo. Que era poco menos que una irresponsabilidad traer a alguien al mundo cuando él no tenía trabajo, y ni siquiera sabía si, en una de aquellas visitas a la jefatura, lo dejarían allá dentro o volverían a trasladarlo a la prisión. Pensó: «Pobre niña, te traemos al país de las maravillas», y decidió, en un rasgo de ironía, que le pondría el nombre de Alicia. A la segunda hija, que apenas hacía seis meses que había nacido, la llamó Helena. Hubiera preferido, sin duda, un varón. Alguien capaz de defender su casa el día de mañana, cuando él faltara; un muchacho sano y fuerte que se empapara de sus ideas, de esas ideas que la guerra, la cárcel y los sufrimientos habían asustado hasta conseguir que se escondieran en un refugio secreto y que sólo salieran, como las alimañas, en la soledad de la noche, a oscuras, mientras miraba desde detrás de la persiana entornada la calle vacía. Hubiera querido un hijo para que, cuando cambiaran los tiempos, y las ideas volvieran a salir de sus madrigueras, acabara poniéndose de su parte, defendiéndolas también él, el hijo, desde cualquier trinchera: el arte, la ciencia, la política; las trincheras que algún día tendrían que volver a abrirse en el país, cuando Europa entendiera, por fin, que no podía seguir soportando una tiranía salvaje en un continente civilizado. Hitler y Mussolini habían caído hacía poco, y Franco esperaba su hora. Después de la victoria de los aliados en Europa, España tendría que rendirse más tarde o más temprano. Era ya una fruta madura. Y volverían los viejos nombres a las calles que habían bautizado con los nombres de aquellos asesinos que declararon la guerra a un Estado democráticamente constituido; sí, volverían los viejos nombres a los comercios, a las salas de espectáculos, a las cafeterías, los bares y las tiendas. Los fascistas les habían puesto nombres como España, Imperial o Nacional a los cafés y cines que se llamaban en su día Savoy, Montecarlo o New York. Se habían apropiado del nombre de España y, ahora, decir España era llenarse la boca con un coágulo de sangre. Ya no se decía coctel, sino combinado, ni ensaladilla rusa, sino ensaladilla nacional. Y ahí estaban en las revistas las fotos de esa fascista de Celia Gámez del brazo de Millán Astray. Triunfaban las nulidades, a falta de competencia. Lo bueno había sido expulsado, o permanecía maniatado, y, en el país de los ciegos, se peleaban entre sí las legiones de tuertos en busca del éxito: enchufados, usurpadores, estraperlistas, gente sin escrúpulos que se paseaba por las calles de Madrid vestida con una elegancia recién adquirida y que servía de insultante contrapunto a tanta miseria. Todo estaba corrompido y, para sobrevivir, no quedaba más remedio que mancharse en tareas indignas. Don Vicente soñaba con un justiciero ajuste de cuentas. Estaba convencido de que en el país se necesitaba una energía viril que arrasara con tanta

basura como los vencedores habían traído. Pero ¿de dónde podía extraerse esa energía, si todo lo bueno y justo y noble había sido asesinado o expulsado al exilio? ¿Quién podría levantar la voz en aquel cementerio por el que circulaban los hombres como silenciosos cadáveres? Dámaso había publicado un libro en el que se decía que Madrid era una ciudad de un millón de cadáveres. Y tenía razón, por más que no se hubiera destacado por sus ideas de izquierdas. En eso, al menos, había puesto el dedo en la llaga. Él mismo, Vicente Tabarca, era un cadáver, y su mujer, otro: cadáveres que inexplicablemente seguían engendrando. Por eso se enfadó tanto cuando, al final del segundo embarazo de Luisa, vio aparecer aquel cuerpecito entre las piernas de su esposa y le descubrió la pequeña herida del sexo. Pensó: «Otra mujer, para que la disfruten estos brutos». Y se estremeció al imaginarla del brazo del hijo de alguno de aquellos pistoleros y estraperlistas que formaban la alta sociedad de Madrid. «¿Qué otra cosa queda aquí para una mujer? Fuera de ellos, es pasar hambre, miseria. El porvenir lo han robado ellos y se lo llevan entre las manos. No han dejado nada para los demás. En sus manos, los negocios, las oficinas, las consultas, las cátedras», pensaba. Por eso, se le ocurrió el nombre de Helena. La mujer que enfrentó a aqueos y troyanos, la que destruyó una ciudad y tantas vidas, porque su belleza era una venganza de los dioses, una justiciera maldición por un delito cometido de antemano. «Si es mujer, al menos que sirva a la venganza», pensó. Él había tenido valientes compañeras durante la República, mujeres que, como la Montseny, Victoria Kent, Lina Odena o La Pasionaria, habían sido verdaderas revolucionarias. Como Madame Curie en Francia. Mujeres políticas, científicas, grandes profesionales, cerebros masculinos en cuerpos de mujer. Claro que eran otros tiempos, otras circunstancias muy ajenas a las que vivía la España actual, con todo aquel mujerío empujándose para ver las procesiones, arremolinándose a la puerta de las iglesias, cubiertas cada mañana con el velo y, los días de fiesta, con la peineta y la mantilla. Beatas e ignorantes. «Con hache, por favor», le dijo al secretario del juzgado cuando fue a inscribir a su segunda hija en el registro, y con la hache quería expresar esa fuerza clásica, trágica, que deseaba contagiarle a la recién nacida. La venganza por mano interpuesta.

Lo importante era el aspecto. La chaqueta, la corbata, la colonia, las palabras bien dichas, el permítame usted y el por favor. «Un hombre es lo que aparenta. Un hombre se distingue de otro hombre por lo que aparenta. En cueros, los dos son iguales, y, por dentro, un saco de mierda que, a cada boquete que se le hace, apesta». Así hablaba en Zaragoza el capitán Varela. Un hombre se distingue de otro hombre por cómo habla, por cómo se mueve, por lo que dice, por cómo se viste: y eso, ¿qué son? Apariencias y nada más que apariencias. Era la lección que Luis Coronado se había traído de la guerra. El capitán Varela tenía gracia. Decía: «Yo no vengo del mono, como los comunistas, que dicen que vienen del mono y a veces pienso que tienen razón, que ellos sí que vienen del mono. A mí me hizo Dios, y me hizo hombre y español, y por eso, además de dos cojones, tengo alma y patria y bandera e ideales. Pero la verdad es que debía habernos hecho un poco más diferentes. Porque los hombres y los monos, bien mirado, nos parecemos un huevo, sobre todo tú, Coronado. ¿No serás comunista?». Coronado había aprendido que la misión principal de todo hombre era alejarse del mono. Marcar la diferencia. Ponerse alrededor una aureola de monerías que lo diferenciara a uno del mono de verdad. Por eso, antes de salir de casa le pedía a su mujer que le arreglara todavía más la raya del pantalón y que le quitara una arruga de la chaqueta que ya empezaba a monear, a no parecer humana, sino monil, con su cuello gastado y ese brillo alrededor de los bolsillos y también en los codos y en las bocamangas, que no había quien se lo quitara, porque era fruto del paso del tiempo, de la edad. El uniforme era lo más importante. «Un regalo empieza por hacerte ilusión desde que te lo dan envuelto en un papel de colores y no en una hoja de periódico», decía el capitán Varela cuando les pasaba rigurosa revista de policía, «y el uniforme es ese papel de colores que envuelve la valentía, que la hace bella y temible a simple vista». Acercarse a la puerta del cine Doré correctamente vestido y ofrecer cigarrillos sueltos era un trabajo, y la gente, viendo a un hombre bien hablado y peinado, y correctamente vestido, saludando con simpatía a los clientes, pensaba menos que lo que compraba eran picaduras de colillas, recogidas durante la noche por toda la familia y trabajadas con esmero por su mujer y por su hermana, sino que les daba la impresión, a quienes podían comprar en vez de recoger, que eran bienes de los que, por algún misterioso motivo, un señor había decidido desprenderse. Él sabía contagiarle a cuanto pasaba por su mano un toque de clase y, así, tenían más calidad los cigarrillos que Luis ofrecía que los que metía bajo las narices de quienes salían del cine toda aquella legión de monos malvestidos y malhablados, y, mira por dónde, eran exactamente los mismos. Claro que hay gente que se sobresalta cuando lo ve acercarse a ellos bien vestido, porque lo toman por policía, o por empleado de alguna tienda a la que no le han pagado los plazos, pero, puestos a elegir la clientela, más vale elegir la buena. En el cuarenta y cuatro, sin ir más lejos, un señor al que se acercó a venderle tabaco en la Gran Vía, sonrió, puso la mano abierta entre los dos, rechazándole el tabaco, pero, a cambio, le dio conversación durante largo rato y lo citó para otro día y se cruzó con él otra tarde más en la que también charlaron y de la

que salieron buenos amigos. Desde esa tarde, cuando coincidían, se tomaban un café, que siempre pagaba el otro, y hacían proyectos indefinidos. El caballero, que dijo llamarse Roberto, le anunciaba que pronto iba a tener un negocio para él. Y no pasó mucho tiempo antes de que se le abriera: «Tú tienes que hablar conmigo para otras cosas. Tú puedes vender algo mejor que tabaco». Y le propuso un reparto de mercancías que cada día cambiaba de recorrido, y de clientes, pero que le dejó buenos beneficios. Suponía que era penicilina, morfina, cocaína, o cosas así, que por entonces se cotizaban en el mercado negro. Él nunca abría aquellos paquetitos que apenas pesaban unos pocos gramos. Pensaba que, si a uno lo pillan, lo mejor es no saber nada. Contarle a la policía exactamente lo que pasa. Que él se limita a repartir y que no es curioso, ni tiene por qué serlo. Con lo que sacó de aquella distribución, pudo dar la entrada del pisito abuhardillado en el que vivía con su mujer y alimentar a los tres hijos que les nacieron —Jesús, el mayor; Laurita, que se murió de gripe en el cuarenta y seis, Luis, el pequeño—, y fue una pena que aquello concluyera y que el señor de la Gran Vía no volviera a aparecer jamás en el bar en el que acostumbraban a organizar sus citas. Coronado se vio obligado a volver al tabaco para pagar el aborto del que hubiera sido el cuarto hijo del matrimonio. Total, que ahora le quedaban en casa dos bocas, y la de la mujer tres, y la de la hermana, cuatro, y la suya, que al fin y al cabo era la mayor, cinco. No era moco de pavo llenar cinco bocas en Madrid, una ciudad en la que no se producía nada más que vicio. Los paletos se quejaban de que la vida en los pueblos era difícil, y venían a la capital en busca de oportunidades, y no se les ocurría pensar que Madrid no tenía huertas, ni corrales, ni ríos con truchas. «Aquí no hay ni agricultura, ni ganadería», les decía Coronado a esos recién llegados que vagaban perdidos en la calle de Atocha, en los alrededores del mercado de La Cebada, en la Plaza del Progreso, Carretas y la Puerta del Sol. «Y como no hay industria, se tiene que montar uno la suya. Hay que industrializarse, industriárselas, no queda otra», les decía, y se reía de su propia gracia, que los otros, por lo general, no entendían. «Tabaco extra, de primera, de importación», decía él, desde el interior de la chaqueta, y decía también: «Disculpe, caballero». Y también: «¿Desea usted?». Y, con un gesto tan elegante como discreto, dejaba que el interpelado echase una ojeada al interior de la cajita de madera que colgaba de su cuello con dos correas y no con dos cuerdas, que es lo que llevaban los demás, y que descubriera allí dentro, además de los cigarrillos, el frasco de la gasolina para empapar los mecheros, los pedazos de mecha amarilla, para los chisqueros, los caramelos, el paloduz, y unas cuantas gomas higiénicas, que eran como la marca de lujo de la casa, su parte prohibida, sólo al alcance de los iniciados. Quién que no tuviera algo iba a gastarse dinero en gomas, si valían más que la puta. «Son buenas para evitar las purgaciones», explicaba Coronado, y miraba por encima del hombro a aquella multitud que se arrastraba miserable por las calles del centro y que no hacía ascos a nada. Los que venían de los pueblos cercanos para acudir a la consulta del hospital, a arreglar unos papeles, a pedir una recomendación, a buscar trabajo. Y los

otros. Putas fijas y pajilleras de ocasión que de paso te limpiaban la cartera, sirleros y mecheras, carteristas, tíos que le hacían el avión al primer desgraciado que se les cruzaba y lo envolvían entre unos cuantos, y lo empujaban, y entre tanto alboroto le metían la mano en el bolsillo y le quitaban la cartera mientras lo señalaban con el dedo y gritaban a coro «al ladrón, al ladrón». Se lo dejaban asustado en medio de la acera, y convencido de que los guardias lo iban trincar a él. Coronado no tenía nada que ver con ellos. Él llevaba adelante su industria familiar —el tabaco, la ropa de muñecas que su mujer y su hermana confeccionaban en casa para una fábrica de la calle Blasco de Garay—, y odiaba una suciedad que compartía sólo relativamente, lo imprescindible, y un lenguaje que no usaba más que en los momentos de enfado, los días malos en que se tomaba cuatro vasos de vino y se le agriaban. Entonces perdía la compostura, se cagaba en Dios, y se le escapaba de la boca un chorro de maldiciones. Por lo demás, sólo en alguna ocasión había echado mano de una cartera que no era suya, pero, la verdad, más por culpa del que la llevaba que por la propia. Se la habían puesto tan a la vista a la salida del cine, o en el tranvía que subía por Atocha, que hubiera sido de panolis no hacerse con ella. Soldados, campesinos de visita en la ciudad, y una noche, un empresario de Zaragoza, con quien se emborrachó, y a quien acabó abandonando cerca de Quevedo, tumbado en un portal, después de que salieron de Las Palmeras, habían sido sus víctimas. Esa vez, no había sentido remordimiento ninguno. Las otras, sí. Es una cabronada joder a un desgraciado que lleva veinte duros en la cartera, pero es más jodido no llevar nada a casa para comer. Además, esta época (le gustaban esas palabras: época, sociedad) no toleraba a los imbéciles. Y cada vez las cosas, en vez de ir a mejor, parecía que se ponían peor, y ya ni la chaqueta, ni las buenas palabras, ni el copón bendito, ni la Virgen del Carmen te ayudaban a vender nada. Era como si, en vez de escapar de una guerra, el país corriera de cabeza a ella, en aquel Madrid en el que cada vez había más gente desesperada, gente que huía y que creía que iba a encontrar un refugio precisamente en el mayor descampado de la nación. Madrid, sin huertas, ni corrales, ni ríos trucheros. Desde el día que se llevó la cartera del empresario, que estaba más vacía de lo que el aspecto y conversación del propietario le dieron a entender, Coronado no había vuelto por Las Palmeras y hasta paseaba con desconfianza por la Gran Vía, aunque el tipo, cuando se conocieron, estaba ya tan bebido y fuera de sí, que no creía que fuese capaz de reconocerlo nunca, por más que se lo encontrara de cara. Madrid era una ciudad que se tragaba a la gente, un animal grande y voraz.

Había salido dando un portazo, había bajado a la carrera la escalera de piedra que llevaba al jardín, y ahora, de repente, pensó que no sabía adónde ir. La verdad es que no iba a ninguna parte. Sólo que necesitaba salir de allí, y que el movimiento de su cuerpo aliviara toda la excitación que su mente ponía en marcha. El sufrimiento la hacía moverse. No podía parar. Sabía que, si se paraba, se derrumbaría, como esas atracciones de circo en las que es la velocidad la que hace el milagro de que los artistas puedan mantenerse sobre una motocicleta en una posición reñida con las leyes de la gravedad y siempre al borde de la catástrofe. Así que cruzó el jardín a la carrera, pasó junto al estanque seco, abrió nerviosa la puerta de hierro y se lanzó calle Serrano abajo, en dirección a los edificios de mayor altura que se divisaban a mitad de la cuesta. Correr para no resquebrajarse. El sol se había ocultado de repente y unas nubes negras ocupaban veloces el cielo, poniendo plomo en el centro del paisaje, mientras que, en los bordes, los edificios tenían brillos duros, también de metal, pero más bien plata, o acero amenazador y cortante. Hacía un calor pesado, de bochorno, y a Gloria le hubiera gustado encontrar un taxi que la llevara al centro, a las tiendas de la Gran Vía, con sus escaparates lujosos y su permanente animación, pero iba a ser muy difícil que un taxi libre pasara por aquella zona residencial y un tanto desolada a esas horas de la tarde, precisamente cuando la gente debía de estar arremolinándose a la puerta de la plaza de las Ventas para la corrida de toros. Un par de taxis que la habían adelantado en su recorrido mostraban ese tipo de ocupantes. Hombres con sombrero flexible y cigarro, mujeres con sombrero cordobés, pamelas, o mantilla, y trajes veraniegos, estampados con flores, llenos de alegría y color, parecidos a los que ella misma elegía en el ropero cuando acudía a alguna corrida. La de esta tarde tenía un final incierto, porque las nubes estaban ocupando ya todos los resquicios libres del cielo y hasta los lejanos brillos de los edificios se habían apagado, dejando la ciudad sumergida en una charca plomiza. La corrida. Qué le importaba a ella aquella tarde que la corrida se suspendiera, que el viento revolviere las cabelleras negras de las mujeres, que los goterones de lluvia empaparan los trajes recién planchados. Ella sólo quería caminar, pero el calor la agobiaba, acortaba su paso, se bebía el vigor de sus piernas. Dos manchas oscurecían el hilo de la blusa bajo las axilas, y el pelo que le caía por la cara estaba también húmedo, pegajoso, y ahora ya no notaba los cabellos separados unos de otros, cosquilleándole la frente y las mejillas de un modo agradable, sino apelmazados en gruesos mechones que subían y bajaban con brusquedad. Moverse, caminar deprisa, o coger un taxi y abrir del todo la ventanilla y sentir que la velocidad produce un viento que no llega a ser fresco, pero que consuela de ese bochorno agotador que ha decidido apoderarse de la ciudad y ahogarla entre sus manos de metal. Caminar durante horas, o distraerse mirando escaparates. Entrar en el cine no. La oscuridad iba a devolverle los pensamientos que deseaba expulsar, y el hecho de estar allí, aprisionada en la butaca, cercada por todos aquellos desconocidos, y sola, iba a producirle angustia. Necesitaba calle, aire libre, movimiento. Era inútil que se repitiera lo que tantas veces le había dicho su padre

mientras vivió: «Lo que no tiene solución no es un problema y no debe preocuparte». Don Pedro Seseña se había equivocado. Había cosas que no tenían solución y que se convertían precisamente en el peor de los problemas. El problema que más preocupaba, que preocupaba hasta la desesperación, hasta hacer que todo lo demás desapareciera y fuese incapaz de dar consuelo, alivio y ni siquiera distracción. Veía los tejados de las villas, que en otras ocasiones la distraían durante sus paseos por el barrio, miraba las verjas y los macizos de flores que aparecían tras ellas, y los arbustos ornamentales que trepaban por encima de las vallas, y las copas de los árboles que ahora parecían aplastadas por el peso de los nubarrones, y esta vez nada de eso le interesaba: ni cómo habían distribuido los parterres, ni cómo estaban combinados los colores de pensamientos y alhelíes, ni la belleza de las rosas derramándose por encima de la tapia e inclinándose hacia la acera. Nada de todo eso valía hoy un duro. A lo mejor, mañana sí; a lo mejor, mañana, cuando se pusiera a pensar más despacio en la enormidad que se les había venido encima por culpa del imbécil de Roberto, se pondría una rosa en un vaso de agua, sobre la consola de la habitación, y la olería y escribiría en su diario unas frases, y miraría con melancolía la cortina y la cristalera y el césped del jardín, pensando que pronto tendría que perder aquel paisaje para siempre. Y sentiría el bálsamo de la resignación. A lo mejor era así. Pero ahora se trataba de la guerra. Necesitaba acción. Mover las piernas, notar que el corazón bombeaba la sangre. En aquellos instantes echaba de menos esa cualidad que tienen los hombres para resolver las cosas con violencia, a puñetazos, con la espada, a tiros, a cañonazos. Se sentía desvalida, ridícula. Como mujer, había tenido que salir corriendo de casa, dar un portazo y continuar una tonta carrera que quemara una energía que tendría que estar aplicando en otras actividades: en abofetear a Roberto, en darle de puñetazos, en partirle la cara y los huesos y que se quedara ensangrentado tendido sobre el suelo, en pegarle dos tiros y dejarlo también ensangrentado y tendido en el suelo, pero ya definitivamente inmóvil, incapacitado para volver a sonreír nunca más con aquellos dientes que parecían de porcelana, por debajo de aquel bigote que parecía de charol y de aquel pelo engominado y de toda aquella parafernalia — incluida la flor en el ojal— que le ayudaba a componer su estampa de imbécil, de inútil, de medio maricón. Esta tarde odiaba a muerte sus chaquetas Prince of Wales, sus pantalones pata de gallo, su colonia de Jermyn Street, su acento para pronunciar el nombre de las artistas de cine, sus polainas, su cesta de viaje, el Bugatti de Mariló, los gemelos, el desparpajo que había tenido un rato antes para acercarse a ella y decirle: «Tocados, hermanita, estamos tocados. Nos han jodido». Al principio hasta se lo había tomado a broma. «Habrá perdido en el hipódromo, en la ruleta, se habrá peleado con la tonta de la novia, o no le habrá planchado bien la raya Margarita», pensó en un primer momento. Cosas así. Pero no. Esta vez, con aquella sonrisa de imbécil, estaba diciéndole ni más ni menos que ya ni siquiera la casa era de ellos; que había llegado a un fin cantado de antemano la trayectoria de aquel idiota, a quien el padre había dejado como administrador de la fortuna. No ya arruinarse él, y la

hacienda familiar, que es lo que llevaba años haciendo, sino perder hasta la casa. No había hecho nada en su vida. Su única actividad había sido precisamente ésa, buscar por todos los medios la ruina. Ni siquiera durante la guerra había sido capaz de sonrojarse de rabia, dar un puñetazo en la mesa y tomar una iniciativa viril aquella pálida rosa de té. Se había puesto un mono azul de mecánico y un pañuelo anudado en torno al cuello, se había subido en una camioneta que consiguió su secretario y no había parado hasta llegar a Burdeos. Escondidos en el forro de los asientos y en los recovecos del capó, los papeles, el dinero, los títulos de propiedad, las acciones, las joyas. Ese día había mostrado una agilidad felina para escarbar en los cajones del escritorio, en los joyeros que había en tocadores y mesillas de noche. Hasta a ella le había sacado del dedo, ayudándose con jabón, una sortija con una carísima esmeralda que su madre le dio poco antes de morir y que en casa se guardaba prácticamente como se guarda el alma de la familia, porque en su día fue el regalo de pedida del padre y se suponía que era la que Gloria tendría que cederle a su hija cuando la tuviera: un talismán familiar. «No se puede consentir que desaparezca esa joya en estos tiempos de inseguridad», dijo Roberto, mientras le enjabonaba el dedo. Durante unas horas aquel indolente se convirtió en un gato sigiloso y rápido, que se movía con gestos precisos, sin ninguna vacilación. Los collares se agitaban un segundo en el extremo de sus dedos y desaparecían enseguida en la palma curva de sus manos y, desde allí, caían sobre blandas mantas de terciopelo rojo, o en el interior de cajitas que escondía en los espacios más insospechables del automóvil. En la caja de herramientas guardó una buena porción de esas joyas después de haberlas embadurnado con grasa. Sortijas y collares se quedaron allí, confundidos entre los destornilladores, llaves inglesas, tuercas y cadenas. Sus movimientos fueron precisos al ejecutar todas aquellas tareas y también cuando puso las balas en el cargador de la pequeña Beretta del 6.35 que se guardó en el pecho. Por primera vez, Gloria tuvo la impresión de que no conocía a su hermano. Bajo el hombre que ella siempre había visto indolentemente sentado en la tumbona del estudio, frágil hasta en los movimientos que hacía para trinchar la carne y separar las láminas del pescado, vivía un ser activo y ávido que no paraba de calcular. Pensó Gloria que era la psicología del jugador, que esconde el deseo o el pánico tras la máscara de la indiferencia desgana con que arroja las fichas sobre el color, mientras acerca el cigarro a los labios, sorbe el humo y lo suelta con una artística voluta. Era el cuidado arte de construir el descuido. Bajo la apatía, se ocultaba la minuciosa capacidad de observación; bajo la desgana aparente, la avidez. Roberto escondía un ser apasionado tras su máscara de desgana, pero también lo contrario: una terrible frialdad guiaba los movimientos de su pasión. Esos enfados, esos terribles sufrimientos que en su infancia y adolescencia le habían creado fama de niño sensible y frágil eran nada más que metódicas representaciones. De niño, subía corriendo y dando voces las escaleras que daban a la primera planta, donde se encontraba su habitación, y, en su agitación nerviosa, arrojaba furioso al suelo algunos objetos, daba violentos portazos y acababa

encerrándose con llave en su alcoba, y entonces se reía en voz baja, cubriéndose la cara con la almohada, porque su dolor y su orgullo no habían sido más que una representación utilitaria: una petición encubierta y desafortunada de algo que se le había negado. Con frecuencia, la petición incluía el castigo para alguien del servicio, o para la propia Gloria. El frágil niño se salía siempre con la suya. Gloria, con el paso de los años, y en especial después de la temprana muerte de los padres, había visto esa capacidad de cálculo en Roberto, de qué modo adquiría actitudes lánguidas, dudosas, cómo alteraba apenas, pero de manera suficiente para que su interlocutor pudiera descifrar el cambio, su voz y sus gestos. Su interlocutor era Pedrín Varela, uno de los primeros falangistas de Madrid, que tenía cuarenta años ya —pese al eterno diminutivo— cuando Roberto apenas había cumplido los veinte. Pedrín telefoneaba continuamente a Roberto y Roberto cambiaba blandamente la voz en esas largas conversaciones en las que se mezclaban los fracasados amores platónicos de Pedrín (siempre prendado de alguna mujer casada y enamorada de su marido, y por tanto imposible) y las alusiones a los juegos viriles envueltos en un halo de violencia que practicaba el grupo: las copas de madrugada que terminaban en una apuesta a la ruleta rusa, las escaladas difíciles en la sierra de Guadarrama, en las que Pedrín participaba sudoroso y pesado, queriendo competir, *malgré* sus generosos volúmenes y su edad, con todos aquellos jóvenes fuertes y rudos que cantaban, chillaban, y que recibían sus palmadas y empujones, sus gritos de ánimo y cariñosos insultos con aparente indiferencia. Pedrín, cuidadosamente vestido con sus correaes y su camisa azul, era el primero en llegar a la cita cada vez que convocaban uno de aquellos comandos de acción en barrios obreros, cuya finalidad era castigar a los sindicalistas, a los anarquistas y bolcheviques, a los sin patria que querían hundir la hermosa palabra España en un lodazal. A Pedrín se le saltaban las lágrimas cuando entonaba la música un poco melancólica que arrojaba las palabras que el joven camarada Ridruejo había escrito con tanta belleza. La camisa nueva, que tú bordaste en rojo ayer, decía la canción, y el bordado, en la mente de Pedrín, era una flor de sangre noble que había brotado del pecho de un mártir. Una rosa ofrecida a España por Matías Montero sobre una triste acera madrileña. Una rosa roja robada por los comunistas y que había que devolverle a la patria como semilla de un inmenso jardín. Pedrín cantaba con un brazo tendido al frente y el otro apoyado sobre el hombro de Roberto y, cuando aquel himno hermoso que hablaba de banderas victoriosas y del paso alegre de la paz, concluía, acercaba, sin apartar el brazo del hombro de Roberto, su cara a la de él, y le ofrecía un contacto breve y emocionado, en el que en más de una ocasión —sobre todo después de un instante peligroso o emotivo— se mezclaban las lágrimas de ambos. Roberto se dejaba querer e invitar, le pedía prestado dinero que no le devolvía, o salía de compras con él fingiendo haberse olvidado la cartera una vez que ya había elegido un jersey carísimo o una sahariana, y luego despreciaba al «pegajoso» de Pedrín y, en privado, hablando a solas con Gloria en la intimidad de su cuarto, no tenía el menor reparo en llamarlo La Viuda del Batallón. Y, sin

embargo, La Viuda sí que dio un rabioso y romántico puñetazo encima de la mesa cuando, a los pocos días de estallar la guerra, se escapó de Madrid y atravesó el frente para incorporarse al bando nacional con un grupo de aquellos ardorosos jóvenes cuya compañía cultivaba y, allí, entregado a la causa, murió apenas un mes después, y sin duda —si la granada que lo reventó le dejó un instante de conciencia— tarareó por última vez, en visión de ahogado, la canción del bordado rojo. Tocó con sus dedos gruesos la rosa de sangre. Él fue un enorme rosetón de sangre en las castigadas tierras del verano extremeño. Viuda y caído a un tiempo. Pobre Pedrín, víctima de las astucias y el desprecio de Roberto. También a Mariló Muñiz le sacaba Roberto invitaciones y dinero. A Mariló la paseaba en el Bugatti de ella (para ni siquiera gastar combustible) y la llevaba al casino, y ella se acercaba a la caja a comprar las fichas que él dejaba caer a continuación sobre el tapete verde. Roberto. El veinte de julio por la tarde, dos días después de que empezara el siniestro sarao nacional, se puso el mono azul de mecánico y acompañado por Ramón, el secretario de confianza, agitó el brazo en señal de despedida y se marchó después de prometer que vendría a recogerla a ella en cuanto supiera que una mujer no corría ningún peligro en aquel difícil trayecto que él valientemente iba a emprender. «Será cuestión de días», le dijo a Gloria, «nos veremos en un par de semanas, en cuanto ponga a salvo todo esto, que es nuestro futuro. Además, yo no creo que el sarampión vaya a durar mucho». Y ella se quedó allí, como una imbécil, con la sola compañía de Margarita, durante dos años. Dos largos inviernos en un Madrid lúgubre que batían el viento de la sierra y las sirenas de alarma. Cada alarido de sirena era una fruta perversa que ponía en las dos mujeres abandonadas la dulzura de la esperanza de una pronta liberación y el amargo veneno de la muerte girando desesperante sobre sus cabezas. Aquellos aviones que tenían como misión salvarte y matarte al mismo tiempo. La casa fue desvalijada apenas una semana después de que se marchase Roberto. Una horda de desarrapados que llegaron esgrimiendo sus descomunales Star, y queapestaban a picadura de tabaco y chinchón, se llevó cubiertos y vajillas, arrancó las fotografías de sus marcos, los tiradores de los cajones y los trajes que colgaban de las perchas. Cuando se fueron aquellos energúmenos, el suelo estaba cubierto de papeles, de vidrios rotos, de objetos dispersos y prendas desgarradas. Fue una orgía de odio y destrucción, que creció porque no encontraron nada de cuanto hubieran querido encontrar: ni armas, ni documentos comprometedores, ni joyas, ni dinero. A Gloria la obligaron a que les entregara los pendientes que llevaba puestos, e insultaron a Margarita preguntándole si no sabía que en la España republicana ya no había esclavos porque tampoco quedaban señores. Dos largos inviernos se pasaron las mujeres encerradas en la cocina, encendiendo el horno con los libros de la biblioteca, con la madera de los muebles que habían sido piezas de arte mientras la civilización siguió marcando las pautas por las que se regía el mundo y que entonces, en aquellos años de barbarie, ya no eran más que leña con que alimentar un fuego voraz que engullía kilos y kilos de combustible y que, sin embargo, sólo conseguía entregarle a la estancia un mortecino

calor. Dos años de frío y miedo, en un Madrid aterrado en el que uno no podía ni siquiera visitar a los amigos, no fuera a ser que involuntariamente los condenara o se condenara a sí mismo a muerte. Las pocas personas decentes que no habían abandonado la ciudad vivían encerradas, sin pisar la calle, convencidas de que su vida pendía de un hilo frágil que cualquier control callejero, cualquier golpe nocturno en la puerta de la casa podía venir a quebrar. La vigilancia de un sospechoso podía desenmascarar a otro sospechoso. Dos años tardó Gloria en saber que Roberto había llegado sin dificultad a Burdeos, cruzando la frontera de Francia por un paso pirenaico, y que luego había cambiado Burdeos por París, y que París durante muchos meses fue una boca ávida que se comió pagarés, bonos, acciones y joyas, incluida la sortija con la carísima esmeralda. París, las doradas molduras de Maxim's, el excitante sonido de los cristales de Baccarat, el picante cosquilleo de las copas de Dom Perignon, las excursiones a través de hermosos y razonables bosques, los castillos con sus torres en forma de lapicero. Lo supo cuando llegó a San Sebastián, acompañada por Ángel Santamarina, un lejano amigo de la familia que se apiadó de las dos mujeres que vivían encerradas y hambrientas en la desolada casa del Viso, siempre pendientes de la llamada nocturna y devoradora, y las sacó clandestinamente de Madrid para ponerlas a resguardo en Burgos y, desde allí, poco después, en la capital vasca, al tiempo que él aprovechaba para pasarse al bando nacional. Ángel Santamarina se jugó la vida por ella, y la perdió por la patria. Fue el primer hombre que le dijo que era una santa y luego, sin mediar palabra, empezó a tratarla como a una puta, o a lo mejor sólo como un hombre tiene que tratar a una mujer. Una noche, ya en San Sebastián, se demoró hasta tarde en la habitación y, cuando se levantó para despedirse, atenazó con una mano suya las dos de ella, en un gesto imprevisto, y se las puso contra la espalda, y la dejó así, inmóvil, como una ofrenda, y con la otra mano desabrochó los botones del vestido y empezó a besarle los pechos y, luego, cuando ella se liberó de la tenaza de su mano para pasarle los brazos alrededor de la cabeza y acariciarle el cabello, cayó de rodillas, de repente humilde en la explosión de su deseo, y humedeció con sus labios la seda color perla de su ropa interior. La cabeza de él entre sus muslos le pareció un regalo de Dios después de tantos meses de espanto. Ángel fue su primer amor de mujer adulta, y el único. Aún se estremecía al recordar con qué seguridad le apartaba él las piernas y cómo se colaba entre ellas con un golpe de cadera y se agitaba allí poderoso como un centauro y luego sollozaba frágil como un niño perdido. La guerra se había llevado a los mejores. Cuando Roberto volvió a San Sebastián a fines de 1938, Ángel ya no la visitaba en la habitación, ni dejaba caer su peso de hombre sobre ella, ni abandonaba bajo el jarrón de flores aquellos fajos de billetes que le habían permitido vivir con dignidad durante unos cuantos meses. Murió Ángel en el Ebro y nadie supo nunca cómo había sido aquella muerte —bala, disparo de obús, granada: qué más da el modo, pero saberlo parece que consuela—, ni dónde yacía su cadáver. Ángel, la punta de sus dedos fuertes, oscuros y sin vello, tensándole la piel de la espalda como si todo su cuerpo

fuera un tambor y pudiera estallar de un momento a otro. Roberto volvió a San Sebastián, sin dinero, y con camisa azul. A Gloria le extrañaba, cuando paseaba con Roberto por la Concha y se apoyaba en la barandilla a mirar el mar, que nadie le pidiera cuentas a aquel hombre joven, cuidadosamente vestido de falangista, con las botas relucientes y el pelo engominado, y que saludaba a unos y otros con satisfecha sonrisa de sabe Dios qué deber cumplido. Pero San Sebastián era una ciudad de emboscados, de cobardes y desertores, de gente que hablaba de la Patria, aunque prefiriera callar el modo en que la había defendido durante los dos últimos años. Roberto era sólo uno más entre todos ellos. Y, al pensar así, Gloria se decía que Ángel tenía que sacudirse de encima la dura tierra de Mequinenza que lo cubría, limpiarse de dos manotazos el polvo de su uniforme ensangrentado y, como el Lázaro de los Evangelios, echarse a andar, aunque sólo fuera para venir a abofetear a aquel imbécil que había heredado de un padre casi tan frágil como él la autoridad y la administración de la fortuna de la familia. Abofetearlo a él, abrazarla a ella, besarla con sus labios muertos y duros, reseco por el polvo estéril de los Monegros, por el helado cierzo. Pensaba que España era un país de hombres, en el que a las mujeres no les quedaba más que esperar, y que, sin embargo, se tragaba ávido la sangre de los hombres de verdad. Roberto y Mariló Muñiz en San Sebastián. ¿Cómo llegó a San Sebastián Mariló Muñiz? ¿De dónde venía? ¿En qué madriguera había pasado el miedo aquella muñeca de muslos bronceados y bien torneados, que levantaba la pierna con gracia cada vez que daba un golpe a la pelota de tenis? ¿En qué misteriosos pesebres se habían alimentado las alimañas durante aquellos dos largos años de hambre? Gloria se sentaba en una silla de tijera y oía la risa de Mariló y el sonido seco de la pelota golpeando la raqueta y los gritos cortos que acompañaban cada golpe, y los aplausos que adornaban cada final de juego. «Set», decía Roberto, y San Sebastián era un barrio despreocupado de algún país lejano y limpio, las praderas verdes extendiéndose hasta la orilla misma del mar, la cesta de mimbre abierta sobre la hierba y los manteles sosteniendo la merienda y la heladera con la botella de vino refrescándose y el termo con el té caliente. España quedaba lejos, aunque los carteles con la imagen del Caudillo y los emblemas del Movimiento cubrieran buena parte de las fachadas de la ciudad, y pasaran las camionetas emitiendo desde sus altavoces himnos solemnes y guerreros, y abundasen los uniformes sobre las aceras del Boulevard. Eso ocurría en la ciudad de fuera, pero había también, y sobre todo, una ciudad de dentro, en donde los uniformes adquirían el aire despreocupado de una opereta y en donde Mariló y Roberto jugaban al tenis o se acercaban a los labios una copa con un combinado de llamativos colores: la guerra se ahogaba en combinados de color verde, o rojo, o amarillo, o azul, o naranja, o rosa, ¿dónde queda la guerra detrás de una copa tan delicada, de una rodaja de limón, de una guinda tan dulce y cubierta de reluciente esmalte de azúcar?, ¿dónde los áridos campos de Aragón, los terribles hielos negros de Teruel, los cielos amenazadores de un Madrid insomne, los campos de esparto, las mujeres enlutadas, los cadáveres bajo el sol? Roberto jugaba

al tenis, o miraba caer la lluvia sobre el tapete del mar, desde las ventanas del hotel, miraba caer las cartas sobre el tapete verde de la mesa de póquer, mientras a su alrededor la ciudad parecía jugar una agitada partida de ajedrez en la que todos tenían prisa por mover sus piezas, o celebrar un banquete: la guerra y el país que iba ganándose cada día aparecían, vistos desde aquel mirador privilegiado, como una gigantesca tarta instalada sobre un buffet al que todo el mundo tenía acceso. Había que nutrir las poblaciones recién liberadas, en las que reinaban el hambre y las enfermedades, proporcionar partidas de medicamentos para los heridos, semillas y planteles para volver a poner en cultivo las superficies durante tanto tiempo yermas, cemento y yeso para reconstruir barrios enteros, que habían sido abandonados y destruidos; reparar carreteras, tender cables eléctricos y telefónicos. Esa gigantesca tarea de reconstrucción del país exigía esfuerzos, capitales, empresarios, intermediarios. Y la necesidad hacía brotar iniciativas, sociedades en las que participaban hombres de negocios, pero también, moviendo los complicados hilos del tapete del poder recién instaurado, los políticos del nuevo régimen y los militares. Bastaba con asociarse con la persona apropiada que podía conseguir el permiso correspondiente, decir la palabra oportuna ante alguien, o mantener el silencio interesado ante algo. En unas cuantas ocasiones, Gloria se había encontrado con Ramón, el ayudante de confianza de Roberto durante tanto tiempo —el que lo había acompañado en su viaje a Burdeos—, y lo había descubierto entregado a esa actividad frenética que impregnaba la ciudad. Siempre estaba rodeado por gente que «pesaba» o «tenía mano» en la nueva situación: hablaban de proyectos y dinero. Bien vestido, y perfumado con colonias caras, sus modales seguían siendo toscos, pero su conversación denotaba una seguridad de hombre de mundo, muy alejada de aquel joven emisor de monosílabos que había frecuentado la casa del Viso mientras estuvo al servicio de la familia. De entrada, y ya desde la primera vez, le habló de tú, Gloria, sin más, y nada de señorita Gloria, que es como la había llamado siempre. Su mano ancha apretó la de ella —que no era frágil, pero sí cuidada y femenina en su dibujo— un poco más de lo que las reglas de los manuales de urbanidad marcaban, pero aquel contacto no le resultó desagradable, sino que le pareció que mostraba un excedente de esa energía viril de la que carecía Roberto y que, durante algunos meses, Ángel había vertido en ella. Se sintió atraída por la mezcla de seguridad y torpeza que emanaba de aquel hombre, e imaginó que el deseo que había acumulado durante tantos años tenía que volverlo ansioso, y que aquella posición social recientemente adquirida tenía que darle la capacidad para exigir cuanto deseaba, siempre matizada por la inseguridad del origen. Cualquier pliegue de seda podía excitarlo, desatando en él la certeza de que ahora tenía, por fin, al alcance de la mano cuanto deseaba, y cualquier mirada, cualquier gesto, podían volverlo temeroso, devolverlo a la concha de su tosquedad. Esa mezcla de contrarios le pareció a Gloria un combinado perfecto para excitar a una mujer como ella, para electrizar, por qué no, a cualquier mujer. Dominar y ser dominada a un tiempo, temer y ser temida, y emprender una lucha que se prometía

larga, antes de que hubiese vencedores o vencidos, un tú a tú que aventuraba derrotas y victorias sólo parciales. La nueva posición de Ramón debía de haberle dado acceso a unas cuantas pobres chicas, prostitutas de ocasión, mujeres en busca de un favor, de un poco de dinero, de una recomendación, o quizá nada más que de un poco de olvido. En esas noches de San Sebastián y del Madrid recién liberado, en las que hablaba de dinero y de negocios, habría tratado, qué duda cabe, a más de una profesional; quizá, aquel cuerpo ancho, que formó antes el trabajo que la urbanidad y el dinero, también habría podido acceder a cuerpos más civilizados, mujeres de buena sociedad que buscaban un momento de pasión que sus distraídos esposos apenas encontraban tiempo y energías para brindarles. Pero sentir que una mujer de verdad se interesaba por él, se dejaba seducir lentamente por él, poniéndole una prueba tras otra, una dificultad tras otra, diciéndole al tiempo sí y no, y dejándolo avanzar con precaución, como a través de una selva peligrosa en la que uno puede acceder al tesoro o perderse para siempre, eso no debía de haberlo experimentado aún Ramón (¿cuál era su apellido? ¿Giner? Sí, Ramón Giner). En aquellos encuentros, primero en San Sebastián y más tarde en Madrid, Gloria se había dejado conducir por Ramón hasta algún café, se había dejado invitar, pero enseguida había pretextado algún quehacer para despedirse pronto de él. No quería dar la impresión de que era una mujer fácil, o ansiosa, y al fin y al cabo él había sido empleado —sí, nada más que eso, empleado— de la casa durante unos cuantos años. Si se mostraba demasiado complaciente con Ramón, él podía interpretarlo como una muestra más de la degradación a que había llegado la familia y avivarle un deseo de precipitada humillación que lo reafirmara. Podía desatar en él el deseo de usar y tirar, que a ella la asustaba, porque ella tenía que mostrarse firme ante él, ocultarle la enorme carga de fragilidad. En Madrid, cada ocasión en que habían coincidido, la distancia que Gloria había impuesto en el trato había sido aún mayor que en San Sebastián, porque si la ciudad vasca en aquellos años se había convertido en una democrática tierra de nadie, la vuelta a Madrid marcaba el regreso al orden de aquel abigarrado mundo nacido de la guerra. Vuelta a una normalidad en la que cada cual debía regresar a su lugar y ponerse en su nivel y en su sitio. Sin embargo, cierta tarde, en Chicote, él se había levantado y había acudido desde el fondo de la sala hasta donde ella estaba sentada con un grupo de amigas. Gloria le había tendido lánguida la mano, que él se había apresurado a besar, no a acercarse a la cara, sino a besar, apoyando sus gruesos labios sobre el dorso de la mano, y a comentar la belleza de ella en un tono que le pareció más apasionado de lo que sería cortés y que achacó a la animación producida por un exceso de alcohol. Después, cuando él se dio media vuelta para volver a su sitio, ella se limitó a comentar que era un viejo empleado de la familia. Pero lo cierto es que, al sentir los labios de Ramón allí, en el dorso de la mano, le había parecido que la mano era ella misma, su espalda entera entregada a los labios de aquel hombre que la miraba con unos ojos negros y vivos, que era seguro y frágil a la vez. Sin duda habían sido esos pensamientos, que volvían insistentes, y sin que supiera demasiado

bien por qué, en el calor de aquella tarde en que caminaba nerviosa por la calle Serrano, los que, en cierto momento, habían acelerado aún más su paso; los que la habían llevado a tomar la repentina decisión de torcer por Maldonado hasta Velázquez, y a cruzar la calzada para seguir bajando un tramo más, ahora por la acera de la izquierda de aquella calle que conducía hasta el Retiro, y a detenerse ante un portal en el instante en que coincidían el estallido de un trueno y el chasquido de los primeros y gruesos goterones sobre las baldosas de la acera. Un observador hubiera creído que aquella mujer rubia, vestida con un traje chaqueta estampado con rosas azules y rojas sobre un fondo crema muy claro, buscaba sólo un sitio en el que protegerse de la lluvia; sin embargo, la mujer entró en el portal, se dirigió a la ventanilla de la portería y preguntó al hombre que había detrás de los cristales de la mampara si don Ramón Giner estaba en casa, y si estaba solo o tenía alguna visita. Cuando recibió una respuesta afirmativa a su primera pregunta y otra negativa a la segunda, se dirigió hacia el viejo ascensor de madera, que la condujo hasta el segundo piso. Una vez allí, apretó el timbre de la puerta que había a la izquierda del descansillo. Ramón Giner se sorprendió un momento al verla, pero enseguida la invitó a pasar. «¿Qué ocurre, Gloria, ¿has llorado?», le preguntó mientras le levantaba la cara con el pulgar y el índice, «estás temblando». Y ella, entonces, estalló en llanto, y hundió la cabeza en la camisa blanca del hombre. Ramón le rodeó los hombros con el brazo izquierdo y la apretó contra su pecho. Así, en esa posición, pudo oler el perfume que exhalaban los cabellos de ella. Era una colonia cara, que olía a flores marchitas, un olor un poco pasado de moda, como el traje estampado que llevaba, que era de la temporada anterior.

A José Pulido le gustaría mirar desde lo alto de un mulo las tierras canas en las que a estas alturas del verano ya no quedan ni siquiera hierbas secas, nada más que tierra que se agrieta, y algunos espinos, blancos de tan secos, y los hormigueros agujereando la tierra y los excrementos secos de las bestias, que hierven de insectos, y los alacranes que se retuercen cuando uno levanta las piedras, o se los encuentra debajo de alguna alpaca: retuercen la cola y enseñan su pinza envenenada, y a él le parece que, a ras de suelo, el veneno del alacrán se transmite a la cabeza del que camina debajo del sombrero, y el sombrero bajo el sol que aún, a estas horas de la tarde, cuando en su diario viaje busca ya el camino de ida por encima de los montes de Burguillos, abrasa, muerde con dentelladas de fuego. Tierras canas a mano derecha, y más allá, las manchas de barro en las que se secan las plantas de los melones que ya no sostienen ningún fruto desde hace un par de meses —sólo los pedazos de cáscara convertidos en cuero de los que se comieron en su día los sisones—; y a mano izquierda, las encinas levantando sus manchas oscuras sobre la tierra —tampoco de ese lado queda yerba—, aunque pronto, en cuanto caiga la primera lluvia, esas tierras de encinares, ligeramente más oscuras, serán las primeras en empezar a reverdecer. José Pulido lo sabe desde hace muchos años: sabe que, en Montalto, la vida empieza al pie de las encinas después del primer chaparrón. Como la sangre en el cuerpo, el verde sigue las venas del árbol y se extiende en torno al tronco, y se cierra bajo la copa y, desde ahí, como una capa de aceite, crece y ocupa las colinas y se derrama sobre la cuneta del camino y se expande a lo ancho y también en altura, y eso es la vida. Los animales se inclinan sobre esos pastos y los hombres buscan agachados entre las espinas de las esparragueras y al pie de las encinas, y salen cargados con sus manojos de espárragos y sus sacos de bellotas que esconden en las lindes hasta que llega la noche y pueden llevárselos al pueblo sin que los vea la guardia civil. Y eso es la vida. Una vida frágil, casi milagrosa, que se resuelve prácticamente cada día, que cada día parece que puede resistir al hilo que no se rompe, y que se alarga, aun a costa de los gritos en el cuartel, cuando el cabo mueve la verga con la que golpea a quienes sorprende recorriendo, con los sacos hinchados de bellotas, esas venas que nutren modestamente las bocas que guarda cada casa. A José Pulido le gustaría tener un mulo para cargar los sacos, pero sólo se tiene a sí mismo: él es su propio mulo; su espalda, el lomo de mulo que arrastra los sacos de una a otra colina (hay que buscarlos lejos, las fincas que lindan con las casas del pueblo, la de los Beleta, la de la señorita Loli, están demasiado vigiladas). Los primeros días del otoño son los peores, porque ya se han acabado las pocas verduras de las modestas huertas y los árboles que crecen junto al charco han dejado de producir sus frutos, y también las higueras, y no queda nada que hacer en todo el día, más que mirar al cielo desde algún lugar protegido del sol y esperar el primer chubasco que traerá de nuevo los espárragos y devolverá la corriente al río, y con ella los peces, y los caracoles y las ranas, esperar desde las siestas largas, que son una trampa porque traen hijos indeseados, qué va a hacer un hombre en casa metido, y

pedir que llegue pronto el agua, que engorden pronto las olivas, que se endulcen las bellotas, porque crece la cuenta en la tienda de Andrea y ocupa ya varias páginas de signos ininteligibles, y que causan una ansiedad suplementaria, porque ni José ni su mujer saben leer y no tienen ni idea de cuántos sacos de bellotas, cuántos manojos de espárragos, cuántas peonadas en la oliva, o en la uva, o cuántas ranas y peces harán falta para ir tachando todos esos dibujos que ya llenan en el cuaderno de Andrea varias hojas. A José Pulido le gustaría tener un mulo, y también un cerdo que se alimentara en el corral de su casa para cuando llegase el invierno, y gallinas y ovejas y cabras, y hasta una vaca, pero no tiene nada. Sus manos y su espalda, sus patas y su lomo. Y el fuelle de sus pulmones que se resiente cuando sube las laderas durante la noche siguiendo la sombra protectora de las lindes hechas con piedras y sobre las que corren los alambres de espinos para que no se escapen los animales, y que los hombres tienen que apartar a cada poco para seguir caminando en dirección al pueblo, con el saco de bellotas que han recogido a escondidas cerca de Jerez, y que Andrea les compra o no les compra, según misteriosas reglas que ellos no llegan a entender como tampoco entienden los garabatos del cuaderno, pero que no tienen más remedio que aceptar, porque a cada saco que llevan ella tacha algunas de las líneas del cuaderno y les permite llevarse otro kilo de garbanzos o un litro más de aceite. En más de una ocasión, cuando José Pulido traspasaba el umbral de la tienda, ella se ha puesto a gritarle muy nerviosa que estaba la guardia civil, y lo ha ayudado a escapar por la puerta de atrás, y él ha saltado la tapia del corral bajo la luz de la luna y, cuando a la mañana siguiente ha vuelto para pedir que le pagara el saco que había dejado abandonado en el umbral el día anterior, ella se ha santiguado y ha invocado a la Virgen del Monte y le ha dicho que tiene suerte, que se llevaron los guardias el saco y que menos mal que ella les dijo que no sabía quién lo había dejado allí, y que habían estado buscándolo a él, porque creían haberlo reconocido de lejos, y que por suerte esa vez se había escapado de la verga del cabo Cardona. José Pulido sospecha que es ella la que ha escondido para sí el saco, pero no se atreve a decirle nada, porque la alacena de su casa está vacía y en cambio el cuaderno de Andrea está lleno de anotaciones debajo del nombre de él y en los estantes de la tienda están las garrafas de aceite que él necesita y los sacos con los garbanzos, que también necesita porque ya se le están acabando los que robó en la finca de los Beleta, y este año la vendimia ha sido corta, porque por culpa de la sequía hubo menos uva, y también porque en Torremejía cogieron gente de Valencia y de Barcarrota y a los de Montalto apenas los tuvieron trabajando una semana. Además, Quica está otra vez a punto de parir —será el quinto— y el mayor aún no tiene más que diez años y, aunque lleva el agua a los segadores y el pan, no gana más que lo que se come a mediodía —trabaja por el pan, el tocino y el gazpacho— y por la noche sigue pidiendo su parte en casa. José Pulido mira con una rabia que le nubla la vista al panadero, que es grueso y que, cada vez que se agacha, enseña los lomos por debajo del faldón de la camisa, cuando se acerca a él en el bar y le dice que habrá que buscar alguna solución porque hace

dos meses que su mujer no paga ni el pan ni la harina.

Rosa Moure se llevaba bien con su cuñada Eloísa, aunque, en vísperas de la boda, su madre y su hermana la habían puesto en guardia contra la «flor de té» que, según ellas, controlaba la casa desde la muerte de la vieja de los Amado. «Es como una hormiga, pequeña, pero capaz de cargar siempre con un peso diez veces mayor que el suyo». Así se la habían definido. Lánguida y frágil en apariencia, pero con una voluntad de hierro. Al principio, Rosa y Eloísa, las dos cuñadas, se habían observado a distancia, y, con el paso de los días y el mayor trato, Rosa había tenido ocasión de comprobar que era verdad buena parte de cuanto le habían dicho acerca de su cuñada. Su capacidad para trabajar en el interior de la casa y en la huerta, sus minuciosos ejercicios de cálculo y las largas cuentas con las que controlaba hasta el último céntimo de la economía familiar, la habían hecho bien conocida en todas las tiendas del pueblo, donde no toleraba nunca que se le diera una fruta pasada, ni tenía ningún reparo en quedarse durante largo rato repasando el papel de estraza en el que la tendera había sumado los productos que acababa de comprar. Contaba despacio el número de productos que se llevaba en la bolsa y lo comparaba con el de los sumandos anotados en el papel, y luego, una vez que se convencía de que el número de sumandos se correspondía con el de productos, repetía mentalmente la operación aritmética hasta que se quedaba satisfecha porque sus cálculos coincidían con lo escrito. Ante la menor sombra de duda, le pedía a la tendera que repasara la cuenta. No le importaba hacer esperar a las clientas que aguardaban su turno detrás de ella. Rosa la había visto muchos domingos cuando todavía no era novia de Manuel, caminando deprisa hacia el pueblo, siempre cuidadosamente peinada, dejando a su paso un leve perfume de colonia de hierbas. La veía en la panadería y en misa, y también se cruzaba con ella por el camino. Tiraba de las vacas, cavaba la huerta, llevaba la cántara con la leche encima de la cabeza, y esos oficios parecían, por separado, superiores a ella, pero ella los abarcaba todos, como si temiera más a un soldado que a un ejército entero. Los meses que precedieron a la boda, Rosa había llegado a temerla. Erguida y silenciosa, los ojos azules acerados, echando cuentas ante el mostrador de mármol de la panadería, sus manos delgadas sosteniendo la azada. Pensaba en toda aquella energía dirigida en su contra y se estremecía, y también que aquella mujer era como un guante vuelto del revés; que vivía hacia dentro; que aquellos ojos y también su mente estaban siempre ocupados en algo que los demás no podían ver. Cuando Manuel presentó a Rosa en casa, Eloísa le tendió la mano desde lejos, pero luego se acercó de improviso, y la besó en la cara sin soltarle la mano que le había cogido previamente y, así, tiró de ella y la llevó a recorrer la casa y le fue hablando de cada mueble, de cada tarea, y luego empezó a enumerar todo lo que había que preparar hasta que llegara el día de la boda. «Habrás que coser algunas prendas, aunque aquí tenemos aún las sábanas y mantelerías y la ropa blanca que hizo madre y también las que he ido haciendo yo. ¿Para qué vas a gastar tiempo y dinero?». Y empezó a sacar de los cajones de la habitación, y de la cómoda, y de los cajones del aparador, sábanas y colchas y manteles y servilletas y camisas blancas de

hombre. «Pero yo tengo que traer el ajuar», dijo Rosa, y ella le contestó que todo aquello era suyo. «Esa ropa es la de tu madre y la tuya», volvió a poner peros Rosa. Y Eloísa le respondió tajante: «Es la ropa de la casa, y tú eres a partir de ahora de la casa». Lo que había que hacer era coser algunas prendas para ella, para Rosa, las que necesitara, y las que tuviera capricho de hacerse, y eso, si le parecía bien a ella, podían coserlo entre las dos. La desconfianza hacia aquella mujer se le había desvanecido aquel mismo día, cuando vio cómo los ojos duros, que eran sólidos como dos almendras, brillaban cada vez que se dirigían hacia ella. El brillo aquel era como el que el cepillo saca del betún sobre la piel de los zapatos, una protección. Se veía a simple vista. Rosa, desde que Manuel había anunciado su matrimonio, formaba parte de la casa, y —eso fue lo que advirtió enseguida Rosa— para Eloísa la casa era el único motor que ponía en marcha sus actividades y también sus sentimientos, unos sentimientos que nunca se expresaban con palabras, sino en la propia actividad. Eloísa preparó cada detalle de la boda como si fuera ella quien estuviera a punto de casarse. Rosa había pasado a formar parte de Eloísa, como eran parte suya las paredes de la casa, y los muebles, y el fuego que ardía en la cocina, y también la cuadra y el corral, la huerta y, sobre todo, algo sutil, que era invisible como el aire, pero sólido como la piedra, algo que la llevaba a mirar cien veces el modesto vestido que, para la boda, empezaron a coser a medias Rosa y ella, y a ajustar un poco más una costura, o a quitarle un pequeño pliegue al escote, y también a contar cuidadosamente el número de invitados al banquete, el sitio en que tenía que sentarse cada uno, o a matar y desplumar los pollos la víspera, y a vigilar la cocción del lacón. En que todas esas cosas estuvieran a punto residía ese misterioso fluido que constituía la dignidad de la casa. El orden, la limpieza, la compostura, la puntualidad en las comidas, la perfección en la plancha de las prendas, aun de las más íntimas e invisibles, eran componentes de ese fluido protector que no se expandía sólo entre la casa y el exterior —los demás—, sino que ocupaba los pasillos y las habitaciones, se metía en los platos y cacerolas, paseaba por la carbonera, recorría las plantaciones de la huerta y se tendía en los cajones de los armarios y entre las sábanas de la cama. Las cosas sólo podían ser de una manera y, si no, algo se rompía, algo que descomponía el conjunto todo, porque todo estaba misteriosamente en relación y lo que no funcionaba era como una piedra colocada en el interior de un engranaje. Cada bote de conserva casera tenía su estación y su día para abrirse, cada nabiza sus hojas que arrancar, cada pieza de carne su receta, cada cuchara su compartimento en el cajón del aparador, cada cacerola su función, cada prenda de ropa su ocasión, cada cual su tarea. Sólo en el último apartado se rompía el maniqueísmo de Eloísa, porque ella misma se encargaba de saltarse la misteriosa previsión usurpando las tareas que ese orden encomendaba a los demás, y, sin embargo, no lo hacía como una recriminación, que es lo que parecería lógico, sino con una entrega generosa. Rosa lo había pensado muchas veces. Eloísa no apabullaba, no presionaba, no había comunicado a nadie, jamás, el secreto mediante el que cada pieza de la maquinaria encontraba su lugar.

Ella conseguía que todo se desarrollara con la misma naturalidad con la que el agua se encauzaba en el cercano torrente, y nadie se extrañaba de que el torrente creciera cuando llovía más de la cuenta, como nadie se podía extrañar de que Eloísa dedicase más esfuerzos cuando la tarea parecía exigirlo. No era fuerte, pero era incansable. Era igual que su orden, estaba hecha de un material indefinido, ni carne, ni hueso, que se doblaba a medida que lo exigiera la función. Brillaban la madera del suelo, el espejo del pasillo, los muebles del comedor, la tabla de la cocina que les servía para comer a diario, y no había una mota de polvo en los cristales de las ventanas, pero nadie tenía nada que agradecerle a Eloísa. Aquella casa era así. Rosa, con el tiempo, había llegado a considerarla como si formara parte de sí misma, como si la prolongara. Los brazos de Eloísa eran otros brazos de ella, que se alejaban un rato para hacer algo en algún rincón de la casa, o, desde el momento en que tuvo a Lolo, para cambiarle los pañales, lavarlo, mecerlo y, luego, sacarlo a pasear, o a mirar cómo ella ordeñaba las vacas, o lavaba la ropa en el río, o sacaba las patatas del huerto con ayuda de la azada. No es que no pudiera imaginarse que la casa llegara a mantenerse en pie sin Eloísa. Es que ni siquiera pensaba en Eloísa como un ser aparte de su propio cuerpo. La veía prepararles la comida que Manuel y Lolo se llevaban al prado, mirarle las uñas a Carmelo y arreglarle la onda del pelo antes de que se marchara a la escuela, ponerle el café de media mañana al abuelo, y tenía la sensación de que era ella misma la que hacía todas aquellas cosas y que, en cambio, Eloísa era la que hacía lo que ella estaba haciendo en aquel momento: añadirle el unto al caldo, bajar al corral a recoger los huevos que habían puesto esa mañana las gallinas, sembrar las coles en la huerta. La casa era como un animal que tuviera muchos brazos y piernas y unas cuantas cabezas pero un solo cerebro para ajustar los movimientos de órganos y miembros. Cuando volvía de la escuela, Carmelo les leía en voz alta alguna de las novelas que Eloísa se encargaba de comprar o cambiar en el kiosco del pueblo y otras —libros viejos, gruesos, con pesadas encuadernaciones de cartón— que se guardaban en un mueble de nogal que había en el desván. Lolo se marchaba con los amigos, Manuel se iba al pueblo, donde se enteraba del precio al que había que vender la leche, o los terneros, y el abuelo a veces lo acompañaba. Carmelo se quedaba con ellas, con el libro entre las manos y la cabeza apoyada en el brazo de su tía Eloísa, leyendo aquellas novelas que Rosa escuchaba sólo a ratos, pero que tía y sobrino sorbían con avidez. Una vez concluida la lectura, proseguía la conversación entre ellos, para establecer cuál de los personajes tenía razón y cuál no, quién era el bueno y quién el malo, quién amaba y quién simplemente se dejaba querer. A veces, discutían apasionadamente y la discrepancia en sus opiniones los llevaba a volver a leer algunos párrafos, o un capítulo entero, para corregir sus puntos de vista. En otras ocasiones, volvían a leer sólo para deleitarse en la belleza de los paisajes que el libro describía: desiertos desolados en los que vagaban los protagonistas, víctimas de los espejismos producidos por la horrible sed, mares remotos que por las noches relucían a la luz de la luna con un brillo helador de coral, selvas impenetrables, ciudades

sombrías envueltas en bruma, montes que tocaban el cielo con sus picos blancos y helados. Entre ellos hablaban de los personajes que aparecían en los libros como si se tratara de vecinos de la casa y viejos conocidos de la familia, y de los paisajes, como si los visitaran a diario. El océano refulgente bajo la luna y los cocoteros, detrás de los castaños; el desierto, del lado de allá del torrente; la selva, a espaldas de la ermita. Y las palabras de los libros parecían prolongarse con las imágenes de las fotografías que Eloísa sacaba de los cajones y que ponía sobre la mesa. Fotografías del pobre tío Carmelo —«tienes que quererlo, por eso llevas su nombre», le decía al niño, a pesar de que ella apenas conseguía recordarlo— en Almería y también en África, del abuelo en el puerto de La Coruña, de los hermanos del abuelo con chaquetas, sombreros y chalecos blancos, en una avenida junto al mar, que estaba en La Habana, que era donde habían vivido y muerto, de las bodas de primos y tíos lejanos que vivían en Lugo, en Mondoñedo o en Ribadeo, de las tías abuelas de Padrón, con sus peinados complicados, como tartas encima de la cabeza, y sus trajes encorsetados de muchos años antes de la guerra. Las tías abuelas de Padrón (de la familia de La Habana hacía años que nada se sabía) se habían hecho ricas. Se fueron las dos allí a servir, pero una de ellas se casó con un farmacéutico y recogió en su casa a la hermana. El farmacéutico y la soltera habían muerto bastantes años antes, pero quedaba la viuda, que a la propiedad de la farmacia había añadido la de una industria electroharinera que proporcionaba luz a muchas aldeas. Carmelo no se cansaba de mirar aquellas fotografías ni de preguntar por cada uno de los detalles que en ellas aparecían, qué lugar era aquél, por qué todos los hombres se ponían el pulgar en el bolsillo o en la sisa del chaleco para salir en los retratos, si en Padrón todas las mujeres se ponían sombrero, o qué flor era aquella que llevaba prendida en el pelo la tía Adelina, y que, según le explicó Eloísa, era una camelia, como las que daba el árbol que había tras la tapia del caserón de la plaza, en el jardín de los indios. Sin duda, por donde con más claridad se comunicaba el río que unía lo que salía en las fotografías con lo que contaban los libros, era en aquellas imágenes del tío Carmelo con la borla del gorro de soldado bailándole sobre la frente y que dejaban entrever, por detrás del soldado, camellos y hombres envueltos en largas capas. Ahí, en esas fotografías, y en la historia que del tío Carmelo le habían contado tantas veces, fijaba el niño sus afanes de exotismo y aventura, términos que le llegaban envueltos en una gasa oscura, de sufrimiento y muerte, no sólo en aquellos libros que veía, sino también en los anuncios de las películas que ponían en el cine del pueblo. El tío Carmelo saltaba así de las fotografías a las páginas de los libros y de las páginas de los libros a la pantalla del cine, y unas veces sus rasgos se parecían más a Gary Cooper, mientras que en otras ocasiones se identificaban con los de John Wayne o con los de Errol Flynn. Y era como si la tía Eloísa formara pareja con el tío Carmelo, como formaban pareja con aquellos aventureros Shelley Winters, Virginia Mayo, Rhonda Fleming o Janet Leigh (que era la que más le gustaba, con sus ojos de cierva). Para Carmelo, la tía Eloísa era como las heroínas de cada una de aquellas

películas, que a veces encontraban la muerte en una aventura, sin que eso fuera inconveniente para que, unos meses más tarde, volvieran a vivir en otra película. La verdad es que él siempre había pensado que el tío Carmelo, que había muerto en un episodio, volvería para interpretar otro. El día menos pensado regresaría de improviso. Y, entre tanto, él se encargaba de sustituirlo —por algo llevaba su nombre—, del mismo modo que, cuando el maestro don Pedro se ponía enfermo, venía a sustituirlo don Joaquín, un maestro más joven que vivía en Cerdeira, el pueblo que había más abajo, en la carretera de Lugo, y por el que habían pasado una vez que acompañó a su madre y su tía a comprar telas. Algún día volvería el tío Carmelo y entonces tendrían las aventuras a medias, como Roberto Alcázar y Pedrín, como Batman y Robín, como Pantera Negra y el Pequeño Pantera Negra. De noche, cuando apagaba la luz de la habitación y miraba las estrellas a través de la ventana, creía que podría escaparse como le había visto hacerlo en el cine a Peter Pan, subido en un rayo de luz; otras noches, le parecía oír ruidos abajo y pensaba que era el tío Carmelo que regresaba, aunque también le ocurría que, ya en sueños, viniera su tío a visitarlo, pero no vestido con el uniforme, o con una coraza y un gorro emplumado, sino que, durante esas visitas, era un esqueleto que alargaba hacia él sus manos huesudas y tiraba con fuerza para llevárselo a un lugar sombrío y silencioso. Entonces se despertaba llorando de miedo, y Lolo, que dormía a su lado (ocupaban la misma habitación en la que durante años durmieron su padre y el tío Carmelo), se enfadaba con él, y lo amenazaba y lo obligaba a callar. A veces, cuando pasaba por la puerta del bar en el que Lolo estaba jugando al fútbolín con los amigos de su edad, su hermano lo llamaba y le daba un par de chavos para que se comprara una golosina, y en esos momentos a él le gustaba mucho verse allí, rodeado por todos aquellos chicos mayores, y sentir la mano de su hermano encima del hombro, mientras los pequeños miraban desde la calle. Pero, en otras ocasiones, el hermano se enfadaba si se acercaba a él. Muchas veces lo seguía a distancia sin que se diera cuenta. Le gustaba descubrir a través de él las reglas que regían los comportamientos entre los mayores para luego describírselas a sus compañeros de clase. Lo vigilaba en el baile y envidiaba la forma en que se acercaba a las chicas y cómo luego se abrazaba a ellas y movía los pies en todas las direcciones sin tropezar ni con ellas ni con las parejas que se movían también a su alrededor. Lo había visto bailar «En el mundo», que era una canción que a él le gustaba mucho y que tarareaba cada vez que la tocaban en el baile y que pensaba que era una pena que no tuviese letra, que fuera sólo música, porque con una música así, tan bonita, tenían que poder decirse cosas maravillosas. Una noche, a la salida del baile, Lolo se dirigió hacia las afueras llevando de la mano a una mujer, y él los siguió, y vio cómo la empujaba y la tendía en el suelo. A los pocos días, le contó a su compañero de pupitre, que se llamaba Fernando, lo que había visto y, mientras se lo contaba, empezó a imitar los gestos que le había visto hacer a Lolo y rodeó a Fernando con sus brazos y acercó su cara a la de él, y entonces se dio cuenta de que estaba temblando y de que una especie de cosquilleo que nunca antes había

sentido lo dejaba inerte. Fernando le puso la mano entre las piernas para tocarle, pero él se la apartó de un manotazo y no paró de correr hasta que estuvo en su habitación. Sintió que por primera vez le había ocurrido algo desconocido, algo que debía de parecerse vagamente a lo que sentían los héroes del cine cuando asaltaban una fortaleza, cuando atravesaban de un disparo a un indio o cuando rodeaban con sus brazos a una mujer. De madrugada, se despertó e intentó provocarse de nuevo aquella sensación, pero no notó nada. Tampoco sintió nada parecido, aunque sí una tremenda excitación, pocos días más tarde, cuando se ocultó debajo de la cama de su tía para espiar cómo se bañaba en una cuba. Le produjeron miedo las amplias manchas oscuras de los pezones y la mata de vello que sobresalía de su entrepierna, y se quedó paralizado, pensando que iba a descubrirlo, y lo que podía hacerle si se daba cuenta de que sabía sus secretos. Incluso después de que ella ya se había marchado, siguió pegado al suelo debajo de la cama, incapaz de mover un solo músculo. Quería no haber visto nunca aquello, y estaba convencido de que su castigo —como ocurría en ciertos libros— había sido precisamente encontrar algo que confusamente temía, y que, sin embargo, sintió enormes deseos de volver a encontrar otra vez. Desde ese día, ella ya no fue su cómplice, sino más bien un sospechoso cuyo secreto Carmelo necesitaba espiar. La vigiló estrechamente a través de la cerradura del retrete, hasta que una mañana descubrió que bajo la ropa guardaba un rosetón de sangre. Después de esa visión, buscaba entre los dedos de la tía Eloísa los rastros de esa sangre, y también creía descubrirlos cada vez que se reía y dejaba ver la roja punta de su lengua.

Sin duda, lo peor era la inactividad. Pasarse las horas en el despachito de la consulta con un libro entre las manos, notando cómo evolucionaba el grado de cocción de la comida por el modo en que crecían o se matizaban y volvían más complejos los aromas que invadían la casa entera y que procedían de la cocina. Adivinar el menú del día por el olor, mientras permanecía allí quieto, ante el escritorio, y de vez en cuando avanzar por el pasillo vestido con la bata blanca y comerse un pedazo de pan con un poco de bacalao salado y unas gotas de aceite y abrir el grifo y ponerse un vaso de agua y beber. Esas mañanas de espera convencían a don Vicente Tabarca de que había canjeado la supervivencia por —así lo decía él— una resignada «muerte civil». «Vivir para dejar de ser uno mismo», le decía a su mujer algunas veces cuando estaban en la cama y, al oírla respirar a su lado, sentía que hay vidas que son peor que la muerte. «Vivir a cambio de dejar de ser uno mismo»: ése era el trato que los supervivientes habían hecho con el vencedor, pero no sólo él, sino la mitad de un país. O sea, que vivir se había convertido sólo en una apariencia. No había habido conmutación de la pena de muerte, sino cambio de una muerte por otra muerte. Se recordaba a sí mismo interviniendo en conferencias con cirujanos venidos de todo el mundo, preparando sus charlas rodeado de libros en la biblioteca de la recién inaugurada Facultad de Medicina, cuya fachada estaba ahora descascarillada por las balas. Alguna tarde había salido de paseo por la Ciudad Universitaria con su mujer, y había visto los escombros, los restos de las trincheras, y había recordado las noches sin luz a la espera del tiroteo, y había certificado la defunción de todo. El joven y brillante doctor Tabarca se había convertido en un hombre maduro e inepto que esperaba la visita de alguna madre con un niño desnutrido en los brazos, de alguna mujer aquejada de migraña, de hombres de piel cetrina que señalaban con el índice lugares en donde anidaba el dolor. El sol se metía por la ventana del consultorio, cuya cortina permanecía descorrida ante la ausencia de pacientes, y él se adormecía leyendo una novela de Baroja o un tratado de patología que había pedido en préstamo en la cercana biblioteca, y entonces le dolía con un dolor punzante saber que él mismo había pasado a ser sólo un cadáver que ni siquiera podía señalar con el índice su foco de dolor, porque ya ni sentía ni padecía. Alejandro Muñoz Tabarca no le había salvado la vida, sino que había canjeado una rápida muerte causada por descarga de fusil, por otra, lenta, desolada muerte por ignominia. Morir poco a poco y en la nada, ser nada más que un amargo fantasma, para quien todo ha concluido: los paseos entre las camas de hospital, las enfermeras que le acercan la toalla para que se seque las manos y le ayudan a calzarse los guantes, los instrumentos, los cuadernos en los que se anotan los incidentes de cada intervención, la vuelta en automóvil a casa, la tertulia en el café Lyon, los congresos de especialistas en Barcelona, París o Lisboa. Ahora lee, pasea por el pasillo de la casa, como un fantasma pasearía por un panteón o por el abandonado castillo en que vivió y, de tarde en tarde, receta un emético, una caja de aspirinas, un jarabe para la tos, unos días de reposo, o unas horas de cama. Su mujer y él se reúnen por la tarde para

contar minuciosamente las ganancias y calcular los pagos que hay que hacer, y ver si queda para comprar el pan, la leche para las niñas, las lentejas, el queso, un pedazo de tocino o unas costillas de cerdo. Calcular si esta semana es más conveniente pagarle al carnicero que al panadero, porque con el uno se ha agotado el crédito disponible, mientras que el otro aún tiene correa para unos cuantos días. A Vicente Tabarca lo ahoga, más que nada, esa mediocridad, la miseria en la que lo ha encerrado la nueva situación. Esa supervivencia que le ha llegado después de la vida, y que no, no es precisamente la vida. Él quería haber sido un investigador, un científico. Había empezado a serlo. Sus trabajos se publicaban en revistas especializadas del extranjero. En *El Correo Médico*, de Buenos Aires, habían publicado algunos, pero también en *Santé*, que se editaba en Burdeos, o en *Medizina*, de Milán. Todo eso se ha esfumado. Y ahora sueña con microscopios y probetas, con virus y bacterias, con proteínas y aminoácidos, con válvulas y esfínteres, con pinzas, tijeras, gasas y algodones, y a esa añoranza se superpone como su peor y más recurrente pesadilla el recuerdo de aquel día en que el barco que esperaban no llegó al puerto de Gandía, y el interminable viaje hacia Alicante por una atestada carretera en la que se amontonaban los camiones volcados, los automóviles averiados, los carros con los ejes rotos inutilizados en la cuneta, y la multitud de mujeres sucias y aterrorizadas, los heridos que se arrastraban y suplicaban una plaza en el viejo automóvil que a duras penas se abría paso en aquel maremágnum, los soldados con los uniformes sucios y destrozados. Tampoco a Alicante llegó ningún barco que almacenara en su bodega la dolorosa marea humana que huía del furor de la derrota. La multitud aflucía por todas las carreteras y se quedaba allí, impotente, en el muelle, ante la barrera insuperable del mar, y ocupaba las escolleras. Algunos habían bajado entre los bloques de la escollera y se mojaban los fatigados pies en el agua. El horizonte aparecía limpio, luminoso, sin un solo barco que rompiera su cruel pureza. Pasó una avioneta sobre las cabezas de toda aquella multitud, y se extendió el rumor de que, en su interior, escapaban altos funcionarios del Gobierno de la República. Los rumores eran como oleadas que anegaban aquella masa desesperada durante algunos instantes y que luego se desvanecían: un rumor sustituía a otro, del mismo modo que una ola avanza tras otra para ocupar su lugar. Cada vez anunciaban presagios más terribles. La gente empezó a buscar el borde del muelle, como si allí, en el límite del agua, pudiera producirse el milagro de su salvación. Algunos cayeron empujados por los que buscaban su puesto junto al mar, y, de entre ellos, unos braceaban desesperadamente y otros pedían auxilio en vano. Así terminaba el gran sueño, la utopía iniciada el catorce de abril de 1931, con banderas tricolores y rojas, con charangas y discursos y abrazos. Cuando empezó a correr entre la gente la noticia de que los falangistas estaban ocupando la ciudad, algunos empezaron a golpear la cabeza contra los bloques de piedra y un hombre sacó una pistola del bolsillo de la chaqueta y dirigió su cañón contra la sien derecha. Sonó un disparo y la gente se empujó apartándose de allí y abriendo un círculo en torno al lugar en que había caído

el cuerpo del hombre, que se quedó tendido en el suelo. La sangre había salpicado a quienes estaban a su alrededor. Fue la primera vez en su vida de médico en que Vicente Tabarca sintió espanto al descubrir que tenía la mano derecha manchada por una sangre tibia y espesa. Aquella sangre era un animal que se comía voraz su pasado, como la imagen de la multitud que buscaba fuerzas para moverse devoraba su futuro. Viendo aquellos cadáveres andantes que se movían envueltos en harapos encontraba la imagen de sí mismo, que por suerte ningún espejo le devolvía. En nada debía de distinguirse a simple vista de ellos. También él estaba sucio, sin afeitado, olía mal. Y quién podría distinguir entre la multitud al que un día había sido un prometedor médico, un brillante ingeniero, un profesor de francés o de filosofía. Ahora, como él mismo, ya eran todos cadáveres, mendigos de una caridad que tendrían tiempo de aprender que no iba a llegarles. Unos decían que los falangistas habían empezado a ocupar los barrios occidentales de la ciudad, mientras que otros aseguraban que iban a entrar desde la Albufereta, o desde el sur, que venían de Elche: como si tuviera alguna importancia el lugar desde el que metiera sus uñas la muerte en el corazón de la ciudad. Qué más daba. Aves de rapiña del norte, o del sur, o del oeste. Probablemente entraran por los tres puntos. Y seguramente serían, además de falangistas, moros, y requetés, y cristianos de la CEDA y quizá hasta italianos y alemanes emboscados. Aves de rapiña sedientas de sangre, de aquella sangre que había empezado a caer sobre los muelles del puerto, de la que seguiría corriendo en sótanos, tapias, charcas, vertederos. En aquel momento fue cuando empezó a sentir que, mutilado de su pasado, un hombre no era nada: una miserable bestia. Se dio cuenta cuando, al ver sus botas destrozadas, empezó a envidiar a los que las tenían nuevas, cuando desde el suelo empezó a querer ser el que huía por aire, cuando desde tierra quiso estar en el mar. Miró, más allá de la escollera, la línea del horizonte. Miraba el mar y pensaba que ya no volvería a verlo. Ante el paredón de fusilamiento, con los ojos vendados, ¿se acordaría de aquella línea horizontal a la que se había acostumbrado durante los últimos meses de la guerra en los que permaneció destinado en Valencia? En aquel tiempo que ahora le parecía lejano, subía en sus ratos libres a la azotea del hospital y veía los tejados de la ciudad, las torres y, más allá, el verdor de la huerta y el azul del mar. ¿De qué se acordaría, si conseguía sobrevivir? Aquella línea horizontal hoy era el telón que protegía la libertad, la vida; detrás de ella, estaban los laboratorios, los hospitales limpios, las universidades: estaba el mundo entero. La horizontal del mar era la puerta que conducía a los palmerales de Orán, a los minaretes de El Cairo, a las cúpulas de Estambul, a las columnas truncadas de Atenas y Roma, a las huertas del Delta del Nilo, a las populosas callejuelas del puerto de Marsella, y era una puerta que estaba cerrada; el brillo metálico de un mar sin barcos, como una implacable lámina de metal, y él allí, mendigo, mordido por el miedo y los piojos, en medio de la multitud que se empujaba, que se recriminaba e insultaba, ejercitándose para lo que iba a venir, la traición, la mentira, el engaño. Ya cundía el ejemplo de la traición que se había

consumado en la entrega de Madrid, cuando el coronel Casado creyó que si se entregaba la ciudad, la venganza caería sobre comunistas y anarquistas y dejaría a salvo a los socialistas: pensaron que condenando a otros iban a salvarse ellos, y no, les cayó la misma muerte, pero cargada de indignidad; y Vicente Tabarca pensaba también que, si le hubiera llegado la muerte en las trincheras, hubiera sido héroe, petrificado en el tiempo, su imagen en la memoria de alguien (¿quién podría acordarse de tantos muertos?), pero no: ni siquiera esa posibilidad. A quienes habían resistido hasta el final les había tocado lo peor, la indignidad como un caos. Otro ruido de motor y una avioneta planeando despacio por encima de sus cabezas: la bandera bicolor junto a la cola, los nacionales. Cundió el pánico. Un clamor: «¡Van a bombardearnos!». Él lo deseó. Deseó quedarse allí, reventado. Pero no, querían para ellos una muerte más dolorosa y lenta, interminable. Ahora, años después, lo sabía con certeza: sobre los muertos caía, en el recuerdo, un manto de dignidad, y, sin embargo, sobre quienes habían conseguido sobrevivir se había derrumbado la miseria de una suerte mezquina. Sobre él, sobre él mismo, ahora, condenado a recetar aspirinas, a recibir los rayos del sol detrás del escritorio, a leer una novela en la mañana que no rompe su silencio más que por las canciones de las radios que llegan a través del patio de luces. «Mi jaca galopa y corta el viento cuando pasa por El Puerto, caminito de Jerez». Vicente Tabarca, en sus pensamientos, volvía a recorrer los pasillos del Hospital Clínico, envuelto en su bata blanca, altivo, respondiendo al paso a los alumnos que se interesaban por cualquier aspecto técnico, utilizando términos latinos, llevando entre las manos un grueso volumen que había cogido de la biblioteca, y de repente, en mitad del recuerdo, le asaltaba aquel hedor en la caja del camión, en el vagón de tren que ya no conducía ganado, sino un rebaño humano, si es que podía llamarse humana a aquella gente que discutía y se peleaba por un chusco de pan duro, que se pisoteaba para conseguir sacar la cabeza por el respiradero del vagón durante un instante, que no tenía ningún reparo en bajarse los pantalones para hacer sus necesidades en un rincón, en mostrar la suciedad y la intimidad que todo un país había guardado pudorosamente durante siglos. Los que habían muerto habían tenido suerte, y también la habían tenido sus compañeros de carrera que habían conseguido escapar, y que ahora trabajaban en laboratorios de Suiza, de Estados Unidos, y que escribían artículos para las revistas científicas; a quienes las enfermeras ayudaban a lavarse las manos antes de una operación y luego les ponían los guantes de goma y les anudaban las cintas de la mascarilla. Ese pensamiento de la indignidad era casi peor que el miedo; o no, era lo mismo que el miedo, componente de ese calidoscopio del miedo, que era también la degradación de cuanto uno había querido ser, había empezado a ser y ya ni lo era ni iba a serlo jamás. Miedo a no ser. Su mujer lo dejaba con las niñas cuando ella se marchaba a entregar los pedidos en el taller de muñecas de Blasco de Garay, y Vicente se quedaba allí, y ella volvía y sacaba del monedero los billetes doblados y sucios, las pesetas arrugadas que ganaba y distribuía cuidadosamente: esto para la panadería, esto para la lechería, esto para el

recibo de la luz, y todo estaba medido y no valía ni siquiera esa medida, porque entre los dos —la costura de ella, la consulta de él— no llegaban a cubrir lo más elemental, no había para tinta, no había para papel, no había para encargar un nuevo bloc de recetas, ni para imprimir unas tarjetas con su nombre, ni para otra bata (había que lavar la que llevaba por las noches y ponerla al calor de la cocina a que se secase para poder volver a usarla al día siguiente). ¿A usarla? Simplemente, a ponérsela con la esperanza de que llegara un paciente: mujeres tristes, con migrañas, con inflamaciones de ganglios, niños que lo que tenían sobre todo era hambre, desnutrición, malformaciones y carencias fruto de la desnutrición, y él ponía el fonendo sobre aquellos pechos frágiles y escuchaba respirar el hambre que se transmitía a través de los cables, que se comunicaba de cuerpo a cuerpo —del ajeno al suyo, y viceversa— a través de los cables, porque él también veía mover sus alas a aquel fantasma que amenazaba a su mujer, a sus hijas, a él mismo. Convertidos no en héroes, sino en mendigos. No llegaban las revistas científicas, no tenía acceso a los laboratorios, ni siquiera podía comprar libros, tenía que acercarse a la biblioteca para poder repasar viejos temas, o al menos no olvidar más de la cuenta: qué afán por no olvidar, no olvidar la forma de los virus, la textura de las bacterias, el peso del miedo, todo era una lucha contra el olvido: no olvidar el que uno mismo fue antes de que le rompieran la columna vertebral y lo convirtieran en un pelele asustado que aparta disimuladamente los visillos en la noche, para ver si el automóvil que acaba de frenar arroja un grupo de hombres sobre la acera, ante el portal de casa, y si los hombres van armados y buscan a un miserable que fue médico, que acudía al café Lyon a reunirse con un grupo de amigos para comentar las novedades científicas que les llegaban desde Londres y París y también las modas artísticas —el art déco, el surrealismo, Proust, Aragon, el cine, Buster Keaton, Greta Garbo— y que ahora sólo comenta con la mujer el precio de los garbanzos y si están o no duros, y si habrá un puñado para cada uno y cómo harán el par de huevos que su mujer ha traído, si los freirán y los mojarán en pan y les darán las mejores migas bien mojaditas de yema a las niñas, aunque Helena prefiere la clara, y si con la pechuga va a hacer croquetas para la cena de dos noches seguidas.

Ángel no le había dicho nada, ni él tampoco había querido comentárselo, pero, en algunos sitios de la ciudad, habían pegado carteles anunciándolo, y gracias a esos carteles él se había enterado de que su hijo mayor iba a pelear en «reñido combate» (eso decían los carteles) con otro principiante, y le había pedido en secreto dos invitaciones al entrenador, una para José Luis y otra para él. Llevaba días viendo pegadas en las paredes las hojas azules que anunciaban el combate, y recibiendo los parabienes de los clientes que le decían: «Enhorabuena, Perico», o «Vaya con el limpia», y que, con la propina, le daban un golpecito en el hombro, y le animaban: «A ver si ése te saca adelante», y «Joder con el limpia, ése te pone un haiga el día menos pensado y mandas el puesto a tomar por el culo», y él lo oía, y la verdad sea dicha, lo recibía bien y no lo recibía bien. A uno le había dicho: «A mí no me saca nadie de mi trabajo; ni mi hijo ni nadie», y luego había sentido una emoción rara. Porque era como si por una parte agradeciera que pensarán que su hijo era capaz de algo y, por otra, le doliera que pensarán de él que estaba allí porque no tenía otro sitio adonde ir, que no tomaran el suyo como un trabajo serio: como si cualquiera pudiera hacerlo, poner los moldes para que no se manche el calcetín, tirar al aire el cepillo para que dé vueltas, y cogerlo al vuelo después de dar una sonora palmada, cambiárselo de mano haciéndolo bailar sobre los zapatos, «un arte», se decía, y en ese instante, cuando pensaba en esa palabra —«arte»—, sentía que se le hundía el suelo bajo los pies. Le llegaban imágenes de su juventud en Fuentes de San Esteban, la hoz que siega el trigo, la mula dando vueltas en la parva, el trabajo. Y esa juventud suya lo miraba con sorna y se burlaba de él y de quienes decían de él: «Qué manos tienes, limpia». Payasadas de quien no sirve para otra cosa. El cepillo, que da vueltas en el aire, él, que toca las palmas antes de recogerlo. Una mañana se había encontrado a José Luis haciendo bailar los cepillos en casa, tirándolos al aire y recogéndolos, sentado encima de una caja, y le había dado una bofetada. El niño se había quedado mirándolo sorprendido y luego se había echado a llorar. No había entendido por qué le había pegado. A lo mejor se había creído que era porque podía estropearle el material. Quizá fuera mejor que pensara eso que no que su padre era un payaso que le pegaba porque no soportaba ver a su hijo haciendo las tonterías que hacía él. La verdad es que Pedro no les pegaba a los hijos. Alguna bofetada se le escapaba cuando bebía, y también es cierto que, aunque se la daba a ellos, en realidad se la pegaba a sí mismo, y, sobre todo, a su mujer. Sí, esas bofetadas siempre habían ido dirigidas a Asunción, porque lo había abandonado, y a sí mismo, por haberla traído a morir aquí, y quizá porque también él se había abandonado, también había venido aquí y se había muerto y había dejado solo, perdido y solo, a aquel hombre que cuidaba la huertecita en Fuentes de San Esteban, que saltaba las lindes de piedra para buscar setas y liebres y perdices, que salía de buena mañana a la plaza esperando a que vinieran a buscarlo para echar un jornal, y por el que se peleaban los capataces para que fuera en su cuadrilla a segar. El imbécil que tiraba los cepillos al aire y que se aprendía los chistes de memoria para contárselos a los clientes, riéndose aunque ni a él le hicieran

la más mínima gracia, el que se ponía de pie y daba un sonoro taconazo extendiendo el brazo a la voz de «salud, camarada», había dejado de lado al muchacho serio que era capaz de hacerse diez kilómetros con un saco de trigo al hombro con tal de ganarse una peseta. Ahora les bailaba los cepillos a los ganaderos para que le tiraran unas perras de más («la voluntad, don Manuel, lo que usted vea») en el bote, a los catedráticos de la universidad, a los tenderos, a los estudiantes. ¿Dónde se había quedado aquel muchacho? ¿Dónde había caído? ¿En Belchite? ¿En las montañas de Santander, mientras entraban en una casa tan pobre como la que, por entonces, él tenía en Fuentes de San Esteban, para sacar a empujones a aquellas tres mujeres asustadas, y el sargento se dirigía a él, «tú, Pedro», y le daba una maquinilla y le decía que las esquilara, «pela a esas putas rojas», y él no era capaz de decir que no, a pesar de que la más joven era nada más que una niña, y la mayor, una anciana, y luego oía el «Cara al sol» y se acordaba de ellas mientras miraba correr el agua del riachuelo que había a la salida de aquel pueblo que no había visto nunca antes ni volvió a ver en la vida? ¿Ahí murió el muchacho que Pedro fue? ¿O ya se había muerto antes? Había venido a sustituirlo este hombre cuya suerte nadie ponía en sus manos manchadas de betún, sino en los puños de su hijo, porque todo el mundo daba por sentado que por sí mismo no iba a ser capaz de buscársela ni de encontrarla, esa suerte que era invisible, pero que enseguida se veía a quién acompañaba como un soplo de aire suave, perfumado. Él la percibía en la calidad de los zapatos de quienes se sentaban en el sillín de limpiabotas y, por eso, sentía un resquemor, y también orgullo, y notaba que su despecho se encarnaba en los puños de su hijo mayor y que los golpes que diera esa tarde su hijo los iba a dar él —igual que recibía él las bofetadas que daba a los hijos— y quería ver esos golpes suyos estrellándose contra alguien, reventándole las narices a alguien, aunque fuera un muchacho como el suyo, y por eso había decidido cerrar esa tarde el negocio de limpia («higiene y abrillantado del calzado»), afeitarse, ponerse fijador en el pelo, y enfundarse la camisa azul, y acudir al encuentro que se llevaría a cabo en un ring que los organizadores habían improvisado en un desafecto almacén a la orilla del río para que se enfrentara en combates de boxeo media docena de muchachos. Llevaba una semana anunciándoles a los clientes que el miércoles se tomaría la tarde libre a partir de las seis. También había decidido no decirle nada al hijo para no ponerlo nervioso, pero tenía pensado asistir con José Luis. Estaba convencido de que José Luis se sentiría orgulloso de ver a su hermano, el hijo del limpia, derrotar al «Rubio de Ciudad Rodrigo», que era el nombre del contrincante a quien tenía que derribar Ángel. Era la primera vez desde que se murió su mujer que aguardaba algo inminente. Uno puede ser limpiabotas, así también se sirve a la patria, y engendrar a un personaje, a una celebridad capaz de llevar la imagen de España por todo el mundo, ser recibido por ministros, acompañar a artistas, darle la mano incluso al Caudillo el día que le impone una medalla en una recepción en La Granja, o en El Pardo. Así se lo había explicado machaconamente a José Luis, que, a su vez, se había encargado de contárselo a los compañeros de

escuela, y que también daba por segura la victoria del hermano. No les cabía duda a ninguno de los dos: esperaban ver su puño levantado por el árbitro, tal y como lo han visto hacer a las estrellas en el Nodo muchas veces, a Uzcudun (que les había dado buenos soplamocos a los rojos del maquis), levantando el brazo y dando saltitos y corriendo alrededor del ring; a los boxeadores internacionales, que pelean en rings rodeados por multitudes que aúllan y sobre los que cae la luz de los focos como una lluvia de oro, de estrellas, la gloria, la locura cuando se ponen los albornoces que relucen como si fueran de charol y el árbitro les levanta el puño y la multitud se abalanza sobre las cuerdas y los guardias tienen que apartarla de allí, porque sí, porque es el descontrol, la locura, la gloria. Los clientes, avisados por Pedro de la inminencia del combate, de la cercanía del triunfo de su hijo, cerraban los puños delante del banco de limpiabotas y movían los brazos y le golpeaban en el pecho y en los bíceps y él respondía con un gesto reflejo, devolviendo el juego, aunque sólo en el aire, sin atreverse a que sus negros puños de limpia rozasen las camisas blancas, las chaquetas de los clientes que acudían a que les brillantase el calzado. Aquella tarde, le arregló el pelo a José Luis, que ya estaba esperándolo nervioso cuando llegó a casa, le levantó el arribaespaña del pelo, pasándole dos o tres veces el peine, y el cuello de la camisa blanca, que le quedaba un poco grande y que, en su desmesura, hacía que el pescuezo del chico pareciera aún más delgado, y le compró un cucurucho de pipas a la puerta del bar, mientras él se tomaba un par de vinos, para calentar la sangre, como si su sangre caliente fuera a encontrar un reflejo en la del boxeador, que en aquellos instantes debería estar ya desnudándose, dando saltos para calentarse, y luego pararon delante de otro bar, al lado del almacén donde iba a ser la pelea, y él se pidió un coñac que se bebió despacio, charlando con los clientes, la mayoría de los cuales estaba también esperando la hora del combate, haciendo tiempo, y él miraba el reloj, nervioso, y recibía los plácemes, y las bromas y los golpes de puño en el pecho, y cuando vio que salía la gente del bar y se dirigía al almacén, se pidió otro coñac, que se bebió de un trago, y luego, al llegar a la puerta del pabellón (eso ponía en los carteles, pabellón y no almacén), tuvo que decirle a José Luis que le diera él las invitaciones al portero, porque tenía las manos tan temblorosas que no era capaz de abrir la cartera donde las había guardado y sacarlas, así que le había dicho a José Luis: «Sácalas tú, hijo», y el niño las había sacado y se las había entregado al portero. Cuando llegaron dentro, ya había empezado el primer combate, que no duró apenas nada, porque uno que llevaba un calzón rojo se merendó en dos asaltos a otro, que iba de verde, y que se puso a sangrar enseguida por la ceja, mientras la gente gritaba indignada, y el siguiente combate era el de su hijo, y todo el mundo pudo darse cuenta enseguida de eso, porque él fue el que más gritaba, el que le daba indicaciones, el que se ponía de pie y los de la fila de atrás tenían que decirle que se sentara, el que dijo: «Dale, hijo, dale», y todos los de alrededor se volvieron a mirarlo y entonces a él se le ocurrió mirar hacia su derecha, al otro hijo, al que estaba sentado a su lado, y vio que permanecía encogido, silencioso, sin levantar la vista del suelo, y

que se había corrido en el banco hacia la derecha y se había puesto más cerca del hombre del abrigo gris que tenía al lado de él: entre los dos quedaba un hueco vacío y él se sintió allí solo, gritando, y era como si su voz también saltara de mano en mano, como los cepillos, y cuando el árbitro detuvo el combate y proclamó campeón a Ángel, no supo qué hacer; se quedó sentado y oyó que el hombre que había a sus espaldas le decía que ahora, ahora, y no durante el combate, era cuando tenía que ponerse de pie. Le obedeció: se puso de pie y cogió a José Luis de la mano, y le dijo: «Vámonos», y al salir al aire libre notó que estaba sudando y que a la vez tenía frío y que necesitaba que esas dos sensaciones se equilibraran, así que le dio el llavero al niño, que estaba pálido y silencioso a su lado, y le dijo: «Espérame en casa, que ahora voy yo», y mientras decía eso, advirtió que crecía la sensación de frío y que se imponía a la de calor, y que quizá por eso las palabras se le habían escapado cortantes, duras, como las del sargento cuando le dijo: «Te he dicho que las peles, que las esquiles a esas putas rojas», porque aquel niño era el espejo de él, pálido, y también se le escapó un gesto duro cuando se desprendió de la mano del niño que parecía tirar de él, como si quisiera impedirle que entrara en el bar, sí, se soltó de la mano del niño con brusquedad antes de meterse en el mismo bar que había abandonado un rato antes y que ahora estaba vacío, porque en el pabellón de al lado continuaban los combates. Esa noche nunca la ha recordado bien. Se le confunden las cosas. Recuerda cómo se llenó el bar de nuevo, una vez concluida la velada, y cómo se acercaron algunos conocidos y clientes a darle la enhorabuena, y que él los invitó y que también a él lo invitaron, y que luego —pero bastante más tarde— apareció su hijo, Ángel, el triunfador de la noche, y que llegó acompañado por el entrenador y por algunos hombres que vestían trincheras cruzadas y ceñidas con cinturón y abrigos azul marino o gris y que, cuando se acercó a abrazar y a besar al hijo, que acababa de ganar un combate para él, uno de aquellos hombres lo cogió del hombro para apartarlo, y recuerda que el entrenador dijo: «Dejadlo. Es el padre del chaval». Y también recuerda que su hijo le preguntó o le dijo algo. Eso es lo último que cree recordar, o no, no fue eso exactamente, porque su hijo no le dijo nada, sino que apartó la cara, o no, se apartó él solo, siguió el impulso de la mano que lo había cogido del hombro tirando de él hacia atrás, y retrocedió, y vio al hijo desde un metro de distancia y luego desde dos, ya sólo la cabeza, porque la gente había hecho corro alrededor del muchacho, y luego, una vez que dio media vuelta, vio la noche, las bombillas iluminando a duras penas el descampado, una aquí y otra allá, y un perro que corría paralelo a un muro, y la cara de una monja que le preguntaba: «Pero hombre, ¿a quién se le ocurre hacer eso?», o no, no le dijo nada la monja, nadie le había dicho nada en todo aquel tiempo, nadie, ni su hijo, ni la monja, que estaba callada, mirándolo, y fue él quien notó algo bajo las sábanas, o no, fue que hubo algo bajo las sábanas que no notó, pero tenía sueño y no era momento de preguntarse por qué las piernas no estaban allí. Algo así recordaba. Porque a él no se le hubiera ocurrido nunca en la vida tirarse a la vía del tren.

«Las tarjetas tienen que ir firmadas por los dos, y los sobres escritos a mano, son las reglas, Ramón, cómo les voy a mandar a la de Beleta, a los Núñez del Arco, a la víbora de Mariló y la ralea de las Muñiz un sobre escrito a máquina, no, tiene que ser un tú a tú, las invitaciones de boda son cosas que se dicen al oído, se comunican así, como si sólo se fuera a enterar el que recibe la invitación, y aún más si el que recibe la invitación no es él, sino que es ella, mujer, ¿me entiendes? Que se huelga que va a haber un millón de asistentes, y que a esa boda no puede faltar porque, si no fuese, ella sería la única que se la perdería, y, al mismo tiempo, que ella es especial, que a ella se lo has dicho de otra manera, con un guiño, con un retintín de complicidad en la voz, que le has dicho: Bueno, chica, tú ya sabes lo que es eso, una verdadera lata, y que no me apetecería que fuera nadie más que tú, bueno, algún compromiso de familia, y tú, o sea, que si la cosa pudiera ser así nos casaríamos mi novio y yo, y tú sola delante, viéndolo, viendo el traje de tul, la blonda, las flores, todas las cosas, para que tuvieras la exclusiva y fueras la única en contarlo. Es una pena que no tenga más remedio que invitar a otros». Gloria se ríe cuando se lo cuenta a Ramón, como si él no lo supiera, como si él no se hubiera hartado de ir de bodas y comuniones de unos años a esta parte. Pero le gusta hacer como que ella le enseña modales, y a él también le gusta recibir esas lecciones, haciendo como que las desprecia, y firmar los tarjetones uno a uno, resoplando, como que le parecen tonterías que él hace por ella, pero encantado. La verdad es que resulta muy agradable estar ante el tocador de la habitación esta mañana de otoño, mientras el sol entra suave, acariciador, a través de los cristales de la vidriera, y pone esos brillos dorados en las hojas, que planean un poco antes de posarse sobre la hierba del jardín, y verlo todo teniendo al lado el jarrón con las rosas recién cortadas, y notar este silencio tan agradable y el olor de la colonia de él y el peso de su brazo y de su hombro como un muro de contención al lado, la seguridad que da un hombre lleno de vigor, de iniciativas. Es agradable, reconfortante, recordar en esos momentos de qué modo aquella tarde decisiva le dijo a ella «No te preocupes», mientras se escuchaba el fragor del agua de la tormenta de mayo golpeando los cristales de la ventana del salón en el piso de él, y cómo, ya de regreso en su casa, sonó el teléfono un par de horas más tarde, y Roberto, después de pasar un rato ante el auricular, se arregló precipitadamente y salió diciéndole «Ahora vengo», cuando ella ya sabía que iba a tardar un buen rato y que, cuando viniera, de madrugada, todo estaría de nuevo —o por primera vez en muchos años— en orden. Sí, eso pensó aquella madrugada, cuando Roberto volvió. Que reinaba de nuevo el orden en la casa, en el jardín. Las sombras de los árboles estaban en orden, la luna que entraba por las ventanas ponía orden en los muebles, en las alfombras, en la plata que brillaba por fin ordenadamente. A ella, Roberto le pareció aquella noche tan poco hombre como pensaba, quizá un poco menos hombre todavía, porque hizo exactamente lo que ella tenía previsto que iba a hacer, puesto que ni siquiera fue capaz de acostarse tranquilamente y dejar la noticia para otro día, no, llegó bebido, con paso vacilante, con los ojos inflamados, y tuvo que entrar en su habitación,

encender la luz y despertarla —creerse que la despertaba, porque ella no se había dormido: en el fondo, ya sabía quién era, y lo esperaba— para decirle que Ramón se hacía cargo de las deudas y que no tenían nada que temer por la propiedad de la casa. Así se lo dijo, como si la reunión hubiera sido por iniciativa suya, como si hubiera hecho «una gestión» (esa palabra la usaba mucho) él. Se sentó al pie de su cama y la llamó «hermanita» y dijo: «¿Ves? Ya está todo solucionado. No es tan fiero el león como lo pintan», y la besó en la mejilla con aquel aliento que olía a whisky, también a algo agrio, a alguna víscera castigada, fatigada de tanto cumplir misiones que la naturaleza no había previsto para ella. Gloria se dejó besar y lo miró con ojos burlones, que él no advirtió, porque era tarde y estaba en ese estado en el que el alcohol pone un túnel negro en torno a ti, y sólo te deja ver lo que deseas ver. Claro que no se atrevió a contarle aquella noche que Ramón había puesto como condición que él se marchara en el plazo de una semana, que la dejara a ella sola en la casa; que a partir del día en que él se fuera, la casa se quedaría a su nombre, al de ella, sería de ella. Eso Gloria lo supo al día siguiente, cuando escuchó hablar por teléfono a Roberto con Mariló Muñiz y exigirle y suplicarle que no lo dejara en la calle, y cuando colgó el auricular y vio que ella estaba a su lado, escuchándolo, fue cuando se lo dijo, que tenía que irse, que Ramón lo había exigido como condición para quedarse con la hipoteca de la casa, y que la casa sería para ella. Esa mañana les ocultó a los dos, a Mariló y a ella, que Ramón le había dado dinero, bastante dinero, una suma importante, para que él se buscara un acomodo provisional, pero tenía que ser lejos, «en el culo de Madrid», le había exigido Ramón, y a él se le habían humedecido los ojos junto a la pista de Morocco, mientras la orquesta Panamá levantaba en dirección al techo de escayola del escenario los instrumentos de metal, y él tenía que decirle a Ramón que repitiera las condiciones, porque la música —el estruendo de las trompetas— le había impedido oírlas, y lo hizo pensando que el otro no se atrevería, pero sí, cómo no iba a atreverse Ramón, volvió a decírselo con voz segura, que sonaba grave entre la estridencia de los metales y los gritos agudos y cortantes de los músicos. Oyó por segunda vez «en el puto culo de Madrid. Donde sea, pero lejos». Y entonces fue cuando se le humedecieron los ojos y tuvo ganas de llorar sin disimulos. Era la misma sensación que le invadía cuando ya las primeras luces del día empezaban a manchar el horizonte por detrás de las cortinas rojas del salón en el que toda aquella gente se apretaba en torno a las mesas del casino clandestino que había cerca de Torrelodones, y él descubría que no tenía ni para volver a casa en taxi, y empezaba a dar vueltas y vueltas, de acá para allá, y acorralaba a los amigos, a los conocidos, a gente con la que jamás había hablado pero cuyas caras le sonaban de otras madrugadas semejantes, y pedía sin pudor treinta duros, cuarenta duros, para devolverlos enseguida, porque se había olvidado el billetero en casa, y quería probar un poco de suerte, porque tenía un presentimiento, porque le había cambiado la racha justo ahora, y era una pena, y en diez minutos, qué digo yo, en cinco, seguramente podría devolverle esa miseria, cuarenta duros, cincuenta, nada más. Y llegaba ya la

luz del sol, los primeros rayos escalando las laderas de la colina, arrastrándose a ras de tierra, entre las ramas yertas de los árboles del chaletito de Torrelodones en el que se desarrollaba aquel irivenir clandestino de jugadores, las mesas con las ruletas, las fichas, la timba de póquer, entre las masas de granito de aquella sierra que el sol empezaba a iluminar, piedras de formas caprichosas, duras, inhóspitas, como toda aquella gente que echaba la cabeza hacia atrás a medida que se acercaba él para pedirles, y sacaba el pecho como si fuera un muro de contención, y se escapaba de su lado saltando de puntillas por detrás de la kentia, de la columna forrada de madera, de la espalda de una mujer que se dirigía hacia la puerta. A medida que Roberto le contaba que Ramón quería poner la casa a nombre de ella, y que imponía la condición de que él se marchara de allí, Gloria se dio cuenta de que era la prueba a que Ramón la sometía para detectar si se mostraba ávida y, una vez conseguida la casa, le daba largas, pero ella ya sabía que iba a haber Gloria y Ramón para rato, que no, que de largas nada, cortas y muy cortas, así que a la mañana siguiente fue y le dijo que de eso ni hablar, que si él pagaba la hipoteca de la casa, la casa tenía que ir a nombre de Ramón Giner, y mientras lo decía con voz cortante, de mujer cargada de principios inalterables, pensaba que sí, que la casa sería propiedad de Ramón Giner, pero que Ramón Giner sería propiedad de ella. La primera tarde, en la casa de él, mientras el temporal se quedaba fuera, detrás de los vidrios de las ventanas, se había dado cuenta de que la naturaleza se repite, crea modelos repetidos, y que quien sabe descubrir las leyes de la naturaleza, quien mantiene los ojos y los sentidos abiertos, puede gozar de una segunda oportunidad, porque al tiempo que Ramón le secaba las lágrimas y la abrazaba meciéndola como se mece a un niño, intentando calmar la histeria que se había apoderado de ella, advirtió que aquellos brazos que la rodeaban, la piel de aquella cara que se apoyaba en la suya y el aliento que aquellos labios le transmitían a los suyos eran exactamente los de Ángel Santamarina. La naturaleza se repetía y la vida concedía una segunda oportunidad. Se entregó con un desfallecimiento. Le bastó cerrar los ojos un momento y descubrir, cuando volvió a abrirlos, que frente a ella brillaba el embriagador chispazo del deseo de aquel hombre que respiraba con avidez, como si se estuviera ahogando por culpa de ella.

«Elvira Rejón Valencia. Cervantes dieciocho, cuarto. En mil novecientos veinticuatro. Y ella es mi cuñada: Lolita, bueno, Dolores Coronado Márquez. La misma dirección. Sí, vivimos juntas. Y el año de ella la verdad es que no lo sé. Creo que el veinte o veintiuno, porque tiene unos tres o cuatro más que yo». En el taller de costura ponían mucho interés en anotar los datos de las que trabajaban allí, y seguramente tenían sus motivos. Daban tantas piezas semanales por persona, ni una más, pero tampoco menos. No les interesaban —eso decían, y que era porque no les gustaban las chapuzas— las que trabajaban más deprisa de la cuenta, ni tampoco las que entretenían el trabajo porque lo tenían como una distracción para los ratos libres. Aunque Elvira estaba convencida de que lo que no querían era que alguna pudiera desaparecer con el material, con las piezas de tela que les entregaban, y que de ahí venía ese interés por saber el nombre y la dirección de las costureras, y el que de vez en cuando enviaran por sorpresa a alguno del taller, con la excusa de que venía a recoger lo urgente, y eso lo hacían más bien para ver si se vivía estable o no en la dirección que se había dado; y que si ponían una limitación en el número de piezas era también por evitar que se subcontratara a terceros por un precio menor del que ellos pagaban. Había mucha lista en Madrid que desaparecía con las telas, o que cogía trabajo de tres o cuatro talleres y luego lo repartía entre vecinas apocadas, o personas que no podían responder con certeza de las entregas porque tenían obligaciones o alguna enfermedad, o porque no sabían coser bien y cada traje les ocupaba mucho tiempo, y entonces esas listas les daban tres o cuatro pesetas por vestido a esas pobres personas y ellas se quedaban con otro tanto sin hacer nada. La propia Elvira lo había hecho con una vecina de la escalera, pero no por quedarse el dinero, sino porque la otra lo necesitaba y no estaba capacitada para responder ante un taller. Normal, para responder tienes que tener unas manos de hada si, además de sacar adelante la costura, quieres atender al marido y a los hijos: cuatro y ya mayores, de los que hay que lavarles cada día la camisa y prepararles la fiambra para el trabajo, tenía la vecina, y una suegra inválida, ¿cómo iba a comprometerse a nada? La tarde que tenía un rato libre se subía a la buhardilla con Lolita y con ella y las ayudaba. Y si ella, Elvira, podía cumplir, era porque contaba con Lolita, que aunque no es que tuviera muy buenas manos, se ocupaba de los niños y le quitaba casi todo el trabajo de casa, menos la cocina, porque Lolita no había cocinado nunca bien, no era su fuerte, y si alguna vez estaba ella enferma y se quedaba en la cama, y se hacía cargo del rancho la otra, ya se sabía, si no estaban saladas las patatas, estaban duros los garbanzos, y si no, es que se habían pegado las lentejas, y además, echara lo que le echara al puchero, tenía siempre el arte de dejarlo sin sabor, como aguado, desustanciado. Luis la mitad de las veces ni se enteraba, porque comía más días fuera de casa que dentro, dependiendo del trabajo. Pero no se llevaba más que el bocadillo para el almuerzo, nada de fiambra. El bocadillo sí, se lo comería a media mañana en algún bar, en un banco de la Plaza del Progreso, pero la fiambra no se la llevaba porque siempre decía: «Es que si puedo, vengo», aunque luego no fuera, porque de

repente el día se ponía bueno, y había gente en los bares y se entretenían losorros hasta media tarde con el vermut y las cervezas, y cómo se iba a ir él a casa justo cuando la gente tenía los paquetes de tabaco a medio vaciar, cuando se acababan las cerillas en la barra, o si, después del café, la gente quería llevarse unos caramelos a la oficina, o al cine. A ella no le hacía gracia que comiera fuera, porque estaba cada día más delgado, pero no se lo podía decir, porque si le decía «estás cada día más flaco», él se enfadaba y se ponía a gritarle y a decirle que estaba flaco porque se lo comía la mala leche, la mierda, y que si ella se creía que era un gusto ir ofreciendo un producto con educación para que la gente lo mirara con cara de asco, o se apartara de él como si fuera a pedir limosna. Luis les echaba la culpa de todo a los paletos, a esa gentuza que había llegado a Madrid de fuera, y que estaba «tirando el mercado» (ésas eran las palabras que utilizaba); que no sabían de nada y querían hacerlo todo, y que, cuando se convencían de que la ciudad les quedaba ancha, empezaban a mendigar por los alrededores de Atocha con la excusa de que era para pagarse el billete de vuelta, o el billete a Barcelona, donde tenían un primo, o un hermano, o un cuñado. Mierda. Y eso eran los tontos, pero luego los había peores, porque encima eran listos, y a los cuatro días de llegar a Madrid querían controlar, y se te metían por medio, y te quitaban tu sitio a la derecha de la entrada de la puerta del Doré, o se te metían en tu bar, en el bar que tú llevabas años trabajando y que a nadie de Madrid se le ocurriría discutirte, y ellos pasaban delante de ti, haciéndote el vacío, quitándote los clientes como los leones se quitan el pedazo de gacela que han pillado. Luis les decía a esos listos: «Tú, tigre, que si me quieres hacer sombra, que sepas que la sombra va detrás y por la calle». Y, con cuatro días que llevaban en Madrid, contestaban, decían que todo el mundo tiene derecho a vivir y que la plaza es libre, y que si él tenía butaca de patio reservada. La guerra había picardeado mucho a la gente. Gente que no había visto más que el culo de un mulo en toda su vida, harta de arar, descubría otras cosas, los coches, las mujeres, el vicio, y, sobre todo, fuera de su casa, habían perdido la vergüenza tanto los hombres como las mujeres, y ahora, claro, no se conformaban con que se había acabado la guerra, y seguían convencidos de que continuaba el saqueo, de que seguía abierta la veda de robar y golpear, y no era así, ahora el país estaba en paz, y cada uno tenía que buscarse la vida como pudiera, pero con ingenio, ya no por la fuerza; como seres humanos, no como bestias. La guerra, incluso la más noble, la más justa, sacaba la bestia que el hombre lleva dentro, pero, una vez concluida, había que meter esos animales en la jaula, y empezar a actuar como seres civilizados. Las formas, esas formas a las que se refería el capitán Varela, y que eran las que distinguían a lo largo de la historia del mundo al hombre del mono. A él las formas —a pesar de tanto desconcierto como existía en Madrid— seguían dándole resultado. Y había desaparecido don Roberto, es verdad, y había perdido aquel negocio de las entregas que le fue cojonudo, pero había acabado por aparecer don Joaquín Rabasa y, desde hacía un par de meses, le había cambiado la esperanza. Lo veía muchos mediodías en Progreso, en Mesón de Paredes. Nunca le había comprado

tabaco, porque don Joaquín compraba en el estanco sus puros cubanos, pero sí que le compraba cerillas y caramelos y paloduz que mascaba cuando se aburría del puro y, en alguna ocasión, hasta gomas higiénicas. Más de cuatro veces, mientras don Joaquín pinchaba con un palillo el puro antes de prenderlo, Luis había corrido a su lado y le había puesto en las manos la caja de cerillas para que encendiera, y le había dicho: «Quédeselas», y no se las había querido cobrar, porque hay pérdidas que son ganancias y, unas veces por otras, siempre, con don Joaquín, se sabía que a la larga se salía ganando, por el dinero, que cada cosa que compraba iba con propina, y también por el trato, por la relación, porque ya hacía tiempo que lo llamaba Luis, y lo saludaba, y hasta lo invitaba a un vaso de vino de vez en cuando. Él procuraba devolver la invitación, porque siempre dan más pie para la charla dos vasos de vino que uno, y a él le convenía la charla con don Joaquín. Iba siempre solo, con un traje gris y chaleco, y tenía una forma de estar en la barra que era a la vez distraída y curiosa; parecía que no se fijaba en nada más que en el *ABC* que ponía delante de él encima de la barra, pero de repente uno se daba cuenta de que inclinaba apenas unos milímetros la cabeza en dirección a una conversación, o que levantaba un segundo la mirada para dejarla caer sobre alguien y que, sólo con esa mirada, era como si se llevara ya una fotografía. Al principio, Luis pensó que era policía. Él conocía y trataba a la mayoría de los policías que se movían de paisano por el barrio. El haber hecho la guerra en el bando correcto le ayudaba no poco en ese trato y había sido determinante para haber podido moverse con soltura en su negocio, sin que nadie viniera a molestarlo; es más, si alguna vez se habían acercado a él con un fin determinado, y no sólo para saludar al paso, o para pedirle un cigarro porque se habían quedado sin tabaco, siempre había sido para solicitarle ayuda a él. Y la verdad es que él siempre había colaborado. Les había contado con quién había hablado aquella tarde fulano, o si hacía días que pisaba o no pisaba el bar mengano, o si invitaba a copas a éste o a aquél y si pagaba con calderilla o con billetes de cinco duros o de cien pesetas. Lo normal. Por eso, de don Joaquín Rabasa pensaba al principio que parecía policía, pero que no podía serlo, porque, de ser así, alguien se lo habría indicado, se lo habría dejado ver. Los propios guardias, que algunas veces entraban en el bar estando el otro, los de paisano, que también se cruzaban con él, los camaradas del barrio, los centurias de allí, alguien le hubiera dicho algo, pero no, tuvo que ser él quien preguntara para enterarse de que era un hombre de negocios, «construcción», le dijeron, y a él le pareció misterioso que un constructor no se perdiera un mediodía su vermut con mejillones, tan tranquilo, con el *ABC* entre las manos, porque él se imaginaba al constructor de acá para allá, subido en su Lancia, y que ese puro tenía que fumárselo a pie de andamio, dándoles gritos al aparejador y al maestro de obras, y acercándose a la caseta de los materiales con papeles entre las manos y charlando con el arquitecto en voz muy baja y con las caras muy pegadas el uno al otro. «Bueno, también algo de compraventa», le dijeron otro día, y eso ya le pareció mejor, porque algunos días lo había visto charlar con alguno de los peristas

del Rastro. Lo cierto es que, desde que supo que aquel hombre o por hache o por be era un hombre de negocios, buscó con más interés la conversación y era raro el día en que no se acercaba a él para intercambiar saludos y comentarios intrascendentes acerca del tiempo o del fútbol (lo había visto mirar las páginas de deportes en el periódico y ya sabía que era del Real Madrid y había aprovechado para decirle que él también), en medio de los cuales intercalaba quejas casi imperceptibles (a nadie le gusta que le vaya el del tabaco a llorar) acerca de sus capacidades y de cómo él no siempre había vendido de bar en bar, y de su adscripción al Movimiento, y de que a él nunca le había dado miedo nada, ni lo más difícil, y que era cándido como una paloma, hombre cabal, y astuto y mudo como una serpiente, «sé lo que se me cuenta en confianza y lo que no, y soy hombre de palabra, capaz de guardar una confidencia, un secreto». A don Joaquín no parecían molestarle esas rápidas y entrecortadas declaraciones de Luis («yo por el pan de mi mujer y mis hijos, lo que sea»), que, un día una palabra y otro otra, formaban un razonamiento largo, que sólo se completaba con el paso de los días («porque yo puedo llevar un coche, una camioneta, porque las llevé en el ejército»), e incluso de los meses. Por eso, no le pareció extraño que, de repente, un día, don Joaquín le hablara como si ya lo conociera. En realidad, él le había dado con cuentagotas sus señas de identidad, le había expresado quién era y hasta dónde estaba dispuesto a llegar, y, gota a gota, había acabado por llenar el vaso. Ese día, don Joaquín le dijo: «Luis, tú no estás en tu sitio. Ni, en este momento, yo tampoco, porque quiero hablar contigo, pero en confianza». Quedaron un par de días después, y esa tarde don Joaquín sí que le pareció no sólo un constructor, sino un gran constructor. Porque había aparcado el coche cerca de la Plaza del Ángel y el coche no era un Lancia, era un Delage imponente en cuyo asiento Luis primero tuvo miedo de sentarse y luego se hundió como en un colchón de plumas recién mullido. Porque se había cambiado de ropa y ahora iba aún más elegante, y llevaba un traje negro, con una flor de nardo en el ojal, y su grueso rostro tenía un color sonrosado, reluciente, que hablaba de muchas satisfacciones cumplidas, y su pelo estaba perfectamente moldeado por el fijador y tenía reflejos de brillantina. Porque le relucían los zapatos y el interior del automóvil olía como si alguien se hubiera olvidado en el asiento de atrás una cesta de flores recién cortadas. Porque a cada movimiento de sus manos en el volante destellaba el sello con la piedra verde del tamaño de un garbanzo gordo. Luis se acurrucó en el asiento y tuvo ocasión de pensar en los detalles de que hablaba el capitán Varela, en la presencia que hace al hombre y lo distingue del mono, en el hábito que hace al monje, cuando se miró las bocamangas de su chaqueta que también relucían, pero con un brillo de tiempo y grasa, y sus zapatos desgastados y sucios, y los pantalones hinchados a la altura de las rodilleras. Y ése era su mejor vestuario, que se había puesto para la cita. De repente se preguntó que qué hacía él arriba del coche, con aquel hombre, qué sueño o qué pesadilla era aquella, y se arrepintió de todas las afirmaciones que había ido intercalando durante el tiempo que había durado su confesión (ahora lo vio como una confesión) con don Joaquín. Quiso

puntualizar, y hasta negar, la mayoría de las bravuconadas (ahora le parecían bravuconadas) que había expresado. Quería decir, y no encontraba el momento, que él estaba dispuesto a hacer lo que fuera por su mujer y sus hijos, pero —y el pero era precisamente lo que ahora quería destacar— hasta cierto punto, dentro de un orden, y sin riesgos, y sin que cayeran sobre él ni la mancha de la delincuencia ni el peso de la ley; en fin, que mientras iba pensando así, se iba dando cuenta de que era un pobre hombre, de que nunca llegaría a nada, porque si había sido capaz de repartir aquellos sobres y paquetitos de don Roberto, que él sabía a buen seguro lo que contenían, y lo había hecho a cambio de una miseria, y si había sido capaz de ponerse en peligro robando media docena de carteras que estaban casi tan vacías como podía estarlo la suya, y si había hecho de todo a cambio de nada, por qué, ahora, cuando de repente se le ofrecía el contacto con un mundo deslumbrante y cuando aún nadie le había hablado de peligro, ni de delito, ni de ninguna otra cosa, sentía un miedo irracional, estúpido, porque en realidad no era miedo al delito, ni a las consecuencias de algo que pudiera hacer, no, era miedo a otra cosa, a un mundo que no consideraba que pudiera nunca pertenecerle, ni en el que él pudiera moverse, era inseguridad, miedo al lujo, miedo a la riqueza. Cuando pensó esa expresión, «miedo a la riqueza», notó que la pena que sentía hacia sí mismo crecía en su pecho hasta casi hacérselo estallar, porque esa expresión era como una moneda —la moneda con la que iba a pagar su vida—, y tenía dos caras, y si en una cara decía eso, miedo a la riqueza, en la otra por fuerza tenía que decir querencia a la miseria, apego a las puertas de los cines de sesión continua, a las salidas de los urinarios públicos, a los bancos de los parques, a las esquinas de la ciudad en las que se amontonaban los papeles de periódico y los trapos viejos, al punzón largo con el que durante años había salido por la noche a pinchar las colillas arrojadas en la acera, con las que a la mañana siguiente elaboraban los cigarros que él ponía en venta. Bajaron por Doctor Cortezo, siguieron por Magdalena, y en la esquina de Olivar, don Joaquín le dio un golpe con la palma de la mano en la rodilla, para llamar su atención, y le señaló una de las casas de la acera de la izquierda. «Ahí nací yo», le dijo. «Mi padre había muerto muy joven, y mi madre tuvo que cargar con el peso de la casa. Yo era un muchacho igual que tú; bueno, igual de pobre, pero no de bien plantado». Luis abrió la portezuela y saltó a la acera cuando don Joaquín ya había vuelto a poner el coche en marcha.

En vez de abandonar la casa, arreglarla. Resultaba estimulante. Gloria se despertaba temprano y, en cuanto terminaba de desayunar, se sentaba ante el tocador de su habitación envuelta en una bata y se inclinaba sobre sus cuadernos y escribía listas con nombres de gente a la que había que invitar a la boda, y también detalles imprescindibles para los días que se avecinaban; pero, sobre todo, escribía lo que a ella le parecía aún más importante, y no por más inmediato, sino porque iba a marcar lo que viniera después del ajetreo. Se trataba de aquello que —pasados los compromisos y la fiesta— constituiría el molde de su propia vida. Por eso, no quería que se le quedara sin anotar ninguno de los detalles que Ramón debía tener en cuenta mientras ejecutaba las obras de remodelación de la casa, que no iban a limitarse a un lavado de cara de la vivienda, como en un primer momento habían pensado, o a una mayor exigencia en los cuidados del jardín (podar enredaderas que el abandono y la desidia nacidos de los apuros económicos habían dejado en libertad de crecer en cualquier dirección, replantar los rosales, limpiar y renovar por completo el revestimiento de la piscina que no había vuelto a llenarse desde el inicio de la guerra, reparar el muro trasero, en parte derrumbado, y los vestidores, cuyos tejados estaban a punto de desplomarse), sino que suponían una reforma importante del edificio principal. Renovar, modernizar la casa. Gloria hacía dibujos en uno de sus cuadernos. Se levantaba de su escritorio con él entre las manos y se iba situando en el centro de cada una de las habitaciones, y reproducía el plano, medía la posición de puertas y ventanas, la base y la altura de cada muro, ayudada por Aurelio, el empleado de Ramón, que se encaramaba a una escalera de tijera, sosteniendo una cinta métrica, y por Margarita, que seguía siempre a su lado, y que esos días pegaba el extremo del metro flexible contra el ángulo que formaban el suelo y la pared, siguiendo las indicaciones que ella y Aurelio le daban. Había que desplazar algunos tabiques y cambiar los marcos de las ventanas que estaban podridos y rehacer los cuartos de baño: sustituir viejos azulejos, grifos, lavabos y bañeras. Luego (porque era más bien por la tarde cuando acostumbraba a arreglarse para ir al centro), cogía un taxi hasta la Gran Vía y entraba en Girod, dispuesta a vigilar los trabajos exclusivos de joyería que había encargado para lucir en la ceremonia, y también el collar y la pulsera que había elegido (modificando en algunos detalles el modelo original) para completar el traje de viaje, y se acercaba a Loscertales, donde seleccionaba las piezas que debían ocupar los espacios de su casa que tenía medidos de antemano: espejos, marcos, mesas, veladores, butacas, lámparas. Después de muchas cábalas, se había decidido por una decoración que mezclara distintos estilos. Su mobiliario sería moderno, pero sin prescindir de lo clásico. Para decorar el salón, pensaba en los novísimos muebles de deslumbrante rolaco que por entonces empezaban a aparecer en las tiendas que estaban más al día: metal y vidrio en las mesas, y sofás de líneas curvas, muy atrevidas, como los que había visto en un catálogo que había llegado a sus manos casi de estraperlo, y que era de los almacenes Bloomingdale's, de Nueva York. Había encargado esas piezas —alguna mesa en forma de riñón, o de paleta de pintor, y de

delgadísimas patas, sillas de tubo de metal, también ágiles, ligeras, rarísimas— para que contrastaran con el antiguo mobiliario de la casa salvado de la destrucción durante la guerra y que estaba compuesto por unos muebles pesados, llenos de molduras: el escritorio de su padre reproducía rostros y motivos del coro de la catedral de Salamanca, y ahora ocupaba un lugar preferente en el que tenía que ser despacho de Ramón, la antigua cama de matrimonio con columnas torneadas, salomónicas, sosteniendo un dosel que necesitaba una restauración que no estaba dispuesta a encargarse, porque no se hacía el ánimo de dormir bajo palio. Lo moderno cubriría los espacios más públicos e intrascendentes: el salón que pensaba dedicar a recibir, los arriates y el cenador junto a la piscina, el porche que se abría al jardín y que recorría uno de los laterales de la casa. Se mantenía la gravedad en los saloncitos más íntimos y en los despachos, cuya decoración había modificado a su gusto y completado con antigüedades que adquiriría en la tienda de su amigo Suso Martín: una tabla románica, una arqueta taraceada de artesanía mozárabe, un busto romano procedente de Sagunto, algunas ánforas traídas también del Mediterráneo, y cuya superficie rugosa y cubierta de viejas conchas fascinaba a Gloria y le parecía una lección acerca de cómo el tiempo acumula y cambia las formas sin destruirlas, casi una parábola de lo que ella quería que fuera la vivienda entera, como un espejo de su propia vida. Para el dormitorio había elegido algo a medio camino entre lo nuevo y lo viejo: una cama art decó de líneas diáfanas, y un tocador y un armario hechos en palo de rosa, leves, luminosos, femeninos, que en aquel espacio tenían la misión de suavizar el vigor de Ramón, de ceñir su cuerpo robusto con una faja de delicadeza. Pero no era fácil tomar decisiones. Había que tener muchas cosas en cuenta. Nada hubiera sido peor que el que la decoración sonara a falso, a catálogo de tienda de muebles. Deseaba que no fuera monótona, pero al mismo tiempo que tampoco nadie, al verla, pudiese pensar que era la casa de unos nuevos ricos, ni (eso sería todavía peor) que detectase una decrepitud salvada por la energía del dinero reciente. No, quería para su casa —como para sí misma— la idea de una historia larga, felizmente aceptada, con meandros, sí, pero sin quiebras ni fracturas. Una alegría deportiva que no daba importancia a nada, precisamente porque venía del corazón de todo. «La verdadera clase está en saber cambiar y adaptarse a los tiempos, igual que los vegetales se adaptan a las estaciones», le había dicho a Sole Beleta desde muy arriba —ella estaba de pie y Sole se encogía, con las piernas cuidadosamente apretadas encima de uno de los sofás recién adquiridos—, «los viejos árboles de los jardines pierden las hojas en otoño y reverdecen en primavera. Pero son viejos y nobles árboles, Sole, que no te quepa la menor duda. El país, y las mejores familias, hemos pasado nuestro largo invierno durante la guerra, y ahora vivimos una hermosa primavera, que se afianza poco a poco. ¿Hemos de avergonzarnos de eso? ¿Vamos a dejar, por eso, de constituir el viejo tronco de siempre? No, cielo, no. Ya hemos estado a las duras, ¿por qué no disfrutar un poquito de las maduras?». Sabía que Sole haría bromas de doble y triple sentido sobre eso del viejo tronco (ella, Gloria) y la

savia nueva (él, Ramón) en sus reuniones de beatas, en sus entradas y salidas de misa, en sus mesas petitorias y canastillas de caridad, y en sus chocolates y tortitas con nata de Los Vieneses o el Nacional, pero eso a Gloria le daba lo mismo, porque lo que quería precisamente era decirles muy clarito y muy alto a las de la Sección Femenina y a las de Acción Católica (que habían empezado siendo dos pandillas diferentes y ahora eran la misma) que podía estar allí, con ellas, de vez en cuando, pero no todo el rato, porque había dado un paso más adelante que todas ellas, y un salto más arriba, y que por eso, porque ya estaba bastante más allá, lejos y arriba, no le importaba un pimiento aquel manto de aristocracia que exhibían y debajo del cual no guardaban más que la polvareda de las dehesas de Andalucía o Extremadura, y la vulgaridad y miseria de capataces y peones, y los corrales con su hedor de estiércol, y la ruina de una ermita privada que olía a cerrado, a cadáver familiar enterrado a los pies del altar. No, a ella que le dieran San Sebastián, o la Costa Brava, o Mallorca, o Santander, y que la dejaran de caballerizas y pergaminos; a Ramón le gustaban los vascos, los catalanes y los valencianos (él procedía de allí, de Valencia), con su laboriosidad. «Rancias», decía Ramón de las Beleta y de las Núñez del Arco, «son más rancias que la manteca de cerdo». Ella tenía que transmitir esa idea del viejo tronco pintado con la alegría de las hojas nuevas, que era la que difuminaba la sospecha que las demás se encargaban de transmitirse, y que se esforzaba por poner a la vista la evidencia de un matrimonio morganático, de una catástrofe y una ruina sostenidas por el andamiaje más que dudoso del dinero de Ramón. La lucha contra esa idea guió también su elección acerca del tipo de ceremonia que tenía que organizar. Al principio había pensado en un acto discreto, íntimo. Incluso se le ocurrió la posibilidad de no avisar a nadie para la boda y llamar al cabo de quince días a las Núñez del Arco con cualquier excusa, y, como quien no quiere la cosa, decirles de pasada que todo bien, que la vida de casada muy agradable («Te da serenidad», era la frase prevista), y, ante la extrañeza de ellas, asegurar con mucha firmeza que creía que ya se lo había dicho, sí, que se había casado el mes anterior, «claro, el cuatro de abril, pero si te lo dije, y te dije que no íbamos a celebrar nada, que preferíamos entregar el dinero del banquete al padre León, para su hospital de niños tuberculosos de Guadarrama», contárselo así, de un modo intrascendente, «sí, ya no somos dos niños, ni Ramón ni yo, como para andar disfrazándonos de adolescentes enamorados». Pero después pensó que no, que era necesario que padecieran desde la primera estación el *vía crucis* de verla del brazo del antiguo secretario de Roberto, y que no se les pasara ni por la imaginación que ella iba a esconderse de nada ni de nadie, sino que, al contrario, tuvieran que entender que, si hacía festejo, era de pura alegría, porque su fe estaba puesta en la modernidad del metal y el vidrio, en las formas ligeras y limpias (ahora se decía «urbanas»), a las que basta con pasarles una bayeta para que reluzcan, aunque no por eso fuera a renunciar a la caoba, a la teca, a las minuciosas tallas de ebanista, y ni siquiera a la eternidad de un busto de mármol, de un ánfora que el mar ha cubierto durante miles de años. Eso era estar en la punta de la flecha de la historia, lanzada

cada vez más veloz hacia el futuro, y a lomos de esa flecha ella, Gloria Seseña, volaba por encima de las demás, las iba dejando atrás, arrodilladas rezando la novena, pasando las cuentas del rosario en el panteón familiar. El futuro era un hombre fuerte, guapo (porque Ramón era ambas cosas), emprendedor, a cuyos gestos se levantaban edificios, se abrían carreteras, y que, con esa mano capaz de tantas cosas, la cogía del brazo a ella y se la acercaba para besarla en la mejilla al tiempo de decirle que sí, que la quería como esposa, y durante toda la ceremonia sonaba el órgano de los Jerónimos, y había a la salida de la iglesia un cortejo, precedido por media docena de fotógrafos y lluvia de flores y granos de arroz (dicen que para los chinos el arroz es el símbolo de la abundancia, de la felicidad: aquella tarde se derramaría la abundancia, que tanto facilita la felicidad, en las aceras, para Gloria Seseña) sobre la larga alfombra que da paso al vestíbulo del Ritz, y que se prolonga zigzagueante hasta el comedor, donde habrá, a pesar de las restricciones económicas, una pincelada de auténtico caviar («la abundancia, señorita de Beleta, la cara moderna de un país que se cansa de arrodillarse ante las negras sotanas de los curas, y se inclina ante el brillo de las misteriosas perlas del caviar», le hubiera apetecido decirles), y trescientos o cuatrocientos invitados, buscando sus nombres escritos en las tarjetas, esperando un gesto para tomar asiento ante los manteles blancos, los cubiertos de plata y los centros de flores: las rosas, las azucenas, los gladiolos, y la música de un cuarteto de cuerda primero, durante la cena, algo europeo, vienés, elegante, y de un grupo de ardorosos trompetistas del Caribe, a continuación: ritmos tropicales para el baile hasta la madrugada, porque la boda no se celebrará por la mañana, que ha sido lo de toda la vida, no, sino por la tarde, porque la tarde concede un toque de atrevimiento: los canapés (ya empiezan a atreverse a llamarlos otra vez sandwiches, desde que los americanos han ganado la guerra), los cocteles, antes del banquete tradicional, con su consomé, su salmón y su pavo, y el flan y el brazo de gitano, y luego el whisky y el gin y la música de trompetas, como de negros: lo clásico y lo moderno, el tronco y las hojas. Ella, Gloria Seseña. Y él, Ramón Giner. Sus viejas y rancias amigas de toda la vida, y los vigorosos y atrevidos amigos de él, ruidosos, vulgares, pero muy, muy ricos. El ayer y el mañana reunidos en el urgente hoy que ella posibilita. Darle la vuelta al guante de las críticas y saber estar al día, «a la última». Incluso tuvo la inmensa suerte de que Roberto y Mariló Muñoz (debería citarlos al revés, porque el cabeza de familia, sin duda, y en cualquiera de los sentidos que se le quisiera dar a la expresión, era Mariló; por cierto, tampoco demasiada cabeza, la verdad) no pudieron asistir a la fiesta porque, después de casarse precipitadamente, por razones que todos imaginaban y seguramente provocadas por la capacidad de cálculo de Roberto, hacía dos meses que se habían trasladado a vivir a Roma, donde ella se abría camino como pintora, y él seguramente como administrador de los dólares que los americanos, que invadían alegremente la ciudad eterna después de lo que los periódicos extranjeros llamaban su liberación, dejaban caer sobre los tapetes verdes de los casinos. Sin embargo, en algún lugar de sí misma, quizá muy en el fondo, al tiempo que celebraba

su ausencia, los envidiaba un poco, por no tener que soportar el pesado ambiente de control que hacía tan asfixiante y mustia la vida de las mujeres de la buena sociedad en Madrid, siempre condenadas a mantenerse alejadas de cualquier lugar en que floreciera la inteligencia.

Al principio fueron sólo rumores, pero luego empezaron a llegar camionetas en las que viajaban hombres vestidos con ropa un poco extravagante, porque era una ropa apta para moverse por el campo, pero que ningún campesino se atrevería a ponerse. Llevaban pantalones de pana, pero eran de color verde oliva y a veces hasta ligeramente bombachos, y llevaban también chalecos con muchos bolsillos, y boinas a cuadritos pequeños de esos que se llaman de ojo de perdiz o de pata de gallo, y lentes, y las primeras veces se limitaron a pasear a orillas del torrente, y (eso Manuel Amado no lo había visto con sus propios ojos, pero lo había escuchado en el bar) también, aguas abajo, en la confluencia del torrente con el Sil, a media docena de kilómetros de Fiz, en el fondo del valle de Meira. Caminaban, señalaban con el brazo extendido hacia un lugar u otro, hacían gestos amplios con la mano, como abarcando parcelas del paisaje, y se subían nuevamente en la camioneta y desaparecían durante algunos días. Así fue como empezaron a cobrar cuerpo los rumores de que el fondo del valle, y también los de los valles que formaban los cuatro o cinco torrentes que, en la comarca, desaguaban en el Sil, iban a ser cubiertos por un pantano. En principio, aquellos rumores no podían ser tomados más que como una broma, porque el espacio que la gente decía que iba a quedar inundado incluía más de media docena de aldeas diseminadas bien a la orilla del río, bien de los torrentes. Se hacían bromas en el bar, se decían cosas como «Manuel, te cambio las vacas por una caña de pescar», o «Yo ya le quité las ruedas al carro y la mujer le está cosiendo una vela», cosas así, que se referían a algo absurdo, imposible, que nadie alcanzaba a representarse en la cabeza, pero que, sin embargo, empezó a tomar cuerpo cuando aquellos hombres que venían de fuera dejaron de limitarse a dar paseos y se pusieron a depositar sobre los prados instrumentos con los que ejecutaban extrañas maniobras, mediciones cuyos hipotéticos resultados anotaban luego en sus cuadernos. Los niños, a la salida de la escuela, seguían a aquellos hombres en sus evoluciones y contemplaban con admiración los complicados aparatos y se preguntaban qué verían a través de ellos los hombres de extravagante vestuario. A continuación, pareció que el frío, la lluvia y las nieves del invierno alejaban de allí a los misteriosos visitantes, pero, a cambio, trajeron a algunos guardias civiles que se instalaron en el viejo cuartel de Fiz, que llevaba abandonado desde el final de la guerra (eso lo comentó con suspicacia toda la aldea). También reforzaron las guarniciones de otros lugares del valle (eso lo comentaron en el bar los visitantes de pueblos cercanos y quienes por razones laborales o familiares habían visitado los alrededores). Sin embargo, la relación entre los guardias recién llegados y las murmuraciones que habían rodeado la presencia de los hombres de las camionetas no se estableció hasta principios de abril, cuando éstos regresaron con los aparatos. Para entonces, por todas partes se afirmó, y ahora ya se daba como seguro, que, en efecto, pronto iban a iniciarse los primeros trabajos en el curso del río y que la guardia civil estaba allí para garantizar que nadie obstaculizara aquellos trabajos que —y así se dijo ya con toda claridad en el bar— iban a suponer la desaparición de unas cuantas aldeas. A principios de mayo,

un bando anunció la inminencia de expropiaciones, aunque sin establecer todavía con claridad los límites de las zonas afectadas por ellas, y fijó el volumen de las indemnizaciones que se otorgarían a los propietarios que resultaran perjudicados por las obras. El contenido de ese bando hizo reaccionar airada y angustiosamente a quienes tenían sus propiedades en las mismas orillas del torrente, mientras que quienes poseían sus tierras en las zonas más altas y, por tanto, alejadas del curso de las aguas, respiraron con alivio. Algunos de quienes se consideraban beneficiados se permitieron continuar con las bromas en el bar, hasta que —como era previsible— se produjeron discusiones violentas, varias de las cuales llegaron a las manos. Unos hechos que debieron de hacerles pensar a los graciosos que era mejor permanecer en silencio. Así que, a partir de determinado momento, que coincidió con la entrada del verano, quienes creían a salvo sus tierras empezaron a alejarse del bar. Regresaban a sus casas en cuanto concluían las labores en el campo y mandaban a sus mujeres a la tienda o al propio bar a comprarles las botellas de vino que precisaban. Seguramente pensaban ahora que no valía la pena para ellos, que aún tenían un patrimonio que defender, y que seguramente la construcción del pantano convertiría en más valioso, discutir con los que ya empezaban a estar convencidos de que iban a perder todas sus propiedades y, por eso mismo, no se amedrentaban ante los problemas, empujados por esa filosofía destructiva que lleva a la gente a arrastrar a otros en la ruina propia. También se dijo al principio que el nivel del pantano cubriría por completo la fábrica del puente que había aguas abajo de la aldea, pero que no llegaría a anegar el puente de arriba, ya que, aun en el peor de los casos, seguiría siendo necesario mantener la comunicación entre ambas orillas. Esa teoría fue considerada razonable por cuantos tenían los prados por encima del segundo puente, incluido el propietario del bar, quien la exponía («eso no pueden tapanlo en la vida», decía) a los que querían oírlo: en sus razonamientos había una mezcla de tristeza (por los pobres que iban a perder sus prados y huertas) y de satisfacción (por cuantos tenían el privilegio de mantenerlas; él se incluía entre éstos, que de repente habían pasado a formar una especie de élite). A pesar del pesimismo creciente que había ido apoderándose de los vecinos, a nadie se le había ocurrido todavía pensar que la aldea completa pudiera quedar cubierta por el pantano y que las comunicaciones entre ambas orillas en el interior del valle carecieran de importancia para los que en aquellos momentos seguían dibujando planos y haciendo cálculos en algún despacho de La Coruña o de Madrid. Esa convicción de que ni una sola de las edificaciones de la diseminada aldea iba a salvarse de las aguas llegó bastante después, cuando ya los guardias civiles se habían traído sus familias a la casa cuartel y charlaban del heno y de las vacas con los vecinos como si cuanto los rodeaba fuera a durar siempre y no hubiera empezado a esfumarse desde el primer día en que se presentaron las excavadoras y las palas varios kilómetros aguas abajo, en Meiras, en Cerdeira y también en la Foz de Congos, en la que se encajonaba el Sil más acá de Cerdeira. Fue por entonces cuando Carmelo empezó a recordar más frecuentemente a su desaparecido tío Carmelo. Al principio,

no sabía muy bien por qué, pero enseguida fue dándose cuenta de que ese recuerdo le llegaba traído por la presencia de aquellos hombres vestidos de uniforme y armados con fusiles semejantes a los que aparecían en las fotografías que él había visto en tantas ocasiones en compañía de la tía Eloísa. Pero no sólo eran los mosquetones los que le avivaban el recuerdo: eran también las actitudes, los mostachos, algo indefinido que había en su forma de moverse y caminar, y sobre todo en la lengua castellana que hablaban y en el tono de voz y acento con que la hablaban aquellos hombres que —al parecer, y según oía decir a los mayores— procedían del sur, y que acariciaban las letras, confundiendo las eses con las ces, con un acento que le hacía pensar en los lugares remotos y excitantes que aparecían en las películas: junglas y selvas, desiertos, superficies interminables y cubiertas por la nieve, lugares poblados de héroes que, como aquellos recién llegados a Fiz, imponían temor en los pueblos en los que vivían o a los que acudían, a veces entrando en ellos por la fuerza. También los guardias civiles imponían temor en el pueblo, él lo notaba. Era un temor que se convertía en respeto, porque los vecinos jamás pasaban al lado de ellos sin llevarse la mano a la boina y acortar el paso y decir «buenos días tengan ustedes», o «buenas tardes tengan ustedes». Carmelo sabía que la palabra usted los niños debían usarla con los mayores, pero los mayores sólo la usaban ante el cura, el maestro, el notario que venía de Mondoñedo, o ante el indiano de la casa de la plaza. Pero, sobre todo, hubo algo aún más identificable, una similitud más clara que lo llevó a pensar con insistencia en el tío Carmelo. Una tarde descubrió a la tía Eloísa charlando con uno de aquellos hombres en el lavadero. Estaba sentada en el suelo, con las piernas encogidas, junto a la palangana llena de ropa mojada, y el guardia permanecía de pie a su lado. Iba con la cabeza descubierta —algo que le pareció insólito a Carmelo, y que lo llevó a pensamientos aún más inexplicables—, había dejado el tricornio colgado de una de las ramas del fresno, y podía verse su pelo, que, aunque escaso, era muy negro, del mismo color que el del bigote. Escuchó una carcajada de la tía Eloísa, en respuesta de algo que el hombre le dijo, y aquella carcajada le hizo pensar en la otra mujer que había en ella y que él había descubierto pegado a las baldosas del suelo, desde su escondite debajo de la cama.

El mayor se llamaba Gregorio, porque nació ese día, el de San Gregorio, cuando son las fiestas de La Atalaya, y porque, además, José no creía que el nombre que él mismo llevaba diera mucho de sí: de momento, su vida había sido levantar sacos de bellotas y llevarlos a cuestras como un burro de carga, subiendo las pendientes de los encinares, metiéndose en el río hasta el cuello, que en invierno demasiadas noches la corriente venía crecida, y había peligro de resbalar y que las aguas se llevaran el saco, o se lo llevaran a uno detrás del saco, lo cual era aún peor, pero, claro, cualquiera se atrevía a pasar por el puente, que era el lugar que elegía para vigilar la guardia civil, donde se escondía la pareja para pillar a los desgraciados que venían de Fregenal y de Oliva, o de Rosal, con café portugués, o con harina, y que se movían —igual que tanta otra gente— de noche, como las alimañas. A veces, José lo pensaba: de día la dehesa estaba muerta, sólo los animales pastando en silencio, bajo el cielo azul y el sol, pero por la noche cobraba vida, y uno se cruzaba con sombras, oía siseos, arrastrar de pies entre las hierbas. La verdadera vida de la dehesa era de noche. Uno aprendía a moverse a oscuras, e incluso huía de la luz de la luna, se protegía de las noches de luna grande, para buscar las noches opacas, sin estrellas, los nublados, que cubren la luna y las estrellas. Era entonces, en la oscuridad, cuando se podía escuchar, si uno prestaba atención, el rumor de la vida que resbalaba por las colinas. Se oían las pisadas ligeras de los que atravesaban los campos en zapatillas, y también el silbido de las botas de cuero, y el crujido de las cartucheras de los guardias civiles. De noche, uno escuchaba el río y sabía cuál era el vado que debía elegir, porque medía por su mugido hasta dónde llegaba el agua, si había que cruzarlo por entre las adelfas, que era el paso más seguro, el que más protegido estaba de las miradas, o si, por el contrario, no quedaba más remedio que atravesarlo por el vado grande. Sólo en el vado grande podía un hombre franquear las aguas a pie firme en los días de crecida alta, lo malo era que los guardias lo sabían, y esas noches se sentaban debajo del chaparro y esperaban en silencio, sin encender ni siquiera el cigarro, sabiendo que seguramente habría caza mayor, que caería algún desgraciado de fuera, no de Montalto, porque los de Montalto les conocían las costumbres a aquellos pájaros que también gustaban de la noche para abrir sus alas, la verdad es que sí que parecían pajarracos, con aquellas capas que hinchaba el viento. José Pulido le tenía dicho a Gregorio adónde iba esas noches, y que esperase en los alrededores del cuartel para ver a qué hora salía de ronda la pareja y qué dirección tomaba, y Gregorio lo hacía así, tal y como su padre le encargaba. Se quedaba jugando al lado de la fuente que había a la izquierda de la iglesia, hasta que los veía salir del cuartel, y entonces los seguía de lejos y si observaba que se acercaban hacia donde su padre le había dicho que estaría esa noche, o al vado por el que le había avisado que cruzaría el río de vuelta de las dehesas de arriba, entonces se adelantaba a ellos, para salirle al paso al padre y avisarle, y se quedaban los dos metidos en el agujero de un tronco hueco, o entre los pedruscos de granito, o pegados al suelo, debajo de los espinos, donde sabían que los guardias no iban a meterse, y a veces estaban ellos dos allí, encogidos,

padre e hijo, sin respirar, y los otros hablando en voz baja, haciendo sonar sus correajes o los máuseres, en cuya superficie de metal rascaban los matojos secos y los pinchos de las esparragueras. Allí, escondidos, los habían visto a veces encender un pito (el chisquero suena como un tiro en el silencio de la noche) y los habían escuchado hablar de traslados, de sueldos, de agravios del cabo Cardona. José, cuando los oía insultar al cabo Cardona, y llamarle hijo de puta y comentar que su mujer le ponía los cuernos con un agente destinado en Zafra, había llegado a pensar en lo que ocurriría si saltara de repente en medio de ellos y les dijera: «Lo he oído todo, vamos a hacer un trato entre hombres», pero enseguida se daba cuenta de que era un pensamiento absurdo, porque los guardias civiles no son hombres, son otra cosa, son guardias civiles, del mismo modo que tampoco los pobres son hombres más que entre ellos, sólo valen su palabra y su honor en el bar, en la plaza, en la cuadrilla cuando recogen la oliva o cuando vendimian la uva, o cuando bajan a segar a la isla del arroz cerca de Sevilla, a «la isla», que le decían, que era donde él había cogido un par de años antes las tercianas, que se llamaban así porque te subía la fiebre a los tres días, y entonces te tenías que quedar temblando, envuelto en unas mantas que no te servían para nada, porque para nada te quitaban la tembladera del cuerpo. Te castañeteaban los dientes y tenías pesadillas en las que veías a gente que hacía tiempo ya que había muerto, y soñabas también que te estaban enterrando y oías cómo caían encima de ti las paladas de tierra, que hacían un ruido insoportable encima de la madera de la caja. A él le había ocurrido. Había oído esas paladas cayéndole encima y había gritado antes de despertarse y encontrarse con que aquel ruido era el que hacía su mujer, Quica, dándole vueltas con la cuchara al azúcar que había echado en la achicoria. Por eso, una madrugada, le supo mal encontrarse con la cabeza de Gregorio pegada a su hombro, y dándole golpes ahí, en el hombro, a cada bache que el camión cogía en la carretera. Lo veía bajo el brillo fosforescente de la luna, con once años, durmiendo a su lado, pegado a él; notaba su calor, enredados los cuerpos de ellos dos con los de cuantos ocupaban la caja del camión que circulaba camino de la isla del arroz bajo la luz de una luna tan resplandeciente que parecía que no fuera de noche, sino de día, un misterioso día de plata temblorosa que mojaba las encinas que, en vez de sombra, respiraban aquella noche luz, como daba luz también el suelo. No es que Gregorio no fuera a saber trabajar. Sabía. Pero a José le parecía de repente tan pequeño. Y el camión se los estaba llevando tan lejos. Gregorio, que al respirar con la boca pegada contra su hombro le echaba un calor blando, que parecía que aún tuviera restos de la leche que había mamado, nunca había salido del pueblo y sus alrededores. Conocía el río, las encinas, la linde de los toros bravos, la cantera y la mina abandonadas, pero ahora todo eso se iba quedando atrás, lejos. José pensaba en las llanuras húmedas a las que se dirigían, en las tercianas; en toda aquella gente que llegaba allí quién sabe de dónde y que se juntaba en la isla del arroz; en los mosquitos que zumbaban durante toda la noche en el interior de los barracones llevando dentro de ellos la enfermedad; pensaba que, a lo mejor, cuando volvieran a Montalto, dentro

de un mes, también Gregorio temblaría periódicamente bajo las mantas que no protegían de ese frío que la enfermedad sacaba de dentro de uno como de un pozo que estuviera guardado y escondido en las personas. A lo mejor la muerte era eso: que el pozo de agua que todos llevaban dentro y que él había sentido llenarse y gotearle durante las fiebres, se desbordaba, y helaba entero el cuerpo de los hombres. Había cuatro o cinco niños de la edad de Gregorio esparcidos entre los bultos de hombres y mujeres que dormían, entre las cestas y cajas atadas con cuerdas en las que los más previsores guardaban la sartén, la cacerola, una hoja de tocino, un saquito con los garbanzos, y todos, los hocinos de segar, la piedra para adelgazar el filo. Cerraba los ojos e intentaba imaginarse a Gregorio corriendo de un sitio para otro, bajo los mordiscos que daba el sol en los primeros días de septiembre, envuelto en las nubes de mosquitos, yendo de una a otra cuadrilla y ofreciendo el cántaro a los segadores que se quejaban y le decían que si lo había dejado en las brasas de la lumbre, que si era el caldo de los garbanzos, o que el agua estaba más caliente que el nabo de un novio. Y otros gritándole porque tardaba, y haciéndole bromas pesadas. El niño estaría solo, y él, en alguna parte de aquella llanura, se inclinaría sobre las matas secas del arroz, debajo de su sombrero de paja. Allí, en la madrugada, pensó que había traído al mundo un criado para los criados, tragó saliva y empezó a liar un cigarro. Por encima de la caja del camión, las estrellas fueron palideciendo a medida que la noche se desvanecía y también su conciencia, porque se fue quedando dormido mientras consumía las últimas caladas del pito. Cuando se despertó, la luz había pasado de la plata al oro. Gregorio había trepado sobre una de las maderas que servían como refuerzo de la caja del camión y desde allí miraba el paisaje. Subió también él y se puso al lado del niño en el momento en que se descubría a lo lejos el interminable caserío blanco y horizontal de Sevilla, sobre el que se levantaba silenciosa la torre de la Giralda. El camión iba dejando a la izquierda la ciudad y seguía camino del sur.

Le costó más de lo que en un principio creía aprender a moverse sobre aquel vehículo con ruedas que le fabricó su amigo Andrés. Algunas mañanas se hacía acompañar por José Luis, que se ofrecía a empujarlo a ratos, sin duda porque así podía avanzar atento a ejercer una actividad que le permitía mantener la vista fija al frente y no volver continuamente la cabeza para encontrarse con las miradas de los compañeros de escuela que se cruzaban con él. Pedro del Moral se cansaba de hacer girar las manillas de la polea, se asustaba ante cualquier dificultad y, cada día, al salir de casa, tenía la impresión de que no iba a llegar nunca a la Plaza Mayor. La ciudad era distinta si uno la veía desde la silla de ruedas. Tenía aceras, desniveles, cuestas que antes ni siquiera le habían llamado la atención, y que ahora, sin embargo, le parecían interminables; y tenía escaleras: por ejemplo, algunas entradas de la Plaza Mayor estaban precedidas por empinadas escaleras por las que él ya no podía subir cuando venía de Tejares. Ahora sabía que tenía que evitar las puertas que daban al mercado de Abastos y dar la vuelta hasta la calle de San Pablo para entrar en la plaza y llegar al Novelty, y también sabía ya con certeza que nunca podría darse la vuelta para volver a Fuentes de San Esteban. Los días que empezaba a llover levantaba los brazos y desplegaba un hule por encima de su cabeza y, mientras movía las manillas que hacían girar la polea que ponía en marcha las ruedas, pensaba que, poco a poco, le estaba pagando a su mujer la deuda que contrajo con ella por llevarla a Salamanca a morir. «Ya ves, Asunción, te enterré a ti, pero también he empezado a enterrarme a mí mismo. Te he enviado un buen pedazo mío. Poco a poco, vamos todos pagando», le decía desde la cama por las noches. Y pensaba dónde estarían enterradas sus piernas, si es que los médicos, o los guardias, o quienes fueran los encargados de esa tarea, enterraban en alguna parte los miembros mutilados de la gente. Mientras permaneció en el hospital, no se había atrevido a preguntárselo a nadie. Se había despertado, había visto que las piernas no estaban donde tenían que estar, y no se había atrevido a preguntar quién se había llevado aquel trozo de sí mismo. «El tren», le había dicho la monja, mientras él cerraba los ojos de nuevo y le pedía al sueño por favor que viniese a distraerlo. «El tren». Cerraba los ojos y veía una locomotora que se llevaba, enganchadas al metal del parachoques, sus piernas, con destino a algún lugar lejano, y sentía que el resto del cuerpo tenía que haberse ido dócil con ellas, en busca de una inexplicable felicidad cercana al sueño que se apoderaba de él cada noche. Muchas mañanas, mientras recorría la ciudad encima del carro de ruedas, deseaba que aquel tren que se había llevado sus piernas lo llevara a Mequinenza de nuevo, a las noches crueles, pero inocentes, de la guerra, llenas de estrellas que temblaban con un resplandor rojizo cada vez que estallaba un obús a lo lejos; a aquel lugar de Santander, con el río en el que se bañaban desnudos los soldados, la ropa esparcida bajo los castaños, y las mujeres que lloraron en silencio mientras él les pasaba por la cabeza la maquinilla de rapar. Sobre el suelo empedrado de la plaza cayeron mechones negros que el viento de la tarde esparció. Quería que la locomotora lo llevara hacia atrás, hacia su vieja casa de Fuentes de San Esteban,

hacia las tardes de domingo de entonces, cuando Asunción lo veía llegar desde detrás de los visillos de la ventana. Él, desde la calle, veía moverse sigilosamente la cortina y sabía que lo esperaba, que se humedecía las yemas de los dedos con saliva y se arreglaba el pelo antes de abrirle la puerta. Ahora, las mujeres del barrio chino le ayudaban a subir los escalones del umbral de las casas de citas. Cada vez que él llegaba, el acto de empujar la silla se convertía en motivo suplementario de animación. Mientras lo izaban entre varias, se reían ruidosamente y bromeaban con los clientes, y él participaba de las bromas con voces y aspavientos. Después, sin apearse de la silla de ruedas, avanzaba por el pasillo hasta una de las habitaciones y allí gateaba sobre la cama y se quedaba tendido boca arriba, esperando.

A Raúl fueron a buscarlo a la escuela de párvulos. Se lo contaría después en el internado a José Luis del Moral y también, algunos años más tarde, a su novia. Apareció una tía suya muy nerviosa mientras ellos estaban con el libro del patito rojo —así lo llamaban al libro de segundo año, por oposición al de primero, que tenía la tapa de color verde— abierto encima del pupitre y leían palabras largas y difíciles, como caracol, mosquito, bártulo o tranvía, el significado de las cuales muchas veces se les escapaba. Entró su tía en clase, interrumpiendo la lectura, se acercó a la mesa de doña Amelia, que estaba encima de la tarima, cuchichearon un rato, lo miraron de reojo mientras tanto tres o cuatro veces, y, por fin, dijeron: «Raúl, sí, tú, Raúl, ven, que te están esperando», y él recogió sus libros y los puso en la cartera y también puso dentro el plumier de madera que le habían regalado para reyes y que tenía arriba una cortinilla de láminas que se encogían para abrirse y se separaban para cerrarse. Mientras cerraba el plumier (baúl lo llamaban en su pueblo, o sea, casi lo llamaban como a él), una de las veces que levantó la vista, se dio cuenta, y eso que estaba lejos, a siete u ocho filas de la tarima, de que su tía estaba llorando, y a él se le ocurrió pensar qué habría hecho de malo para que en casa tuvieran ese disgusto y para que fueran nada menos que a la escuela a sacarlo de clase. Repasó mentalmente todo lo malo que había llevado a cabo durante las últimas horas y no encontró nada que pudiera provocar tanto malestar, aunque, parándose a pensarlo más despacio —y eso ya fue mientras recorría el espacio que había entre su pupitre y la tarima de doña Amelia—, se le ocurrió que seguramente fuera porque la tarde anterior se le había deshilachado la codera del jersey, dejando un agujero en la manga. Mientras se mantenía de pie ante su tía y la maestra, esperaba que sacasen a relucir el agujero en la manga del jersey, por eso se extrañó cuando la maestra le pasó la mano por la cara, y le dijo muy amable y en voz baja: «Hala, Raúl, vete con tu tía, y sé muy bueno con tu madre, porque ya eres un hombrecito».

La primera vez fue a una mujer que trabajaba para el mismo taller que la suya, en la calle Blasco de Garay. Se llamaba Elvira Rejón. Era morena, morena de pelo y con los ojos muy negros, pero con la piel tersa, blanquísima. Muchas noches en vela la había recordado después desnudándose ante él y tendiéndose en la camilla que había detrás del biombo de su despachito, y abriendo los muslos asustada. Apareció una mañana, acompañada de Luisa, y le dijo que le dolía el pecho y que tosía y que había echado esputos de sangre: eso se lo dijo casi en el pasillo, delante de su mujer, pero luego, en cuanto la hizo pasar al despacho y empezó a auscultarla, ella se echó a llorar y le dijo: «Don Vicente, discúlpeme, pero no es la tos lo que me preocupa, le he mentado a su mujer, ya sé que está mal, pero le he mentado, qué iba a hacer, porque yo no he escupido en mi vida sangre, pero sí que he estado un par de veces embarazada, y sé que vuelvo a estarlo». Él se quedó jugando con el aparato de metal entre las manos, y luego lo pegó sobre aquel vientre que aún no mostraba ningún signo de hinchazón, y le preguntó por las faltas que había tenido, y palpó, y escuchó, y le miró el fondo de los ojos, apartándole con el pulgar los párpados, y, mientras se pasaba la pastilla de jabón entre las manos ante el lavabo que había junto al biombo, le dijo que sí, que era verdad, que era casi seguro que estaba embarazada y que tenía que cuidarse, y ella siguió llorando, en silencio, como si el llanto tuviera sus propias reglas y buscara escaparse por su cuenta, porque fuera ajeno, de otra mujer que lloraba por otros motivos, y se vistió despacio, y una vez que ya se había abrochado la blusa e iba a coger el jersey que estaba en el respaldo de la silla, dijo: «Pero es que no quiero cuidarme, es que tengo ya dos hijos, ¿sabe?». Él apartó la cara para no encontrarse con su mirada.

Las noches enteras con Ramón le trajeron el recuerdo de las que vivió con Ángel Santamarina en el norte. Se despertaba a media noche con la rodilla de él apoyada en su cuerpo, y sentía su fuerza y su calor. Al principio le habían parecido extraños sus besos: sus labios tenían otra densidad, eran más carnosos y blandos; y su aliento desprendía otro olor. También le había extrañado la forma que tenía él de cogerla por la cintura y levantarla acercándosela, y la urgencia con que penetraba en ella, y el gemido con que concluía su abrazo; sin embargo, con el paso del tiempo, todo aquello se le fue haciendo imprescindible, como se le había hecho imprescindible el nuevo aspecto y la animación que había adquirido la casa. Se entristecía pensando que pudiera ocurrir algo que viniese a romper aquel equilibrio. Había empezado necesitando la energía de Ramón y había acabado por necesitarlo a él. Ramón había sido al principio un calco colocado sobre el recuerdo de Ángel Santamarina, pero había acabado por imponerse al original, ganándole en precisión y viveza. Gloria pensaba que la vida le había concedido misteriosamente una segunda oportunidad y que era como un sueño del que, en cualquier momento, podía volver a despertarse, y entonces, cuando le crecía la idea de fragilidad, se sentía vagamente molesta por esa dependencia, que se traslucía en una preocupación por Ramón que no podía disimular. Le hubiera gustado que él la viera más lejana, un poco ausente, pendiente de cosas del exterior; y al principio había intentado huir del cerco en el que la envolvía aquel hombre, su marido (le gustaba decir «mi marido»), pero eran escasos los compromisos y distracciones que una mujer podía buscarse por su cuenta, y siempre los mismos: a ella le interesaban poco, aunque fingiera, las reuniones de caridad, las cofradías, las asociaciones religiosas, las obras benéficas. No le bastaban, aunque esas actividades estuvieran a veces embellecidas por algún concierto, por algún estreno de cine o de teatro a beneficio de algo. No eran soportes suficientes para mantenerla verosímelmente ocupada. Como no lo eran las tardes que pasaba de compras con las Núñez del Arco, con la de Beleta, las ñoñerías en torno a una taza de chocolate y a una ración de tortitas con nata en el Nacional o en Los Vieneses. Ninguna de esas actividades, ni esas compañías, la embellecían con la imagen de mujer misteriosa y libre que ella quería ofrecerle a Ramón para mantenerlo despierto y ávido como ella lo estaba. Es más, cuando Ramón volvía por la noche, se limitaba a preguntarle con desgana por lo que había hecho aquella tarde, y cuando ella se lo contaba, se reía de sus ridículos quehaceres y de sus amigas, tan cursis. La vida matrimonial le reservaba, sin embargo, a Gloria un papel que interpretaba con orgullo y precisión: sabía organizar mejor que nadie una velada en casa, moverse con estilo entre los invitados y exhibir unos modales de los que carecían las esposas de los socios y clientes de Ramón. Su refugio era el estilo: saber llevar un escote con elegancia, moverse con suavidad, empuñar los cubiertos, elegir los vinos apropiados, hacer bailar con ligereza la conversación. No era poco, pero no era suficiente, y esa carencia se le revelaba con más claridad desde que había nacido la niña y había dejado de acompañar a Ramón a las cenas de trabajo a las que él, por sus negocios, se

veía continuamente obligado a asistir. Ramón no era partidario de que la niña se quedara a merced del servicio. «La que tiene que criar a los hijos es la madre, no la criada», decía. Y Gloria, esas noches en que se quedaba a solas junto a la cuna, leyendo revistas o escuchando la radio, sentía que la niña, que, en principio parecía que había venido para unirlos aún más, los estaba separando. Miraba a cada poco rato el reloj y creía oír el ruido de la puerta del garaje, o pasos en el jardín, cuando sólo era algún automóvil que circulaba por la calle a esa hora tardía, o el ruido que hacía el viento al pasar entre las ramas. Ella conocía demasiado bien lo que hacían los hombres cuando se veían por la noche sin la compañía de sus mujeres. Sabía que las noches se prolongaban en Chicote y O'Clock, e incluso, ya de madrugada, en lugares dudosos como Pidoux, Madame Teddy, o algunas casas de la calle de las Naciones. Gloria había acudido con Ramón a las cenas de negocios hasta que el médico le exigió, en los últimos meses del embarazo, que guardara estricto reposo. Al principio, él refunfuñaba mientras ella le arreglaba por última vez el nudo de la corbata ante el espejo del hall. Se quejaba de tener que salir de casa por la noche, y de tener que ir solo. A continuación, telefoneaba un par de veces desde el restaurante, informándole de los pormenores de la velada, y, al poco rato, se presentaba en casa con el último trago del café aún en la boca. «Qué ganas tenía de que se acabara», decía, «ponme una copa». Se despojaba de la chaqueta y la corbata, se arrellanaba en su butaca y reflexionaba en voz alta: «Quince horas de trabajo para comprar este instante. No está mal. Me parece barato». La acariciaba, seguramente animado por el alcohol que había consumido a lo largo de la noche. Pero eso fue al principio. Con el paso de los meses, las llamadas desde el restaurante se redujeron, y ahora, la noche en que se producían, eran sólo para decirle que se acostara sin esperarlo, porque la reunión iba a prolongarse más de lo previsto. Muchas noches ni siquiera llamaba para advertirla y ella esperaba en vano a que sonara el teléfono. Quería diferenciarse de sus amigas, que discutían con los maridos cuando llegaban tarde, que se quejaban y se hacían confidencias convirtiendo en públicos el temor y las sospechas que las asfixiaban. Para no parecerse a ellas, Gloria bromeaba con Ramón al teléfono y se reía a carcajadas de algún detalle que le comentaba él acerca del desarrollo de la velada. Pero, en el fondo, sentía una inquietud que se volvía aún más cruel, porque no se atrevía a compartirla con nadie. Ni siquiera a sí misma se atrevía a tolerarse unas sospechas que empezaban a ajustarse como el guante se ajusta a una mano a la palabra celos. Durante algún tiempo, se dijo a sí misma que sólo le preocupaban las cuestiones higiénicas: que Ramón pudiera tener una aventura de una noche y que se contagiara con alguna de las enfermedades frecuentes en los lugares de alterne, y que pudiera transmitírsela a ella, o incluso a la niña. En otros momentos pensaba que lo que le dolía era descubrir que no conocía a aquel hombre, a pesar de que hacía ya casi tres años que se habían casado. En qué se parecían y en qué se diferenciaban el Ramón que vivía en el corazón de ella y el que conducía automóviles, dirigía proyectos o se acodaba en las barras de los bares discutiendo con sus socios bajo los

tubos de neón. En la intimidad de la casa, él la trataba con delicadeza y pasión. Y eso, precisamente eso, era lo que ahora le dolía con un dolor que no quería reconocer. Que él pudiera guardar esa delicadeza y pasión para otras, abrazar a una mujer que no era ella, y cogerla por la cintura y levantarla acercándosela, y besarla con aquellos labios que ella buscaba después en la oscuridad. Esas noches tristes pensaba en Mariló Muñiz, en Roma, y la imaginaba partícipe de una indefinida libertad para ser mujer que ella se negaba allí, leyendo los ecos de sociedad de las revistas y oyendo la radio junto a la cuna de la niña, y se sentía prisionera de algo que cobraba cuerpo por las mañanas, cuando Ramón se iba a la oficina y ella le registraba los bolsillos de su chaqueta en busca de certezas («es mejor la verdad, aunque duela, que la sospecha», se decía, aun a sabiendas de que no sería capaz de soportar aquella verdad que temía), o se acercaba a la cara las camisas usadas que él había dejado abandonadas en la cesta de la ropa sucia, para ver si guardaban algún perfume ajeno. Una tarde, buscando un alivio secreto, se atrevió a contarle su miedo al confesor y, a medida que iba desgranando su inquietud y sus sospechas, y que escuchaba la voz del sacerdote hablándole de resignación, sintió que empezaba a aceptar la misma derrota que las demás, y no pudo soportarlo.

Gregorio tardó unos cuantos meses en saber por qué le llamaban El Panaderino. Le hizo falta, a la vuelta de la isla del arroz, que su padre le pidiera unas cuantas noches que fuese a la puerta del cuartel para vigilar los movimientos de los guardias, porque él tenía que salir a coger bellotas, y luego, al cabo de un buen rato, ver que no había ido a ninguna parte, sino que estaba entretenido charlando en la barra del bar. Así fue como empezó a darse cuenta de que, a ciertas horas, su padre hacía salir de la casa a los hermanos mayores, con diferentes encargos, y que sólo se quedaban dentro los dos pequeños, y que entonces, por la puerta del corral, se metía allí dentro Lucas, el panadero del pueblo, y se quedaba a solas con su madre. Panaderino. La primera vez que se dio cuenta de lo que aquella palabra quería decir corrió por la dehesa hasta quedarse sin aliento y, después, volvió frente a la puerta trasera de la casa, donde se desplomó entre los carrascos y se quedó agazapado, jadeando de rabia y de cansancio, hasta que lo vio salir, gordo, abrochándose la chaqueta que apenas llegaba a cerrársele por encima de la barriga, y, al verlo salir, le pasó por la cabeza la imagen de aquel hombre desnudo encima de su madre, moviéndose como él había visto que se movían unos sobre otros los animales, empujándose, frotándose, y vio la cama del cuarto con la cuna al lado y el hermano pequeño metido dentro, y la otra, la niña chica, la Luisi, de pie, al lado, viendo y escuchando, y se echó a llorar, allí tendido en el suelo, mordiéndose los puños. Entendió las frases dispersas que había escuchado en algunas ocasiones al pasar entre los corros de los hombres en la plaza, frases como «los hornos del arroz cuecen mejor el pan de trigo», o «más se le saca a un novio panadero que a cien maridos arroceros». A partir de entonces, veía a su padre en el bar, delante de la botella de vino, o en el campo, preparando las trampas para los pájaros, y esas lágrimas que le habían llegado aquella noche se le convertían en veneno: le veía las manos nudosas, fuertes, veía su cuello ancho, sus muslos apretados por el pantalón cuando permanecía sentado en una silla, toda aquella energía que emanaba de él, y no entendía cómo no era capaz de defender lo que tenía en casa, y no era capaz de evitar que su mujer, que acunaba y le daba el pecho al pequeño, que los peinaba y lavaba a todos de buena mañana, que aseaba la casa, fregaba, lavaba, y era seria y huidiza, luego, a solas, abriera la boca para besar los labios gruesos y vulgares del panadero, y se abriera toda ella para recibirlo dentro. No podía creerlo. Ahora miraba a sus hermanos menores y creía encontrar en ellos rasgos de aquel hombre que siempre le había parecido antipático, con sus bromas fáciles y sus risotadas, y su tono de voz alto y suficiente. Encontraba en sus hermanos esos rasgos que le hacían nacer la desconfianza, por más que tales rasgos intuidos fueran cambiantes, y un día le pareciera identificar una sonrisa, y otro, el tono de voz, y otro un gesto, o un destello en la mirada, o la forma de la nariz. Como una piedra que rueda acaba provocando un alud, así, aquel descubrimiento había provocado en él el derrumbe de buena parte de cuanto lo rodeaba, porque él siempre se había considerado uno con su familia, había pensado que su padre, su madre, sus hermanos y él formaban algo aparte, que eran ellos y para ellos, y ahora, sin embargo, le daba la

impresión de que la casa tenía las puertas abiertas de par en par, y que aquel comedor de sillas disparejas en el que se sentaban a mediodía estaba poblado por invitados que habían llegado de fuera, y que los gestos de cariño que hacía su madre cuando le pasaba el peine por la cabeza, para agacharle el mechón de cabellos rebeldes, era un gesto que estaba en venta, exhibido en un escaparate, como las camisas y los zapatos que vendían en las tiendas de Zafra, que las mujeres palpaban antes de elegir, y que alguien, si pagaba, podía tener acceso a aquellas prendas. En la isla del arroz, su padre le había dicho: «A quien quiera contratarte, no le mires nunca el color de los ojos, por ahí es por donde pierdes, mírale el bulto de la cartera», pero él no podía dejar de mirarle los ojos al panadero, y odiaba el destello que los manchaba cada vez que le tocaba ir a comprar el pan, se sacaba los billetes arrugados del bolsillo para pagarle, y el otro le decía: «Eso ya lo apunto en la cuenta y lo arreglo yo con tu madre». Y cuando decía «tu madre», a Gregorio le parecía advertir en sus ojos grisáceos un brillo de sorna. Pensaba que esos ojos forasteros conocían mejor el cuerpo de ella que él, que había salido de allí dentro, y ese pensamiento le producía un dolor que dejaba inutilizado cualquier otro sentimiento. Los pobres sólo son hombres entre ellos, sólo entre ellos tienen palabra y dignidad, pensaba, y se veía a sí mismo como Panaderino, y se miraba las manos y suponía que acabarían hinchándose como las de aquel hombre y que llevarían en el dedo corazón un enorme sello con una piedra roja, como la que llevaba aquel otro grueso dedo corazón. Panaderino. Las manos del hombre eran suaves y blancas, mientras que las suyas estaban llenas de nudosidades y rasguños.

Las noches que su padre llegaba tarde, José Luis se metía en la cama y lo esperaba allí quieto, sin apenas respirar. Hacía más de un año que Ángel ya no vivía con ellos. Se había instalado en un piso cerca de la calle Toro y salía por las tardes a tomar los vinos con algunos comerciantes y ganaderos, que aprovechaban cualquier excusa para palmearle los hombros al cada día más popular Ángel de Tejares. Había cambiado mucho Ángel. Ahora trabajaba como mecánico en un taller de coches cerca de la Alamedilla y era el dueño del taller el que le pagaba los entrenamientos y el que llevaba la voz cantante en las apuestas de los combates y el que iba con él a todas partes y le presentaba cada día a más gente pudiente y se lo llevaba a Madrid a ver a las grandes figuras del boxeo que actuaban en el Campo del Gas. Hasta la cara le había cambiado a Ángel, porque le habrían dado un golpe en la nariz, o se la habrían operado (eso decían en la escuela, que a los boxeadores les operaban de la nariz, y José Luis se miraba en el espejo y se aplastaba la suya con la yema del dedo pulgar para ver cómo quedaría su propia cara cuando fuera un hombre y se la rompieran en una pelea, o se la operaran). José Luis pelaba concienzudamente las patatas, procurando que la piel quedase muy fina, las cortaba en tiras regulares, ayudándose de una tabla de madera, y encendía, con cuidado de no quemarse, el hornillo de petróleo, en el que cada noche le preparaba la cena al padre: le ponía un huevo frito con patatas y un par de salchichas en un plato y lo tapaba con otro para que las moscas no anduviesen en la comida, y a continuación cubría con una servilleta el pedazo de pan y colocaba al lado la botella de vino y un vaso. Pero cuando el padre se retrasaba, era porque había bebido más de la cuenta, y en esas ocasiones ni siquiera tocaba la cena: cerraba la puerta después de varios intentos, tropezaba con la silla de ruedas contra los muebles, hablaba solo, se lamentaba, y se dirigía a él para decirle cosas que no comprendía. Desde que el tren le cortó las piernas, la verdad es que nunca había vuelto a pegarle, pero, cuando bebía, le pedía que se acercara y tiraba del muchacho hacia sí, cogiéndolo por los brazos, y le ponía la cabeza en su regazo, sobre los muñones encerrados en la tela del pantalón prendida con imperdibles. Entonces le acariciaba el pelo, le decía «hijo», y también decía «Asunción», llamando a la mujer que José Luis no había conocido y que, sin embargo, había sido su madre. «Asunción», decía con los ojos borrosos y la voz ronca, apretando la cabeza del niño, «¿qué mal te hicimos nosotros?». José Luis se quedaba allí, notando que hasta las perneras de los pantalones olían a tabaco y vino, y también a orín. Por eso, para evitar esa situación, en cuanto su padre empezaba a retrasarse, se metía en la cama, apagaba la luz y se tapaba bien con las mantas, y se acurrucaba a la espera de que sonara la llave en la puerta y el crujido metálico de las ruedas chocando contra las sillas. Y sin embargo, después de que su padre y Andrés le pidieron que se quedase con ellos un rato y estuvieron hablándole durante toda la tarde, y, tras muchos rodeos, acabaron diciéndole que era mejor que lo enviaran a León, a un internado, donde podría seguir estudiando, y que allí, en aquel internado, estaría bien atendido, y que se haría un hombre de provecho, y a lo mejor hasta podría llegar a estudiar una carrera en la

universidad, y ganaría dinero para ayudar a su padre, y le tuvieron así, durante horas y horas, desarrollando argumentos que escuchó sin aceptar ni negar, fue José Luis quien —una vez que se hubo marchado Andrés y la casa se quedó en silencio— se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en los muslos mutilados del padre y le pidió que lo dejara quedarse con él. «Padre, no quiero irme», repitió con la boca hundida en la tela del pantalón. «No dejes que me lleven», dijo. Y le dolió la frialdad con que su padre le apartó la cabeza de un manotazo, mientras le exigía, con palabras cortantes, que fuera «un hombre de una pieza». José Luis se puso en pie y se dirigió hacia su cama, al lado de la cual se desnudó en silencio. Ni siquiera se atrevió a llorar cuando ya se había acostado y la habitación estaba a oscuras, a pesar de que pensaba que se encontraba solo, que nadie iba a ir a ayudarlo. Nunca llegó a enterarse de que Andrés había tenido que pasarse muchos días intentando convencer a Pedro de la necesidad de separarse de su hijo, de cuántas veces Pedro le había dicho a Andrés: «Pero es que no podría vivir sin el chico», ni de que, aquella noche, después de apagar la luz, se la pasó entera llorando en silencio, mientras la luna mojaba las sábanas y las hacía resplandecer con el mismo brillo fosforescente que tenían cuando Asunción dormía a su lado con el camisón entreabierto.

Elvira Rejón le tendió un fajito de billetes arrugados, que separó de los que llevaba ceñidos con una goma en el interior del bolso. Estaba muy pálida, y había cerrado los ojos con un gesto de dolor cuando dobló el cuerpo para incorporarse en la camilla. Vicente Tabarca rechazó con un gesto aquellos billetes. «No lo he hecho por eso», le dijo a la mujer, «usted (de repente, era él, don Vicente, el que le hablaba de usted a aquella mujer asustada) lo sabe». Pero ella se los puso en la palma de la mano y luego cerró con sus propios dedos el puño del hombre. Desde la cocina llegaba el olor de la comida, y también los ruidos que hacían las niñas jugueteando. Luisa no estaba. Habían elegido para la intervención precisamente esa mañana en que su mujer tenía que pasarse unas horas en el taller de costura. Con la mano que le quedaba libre (la otra era un puño cerrado, guardando unos billetes que ni siquiera pensaba en meterse en el bolsillo) la ayudó a ponerse de pie, y la sostuvo mientras ella daba sus primeros pasos por la habitación. Estuvieron así un buen rato. Elvira caminaba cogida del brazo por la mano de él, se sentaba, volvía a incorporarse siempre ayudada por él, y caminaba de nuevo. Una vez que se sintió con fuerzas para salir a la calle, él la condujo hasta el descansillo y la ayudó a entrar en el ascensor. Pero, cuando el ascensor emprendió su viaje, pensó que quizá no le había insistido lo suficiente para que no dejara de coger un taxi allí mismo, a la puerta, y lamentó no haberla acompañado hasta la calle, no fuera a ser que se sintiera de repente mal. Podía ocurrir algo (un desvanecimiento, una hemorragia), cualquier incidente que los comprometiera a ambos. Apartó los visillos y se asomó discretamente por la ventana. La vio en la acera, y cómo se acercaba a ella un hombre delgado, vestido con un traje raído, que le pasó un brazo por la cintura, mientras extendía el otro para detener un taxi que se acercaba. Se tranquilizó, y esa tranquilidad le hizo acordarse de que aún guardaba los billetes arrugados en el interior de su puño cerrado.

En su viaje hacia el internado, Raúl vio por vez primera en su vida la nieve. Por la noche, ya a la salida de Madrid, donde habían tenido que hacer transbordo y cambiaron de la estación de Atocha, a la que llegaban los trenes de Valencia, hasta la de Príncipe Pío, que era la terminal de los que procedían del norte, había observado desde la ventanilla del tren aquella superficie reluciente que iluminaba a su paso la luz del convoy y que más allá de lo que alcanzaban las luces de las ventanillas se prolongaba en una especie de oleada lechosa que ocupaba los montículos y las extensiones que la noche devoraba en límites imprecisos. La nieve iba a ser su compañera durante los primeros meses que pasó en el orfanato. La estuvo viendo durante toda la noche a través de la ventanilla del vagón, y luego, a medida que crecía la luz del día, empezó a descubrirla destellante, a ratos rosada, en otros puntos dorada, en otros con una blancura cegadora, y la vio luego colgando sobre la marquesina de la estación de León, y envolviendo el desolado paseo que conducía hasta el colegio. Las ramas yertas de los árboles y los arbustos cubiertos con aquel algodón formaban un decorado que le daba la primera lección práctica de un invierno que él sólo había visto en el cine y en las ilustraciones de los libros, porque el invierno en su tierra era todo verdor de árboles de hoja perenne, de naranjos, penachos de palmeras, algarrobos y pinos. Primero había visto la nieve, y ahora, desde que había puesto los pies en el suelo, la pisaba y notaba su crujido y su blandura y el frío que se apoderaba de sus pies y que le daba la impresión de que le encogía los dedos, y que era al encogerse cuando le provocaban aquel dolor intenso. Caminaba quedándose un paso detrás de su madre. Llevaba la maleta en la mano izquierda y con la derecha apretaba la de su madre. El edificio del internado se levantaba detrás de una valla de granito: era una enorme mole de piedra culminada por un agudo tejado de pizarra. Se accedía a la puerta principal por una ancha escalinata de cuya superficie alguien había hecho desaparecer la nieve. En cuanto penetraron en el interior del edificio, un hombre de aspecto robusto, que más adelante sabría que era el jefe de estudios, salió a recibirlos, tendiéndole una mano a la mujer y poniendo la otra sobre la cabeza de Raúl. «Besa a tu madre, despídete de ella», dijo al cabo de pocos minutos el jefe de estudios, mientras hacía un gesto indicándole a alguien que se asomó a la sala —un hombre de cabellos escasos y rojizos, al parecer encargado del almacén— que se llevara al muchacho. La madre de Raúl lo besó varias veces y resultó evidente que apenas podía contener la emoción, porque se le humedecieron los ojos. «Señora, el niño estará mejor aquí que en casa», cortó el jefe de estudios la despedida, de un modo que a Raúl le pareció brusco. El muchacho se marchó acompañado por el hombre de pelo rojizo. Detrás de él cruzó de nuevo el hall, en cuyo centro las baldosas de mármol blanco y negro formaban una rosa de los vientos, y subieron la escalera principal. Cuando Raúl apoyó la mano sobre la barandilla, que era de metal dorado y que relucía bajo una enorme lámpara, el hombre se volvió para decirle que la apartase, y añadió: «Ya tendrás tiempo de enterarte de que no se toca la barandilla». Raúl se sintió incómodo, torpe. Y fue en

ese momento cuando notó crecer en él una emoción que hasta aquel instante no había sentido. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Qué otras cosas desconocería, qué otros errores cometería. Por un instante, creyó que no iba a ser capaz de continuar el ascenso, que iba a dar media vuelta para volver junto a su madre a pedirle que no lo dejara quedarse allí, con aquella gente extraña cuyas costumbres desconocía. Pero llegó al descansillo del segundo piso y caminó por un pasillo mal iluminado hasta una sala cubierta de azulejos blancos, que tenía dos filas de pequeños cubículos por encima de los cuales destacaban las figuras metálicas de las duchas. El hombre le pidió que se desnudara y le entregó una pastilla de jabón y un estropajo, y, mientras él se estaba lavando, apartó la cortina para mirarlo y darle indicaciones. «Tienes que frotar más fuerte», le dijo, «sin miedo». Él obedeció, como obedeció sus indicaciones para que se vistiera con unas prendas que eligió en la sala contigua, incluidas las gruesas botas de cuero, que, al poco rato, ya le lastimaban de nuevo los pies que había empezado a castigar el frío. Ante un mostrador de madera tuvo que entregar la maleta de cartón que traía la ropa que su madre había preparado y que guardaba también algunas chokolatinas caras, de Nestlé, que ella y su hermana le habían comprado excepcionalmente para el viaje, y que él nunca había tenido ocasión de probar en su pueblo, aunque había visto algunas parecidas en manos de los compañeros mejor vestidos de su escuela, que las abrían despacio en el patio, separando las láminas de papel y guardando el papel de plata entre las hojas de los libros; y también media docena de tebeos con los dibujos en color, de colecciones que nunca habían estado al alcance de su modesto presupuesto de hijo de viuda en Bovra, porque un solo ejemplar costaba más dinero que el que su madre le daba para sus gastos dominicales, incluido el cine. Aquella maleta que entregó en el almacén, y de la que no le dejaron tocar nada, ni siquiera las chokolatinas y los libros, no volvería a verla hasta el verano siguiente, cuando la recogió para las vacaciones, aunque, por entonces, ya no tenía el aspecto que tanto le gustó cuando su madre lo había llevado con ella a la tienda para comprarla. El cartón se había deteriorado. Tenía manchas azules de humedad sobre la superficie amarilla; y de las chokolatinas y tebeos, que tantas noches había recordado durante aquellos meses, y que esperaba volver a encontrar cuando la abrió de nuevo, no quedaba ni rastro.

Rosa Moure, que durante años había tenido ocasión de conocer el rostro de la virtud de Eloísa, descubrió durante las semanas que precedieron al desalojo de la casa que la espalda de esa virtud era igual de vigorosa que su rostro. Con la misma dedicación con que había defendido las propiedades de los Amado, con la misma minuciosidad contable y la ausencia de precipitación para hacer sus cálculos que había mostrado siempre, Eloísa exigió su parte en las ventas de los animales y en las indemnizaciones que les correspondieron por cuenta del Estado por las tierras que quedarían anegadas cuando concluyera la construcción del pantano, y peleó por su porción de mobiliario y de ajuar, y se enzarzó en agrias discusiones con su hermano Manuel por el reparto de los escasos prados que la familia poseía en las zonas más altas del valle y que, por encontrarse en ese emplazamiento, iban a librarse de la inundación. Estaba muy claro para quien quisiera verlo. Desde el mismo día que anunció su próxima boda con Martín Pulido, guardia civil destinado en Fiz, y nacido en Montalto, provincia de Badajoz, Eloísa había decidido que su familia era ahora otra, la de su futuro marido, y que era por ella por la que tenía que pelear con el mismo vigor con el que había peleado por la de sus padres y hermanos. Su familia era aquel hombre casi diez años más joven que ella, y que tenía los ojos oscuros y sorbía algunas letras como si una vieja hambre le hubiera dejado la avidez. Eloísa defendía ciega los intereses de un apellido del que sólo conocía la concreción de aquel cuerpo nervudo, y cuyos demás habitantes —los habitantes de ese apellido— no tenían más existencia para ella y para todos los Amado que las palabras pronunciadas de vez en cuando por Martín, y que uno podía o no creerse, y que hacían referencia a gente que vivía muchos kilómetros más abajo, en tierras que imaginaban terribles por su aridez y siempre flageladas por el sol. Los Pulido. A Manuel le parecía una pesadilla, y a veces tenía la esperanza de acabar despertándose de ella, que se esfumase tan repentinamente cuanto habían construido durante tantos años y con tantos esfuerzos. El fuego de la repentina pasión de Eloísa arrasaba lo poco que les había dejado el agua del pantano. Con la casa, los prados, la huerta y los animales condenados a desaparecer, Manuel se sentía convertido en una triste sombra de sí mismo. Sus últimas fuerzas pareció consumirlas intentando convencer a Eloísa, y a lo mejor, de haberlo conseguido, él se hubiese vuelto a encontrar, pero cuando quiso advertirle de que no se fiaba de aquel hombre que a veces cantaba en la taberna con sus compañeros de cuartel unas canciones interminables en las que se lamentaban de no se sabía qué desgracias de hambre, amor o miseria, Eloísa le pidió que se sentara junto a la chimenea, en el banco de la cocina, y lo miró sin ninguna tristeza ni enfado, y le cogió la mano derecha con las suyas, y así, con la mano cogida, le dijo que ella no había elegido a la mujer con la que se casó él, y que la había tratado como a una hermana, y que esperaba un trato de idéntico respeto para quien iba a ser su marido, un trato de hermano. Pero Manuel no podía imaginar que su hermano fuera aquel hombre de modales chulescos, que movía las manos al hablar, sosteniendo el pitillo, y llamaba a la gente amigo, sin apenas conocerla, pasándole el brazo sobre el hombro

en un gesto que nunca se sabía si era de afecto o de amenaza. Le resultó imposible convencerla para que aplazase la boda, para que lo pensara durante algunos meses más, así que se vieron obligados a asistir a la precipitada ceremonia en una iglesia que el párroco ya había empezado a dismantelar, y tuvieron que preparar el banquete sobre unas maderas que usaron a modo de mesas (también ellos habían ya embalado la mayor parte del mobiliario), y que instalaron a la puerta de la casa, sobre la hierba del prado, para que tomaran asiento en torno a ellas los familiares que vinieron de Mondoñedo y Padrón, y algunos vecinos que, al igual que ellos mismos, todavía no habían abandonado el pueblo. Un par de meses más tarde, Eloísa se quedó en Fiz, que era ya una población fantasma en la que, durante la noche, el viento hacía sonar con golpes secos las puertas y ventanas de las casas abandonadas. Eloísa no se quedó en la casa familiar, sino en la vivienda del cuartel de la guardia civil, a la que se mudó la noche de su boda, cuando vino el camión a recoger los enseres que iban a trasladar los Amado a Madrid, en donde tenían pensado instalarse. Por entonces, Manuel había pasado una temporada en la capital y había aprovechado aquel tiempo para entrar en contacto con unos conocidos de Fiz que vivían en Madrid, y había conseguido, con el dinero que les dieron de las indemnizaciones, pagar el traspaso de un piso destartado en la calle de la Cruz, donde Rosa y él pensaron que, después de algunas reformas, podrían instalar una pensión. El día en que se marcharon definitivamente, cuando el camión en que viajaba Manuel (la mujer y el hijo lo hicieron en tren un par de días más tarde), y que transportaba los muebles y enseres de la casa, enfiló la carretera de Cerdeira, se encontró en un recodo del camino con la pareja de la guardia civil que caminaba junto a la cuneta con los fusiles al hombro. El chófer aminoró la velocidad, y Martín Pulido, al descubrir sentado en la cabina a su cuñado, se volvió para saludarlo con un gesto de la mano. Al fondo del valle, las aguas empezaban a llenar poco a poco el lecho del pantano y avanzaban ya sobre los prados. En algunos lugares podían verse emergiendo sobre ellas los tejados de los caseríos hundidos y, unos kilómetros más abajo, apareció el campanario de la iglesia de Cerdeira, que se había quedado flotando por encima de un lago que el crepúsculo encendía en numerosos puntos dándole el aspecto de una lámina metálica que uno no podría traspasar aunque quisiera. El metal del agua era tan silencioso como destellante en aquella hora crepuscular. Manuel pensó en el sonido de aquel otro metal, la armónica Hohner que tocaba su hermano, pero no consiguió acordarse de ninguna melodía. Sentado junto al conductor, se durmió al poco rato de caer la tarde y sólo lo despertó un brusco frenazo del camión. Para entonces habían abandonado las montañas y el vehículo corría por una llanura desolada que la luna permitía descubrir detrás de la ventanilla, y que parecía gemela del metal del agua que había visto horas antes. También aquí, por encima de la lámina que la luz de luna dibujaba sobre la nieve, emergían de vez en cuando en el horizonte torres de iglesias y el silencio. «Se me cruzó un perro en la carretera y me dio un buen susto. Por eso frené», le dijo el chófer a Manuel justificando aquel frenazo que los había sobresaltado. Manuel ya no pudo

volverse a dormir. Oía el ruido del motor, que también era metálico, como música desafinada de una armónica, e intentaba en vano recordar la melodía de una canción que su hermano tocaba muchos años antes.

Hacía frío aquella noche. Se había quedado dormido un rato en el atrio de la iglesia, luego se había despertado acuciado por una sensación de hambre y había trotado por las callejuelas abandonadas del centro del pueblo bajo la luz de la luna llena, hasta alcanzar las orillas del río, donde estuvo escarbando en los vertederos de la chopera. Restos de aves, plumas y huesos lo habían entretenido un rato, pero pronto se había cansado de una actividad más excitante que efectiva, ya que no servía para saciar su hambre, y había seguido el camino que le marcaban las tapias de solares y corrales en las afueras, hasta que de madrugada había olfateado la presencia de un grupo de gallinas y, excitado con el cercano olor de las aves, había espiado los ruidos que hacían, los breves cloqueos y los sordos rumores de alas. De aquel lugar se desprendía además un calor agradable, que contagiaban los animales a la paja que los protegía del intenso frío, y también el palpito de un imperceptible flujo de sangre tibia corriendo por el interior de sus cuerpos. Excitado por aquella prometedora confusión de sonidos y olores, saltó la tapia por un lugar en el que la construcción se había vencido y cuyas piedras desordenadas facilitaban el acceso al interior del recinto. Con pasos rápidos, cruzó el cuadrilátero del corral que iluminaba la luz de la luna y alcanzó la zona sombreada por las techumbres bajo las que se resguardaban de la helada los animales. Una vez allí, sin vacilación, se abalanzó sobre una de las gallinas que dormía con las patas prendidas en uno de los palos de la percha. Pero, en el instante mismo en que alcanzó el cuerpo del animal y percibió entre sus dientes el flujo templado de la sangre que le llegaba a borbotones, recibió por detrás el sobresalto de un empujón y sintió el destello doloroso de una dentellada en su grupa. Gimió, al tiempo que giraba ágil sobre sus patas. Sus ojos tropezaron con los del mastín que acababa de arrojarse encima. Mostró sus dientes ensangrentados, plantándole cara, pero el otro era más fuerte y estaba mejor preparado que él, que, por lo demás, había emprendido aquel asalto sin suponer que tendría que pelear la presa, así que, abandonando cualquier afán, esquivó ágil el cuerpo que se interponía entre el suyo y el muro y escapó a la carrera, saltando por el mismo tramo de muro derruido por el que había penetrado en el corral. El mastín saltó la tapia tras él y lo persiguió durante un centenar de metros sin dejar de gruñir, pero luego se quedó quieto, ladrando, desinteresándose de la persecución. Mientras tanto, él trotó jadeante, hasta que desaparecieron las tapias y corrales que prolongaban la población, y a su alrededor se veían sólo las relucientes superficies de hielo que había a ambos lados de la carretera y que se extendían hasta perderse de vista. El frío aumentaba la presión del dolor que sentía en la grupa y lo empujaba, impidiéndole detenerse, porque, cada vez que se quedaba quieto, el dolor se le volvía insoportable. Trotó jadeante durante horas, mientras la luz de la luna era sustituida por otra nacarada que llenaba de destellos la nieve y el hielo. Seguía corriendo cuando salió el sol y su calor frágil combatió inútilmente las superficies heladas. Estaba asustado y trotaba a pesar del agotamiento, con la lengua fuera y las heridas ardiéndole. Huía de los colmillos cuya visión lo había cegado durante un instante, de un peligro indefinido, del hambre que

lo atenazaba, o del dolor de su grupa que lo seguía a todas partes. Al atardecer, se detuvo un instante para tomar aliento, pero enseguida volvió a emprender su marcha a la deriva. Ya de noche, lamió sobre el hielo un reflejo de luna que le pareció que se movía, pero enseguida recogió en el interior de la boca la lengua abrasada por el frío. Cuando volvió a amanecer, su paso era vacilante. Desde el arcén de la carretera por el que avanzaba, oía y veía pasar los camiones, que al principio lo asustaban, obligándolo a saltar a la cuneta más de una vez, pero que ahora ya no provocaban en él ningún movimiento suplementario, a no ser en un par de ocasiones en las que intentó cruzar al otro lado de la cinta azul, y lo detuvo, clavándolo al suelo, el sonido de una bocina. En una de esas ocasiones, el camión que se acercaba a toda velocidad frenó a escasos metros de él dejando la marca de los neumáticos impresa en el asfalto. Caminaba con la lengua hinchada, el cuerpo cubierto de barro y sangre, sediento a pesar del hielo que le quemaba la lengua, y sin abandonar aquella línea azul, ligeramente más templada que el resto del paisaje que lo rodeaba. Tenía tanto miedo y dolor y hambre, que ya ni siquiera pensaba en comer. Caminaba con paso vacilante, pero uniforme. Caminaba sin detenerse y volviendo la cabeza para atrás de cuando en cuando, y estremeciéndose con algo que parecía fiebre cada vez que un vehículo pasaba a su lado, pero sin detener el paso. La luna brillaba sobre el asfalto y, en algunos tramos, las fatigadas patas del perro dejaban imperceptibles huellas de sangre.

**Segunda parte**  
**La joven guardia**

Había una imagen de la Virgen de Lourdes en el hueco que dejaba el arranque de la escalera del recibidor, que era de mármol blanco y ascendía formando una espiral en la que destacaba limpiamente la barandilla dorada cuando se la contemplaba desde arriba y que semejaba una reluciente y enorme silueta de caracol. Sobre esa barandilla, en la que nadie debía apoyar ni siquiera las manos para ayudarse a subir la escalera, se sentaban algunos internos para dejarse caer a toda velocidad desde el último piso, impulsándose con un movimiento vigoroso del pie. No era raro que se cruzaran apuestas, dado que se trataba de un descenso peligroso (se decía que, años atrás, un alumno se había precipitado al vacío mientras practicaba ese descenso, y que se había matado, y que además había destrozado una estatua que hubo anteriormente, al parecer idéntica a la actual). También excitaba a los alumnos que el descenso a caballo de la barandilla supusiera, en cualquier caso, un riesgo disciplinario, puesto que, si a uno lo sorprendían entregado a esa actividad, se le aplicaba la máxima sanción, equivalente a la que imponía el jefe de estudios cuando descubría a los alumnos fumando o bebiendo, y que llevaba aparejado el castigo de tres meses sin salir al patio a jugar, y sin pisar el salón de actos los domingos por la tarde, durante la sesión semanal de cine. A José Luis —como a buena parte de los alumnos— le atraía esa barandilla y la aventura vertiginosa de deslizarse por ella, pero le atraía aún más la película que proyectaban en el salón de actos cada domingo, así que procuraba retener sus deseos, no sólo ante esa transgresión, sino también ante otras que igualmente llevaban aparejada la privación para él tan dolorosa de la sesión de cine. Desde que había llegado al internado podía ver las películas sentado en el patio de butacas —la platea estaba reservada para el servicio de cocinas y limpieza— y, además, por ser de los más pequeños, asistía a las proyecciones desde una de las primeras filas del salón. Sentía que uno de sus deseos se había cumplido, aunque la satisfacción por su cumplimiento no fuera tan intensa y gratificante como había imaginado cuando vivía en Salamanca, y a lo mejor algo tenía que ver en esa decepción el hecho de que la rigurosa vida colegial impusiera un sentimiento de fragilidad que amenazaba continuamente el deseado instante del cine, ya que cualquier falta lo ponía en peligro hasta el último momento, y los motivos de sanción en una cotidianidad reglamentada casi hasta el infinito por una compleja casuística eran muy numerosos. Uno podía ser sancionado por mirar en dirección a la ventana mientras un profesor procedía a anotar algo en la pizarra, por volver la cabeza durante el rezo del rosario en la capilla, por llevar las botas sucias, por no hacer bien la cama, o llegar tarde a filas, o dejar mal cerrado el cajón de la mesilla. Las ocasiones de error e indisciplina se sucedían y resultaba difícil no caer en alguna de ellas por más que se permaneciese acechante. No bastaban ni la mejor voluntad, ni el ejercicio continuado de la atención. A lo largo de las veinticuatro horas de cada uno de los días de la semana, siempre había un segundo de indisciplina o descuido que convertía al alumno en motivo de escarmiento para los demás. Incluso, una vez instalado en la butaca del salón de actos, y en el transcurso de la proyección, un bisbiseo, o una risa

más alta de lo aceptable, podían suponer la inmediata expulsión de la sala en mitad de la película que uno había esperado ver durante toda la semana y cuyas escenas había imaginado vívidamente. El castigo consistía en permanecer de pie en el pasillo, de cara a la pared, escuchando el ruido de voces y música que llegaba desde los altavoces del interior del salón de actos. Esa proximidad convertía el correctivo en más doloroso. Pero, además de la incertidumbre que rodeaba el cine colegial, había otras diferencias entre las proyecciones del orfanato y las que José Luis había presenciado con anterioridad en Salamanca. La pantalla del salón de actos del colegio era mucho más pequeña que la del cine Alamedilla de Salamanca, y en el colegio no se abrían las cortinas rojas y luego las transparentes al principio de cada proyección, ni había luces de neón alrededor del escenario, ni tampoco en las molduras del techo. En el techo, ni siquiera había molduras, sólo un par de viejas lámparas que iluminaban mortecinamente las caras de los alumnos durante los entreactos, y el local no olía a ambientador, sino a lana húmeda y a orín y sudor de niños, lo que conseguía que la proyección tuviera algo de juego infantil en el interior de una descomunal caja de zapatos. José Luis se había adaptado a la disciplina del internado con una mezcla de perplejidad y temor. El primer día había visto la larga fila de mesas con sus manteles y el servicio compuesto por varios platos colocados delante de cada silla en el comedor, y con el cubierto completo, incluida una cucharilla pequeña para el postre (en su casa el tenedor no se usaba más que para sacar de la sartén los pedazos de carne que luego solían introducirse en el pan, y sólo se ponía encima de la mesa un cuchillo que usaban indistintamente su padre y él, o los tres, mientras había vivido con ellos Ángel). José Luis había pisado las losas de reluciente mármol en el hall y los baldosines coloreados que formaban cenefas en el pasillo por el que se accedía a las aulas, y, en el ordenado dormitorio, aunque su limpieza era bastante menos perturbadora que la del hall y la sala de visitas, había descubierto las camas, con las colchas todas iguales, y le había parecido que, en aquel colegio, empezaba a vivir por encima de lo que merecía, como si se tratara de un malentendido. Le parecía que toda aquella gente desconocida con la que ahora convivía estaba convencida de que él había tenido desde siempre tenedores como aquéllos, pijamas, colchas a cuadros verdes y blancos, toallas de uso individual (en casa, su padre y él se secaban con la misma toalla), coloreados vasos de plástico y botes de perborato marcados con el número del usuario. Los primeros días esa sensación de indebida usurpación lo había acompañado en muchos momentos: cuando sonaba la campana en el patio y se hacía un repentino silencio y los alumnos formaban en largas filas tocando el de atrás con la punta de los dedos de la mano derecha el hombro del de delante, cuando los monitores exigían que las filas fuesen completamente rectas y el silencio absoluto, o cuando, el sábado por la noche, les esperaba al pie de cada cama una muda limpia. José Luis se movía con sigilo en aquel paisaje nuevo y ordenado que le parecía usurpar, y sentía hasta cierta desazón pensando en cuánto le gustaría que su padre viera aquellas mesas, colchas y mudas, y lo viera a él extendiendo el brazo para

cubrirse con las sábanas limpias antes de que apagaran la luz. Le parecía que, si su padre lo viera allí, crecería su respeto por él y un cariño que haría que volviera a reclamarlo a su lado. Muchas noches, cuando apagaban las luces del dormitorio y sólo se quedaba encendido un piloto que envolvía la oscuridad en un celofán rojizo, pensaba en su padre. ¿Quién iría a comprarle el tabaco cuando se le acabara el paquete? ¿Quién le dejaría la cena preparada para cuando llegara por la noche? ¿Quién barrería el suelo y le llevaría la jofaina con el agua templada para que se afeitase? Intentaba transmitirle fragmentos de cuanto ahora lo rodeaba, y de lo que él había empezado a considerar que formaba parte como una pieza más del engranaje, en las cartas que semanalmente le escribía; y lo hacía no sólo contándole los detalles que consideraba más llamativos y ocultándole los que le parecían vulgares o sórdidos, sino también cuidando la limpieza de la hoja en que le escribía y procurando que la dirección del sobre apareciera diáfana y trazada con líneas derechas. Todos esos detalles formaban parte de la nueva personalidad que veía crecer en él y a la que se entregaba con energía, poniendo su mejor empeño en aprender la mecánica de los actos, los rituales, las letras de las oraciones que se rezaban y de las canciones que se entonaban. Su padre respondía de tarde en tarde a sus cartas, y aquellas respuestas, por otra parte bastante inexpresivas y repletas de fórmulas retóricas («deseo que, al recibo de la presente, te encuentres bien, yo bien, a D. G.», y frases así), lo alegraban—de hecho llevaba las cartas del padre durante muchos días en el bolsillo de la camisa y las leía varias veces y las tocaba y olía—, pero también le desazonaba un poco que el encargado de repartir el correo viera la letra irregular que exhibían los sobres y las hojas llenas de borrones, tachaduras y faltas de ortografía que contenían (todo el correo se entregaba abierto a los alumnos y previamente leído por el jefe de estudios). A Ángel le había escrito en varias ocasiones, y le pidió una foto suya vestido de boxeador, para, cuando tuviera más confianza, enseñarla a los otros muchachos, convencido de que la foto podía servirle de salvoconducto en ciertas ocasiones, pero su hermano nunca le respondió y fue su padre quien acabó enviándole la foto dedicada del boxeador que él había solicitado. Vivía José Luis como extraordinario que su voz se conjuntara con la de otros en aquellos cánticos que ensayaban una y otra vez en la capilla y en el salón de actos y que se interrumpían cuando el maestro del coro, en un momento que él nunca conseguía acertar de antemano, se daba por satisfecho con la interpretación, y decidía levantar la clase. Había otras novedades que lo sorprendían: que los llamaran de usted (sí, también a él le llamaban de usted), y que los llamaran no por su nombre, sino por el apellido y, en otras ocasiones, por un número que se le adjudicaba a cada alumno el primer día y que aparecía marcado en todo cuanto usaba, en calcetines, camisetas y camisas, y también en los libros que le correspondían a cada cual; en los vasos y cucharillas con los que tomaban la leche en polvo de la mañana, en los trajes, en la ropa de cama. Del mismo modo le pareció una novedad la forma en que se aplicaban los castigos. Su padre a él le había pegado algunas veces, pero eran golpes que procedían de un

enfado, de una irritación, y que llegaban precedidos por gritos y amenazas. Aquí, sin embargo, un monitor pronunciaba tu apellido o tu número, tú avanzabas por el pasillo central del aula hasta la tarima, y allí, fríamente, sin mediar palabra, recibías un golpe de correa en las piernas, un reglazo sobre los dedos previamente apretados en forma de embudo, una bofetada que te dejaba la cara ardiendo durante el resto de la mañana, y volvías a sentarte ante el pupitre desde donde tenías la obligación de seguir pendiente de las anotaciones que el profesor hacía en la pizarra, como si nada hubiera ocurrido, y procurando que no se te saltaran las lágrimas. De la misma frialdad que los castigos participaban los juegos. Uno salía al patio y ya estaban los balones esperando en una cesta junto a las porterías, y casi sin mediar palabra se iniciaban los partidos de fútbol que concluían de golpe cuando sonaba la campana advirtiendo del final del recreo. Estaba prohibido saltar las tapias de granito que rodeaban el edificio, y también acercarse al río que discurría muy cerca del colegio y cuyas orillas, cubiertas de maleza y de rectilíneos chopos, invitaban a la aventura; no se podía registrar en los vertederos que había más allá de las tapias para encontrar alguna cosa preciada e imprevista, ni vigilar a las parejas que buscaban la intimidad de la vegetación. En el internado, todo transcurría dentro de los límites que marcaban las alambradas que rodeaban el edificio, por encima del muro de granito, y, además, en el interior de esas alambradas la actividad debía desarrollarse en un mismo lugar en cada momento, y uno no podía estar nunca fuera de donde se agrupaban los demás, sino que tenía la estricta obligación de permanecer exactamente donde estaban los otros, haciendo lo mismo que hacían ellos. Un orden meticulosamente establecido presidía las voces o los silencios y hacía que los alumnos se dispersaran o agrupasen al sonido de la campana o del silbato; que se pusieran de pie cuando entraba un superior, que se arrodillaran a un gesto del sacerdote que celebraba la misa, que se agacharan para dejar ordenadas al pie de la cama aquellas botas todas iguales, o que se acostaran y dejaran caer las mantas sobre sus cuerpos vestidos con pijamas idénticos. A él, la lógica y la pertinencia de muchos de los rituales que marcaban ese orden le resultaron al principio difíciles de percibir, y cuando ya había empezado a hacerlo, y sabía el momento en que había que doblar las rodillas y dejarse caer en tierra en la capilla, o ponerse de pie e iniciar un cántico, y encontraba en esos ritos y en lo que parecían expresar una ordenada paz que nunca antes había gozado, y que emanaba de la música del órgano, de las flores que había en el altar, de la claridad del catecismo, con sus precisas reglas de comportamiento y sus verdades, del sabor dulce que tenía la hostia por la mañana y del leve crujido con que se rompía al mover la lengua, del consuelo que producía saber que a Dios también podía llamársele padre y que la Virgen ocupaba el hueco que en el corazón había dejado una madre al morir, le llegó de improviso el momento de darse cuenta de que todo aquel orden comfortable se quebraba con facilidad.

Gloria Giner fue la primera chica del colegio Bertrand que llegaba a clase en un coche conducido por su madre. Había alumnas a quienes traía en coche el padre, o el chófer, y a veces las madres iban también dentro del vehículo, pero no había ninguna madre que condujera su propio automóvil, y que se bajara con las llaves en la mano, haciéndolas sonar, y que, en alguna ocasión, mientras esperaba la salida de las alumnas, hasta encendiera un cigarrillo apoyada en la verja que la hiedra cubría en algunos tramos: sólo doña Gloria Seseña de Giner, la madre de Gloria Giner. En cuanto doña Gloria llegaba a la puerta del colegio, se producía un pequeño revuelo entre las mayores, que la miraban desde los corrillos con curiosidad y hacían comentarios acerca del color de su vestido, o sobre la marca de cigarrillos que utilizaba, unos cigarrillos sin duda extranjeros y muy femeninos, con el cilindro azul claro, o rosa, y la boquilla dorada. Otras veces fumaba pitillos normales, rubios, Marlboro o Winston, pero no por eso era menor la expectación que provocaba. A las mayores les gustaba ver a aquella mujer que levantaba el brazo y lo hacía girar hacia fuera, con el cigarrillo entre los dedos de la mano derecha, para acercarse a besar a alguna de las otras madres, y que charlaba con ellas un rato, apoyando el codo del brazo derecho en la mano izquierda, con la que al mismo tiempo se cogía la cintura, y llevándose periódicamente el cigarrillo a los labios. Gloria, y no sólo por esa presencia de una madre con tanta personalidad, se ganó muy pronto fama de moderna entre sus compañeras, y la fama creció curso tras curso. Sin duda, por su manera de vestir —fue la primera entre las de su curso en ir vestida de mujer y en usar colonias de mujer—, pero también por otras cosas, entre las cuales no eran las menos importantes las periódicas salidas al extranjero en compañía de sus padres, e incluso sola. Estuvo con sus padres en Londres y en París las navidades del sesenta y tres y el verano del sesenta y cuatro y, por ese motivo, fue la primera que se supo de memoria las letras de las canciones de Chubby Checker —«Let's Twist Again»—, Elvis Presley, Paul Anka y Frank Sinatra, que eran mejores, de gente más madura que las que cantaban las otras chicas, y también se aprendió una de Yves Montand, el novio francés de Marilyn Monroe, titulada «Les feuilles mortes», en la que se hablaba de la fragilidad del amor y de cómo el mar borra las pisadas que han dejado en la arena los amantes que se separan. Y otra, también francesa, «La plage», que cantaba una chica con unos ojos preciosos que se llamaba Marie Laforêt. Llevaba la letra de esas dos canciones escritas en un cuadernito que utilizaba como diario y se las copió a su amiga Helena para que se las aprendiera ella también. A veces, en el patio, les gustaba tararearlas a dúo. El verano del sesenta y cinco, Gloria se fue sola a Roma, a casa de unos tíos suyos, y se trajo un montón de discos románticos italianos, muchos de los cuales se habían oído ya aquí, en España, aunque sin prestar atención a lo que decían («Una lacrima sul viso»). Gloria se sabía después de ese verano de sexto de bachiller canciones enteras de Pino Donaggio, Celentano, Edoardo Vianello, Milva y Mina, y, además, había aprendido otras muchas cosas, según se apresuró a contarle a Helena; por ejemplo, había aprendido a besar de verdad, «dejando hundirse la lengua

del hombre a quien una quiere en la boca y sintiendo el calor de su aliento y de su saliva»: así lo escribió en un diario con letra voluntariosamente difícil de entender, pero que su padre acabó descifrando, con el consiguiente escándalo familiar, los gritos y amenazas dirigidos a ella, y, como consecuencia, las discusiones entre su padre y su madre, en las que él acusaba a la madre de permisividad y descuido y la madre lo llamaba intransigente. Pero el aprendizaje del arte del beso no había sido más que una de las muchas asignaturas que Gloria había cursado como alumna libre en aquel tórrido verano romano, entre museos y ruinas increíbles, que una no podía explicarle a nadie, porque había que «verlos, ver esos interminables pasillos del Vaticano con todas las estatuas del libro de Historia del Arte puestas así, paf, al alcance de la mano, esos cuerpos perfectos, de mármol, que parecen de verdad, y los cuadros, y los frescos de Rafael y los de Miguel Ángel, increíble», sobre todo si se recorrían de la mano del hombre a quien una amaba, y ésa era la clave, «el hombre a quien amaba», porque, en realidad, el curso que había aprobado aquel verano, y que tantas asignaturas componían, desde el arte del beso a la arquitectura, el cine, la música, la escultura y la pintura, había sido nada menos que el del amor. Gloria Giner se había enamorado. Y esta vez era en serio, como se enamora una mujer madura, con un amor verdadero, profundo, no como un pasatiempo, o como un juego de niños que se envían cartitas por medio de los amigos de la pandilla, sino con un amor «pleno, completo, maduro» (también esos adjetivos aparecían escritos en el cuaderno con retorcidas letras), en el que a una le dejan libros (*Gog*, de Papini, «buenísimo»; *La piel*, «asqueroso, lo más verde que te puedas imaginar, pero muy bueno»; *Los indiferentes*, de Moravia, «terrible, muy fuerte»), la llevan al cine y ve a Vittorio Gassman, en *La escapada*, que es «la película más moderna y más atrevida que se puede ver, con esos twists, ese descapotable y las chicas en la playa, en bikini, y él con su hija, que es Catherine Spaak», que lleva el pelo como Gloria (o mejor, cuyo pelo ha copiado Gloria antes de volver a España para el curso de preu en el colegio Bertrand), lacio, planchado, y que es como Gloria, delgada, alta, y no como la mitad de los taponcitos de la clase, con la sombra del incipiente bigote oscureciéndoles el labio superior. Eso es el amor que ha conocido Gloria, que le ha enseñado —una asignatura tras otra— a Gloria su primo Roberto Seseña. El amor que se tumba en la hierba y mira las columnas del Foro Massimo desde el rincón de un beso. El que escucha la música que emite la sinfonola de un bar mientras una se toma un helado sin soltar la mano de su chico. El amor que emborriona cartas, no notitas ni dibujitos, no, cartas largas, de varias hojas, llenas de palabras apasionadas y hasta trufadas con versos de poetas (Alberti, Pavese). Ver una película arrellanada en la butaca del cine y con el brazo izquierdo de él pasando por el espacio que queda entre el respaldo de la butaca y tu cuello, y con su mano jugando con tu pelo. Gloria ha vivido su gran primavera en verano. Ha florecido. Sus tíos son estupendos, abiertos. Su tía es pintora. Y ella ha asistido, pocos días antes de que empezara el curso, a la inauguración de una exposición con unos cuadros rarísimos, con colores como de

neón, reflectantes: verdes cegadores, rojos intensos, azules fosforescentes que parecen extraídos de la piel de alguno de esos peces tropicales que se ven en los documentales del cine. Su tío tiene una cuadra de caballos. Y ella ha estado en las carreras, con un sombrero ancho, de paja, sobre cuyo resplandeciente color dorado destaca el trazo de una cinta de seda negra; con un vestido de rayas blancas y azules, de escote cuadrado, con un tirante blanco y otro azul, un vestido de esos que no desmerecerían —si se los pusiera— a Audrey Hepburn, su actriz favorita, la princesa elegante que también, como Gloria, pasó unas inolvidables vacaciones en Roma, nada menos que con Gregory Peck, el hombre más guapo del mundo. Además, por si fuera poco, Gloria ha visto ese verano, en Roma, *Desayuno con diamantes*, y aquella tarde también estaba a su lado Roberto (los dedos de él jugando con el pelo de ella), y podría recordar su olor, el olor de la colonia de Roberto aquella tarde, Aqua di Mare, se llamaba el perfume, y Audrey Hepburn era como lo que ella querría ser un día, atrevida, rebelde, divertida, excéntrica (qué palabra tan bonita para aplicársela a una mujer: «Ella es así, muy excéntrica») y llena de amor y soledad, qué hermosa secuencia, los tres bajo la lluvia, George Peppard, el gato y ella, mojados de lluvia los tres, reencontrándose a las puertas de la soledad, cuando ya se creían perdidos. Todo eso, así, en cascada, se lo contaba Gloria a Helena Tabarca, y le enseñaba el sobre que acababa de recibir de Roberto, y que olía a esa Aqua di Mare que se ponía él, porque había estado entre sus manos, y, seguramente («lo hace siempre»), hasta lo habría besado antes de echarlo a un buzón («a un buzón de Roma, ¿te das cuenta? Este sobre ha tocado a Roberto y ha tocado Roma, te dejo besarlo a ti también, no por él, ¿eh?, sino por Roma, y olerlo, huélelo, ¿no notas el perfume?». «Sí que se nota, un poco sí que se nota»). Tenía que permanecer atenta para que no vieran esos sobres sus padres, no sólo porque Roberto no tenía ningún reparo en usar un lenguaje muy sincero, atrevido, sino también porque sus padres no eran tan abiertos como sus tíos, que estaban habituados a vivir en el extranjero, y que habían hecho durante todo el verano la vista gorda, sus padres no, sus padres, en cuanto se olieron la más mínima, y sobre todo después de que don Ramón leyó el diario que ella guardaba en su cuarto, pusieron el grito en el cielo, principalmente su padre («¿Es que una chica no puede tener un secreto en esta casa?», había sollozado Gloria el día en que el padre se presentó en el comedor agitando el diario), que delante de ella ha tenido discusiones a gritos con la madre. Al parecer, para acabar de fastidiarlo, su padre no se lleva bien con sus tíos, y no era muy partidario de que Gloria se marchara con ellos a pasar el verano, así que, en cuanto, además del diario, le cayó por casualidad una de las cartas de Roberto en la mano (Gloria no sabe cómo pudo pasarle eso: dos deslices seguidos), armó la de San Quintín, diciendo cosas como «¿Es que me voy a pasar la vida pagándole peaje a ese golfo? Tuve que pagarle al padre el rescate de la madre, ¿y ahora le tendré que pagar al hijo el rescate de la hija?, ¿o qué coño va a ser esto?». La madre se marchó del comedor dando un portazo después de haberle llamado bestia a su marido, y Gloria se quedó de pie delante de él, con la cabeza gacha, en silencio,

lloriqueando, aunque también es verdad que sin saber si reír o llorar, porque cuando ve al padre enfurecido, le entra una irresistible risa nerviosa. Y eso que su padre la asusta. No es que le haya pegado nunca, que no lo ha hecho, pero impone respeto, tan grueso, descamisado, o solemne, con el traje oscuro y el puro que lo impregna de ese olor que parece que quiere decir fuerza, autoridad. Su madre se nota que no aguanta esa fuerza ni esa autoridad. Seguro que también a ella le gustaría que el padre tuviera otra delicadeza, que se pudiera hablar con él de ciertos temas, que se pudiera comentar una película, o escuchar una canción que lo emocionara también a él. La verdad es que los hombres son sensibles de jóvenes y pierden esa sensibilidad cuando se casan (¿le ocurrirá igual a Roberto?, se inquieta Gloria): aunque su padre, algunas veces, parece que tenga guardada cierta juventud. Sin ir más lejos, el último cumpleaños de la madre se les pasó por alto a todos los de la casa, y, sin embargo, él se presentó con un regalo y, antes de dárselo, puso un disco y la sacó a bailar en mitad del salón y, mientras bailaban, la abrazaba y la besó en la boca con un beso largo. «¿Tú has visto a tu padre y tu madre besarse en la boca, así, a tornillo, a rosca?», le preguntó Gloria a Helena, y Helena le dijo que no, que en la cara sí, y en la frente, «pero en la boca la verdad es que no, no lo he visto». «En la frente es un beso de hermano, o de enfermo», le dijo Gloria, y Helena se echó a reír: «Claro, es que mi padre es médico». Después fue Helena la que le preguntó a ella: «Y Roberto y tú, ¿lo habéis hecho?». Gloria se hizo la tonta: «¿El qué?». Y cuando vio que Helena se ponía colorada, le llegó a ella el turno de la risa, que no conseguía parar, mientras le decía: «Golfa, pero qué golfa eres, pues claro que lo hemos hecho, ¿quieres que te cuente cómo es?», y la cogía del cuello y luego se puso a hacerle cosquillas apretándole las caderas con las yemas de los dedos, y las dos se reían como posesas y se pelearon encima del sofá.

Entró a trabajar como peón de doña Sole Beleta en abril de 1964, y por eso, como la familia acostumbraba a pasar los veranos fuera, durante los primeros meses apenas si tuvo tiempo de ver a sus patronas, doña Sole, y la vieja doña Soledad, que murió un par de primaveras más tarde, pocos días antes de que él se marchara a Madrid, y el señor Eugenio, que parecía no mandar nada allí, sólo que le ensillaran el caballo de buena mañana, antes de que el sol picara, y luego que le llevaran la merienda a su despacho, ya avanzada la tarde. Nada más que eso, todo lo contrario de doña Sole, que no paraba. Se pasaba el día recorriendo las cuadras, contando los animales, preguntando por las crías de guarras y ovejas. Como para que a alguien se le ocurriera cogerse una y llevársela a casa para una caldereta. Qué ojo, qué manera de vigilar. Pero si hasta cuando, por la razón que fuese, se moría un animal, quería ver el cadáver, y siempre preguntando por el zaino, por el manchado, por el que se enganchó la pata en la alambrada y cojeaba un poco. Conocía cada becerro, cada oveja, cada guarrino, y cada manía de cada peón. Sabía cuáles eran los guarros que cojeaban y también de qué pata cojeaba cada hombre que trabajaba para ella, qué vicio tenía, en qué se entretenía más de la cuenta, y qué trabajo hacía con gusto, y cuál no le gustaba demasiado hacer. «Hay que cumplirlos todos con la misma ilusión», decía doña Sole, que pasaba de los cuarenta años, por más que los disimulara con maquillajes y poniéndose cremas y pañuelos delante de la cara para que el sol no le estropeará la piel, «todos los trabajos son necesarios y no se puede decir me gusta más éste que este otro, porque cuando se empieza así, uno acaba haciendo el que le gusta y dejando para luego, para mañana, el que no le gusta». En verano, la familia desaparecía, pero, antes, doña Sole lo dejaba todo bien atado. Se iban al norte, a Santander, a una finca que habían adquirido cerca del mar media docena de años antes, una finca hermosa y cuidada, con una avenida de magnolios que conducía desde la carretera que corría junto a la costa hasta la escalinata que había delante de la puerta del edificio principal. A doña Sole le gustaba decir que se iban «la temporada de los baños, a la casa del norte», cuando venía a visitarla alguna de las conocidas de Zafra o de Jerez. La había adquirido por mediación de su amiga Gloria, que la había animado a hacer aquella inversión. También Gloria acostumbraba a pasar parte de los veranos en la zona, en un chaletito que poseían en Comillas, y en el que, cada año, dejaban durante un par de meses a la hija mientras fue pequeña, y su marido y ella aprovechaban para escaparse unos días a Biarritz, Deauville o París, «a respirar un poco». De la región, que conoció por primera vez en la excursión que hizo con Gloria para ver la casa, le gustaron aquellos atardeceres imperceptibles que llegaban acompañados por el rumor de las hojas de la arboleda que movía una brisa suave que parecía que se iba llevando la luz, y aquel verdor y la humedad que goteaba de las hojas de los castaños en pleno verano, y también la presencia intermitente del mar, que aparecía entre los prados en cada recodo de la carretera. Pero una vez que, tras bastantes vacilaciones, se instaló allí, descubrió que se aburría en aquel lugar de recreo en el que poco tenía que hacer, como no fuera podar algunos

rosales o dar órdenes a los dos jardineros, leer novelas en la biblioteca acristalada del primer piso y mirar la superficie acerada del mar cuando levantaba la vista del libro. Y preparar los ornamentos de la capilla privada de la casa, y asistir cada tarde al rosario que rezaba el cura de Suanzes para su madre, para ella y para las criadas, porque su hermano prefería quedarse en el despacho, remoloneando entre cuadernos, libros y discos, y sólo acudía a la capilla los domingos por la mañana para la misa obligatoria, y eso porque, en caso contrario, la familia hubiera sido puesta en entredicho por las otras personas pudientes que poseían fincas en la comarca, y a las que el cura, nuevo amigo de los Beleta —también por mediación de Gloria—, no hubiese tardado en alertar. La verdad es que, durante todo el tiempo que duraron las tareas de adaptación de la casa, doña Sole estuvo muy excitada, como si, por fin, después de tantos años de monotonía, algo fuera a cambiar en su vida. Aunque luego, de repente, una vez que se vio allí instalada, empezara a descubrir que los paseos por el bosque o sus apresurados baños en las aguas heladas del Cantábrico le dejaban un vacío y una desolación absurda que se le manifestaban en cuanto el día empezaba a adelgazarse y notaba que nada se había transformado ni dentro de ella ni a su alrededor. A lo mejor, al principio se dejó seducir porque, en aquel primer viaje que hizo con Gloria, se había visto repentinamente rodeada por gente interesante: el antiguo propietario, que era músico y viudo, el constructor que se encargó de la restauración, un socio de Ramón Giner; Suso Martín, confidente y asesor de gusto artístico de Gloria; en fin, algunos otros vecinos fijos de la comarca o visitantes ocasionales que, durante aquellos primeros meses, la saludaron con pequeñas reverencias, se acercaron la mano de ella a los labios y la miraron a los ojos mientras hablaban y sonreían, durante todo el tiempo que duraron las obras y los trabajos de instalación, pero que, en cuanto concluyeron las tareas que se les habían encomendado, desaparecieron dejándola nuevamente a solas con su madre y su hermano. Lo peor es que todos aquellos hombres interesantes que la rodearon durante los primeros meses (mientras efectuó las gestiones de compra y traspaso de la casa, y hasta que terminó de arreglarla) habían ido despidiéndose sigilosamente, como si le dijeran: Bueno, ya hemos terminado nuestro encargo aquí y, según lo previsto, ahora la vamos a dejar, por fin, tranquila, para que disfrute felizmente de ese aislamiento que ha venido a buscar entre los bosques y el mar, y debería usted disculparnos por no habernos marchado antes, por haberle dado tanto la lata, por haberla invitado a champán, por haberle sonreído y hablado entre susurros y mantenido algún tiempo más de lo debido su mano entre las nuestras. Fueron cambiando uno tras otro el tono de la voz, de la que se esfumó el terciopelo inicial, y también el sentido mismo de las palabras, que de repente hablaban de escuadrillas de números y de batallones de metros cuadrados y de ejércitos de pesetas. Le fueron presentando —sigilosamente también, pero con gestos precisos— las cuentas, en las que se detallaba lo mucho que habían hecho por ella, por Sole Beleta (escayolas, azulejos, griferías, chifonier, revestimiento de caoba, biombo, marquesina, radiadores de calefacción), y se

marcharon dejándola sentada junto a la cristalera, viendo acercarse las nubes que brotaban del fondo del mar, y pensando que, por una vez en su vida, no era ella la que había vendido algo a alguien. Esa sensación de pasividad la hizo languidecer, como si se le hubiera roto la columna que la mantenía en pie en la trinchera cotidiana. En resumen, que concluida decepcionantemente la excitación inicial, y metida en la monotonía de los días de su casa del norte, doña Sole no dudaba en preferir, por más afirmaciones en contra que hiciese, la agitación de su finca extremeña: el ruidoso ajeteo de los peones y el hedor de los corrales los días en que acudían los esquiladores, o los capadores, o cuando se procedía a hacer las matanzas, o cuando llegaban las camionetas de Mantequerías Alba desde Madrid y Barcelona a recoger los jamones, lomos y chacinas que preparaban en la propia finca con destino a esas tiendas con las que la familia mantenía una relación desde muchos años antes. Un par de veces cada verano, doña Sole interrumpía su estancia en el norte para presentarse de improviso en el cortijo (en alguna ocasión, había reaparecido sólo cuatro o cinco días después de haberse marchado, y había puesto la finca patas arriba). Todos los peones, y con mayor motivo el administrador y los manijeros, sabían con certeza que esas visitas periódicas e imprevistas no tenían otra finalidad que la de advertirles que nadie debía distraerse ni un minuto de sus ocupaciones; que las labores del campo, las tareas en los corrales y también el trabajo de contabilidad y oficina debían marchar —estuviera ella delante o no— con la precisión de un reloj. Ésa fue una de las primeras cosas que Gregorio escuchó de boca del manijero cuando entró a trabajar en la casa, y que ya había oído con anterioridad en el pueblo, a los vecinos que conocían el cortijo. Y fue una idea que se le convirtió en obsesión a partir de los últimos días de septiembre, cuando doña Sole regresó del norte para encargarse de los preparativos de la feria de San Miguel de Zafra, a la que acudía con cabezas de ganado propias y también con algunos caballos de su hermano Eugenio que participaban en las exhibiciones. Doña Sole se fijó enseguida en aquel muchacho de Montalto que cargaba sacos, arrastraba serones, barría el empedrado a la puerta de casa, llenaba los abrevaderos que había en el cabezo de los Raposos. Lo observó durante tres o cuatro días, se informó de quién era, se enteró de que se llamaba Gregorio, pero que todo el mundo lo conocía como el Panaderino, supo, por los demás y por observaciones propias, que era trabajador, y llegó a la conclusión de que, aunque por el momento el chico no parecía demasiado limpio, sí que era animoso y hasta bien parecido y que, convenientemente lavado y aseado, podría servirle como mozo durante la feria. Ordenó que se le dieran un par de camisetas blancas, ropa interior y unos pantalones negros de pana, y que se le preparara un baño, dejándole al capataz el encargo de que vigilara el uso que hacía de él, y hasta le dejó dicho que lo obligara a afeitarse el feo vello que empezaba a apuntarle en la cara. «Es que si te quito a ti, José, y a este chico, los otros son impresentables. Dan una mezcla de miedo y asco. A ver a cuál de ellos me llevo yo a la feria este año, si parecen bichos en vez de personas. Así que encárgate de que el chico aprenda lo que tiene que hacer y cómo

tiene que ir de aseado», le dijo al capataz, que cumplió escrupulosamente cuanto ella le había pedido, con lo que Gregorio Pulido se convirtió en el obrero más presentable de la finca y, desde ese mismo instante, empezó a sufrir sin mediación de nadie las exigencias de doña Sole y, enseguida, las de doña Soledad y las de don Eugenio, que no lo dejaban ni a sol ni a sombra. A él le tocaba efectuar todos los trabajos de hombre que exigieran pisar el interior de la casa: meter la leña para la cocina y el picón para los braseros, cargar los sacos de la despensa, cambiar los muebles de sitio los días de limpieza general, sacar los cubos de la basura. Le enseñaron a cepillar y ensillar los caballos de don Eugenio y a veces lo acompañaba en sus paseos por la finca, y ya no comía ni cenaba en las naves que había junto a las cuadras y que servían de vivienda a las familias de los peones, sino que lo hacía en la cocina principal, con el servicio de casa. Le gustaba su nueva posición, aunque también le hacía sentirse alejado de quienes habían compartido con él las tareas durante los primeros meses y otros trabajos anteriores, cuando Gregorio acompañaba a su padre para la siega o a esquila. Le gustaba, sobre todo, haberse escapado de su casa y, sin embargo, muchas noches sentía la añoranza del pueblo y recorría la sierra bajo las estrellas, y se escondía entre los carrascos del camino alto para ver llegar al padre que, cada vez más torpe por la edad, el trabajo y el alcohol, volvía del bar, subiendo con dificultad la cuesta, tambaleándose, resbalando en el barro del camino, hablando solo y amenazando a las sombras de las encinas y de los eucaliptos del camino de la ermita, y a las que dibujaban en la superficie del suelo que la luna iluminaba de refilón las nubes a su paso. A veces había llegado a pensar en lo fácil que sería que se quedara allí, hasta que alguien lo encontrara al día siguiente. Sentía deseos de que el padre pagara su nombre, Panaderino, y sin embargo, cada vez que se dejaba llevar por ese pensamiento, de lo que de verdad tenía ganas era de salirle al paso, de hablarle de hombre a hombre, y de dejarle que apoyara su brazo en el hombro de él para sostenerse. Se acordaba del olor a humo de leña mojada de su casa, y de la cama familiar que había compartido con su hermano Tomás, el que iba detrás de él y que ya empezaba a ir de aguador, y se acordaba de sus otros hermanos, de Lola, de la Luisi, y se preguntaba por qué sus padres habían tenido que transmitirles a ellos una enfermedad cuyos síntomas aparecían periódicamente como los de las tercianas. Creía que el alejamiento podía curarlo y, por eso, a la madre no la veía más que los días en que iba a llevarle la paga, evitándola el resto del tiempo. Le entregaba la mayor parte del dinero que les iba dando uno a uno el administrador después de ponerlos en fila en el patio que había a la derecha de la casa. Luchaba contra sus deseos de volver, y muchas noches se quedaba tumbado en la hierba en las traseras del cortijo y miraba las estrellas y fumaba. Hasta que, una noche que hacía demasiado frío para quedarse en la trasera, cogió una de las bicicletas que se guardaban en el almacén de las herramientas y bajó al bar que había en el cruce de la carretera, a tres o cuatro kilómetros de la población. Era el único sitio, si se exceptuaba la taberna del pueblo (que frecuentaba su padre), en el que durante el invierno podía verse gente a

aquellas horas. Se acodó en la barra y pidió un anís. Los peones se acercaban y le llamaban Panaderino, pero de una forma suave, que no le dolía, y lo invitaron a beber, y le dijeron cosas que, perdidas en el bullicio, no entendió demasiado bien, pero que eran palabras; incluso uno de ellos, especialmente achispado, se puso a su lado y le estuvo cantando al oído una canción de Pepe Pinto que él había escuchado en otras ocasiones por la radio. Descubrió que había algo que le gustaba en aquel lugar. Detrás del mostrador, buena parte de la pared estaba ocupada por un espejo manchado por las moscas. En su superficie se reflejaban las botellas, y también su cara. Pudo mirarla mientras pidió otra copa de anís («muchacho, lo primero que aprende un bebedor es a no mezclar», le dijo el peón que le había cantado al oído). Y, al escuchar esas palabras, sintió tristeza por no haber entrado antes en aquel sitio, por no haber mirado el espejo ni haberse mirado reflejado en el espejo, ni haber escuchado aquellas canciones, ni el ruido de las botellas y las copas. Cómo había podido vivir sin aspirar el humo de tabaco que llenaba todo el aire, que a cada momento era más denso e iba hundiendo en niebla la imagen de sí que miraba en el espejo. Le resultó agradable ver cómo la imagen se volvía lejana, borrosa, cómo parecía marcharse a un lugar remoto envuelto en nubes, nubes alargadas que algunas veces parecían casi sólidas por su inmovilidad, pero que eran nada más que aire. En aquel espejo, al tiempo que se alejaba su cara, se alejaba también el sufrimiento. Volvió otras noches ante el mismo espejo y se sumergía en la niebla del tabaco y en otra aún más poderosa que surgía del anís, y que era una niebla de dentro, que no se esparcía ante los ojos, sino que ocupaba el motor de los miembros y se metía entre sus engranajes, suavizándolos, desvaneciendo el cansancio que el trabajo del día había acumulado en ellos. En algunas ocasiones no podía evitarlo y, cuando ya llevaba algunas copas, cogía la bicicleta de nuevo y se dirigía a la casa familiar. Oculto en la sombra de los carrascos, veía llegar al padre. Una noche, alguien a quien conocía de cuando iba de aguador le dijo al dueño del bar: «Ponle otra copa al Panaderino», y le rodeó los hombros con su brazo, y estuvieron los dos allí charlando durante horas, hasta que, ya muy tarde, cuando empezaba a clarear por detrás del perfil de las montañas, y él se preguntaba inquieto si alguien lo habría echado de menos en el cortijo, salieron al camino, y el otro andaba a su lado mientras que Gregorio llevaba la bicicleta cogida del manillar. El otro dijo: «Podemos subir los dos. No tengas miedo. No nos vamos a caer. Yo guío», y se sentó en el sillín, y Gregorio se sentó sobre la barra y notó los brazos y las piernas del otro alrededor de su cuerpo, mientras la bicicleta avanzaba haciendo eses en el camino cubierto de barro. Desde esa madrugada tuvo la sensación de que encontraba en el bar la fuerza que en su casa le había sido negada. El anís, el vino, la copa de aguardiente, el espejo con su color lechoso, turbio, y el rumor de las voces, y el ruido seco de las fichas de dominó al golpear en los veladores de mármol. La fuerza que compartía con otros. Dentro hacía calor, mientras que fuera la lluvia resbalaba en los cristales de las ventanas. Dentro olía a calor húmedo, como el que se desprendía del cuarto de

plancha del cortijo, y también a sudor y a tabaco. Terminaba sus quehaceres y se envolvía en una pelliza o en un pedazo de plástico y pedaleaba hasta el bar de la carretera. Al pedalear, se oía el silbido de la dinamo y la luz de la bicicleta iluminaba apenas el barro del camino, los charcos que en la noche tenían color de brea, los troncos de los árboles, y de vez en cuando una figura idéntica a la suya —envuelta en pelliza o plásticos— que se cruzaba con él y que lo saludaba haciendo sonar el timbre. Gregorio respondía al saludo, aunque la mayor parte de las veces la oscuridad le impidiera saber de quién se trataba. Cuando entraba en el local, miraba antes que nada hacia la barra por ver si estaba allí, esperándolo, el hombre al que había conocido en la isla del arroz y con el que hablaba cada noche, y que ya sabía que se llamaba Julián. La lluvia caía fuera y se escuchaba un rumor encima del tejado, y Julián unas veces le decía: «Qué pasa, Panaderino», y otras le llamaba Gregorio: «Qué pasa, Gregorio. Cada día llegas más tarde», y se echaba a reír. No era verdad. Apuraba los trabajos en el cortijo para llegar cuanto antes, y si alguna noche doña Sole lo llamaba para que entrase más leña, o lo entretenía con cualquier excusa o trabajo imprevisto, se impacientaba y hacía las cosas a regañadientes. Julián tenía la mirada muy viva. Le enseñó a jugar a las damas, y algunas noches, en vez de permanecer todo el rato en la barra, se sentaban ante una mesa y movían las fichas sobre el tablero. Otras noches dejaban el tablero sobre la barra y jugaban allí mismo, sentados en los taburetes. A Gregorio le gustaba que alguien estuviera esperándolo cuando llegaba, y también que el dueño del bar o los otros clientes dijeran adónde vais o qué hacéis. Era como si la palabra vosotros le quitara responsabilidades, lo liberara de la obligación del esfuerzo de cada día. Ahora bastaba con quedarse allí jugando a las damas con Julián y mirando de reojo hacia el espejo turbio. Después, caminaban despacio bajo las estrellas y hablaban algunas veces hasta que ya en el horizonte se dibujaba la primera claridad del día. Entonces, él se iba al cortijo y, sin apenas dormir, preparaba cuanto hacía falta antes de que se despertasen el capataz y los señores. De vez en cuando, Julián se burlaba de su trabajo, y le preguntaba si no le jodía hacer de «criada» de una solterona («si por lo menos te dejara hacerle otros trabajos», bromeaba). Una de las veces, sin que Gregorio supiera por qué, aquella broma —«podías hacerle otros trabajos»— le molestó, se enfadó con Julián, y salió del bar después de pagar su consumición pero no la del otro, aunque, antes de que se hubiera subido a la bicicleta, ya estaba el otro a su lado, y lo cogía por los hombros. Le dijo: «Pero ¿por qué te enfadas conmigo?, ¿es que no te das cuenta de que si te digo eso es porque soy tu amigo y te quiero?». A la luz de la luna brillaban sus ojos. Gregorio tuvo ganas de llorar, pero se apartó de él con un empujón. Subió a la bicicleta y se alejó pedaleando deprisa, y cuando ya estaba lejos, volvió la cabeza y vio la sombra de Julián remontando despacio la cuesta bajo la luna redonda, y entonces sí que lloró. Pensaba que nadie le había dicho nunca esas palabras («¿es que no te das cuenta de que si te digo eso es porque soy tu amigo y te quiero?»), nadie, ni siquiera en casa, sus hermanos, su madre o su padre. Deseó volver al lado de Julián,

pero siguió pedaleando, y cuando apagó la luz del quinqué que había en el almacén donde dormía, se quedó con los ojos abiertos, mirando el cielo que se reflejaba reluciente tras la ventana que marcaba un cuadrado de luz en el techo, y sintió que las lágrimas le calentaban la cara, al principio con un fuego de desesperación, pero luego con dulzura, y así pasó la noche, llorando en silencio y pensando en el frío de la habitación. Lloraba porque tenía frío, porque estaba solo y porque había tenido miedo de quemarse al calor de ciertas palabras escuchadas en la oscuridad de la noche a la puerta del bar.

Manuel Amado acompañaba los primeros días a su hijo hasta el colegio Divino Maestro, en la calle San Vicente Ferrer, y a veces pensaba que no era porque tuviese miedo de que se perdiera en el trayecto desde la calle de la Cruz, sino porque le daba aprensión dejarlo solo entre toda aquella gente que se movía por la Puerta del Sol, por la calle Preciados, por la Gran Vía. Por otra parte, desde la segunda vez que hicieron aquel recorrido, Carmelo estaba convencido de que conocía perfectamente el camino y se lo iba indicando al padre de antemano —«Ahora por ahí, ahora torcemos a la izquierda, ahora cruzamos la plaza, ahora por esa calle hacia arriba»—. A Manuel Amado le costaba resignarse a abandonar al muchacho en medio de aquella multitud de gente, de toda aquella masa de automóviles que se movía con precipitación y que a él mismo le provocaba una mezcla de desconfianza y espanto. Sentía una difusa culpabilidad por haberse llevado a su mujer y a su hijo menor a una ciudad en la que los peligros e incertidumbres parecían multiplicarse. No soportaba ver desde el balcón de la pensión cómo desaparecía Rosa arrastrando el carrito de la compra en dirección al mercado de Santa Isabel, ni dejarla a solas en la pensión, por cuyo pasillo circulaban hombres en camiseta que se dirigían al cuarto de baño con una toalla colgada del hombro y una jabonera y un cepillo de dientes en las manos. Los ruidos y conversaciones procedentes de las habitaciones, las toses, el olor de tabaco, componían un ambiente denso que le hacía permanecer al acecho, vigilante dentro de su propia casa. Todo había cambiado para ellos desde que salieron de Fiz. Habían perdido tantas cosas. Metido en su chaqueta gris, sujeto a largas horas de inactividad, por más que se buscaba continuos quehaceres —reparar un grifo, cambiar el cerrojo de una puerta o el casquillo de una lámpara—, a pesar de que la contabilidad le ocupaba mucho tiempo, por falta de costumbre, él mismo se sentía como si hubiera perdido parte de su cuerpo, de su solidez. A veces sentía que sencillamente Rosa y él lo habían perdido todo, puesto que cuanto habían hecho hasta entonces había sido caminar tozudamente durante años por una carretera que resulta que estaba cortada y, en mitad de la vida, habían tenido que dar la media vuelta (como en la canción mexicana) y empezar de nuevo, cuando a él apenas le quedaban ganas ni fuerzas. Manuel llevaba ahora gafas para repasar las cuentas y leer los periódicos, y respiraba a todas horas el ambiente viciado de la pensión y el humo que soltaban los tubos de escape de los coches. Lolo les escribía periódicamente. Se había instalado en los pabellones de la empresa Coviles, que se encargaba de los últimos retoques de construcción y del mantenimiento del pantano, y estaba a la espera de mudarse a la casa de los padres de su novia, con la que pensaba casarse en breve. Además de trabajar como albañil, ayudaba a su suegro, que no tenía hijos varones, en las tareas del campo. De Eloísa no sabían nada más que lo poco que habían ido contándoles los paisanos que periódicamente pasaban por Madrid, o que llegaban a la capital para quedarse definitivamente. Por esa gente se habían enterado de que a Martín Pulido lo habían trasladado a un pueblo de Córdoba y que ahora el matrimonio vivía allí, en Montilla, con un hijo que, al parecer, acababa de nacerle. Ni Manuel se había

preocupado por hacerles llegar la nueva dirección de la familia, ni Eloísa, por lo visto, había tenido mayor interés en averiguarla. En aquellos primeros días que pasaron en Madrid, cuando acompañaba al colegio a Carmelo, el muchacho nunca le dejaba llegar hasta la puerta del colegio, y ni siquiera acercarse a la esquina de la calle San Vicente Ferrer. Durante todo el trayecto, caminaba un par de metros por delante de él, avergonzado de que los otros chicos se dieran cuenta de que su padre no lo dejaba ir solo. Sus nuevos compañeros de colegio eran muchachos de la capital que, cuando llegaba la hora del recreo, o la de la salida, se movían con habilidad entre los coches, los burlaban, zigzagueando entre ellos, cruzaban arriesgadamente la calle San Bernardo, por la que los vehículos circulaban a notable velocidad, y conocían al dedillo no sólo la geografía y el trazado de las calles, sino también las tiendas que había en cada una de ellas, y sus especialidades, y los bares, e incluso a buena parte de los propietarios, de los que, con frecuencia, sabían sus nombres y sus manías, y a quienes bautizaban con apodos y gastaban pesadas bromas. Carmelo empezó a participar de aquellas costumbres al cabo de un tiempo, en cuanto su padre dejó de acompañarlo, y sintió que se le desvanecía poco a poco la morriña de su pueblo y de sus amigos de infancia, sobre todo de Fernando, con quien había compartido tantas confidencias. Incluso el pensamiento de la tía Eloísa se le volvía intermitente con el paso de los días. La desmesura de Madrid, tan cargada de novedades, lo cegaba. Salía de la pensión por las mañanas con el tiempo de sobra para poder pararse durante el trayecto en los escaparates de las tiendas de deportes, juguetes y libros con las que se encontraba a su paso, y ahora ya sabía lo que cada escaparate exponía, y detectaba inmediatamente la desaparición de alguna de las mercancías y su sustitución por otra. Solía detenerse largo rato ante los gigantescos carteles de los cines de la Gran Vía, en los que intentaba adivinar las causas de las actitudes que exhibían aquellos personajes pintados que ocupaban buena parte de las fachadas, y las de los que aparecían en los fotogramas expuestos detrás de las cristaleras que había bajo las marquesinas, y descifraba el sentido de los atractivos títulos de los estrenos que se proyectaban. El lunes era el día más esperado, porque era cuando solía cambiarse la programación. Y, aunque ese recorrido le gustaba efectuarlo a solas, gozando del anonimato que le concedía la multitud, y con la vaga sensación de que, entre tanta gente como se movía por las aceras, podía sucederle algo de interés, pronto empezó a coincidir en el trayecto de vuelta, bien a mediodía (cuando caminaba a paso ligero, porque apenas le quedaba tiempo suficiente para comer a toda prisa antes de volver al colegio), bien por la tarde (que era cuando el recorrido se prolongaba con paseos complementarios y rodeos), con un alumno de su curso que vivía no lejos de la pensión, en los alrededores de Antón Martín. Luis Coronado Rejón era un muchacho delgado y algo más alto que él, que no es que pareciese mayor que Carmelo, sino que era indudablemente mayor, a pesar de que tenía prácticamente la misma edad que él. Luis Coronado conocía la ciudad como la palma de la mano. Sabía cómo llegar al mismo sitio por varios caminos, y también qué lenguaje tenía que utilizar con cada persona.

Conocía no sólo las palabras que había que usar, sino también el tono en que tenía que pronunciarlas, la velocidad a la que debían ser desgranadas y con qué melodía. Esa capacidad de Luis era una de las que más fascinaba a Carmelo, porque él hablaba con acento gallego y los demás alumnos del Divino Maestro a veces lo imitaban, burlándose de su cantarina entonación. En clase se marcaba una clara diferencia que enaltecía a quienes eran de Madrid, y hablaban arrastrando las palabras, como con una especie de cansancio sabio y desvergonzado, y que condenaba a un claro lugar inferior, como torpes, a quienes habían nacido fuera y cantaban al hablar (era el caso de Carmelo), o ceceaban, o ahuecaban la voz y convertían la boca en una gruta en la que la nariz parecía la bóveda en la que resonaran como un eco las palabras (así, de esa manera extraña hablaba un muchacho que era de Reus). Luis Coronado vestía una chaqueta gris y una corbata azul marino, con el nudo muy pequeño (y el diminuto nudo constituía un rasgo de elegancia y atrevimiento suplementarios), y llamaba la atención de Carmelo cada vez que se cruzaban con una mujer espectacular (Luis decía «de bandera») y no tenía reparo en decirles cosas a las muchachas de su edad que, a las horas en las que ellos hacían el recorrido entre sus casas y el colegio, iban vestidas de uniforme y cargadas con cuadernos y carpetas y caminaban con paso apresurado. A fuerza de recorrer juntos el camino, y de esperarse por las mañanas en la Plaza de Canalejas y, por la tarde, al pie de la escalera del portal del Divino Maestro, Carmelo se hizo amigo de Luis. La verdad es que no era el amigo que él hubiese elegido, pero fue el que Madrid le dio en aquellos primeros meses, y lo aceptó con lealtad. Ahora quedaban para divertirse juntos los fines de semana, y las tardes de sábado y domingo vagabundeaban por las calles del centro, con un puñado de castañas asadas metidas en el bolsillo del abrigo, que les servían como golosina, pero, sobre todo, para calentarse las manos. Caminaban por la calle Atocha, por Antón Martín y Tirso de Molina, por la Puerta del Sol, Carretas y la Gran Vía, hasta que los pies les dolían de frío y de cansancio. En compañía de Luis, entró Carmelo (para la sesión de las cuatro de la tarde de un sábado, que era la más económica) en uno de los imponentes cines de la Gran Vía, y subió por vez primera en su vida en ascensor, hasta las últimas filas de General, que estaban muy cerca del techo, y pudo contemplar desde allá arriba el espectáculo de la inmensa sala abarrotada por una multitud que guardó respetuoso silencio en cuanto empezaron a apagarse las luces. Fue en el cine Callao, y aquella tarde proyectaban *El gran combate*, de John Ford. Carmelo no olvidaría nunca la emoción que le produjo aquel local lujoso, que tanto contrastaba con la modestia de la sala de cine de su aldea, que no era más que un almacén pegado a la trasera de la parroquia de Fiz. Cuando algunos años después participara en los debates de los cineclubs de los colegios mayores, y también en el que montaron José Luis del Moral y él en el Ateneo Obrero de Vallecas, citaría esa primera tarde en un local de estreno de Madrid, intentando definir la complejidad de la fascinación que ejerció el cine en la gente de su generación, «porque», decía, «a diferencia de la lectura, de la literatura, que exige para su degustación de la soledad, y

es un acto irrenunciablemente íntimo, el cine comparte los rasgos barrocos de una ceremonia de hipnosis colectiva». Años más tarde, llegaría a describir aquella primera sesión en un largo artículo que publicó sobre el cine de John Ford en la revista *Fotogramas*, cuando ya empezaba a convertirse en un crítico respetado. La amistad de Luis Coronado le abrió puertas modestas, pero que le sirvieron para advertir cómo Madrid iba poco a poco envolviéndolo, y dejaba de ser un hermoso pero gélido decorado, que uno contemplaba con una mezcla de fascinación y respeto, aunque sin salirse del papel de espectador, para convertirse en un nido en el que uno encontraba su hueco, por más que ese hueco no siempre fuera cómodo. A veces, las tardes de domingo, en vez de pasear durante horas, Luis y Carmelo acudían a un piso destartado con otros alumnos del colegio. Eran reuniones de muchachos solos, pero en las que hablaban de mujeres, bromeaban, bebían alcohol, fumaban, escuchaban música, y ya tarde, cuando se aproximaba la hora de volver a sus respectivas casas, bailaban unos con otros, saltando cogidos de las manos, tal y como mandaban las reglas del rock, o incluso cogidos de la cintura. En una ocasión, Antonio Perceval, un alumno de preuniversitario que se reunía con ellos, y que murió un par de años más tarde en un accidente de automóvil, se llevó una muchacha a la reunión, y estuvieron emborrachándola y luego bailó con algunos, y se besó con Antonio y con Luis, y se dejó tocar las tetas tumbada en el sofá, y que le metieran mano por debajo de la falda, hasta que de repente se puso a llorar y a gritar que la dejaran en paz, y los separó a empujones de su lado y salió del piso dando un portazo. Cuando se fue, Antonio y otro alumno se masturbaron y Carmelo se quedó inmóvil, mirándolos desde el sofá en el que momentos antes había estado tumbada la muchacha. Al siguiente domingo, Luis y Carmelo se metieron en una sala de baile y se pasaron la tarde merodeando alrededor de la pista e invitando a bailar a todas las chicas solitarias. Luis consiguió pareja para tres o cuatro piezas sueltas (ellas, las chicas, consideraban que bailar agarrado comprometía más), pero fue con una chica distinta cada pieza (también les parecía a ellas que bailar dos veces seguidas con el mismo era establecer algún tipo de compromiso). Carmelo bailó nada más que una canción. Un par de domingos después volvieron a la misma sala y Luis se pasó media tarde con la misma chica y estuvo bailando con ella canciones sueltas, pero también otras, como «Melancolía» o «Ciudad solitaria» o «Las marionetas», en las que las parejas apenas se movían del sitio, de tan lentas y apretadas como bailaban, y Luis pasó los brazos por la espalda de la chica, y la empujó hacia sí, acercándosela hasta rozarla con todo su cuerpo — cara, pecho, muslos— y, a continuación, se marchó a acompañarla al autobús. Se habían apagado la mayoría de los focos y giraba el calidoscopio en el techo, derramando pedazos de luz coloreada por encima de la pista y manchando los rostros y los cuerpos de las parejas. Cuando salieron de la discoteca la chica y él iban muy serios y cogidos de la mano. Luis se limitó a hacerle un gesto de complicidad con la cabeza a Carmelo, que se quedó allí otro rato más, buscando con cierta desesperación su oportunidad, como los jugadores de un equipo buscan el gol del empate en los

últimos minutos del encuentro, y esa noche hizo a solas el camino de vuelta a casa, sumido en la tristeza que contagian los anocheceres de domingo. A la mañana siguiente, Luis lo esperaba impaciente en la Plaza de Canalejas, y se puso a contarle que ella le había dicho que sí, que quizá podría enamorarse de él, porque le gustaba, y que se había dejado besar y tocar en la oscuridad de un banco de la Plaza de España, y, a continuación, sin que viniera a cuento, le espetó: «Claro, es que es lógico, es que uno solo liga más. Es más fácil que si van dos y el otro hace de carabina. Y, además, cómo puede ligar alguien a tu lado, con esos jerséis que te hace tu madre, que se nota a cien kilómetros que son de pueblo». Carmelo se limitó a responderle con un gesto de desprecio: levantó los hombros e hinchó los labios dejando que el aire saliera con un soplo breve y sordo; pero, a mediodía, cuando volvió a encontrárselo al pie de la escalera del colegio, esperándolo para hacer el trayecto de vuelta, le dijo que no, que no iban en la misma dirección, porque ese día él no comía en casa, y utilizó otro recorrido —ahora también él sabía llegar al mismo sitio por distintos caminos— para volver a la pensión. A partir de entonces evitaba coincidir con Luis cuando se dirigía al colegio. Daba complicados rodeos para no tropezarse con él a la ida; y, a la vuelta, salía de estampida antes de que el otro tuviera tiempo de esperarlo en la escalera. Ni siquiera los sábados y los domingos se veían. Carmelo paseaba solo por la ciudad (al principio no quería quedarse en casa, no fuera a ser que sus padres le preguntaran si le pasaba algo), buscando los edificios y estatuas que aparecían en el libro de arte. Iba al cine solo, y algunas mañanas empezó a visitar museos: el de Bellas Artes, el de Sorolla, que le gustó muchísimo, con toda aquella luz que salía de los cuadros y que le hacía pensar en que algún día se iría de Madrid, y el del Prado. Ahora le gustaba imaginarse como un individuo solitario y triste. Se sentía bien caminando bajo la lluvia, o sentado en un banco del Retiro, viendo pasar los ruidosos grupos y las parejas, o aprendiéndose los nombres de los autores y de los cuadros que había colgados de las paredes del Museo del Prado. Le parecían vulgares las parejas que se reían y se empujaban a última hora del domingo en las paradas de los autobuses, las pandillas que gritaban y corrían por las aceras, las que hacían cola a la puerta de las salas de baile, y, en cambio, se preguntaba por la vida que habrían llevado los mendigos que se arrodillaban en las aceras, o en las escaleras de las iglesias, y tendían frente a ellos una manta sobre la que la gente echaba algunas monedas, los hombres que avanzaban por la calle Atocha arrastrando pesadas carretillas cargadas de cartones, los emigrantes solitarios que, con una maleta de cartón al lado, se comían un bocadillo en la barra de los bares que había alrededor de la estación, y también las mujeres que esperaban clientes en las puertas de las casas de citas de la calle de la Ballesta. «Toda la gente solitaria», decía una canción de los Beatles que salió algún tiempo más tarde y cuya traducción copió en un cuaderno, seguramente por melancolía de aquellos meses, y que escuchaba con avidez y tristeza cada vez que sonaba por la radio. Gente que Carmelo imaginaba que podía parecerse a Larry, el protagonista de *El filo de la navaja* que lo abandonaba todo, incluido el amor de una

mujer hermosa, para buscarse a sí mismo, un libro que había leído poco tiempo antes; o a los personajes que salían en las novelas de Jack London, que, cuando las leyó, le hicieron acordarse de su tía Eloísa y de aquel hombre cuyo nombre llevaba y que desapareció para siempre en África. Algunos días caminaba hasta la Ciudad Universitaria, veía el moderno edificio de la Casa del Brasil, emergiendo del césped entre los árboles, y, en la calle Princesa y sus alrededores, la agitación de los estudiantes que hablaban en corros junto a las barras, y en voz baja en torno a las mesas, y también ese mundo parecía guardar algo para él, algo futuro que habría de llegarle y que daría sentido a su vida. De hecho, ya había ido cuatro o cinco veces a un cineclub universitario (había visto *Viva Zapata*, *El manantial de la doncella* y *Juquetes rotos*) y había descubierto con sorpresa que, en aquel local, nadie reparaba en que él aún no había entrado en la universidad, ni se fijaba en sus jerséis, ni en que seguía acudiendo cada semana a un colegio en el que las únicas distracciones eran dar patadas a la pelota y empujar contra la sucia pared de los urinarios a los que estaban meando. Para él, todo eso, aunque aún no había formalmente concluido, formaba parte de su pasado y ya no le preocupaba lo que pudieran pensar sus padres cuando decidía no salir los domingos. Al revés, le producía una agradable sensación quedarse leyendo ante la mesa de la cocina novelas y los periódicos que compraban los huéspedes. Las poesías y reflexiones que había empezado a escribir las guardaba para la soledad de su cuarto. Después de cenar, se metía en su habitación y escribía, tachaba y volvía a escribir hasta muy tarde. A veces, su madre asomaba la cabeza tras la puerta y le decía que apagara la luz. Ya empezaba a parecerle que Luis Coronado no significaba nada para él, y ni siquiera le dolía lo que le había dicho aquella mañana, cuando lo llamó «carabina» y se rió de sus jerséis, porque también él se había ido quedando atrás y lejos, cuando recibió una llamada telefónica suya en la que le pedía que fuera a visitarlo a su casa, porque llevaba una semana enfermo y quería que le pasara los ejercicios que habían hecho entre tanto en el colegio. Aquel telefonazo constituyó para Carmelo una sorpresa que no hizo más que crecer cuando llegó a la dirección que Luis le había dado por teléfono y se encontró en el interior de un destartado portal en la calle de Cervantes, y subió los cuatro pisos de escalones, que eran al principio de granito y en el último tramo de crujiente madera, y luego llamó al timbre de una puerta por la que apenas podía pasar sin agacharse él, que no era demasiado alto, y le abrió una mujer delgada, envuelta en un chal, que le dijo que era la madre de Luis. Casi no había muebles en la habitación que servía de recibidor, comedor y sala de estar, y en la que cuatro puertas indicaban la situación de la cocina y de las mezquinas habitaciones. Luis lo esperaba en el interior de una de ellas, incorporado a medias en una cama con cabezal de hierro. Se había puesto una gorra y una chaqueta gris de guardia para recibirlo. «Es el uniforme de mi hermano, que ha sacado las oposiciones para la policía», le explicó refiriéndose a las prendas que llevaba puestas. «¿A que es la hostia? Imagínate lo que se puede ligar con un uniforme así». Pero Carmelo se fijó en que el cuarto carecía de ventilación y olía a

sudor y a medicinas, y también en que, a través del tabique, además del ruido de un televisor, podían oírse las toses y la respiración de un hombre. «Es mi padre, que tiene bronquitis crónica, porque ha fumado mucho», le dijo Luis cuando notó el movimiento de su cabeza en dirección al tabique. Lo de fumar lo dijo con sensualidad y admiración, como si la tos también constituyera una prenda imprescindible en algún uniforme.

Le gustaba entrar con Gloria en El Laurel de Baco y ver, cada tarde, a sus nuevos amigos reunidos en torno a una mesa, discutiendo acaloradamente de temas interesantes y pasándose libros de autores extranjeros que descubrían de la mano de Ignacio Mendieta, y que ahora sustituían las lecturas de Lope y Calderón que les recomendaban en el colegio, y hasta las de los libros de Baroja, Machado y Unamuno que su padre tenía en la biblioteca, y advertir cómo en el grupo se suspendían de repente las conversaciones para recibirlas a ellas dos, y todo el mundo apartaba sus sillas para dejarles sitio. Al lado de aquella gente que había conocido unos meses antes, Helena tenía la impresión de que maduraba, de que se alejaba precipitadamente de sus compañeras de preuniversitario que se sabían de memoria las tontas canciones del verano y las cantaban a coro en el patio, como grillos de voces chillonas, y se pasaban el día vigilando a los chicos que les gustaban y pendientes de si las miraban o no, de si tenían el pelo liso o rizado y llevaban patillas largas o cortas, o si las habían sacado a bailar «Tombe la neige» o «Mis manos en tu cintura» y habían acercado sus caras que olían a Varón Dandy o a Old Spice a las de ellas. Gloria y Helena habían entrado de repente en el mundo de los mayores, chicos de «escuelas técnicas», de agrónomos, de industriales o arquitectura, y de «facultades», de filosofía y económicas, que, sin embargo, se callaban respetuosos cuando ellas exponían sus opiniones, y las discutían tomándoselas rigurosamente en serio. El baile en el piso de alguna compañera de curso, los canapés, las risas y las intrigas permanentes, los cercos y pequeñas cacerías humanas, se les habían quedado pequeños. Ignacio Mendieta estudiaba arquitectura, era amigo de Roberto, el primo de Gloria que vivía en Roma, y los tres, Gloria, Ignacio y Roberto, habían coincidido allí durante el verano, porque Ignacio se instalaba durante las vacaciones en casa del hermano de su madre, don Francisco Miravittles, que era el cónsul español en Roma. Don Francisco estaba soltero, y le gustaba tener con él a su sobrino y enseñarle las maravillas artísticas de la ciudad, un conocimiento rigurosamente imprescindible para alguien que, con el tiempo, iba a ejercer la arquitectura. Ignacio conocía al dedillo pórticos, columnas, arquivadas, volutas y bóvedas de la ciudad eterna. Y también las grandes obras de la pintura. Y las fuentes y los lugares donde se reunían los turistas al anochecer, y los rincones tranquilos en los que se podía estar a solas contemplando una fachada barroca iluminada por la luna y por un melancólico farol amarillo. El último verano había sido un guía aún más experto que Roberto, que vivía allí, pero que conocía mejor otros aspectos de Roma bastante menos románticos. Y se habían hecho tan amigos Gloria y él, que Ignacio era ahora su confidente en Madrid, con el que mantenía interminables conversaciones telefónicas cada noche, con gran escándalo de su padre, que se quejaba diciendo: «Yo eso no lo entiendo, si no es tu novio, qué demonios es». Ignacio le servía como buzón, ya que en su casa y a su nombre recibía las cartas que Roberto no estaba autorizado a enviar al domicilio de los Giner. A pesar de esas relaciones, a las dos amigas (y aún más a Helena, que no lo conocía) les extrañó al principio que Ignacio, al fin y al cabo mayor y con inquietudes

más elevadas que ellas, mostrara tanto interés en presentarles a su grupo, y que el grupo las aceptara tan rápidamente. Para los de El Laurel, Gloria y Helena fueron desde el primer día las «Chicas Bertrand», y, cada tarde, Ignacio anunciaba su entrada en El Laurel de Baco gritando: «Cuidado, que vienen las Bertrand», como si anunciase que entraban en un salón del Lejano Oeste los peligrosos pistoleros Dalton. Los homenajes que dedicaba a las muchachas se sucedían, y, de vez en cuando, decía cosas del tipo: «Que no se le ocurra a nadie meterse con mis chicas, porque me lo cargo. Son dos princesas». Y, con esa última frase, los dos, Gloria y él, sabían que se refería a la Audrey Hepburn de *Vacaciones en Roma*, en un juego privado que mantenían. Ignacio se había convertido en una especie de generoso protector para las dos amigas. Incluso cuando iban por la calle, se ponía en el centro y avanzaba con los brazos ligeramente abiertos por detrás de las espaldas de ellas, aunque sin rozarlas, como una gallina que abriera las alas para proteger a sus polluelos, o como si tuviera miedo de que las chicas fueran a caerse y estuviera atento para prevenir ese percance. El grupo se reunía todas las tardes de entre semana (los sábados y domingos cada cual tenía su vida fuera), y cada tarde circulaban por encima de la mesa en apresurado intercambio libros y revistas —*Triunfo*, *Primer Acto*, *Film Ideal*, *Nuestro Cine*— cuya propiedad no estaba demasiado clara, ya que, desde el momento en que las publicaciones se llevaban a El Laurel, pasaban a pertenecer al grupo y cualquiera podía doblar las páginas para marcar algo y subrayar y escribir comentarios en los márgenes. Se discutía sin orden, cambiando de un tema a otro, del mismo modo que se leía sin orden. «Fueron tiempos de enorme vitalidad. Lo discutíamos todo y lo leíamos todo. Mezclábamos a Kafka con Freud y a Marx y a Hegel con Baudelaire, Miguel Hernández y Hermann Hesse, y nos parecía que todo eran ladrillos de un edificio de rebeldía»: fue lo que dijo Gloria Giner cuando la entrevistaron para un programa televisivo acerca de la transición, más de veinticinco años después. Probablemente sus palabras eran verdad, aunque con matices, porque, por entonces, y aunque quizá ni Helena ni Gloria repararon en ello, además de ser ladrillos en el edificio de la rebeldía, las lecturas de esos libros exhalaban también un intenso perfume animal que ellas confundían con la presencia envolvente del espíritu. De hecho, si Gloria guardaba una prestigiosa y por todos respetada fidelidad en ausencia de Roberto, que seguía enviando regularmente sus largas cartas y sus poemas, para Helena el descubrimiento de aquel mundo que le parecía intelectual había llegado al mismo tiempo que una intensa inclinación (que, al principio, le pareció confusa y que poco a poco fue esclareciendo su dirección y envergadura) hacia uno de los habituales del grupo: un muchacho cuyo recio aspecto campesino parecía contrastar con el de los otros, que aunque descuidados en su forma de vestir, eran individuos urbanos y refinados, hasta el punto de que se podría sospechar que en su descuido había cierto amaneramiento. Desde el primer día, a Helena le habían atraído el rostro, los gestos —parcos y cortantes— y las manos —sobre todo las manos, cuadradas y robustas, con las uñas muy cortas pegándose a la carne de los dedos— de Antonio

Manchón, cuya imagen positiva se le redondeó felizmente cuando supo, apenas unos minutos después de que cruzaran las primeras miradas en la ronda de presentaciones, que estudiaba para ingeniero agrónomo. Fuerza e inocencia parecieron unirse de repente de un modo armónico en aquel cuerpo y, al juntarse, encendieron una chispa que empezó a prenderla a ella, a Helena, con un fuego silencioso, y de momento imperceptible, pero cuyo calor tuvo que notar, puesto que, sin saber cómo, ya aquel primer día se encontró sentada a su lado, rozándose inadvertidamente en el apretado espacio alrededor de la mesa, sintiendo contra su muslo el calor de animal doméstico apacible y vigoroso del muslo del otro, y percibiendo el olor de lana húmeda que desprendía el jersey de cuello cerrado. Nadie puede saber si, de no haber sido así el contacto inicial con el grupo, Helena se hubiera mostrado tan explícita e impulsiva cuando, concluida la primera tertulia, en el camino de vuelta a casa le dijo a Gloria que aquella gente le parecía «verdaderamente fantástica», una apreciación a la que Gloria no tuvo más remedio que sumarse. Así que decidieron volver al día siguiente, y también ese otro día, después de una serie de movimientos de las sillas en distintas y encontradas direcciones para hacerles hueco a las Chicas Bertrand en torno a la mesa, Helena se encontró nuevamente sentada —muslo contra muslo— al lado de Antonio Manchón. Por eso, no sería arriesgado afirmar, con la perspectiva que concede el paso de los años, que la vida intelectual y la rebeldía que mostraba de un modo casi exhibicionista el grupo de El Laurel se sostenía en muchos casos sobre un pudoroso e invisible cimiento amoroso, sobre un conglomerado de atracciones secretas, que se expresaba en la aparición de unos sentimientos de ternura que caían sobre la totalidad de sus componentes, aunque —por hablar del caso de Helena— fuesen provocados por la presencia concreta de alguien que encarnaba con su cuerpo, con su mirada viva y asustadiza que se apartaba precipitadamente al cruzarse con la de ella, con las manos fuertes y de uñas cortas y pegadas a la carne, un ideal del espíritu, porque el cuerpo humano —sus volúmenes, el color de la piel, sus movimientos— puede ser la materialización más perfecta de los sueños de generosidad que un adolescente persigue confusamente. Sin embargo, durante el largo año y medio que duraron las reuniones en El Laurel, nadie pareció percibir, ni mucho menos llegó a nombrar, la existencia de ese cemento de deseo sobre el que se levantaba el intelecto. Por eso, durante los primeros meses, cada vez que la atracción de dos componentes del grupo se evidenció, todo el mundo tomó el fogonazo de partida de una nueva relación por un accidente fortuito, como el derrumbamiento inesperado de un muro que obstruyese temporalmente el camino. Incluso Gloria —ella quizá aún más que los otros— se nutría de ese humus animal, porque encontraba en Ignacio Mendieta el consuelo que proporciona el intermediario. Gloria acudía cada tarde a El Laurel con la esperanza de que hubiera llegado una nueva carta de Roberto, aunque no fuera únicamente la esperanza de las cartas la que la excitaba: Ignacio parecía contener él mismo algo de Roberto que ella sorbía con avidez. Ignacio conocía a Roberto, había hablado con él, compartido con él actividades y

confidencias, incluso había dormido en la habitación de Roberto en algunas ocasiones. Ignacio hacía reír a Roberto, o conseguía que inexplicablemente Roberto se pusiera de repente muy serio. Podía hablarle al oído, o escuchar las palabras que el otro le dirigía en voz baja, y cuando alguien se acercaba a preguntarles qué ocurría, decirle: «Nada, cosas nuestras». Así que Gloria debía de percibir sin darse cuenta que a través de él le llegaban emanaciones de Roberto, una trémula respiración de su espíritu confinado en el exilio de Roma, más allá de la meseta y el mar, y, por eso, inconscientemente abría sus poros para que esas emanaciones la impregnaran, como se impregnan los cuerpos en un baño de vapor. Por su parte, la relación de Helena con Antonio Manchón fluyó secretamente durante más de un mes —con un secreto que los envolvía a ambos, que detectaban la atracción, pero sin constatarla— y se hizo explícita una tarde en que llegaron antes que los otros a la cervecería y se encontraron a solas y, en vez de ponerse frente a frente ante la mesa, que hubiera sido indudablemente lo más lógico, lo hicieron como si ya estuvieran los otros ocupando sus sitios y a ellos, como de costumbre, sólo les quedara un apretado hueco. Fue entonces cuando constataron que el calor de sus muslos era un acto gratuito de generosidad que no necesitaba de las apreturas de los demás para manifestarse, y en el momento de esa constatación, y casi sin mediar palabra, él dejó caer lentamente la cabeza sobre el hombro de ella y poco a poco fue hundiéndola en el pelo de Helena, que sintió su aliento como una brisa templada y húmeda. Se estuvieron así un buen rato, hasta que él extendió el brazo para mirar el reloj y dijo: «Vámonos antes de que lleguen los demás». Y esa tarde, en la tertulia, faltó la opinión de Helena acerca del Ser de Hegel, y ambos —Helena y Antonio— se perdieron la explicación de cuáles eran las diferencias entre trabajo y fuerza de trabajo según Marx, que Ignacio expuso brillantemente. Por aquellos días Ignacio era todavía el único que se había leído algunos textos marxistas y que había empezado a asistir a un seminario de sociología en el que se hablaba de Marcuse. Pero no fue hasta tres meses más tarde cuando sacó de la cartera un librito muy delgado, forrado con papel de regalo navideño, con sus bolas y hojas de acebo y sus abetos, que circuló con una mezcla de veneración y temor entre los componentes del grupo. Era el *Manifiesto comunista*. Todos habían oído hablar de él, pero nadie lo había tenido nunca entre sus manos. Les pareció que su contacto abrasaba. Pero volviendo a aquella tarde en que los dos se marcharon antes de que llegasen los demás, el «vámonos» de Antonio fue el imperativo categórico que inició la vida sentimental de Helena (que hasta entonces se había limitado a pequeños escauceos, muy parecidos a los que vivían periódicamente sus compañeras de curso), un imperativo que, de entrada, los llevó aquella misma tarde hasta el cercano parque de Rosales, hacia donde caminaron lentamente, y ya cogidos de la mano, como si los meses de desearse en silencio hubieran instaurado una cotidianidad entre ellos, un aprendizaje mudo, cuyos frutos brotaban repentinos, haciendo que a los interminables días de frío y niebla sucediera un repentino sol (un sol metafórico, porque, en el momento en que ellos avanzaban lentamente hacia el

parque, había anochecido y alrededor de las farolas del Paseo de Moret había un halo de frío). Hablaron interrumpiéndose el uno al otro, descubriendo que los dos habían pensado durante todo aquel tiempo lo mismo, que muchas de las palabras que ambos habían dicho en público no eran más que mensajes privados que se dedicaban («¡Ah!, entonces lo dijiste por eso. Fíjate que me lo imaginé, pero no podía creerme que fuese así»). Y cada descubrimiento de nuevas complicidades trajo otras risas, otros apretones de manos, con nuevos acercamientos de la cara del uno a la del otro. Ya en el parque, y a pesar del intenso frío, se sentaron en un banco que las sombras de un seto protegían, y siguieron hablando, hasta que de repente se quedaron en silencio, tristes, y se estuvieron así, sin decirse nada, durante un buen rato, envueltos en las sombras de la arboleda. Después, sin que se rompiera el silencio, Helena notó que él giraba su cuerpo y lo ponía de lado contra el de ella, que seguía mirando al frente, como si no se diera cuenta de los movimientos del otro, y sintió de nuevo la humedad de la boca de Antonio contra su cuello y, a continuación, cómo ese aliento se ponía en marcha y recorría, dando un rodeo, la distancia que separaba el cuello de los labios. Pasó sobre la oreja, por la sien, descendió a la mandíbula, y se quedó allí enfrente (ella había cerrado los ojos, para no ver, para no sentir nada más que el aliento) de sus labios, que, poco a poco, notaron una presión (él empujaba los labios de ella con los suyos y quería forzar la entrada en el interior de la boca de ella con su lengua). Entonces, Helena volvió la cabeza del otro lado y dijo en un susurro «No, no», y él se apartó precipitadamente, disculpándose: «Perdona, perdona», y esas palabras asustadizas le hicieron recuperar el desvalimiento que a ella tanto le gustaba; y escucharlo respirar allí, a su lado, dócil, fue casi más placentero de lo que hubiera sido el propio beso. A Helena aún no la había besado nadie en la boca. El primero en hacerlo sería Antonio, pero más adelante. Para ese primer beso aún faltaba casi un mes. Llegó cuando ya se trataban como novios y asistían a las tertulias de El Laurel cogidos de la mano y con la cabeza del uno en el hombro del otro, en el momento más dulce de la relación, que sirvió como detonante para que se pusieran en marcha otras historias que hasta entonces habían permanecido bloqueadas: la de Julio Peñal (de ingenieros aeronáuticos: desapareció al año siguiente y nadie volvió a saber nada más de él; quizá se volvió a Almería con su familia) y Lola Rubio (de románicas, seguramente por entonces ya militaba en el pecé y era la que le pasaba los libros de Marx y Engels a Ignacio Mendieta), la de Manolo Montero (que aún estaba en primero de comunes y luego estudió historia contemporánea) y Esperanza Morán (de económicas: Esperanza fue la primera que contó en público la historia de la prisión de su padre al final de la guerra y todos escucharon en silencio su relato. Aquel día Helena se atrevió a decir: «El mío también fue republicano y estuvo preso», mientras notaba que Antonio apretaba su mano con mayor intensidad). Alguna otra pareja surgió por entonces, pero debió de disolverse pronto. La verdad es que, a finales de aquel curso, las parejas habían empezado a tejerse y destejerse velozmente: se inició el baile sentimental y político con extrema animación. La gente se afiliaba con

precipitación a las organizaciones políticas y también al amor. Por lo que se refiere a este último, la relación de Helena con Antonio había catalizado no pocos sentimientos, incluidos los de Ignacio Mendieta, que se mostró huraño y malhumorado durante un tiempo, lo que no pasó desapercibido a Gloria Giner.

No, no todo era orden en el internado. Apenas habían pasado dos meses desde que José Luis llegó a León, cuando, una tarde, mientras subía por la escalera que llevaba a las aulas, don Manuel, que era el jefe de estudios, lo llamó a voces: «Del Moral. Ya está usted hablando otra vez y haciendo el tonto. Venga aquí». Y a pesar de que José Luis iba en silencio y guardando la obligada distancia en la fila, lo abofeteó delante de todo el mundo, poniéndolo como ejemplo de mala conducta. Además, los dos domingos que siguieron a aquel incidente, y como consecuencia del mismo, tuvo que escuchar los sonidos de la proyección de la película desde la soledad del pasillo. Hasta entonces, los correctivos que había recibido —aunque a veces desproporcionados por su dureza— habían sido consecuencia esperable de sus actos, pero aquella tarde la bofetada obedeció a una arbitrariedad que lo aturdió. Durante toda la clase de matemáticas apenas consiguió ver los números que el profesor escribía en la pizarra, porque tenía los ojos empapados y, además, porque, por detrás de las lágrimas, la rabia le había ido creciendo como una enredadera que también lo cegaba. Amador, su compañero de pupitre, le decía cada poco rato: «No te preocupes. Ese tío es un imbécil», creyendo que lo consolaba, pero era al revés, ya que, con sus palabras, lo único que conseguía era que creciera aún más la indignación que sentía José Luis. A él ya le había parecido advertir en otras ocasiones que don Manuel observaba atentamente sus movimientos, como si fuera un ave de presa que estuviera deseando abalanzarse sobre su víctima, pero, a partir de aquella tarde, lo que hasta entonces le había parecido sólo una sospecha poco justificada empezó a convertirse en agobiante certeza. Cuando formaba en el patio, cuando subía por la escalera, cuando avanzaba en fila por el pasillo en dirección a las aulas, sabía que, detrás de aquellas gafas oscuras que tenían una montura dorada, y a los lados de aquella nariz aguileña que sobresalía como un pico amenazador entre los mofletes colorados de don Manuel, estaban las puntas de alfileres de sus ojos clavándose en su cogote, en su espalda, atentas a descubrir una arritmia en alguno de sus movimientos. Él avanzaba con las manos cogidas a la espalda, tal y como mandaba el reglamento, y con la cabeza baja, y, sin embargo, sabía que don Manuel esperaba la oportunidad para agredirlo. «Te tiene manía», le decía Amador, «no le hagas caso». Pero era preciso hacérselo, porque don Manuel —sus ojos punzantes— estaba en todas partes: en cualquier rincón de la capilla, en un recodo del pasillo, sobre la tarima que dominaba las mesas del comedor, en una alejada ventana del segundo piso que daba al patio, detrás de una de las porterías de fútbol. Incluso, durante la noche, a veces distinguía José Luis el reflejo del piloto de color rojizo que permanecía encendido en el dormitorio, destellando sobre el cristal de las gafas de don Manuel que avanzaban despacio entre las dos hileras de camas. Un día lo llamó a su despacho y le dijo: «Me parece que aún no te has dado cuenta de que ya no estás en la calle, con los golfos de Salamanca. Yo me voy a encargar de que te enteres». Estaban los dos a solas. Don Manuel permanecía sentado al otro lado del escritorio, debajo del crucifijo y de las fotografías de Franco y José Antonio. La mesa era ancha y reluciente y apenas tenía

papeles sobre su superficie. Uno de aquellos escasos papeles era la ficha de José Luis, con su fotografía puesta en el ángulo superior izquierdo. Estaba repleta de anotaciones manuscritas con bolígrafo rojo. José Luis no dejó de mirarla de reojo, mientras don Manuel hablaba con él, y sintió un sobresalto cuando el jefe de estudios la cogió primero con una mano, y luego, sosteniéndola entre las dos, para enseñársela. «¿Sabes qué dice ahí?, ¿no lo sabes?». Se refería a las anotaciones a bolígrafo. José Luis negó con la cabeza, mientras decía: «No». Don Manuel le corrigió, antes de proseguir: «Se dice no, señor». Y a continuación: «Él no lo sabe. El pobre no sabe decir no, señor. Ni se ha enterado de que en su ficha dice que no es una persona, que es un animalito que sabe Dios en qué selva se ha criado. Un animalito que parte el bollo de pan con los dientes. Que coge las patatas fritas con las manos. Que se moja el dedo con saliva para pasar las páginas de los libros. Eso dice la ficha. Que no se aprende el catecismo, que no conoce la liturgia, ni se entera de cuándo tiene que arrodillarse porque le están poniendo delante al Santísimo Sacramento, que es lo más grande que un hombre puede tener ante sus ojos, que no ha aprendido a rezar todavía el padrenuestro, ni la salve, ni el credo, ni a cantar el “Cara al sol”, a pesar de que es hijo de un camisa vieja, y que ni siquiera se ha enterado, después de llevar aquí meses, de que, si Dios es su padre, es nada más que porque al pobre no le queda más remedio que ser padre de todo lo que hay bajo la capa del cielo. Eso es lo que dice la ficha de este pobre negrito del África, que no parece que tenga otra aspiración que la de untar betún en los zapatos de otros. Señor, ¿cómo puede leer alguien esta ficha sin sentir ganas de llorar y una infinita misericordia?». Se lo dijo así. De carrerilla. Golpeando con el dorso de la mano derecha la ficha que ahora sostenía sobre la palma de la izquierda. «Me sé el padrenuestro, y la salve, y el credo, y saco buenas notas», replicó José Luis, intentando que no se le saltaran las lágrimas. No quería que el jefe de estudios lo viera llorar, y por eso había hablado, porque, en realidad, él no sentía ninguna necesidad de explicarle lo que se sabía y lo que no se sabía, y lo único que quería decirle era que pensaba que se había portado con corrección, que se había esforzado en todo; que excepto en urbanidad y religión (que nadie le había enseñado nunca) sacaba las mejores notas, y que, por eso, no imaginaba que alguien hubiera ido anotando todas aquellas cosas en un papel. No, no se imaginaba que el jefe de estudios supiera tanto acerca de él. Por eso había hablado. Había hablado precisamente para evitar acordarse de la palabra betún que el jefe de estudios había acabado pronunciando. No quería que volviera a formarse en su cabeza esa palabra, porque sabía que entonces le pasaría una cosa rara que no sabría explicarle a nadie, porque, si hasta un instante antes de que el jefe de estudios la pronunciase, toda su existencia en el internado había sido como una ducha, que le gustaba recibir, y que lo limpiaba con agua tibia de esa palabra, y que le acariciaba la piel y le abría los pulmones, desde el mismo momento en que el jefe de estudios la había pronunciado, empezó a sentir deseos de embadurnarse con ella de la cabeza a los pies. Como si su cariño fuera el betún, su traje, su uniforme, las blasfemias de su

padre la noche que volvía bebido a casa y no era capaz de quitarse los pantalones con las perneras prendidas por los imperdibles a la altura de los muslos y lo llamaba a él para que le ayudase; o cuando silbaba por la mañana afeitándose en la silla de ruedas ante el espejito y mojaba la brocha en el agua caliente que José Luis le traía en una pequeña palangana blanca y con el borde rojo. «Déjame que te dé yo el jabón», le pedía José Luis, y su padre esgrimía por sorpresa la brocha, con un gesto rápido, y le manchaba de espuma la punta de la nariz y se reía mientras alargaba el brazo, ahora para dejarle la brocha al hijo, e inclinaba la cabeza hacia atrás, para que el niño lo enjabonara. Betún. Se daba cuenta de que aquel orden del internado que a él había empezado a cautivarlo había sido un espejismo, la proyección de una película en la oscuridad que se desvanecía y se quedaba en nada cuando se encendían las luces de la sala. Durante un tiempo había jugado con ese orden aparente, se había adaptado a él, como se adaptaba, en los juegos, al papel de indio o de vaquero, y hablaba como los indios y los vaqueros de las películas, y engolaba la voz como ellos cuando el juego lo exigía. Pero el juego se había terminado, se habían encendido las luces de la sala, y él descubría que las prendas con las que se había disfrazado no eran suyas, ni él quería que lo fuesen: no quería el pijama, ni la colcha, ni los cubiertos, ni los platos puestos encima de la mesa: uno para la sopa, otro para el segundo (al que no sabía por qué los monitores llamaban «el principio»), otro para el postre; ni la iglesia que olía a flores y a incienso, ni la disciplina de los alumnos puestos en fila cantando el «Cara al sol» antes de entrar en el aula. Ahora había sonado el timbre y el recreo se había terminado y él volvía a ser José Luis. Lo decidió así. Que era él, y que quería volver a ser él en los lugares de él y en la casa de él. En el barrio en el que se amontonaban los cartones y las latas, en la orilla de aquel río que, con el deshielo de la sierra, golpeaba vigoroso los tajamares del puente y sobre el que volaban los pájaros, entre las torres de piedra, en medio de aquel aire que se estremecía periódicamente con el tañido de las campanas. Pero cometió un error. Tenía que haberlo pensado antes de ponerse a escribirle aquella misma tarde una carta a su padre, antes de untar con saliva la goma del sello y la del sobre, y meter el envío en el interior del buzón que había en el patio cubierto; tenía que haber pensado que don Manuel iba a leer su carta, que iba a despegar las solapas del sobre y a extraer el papel que había en su interior. Que iba a subrayar con lápiz rojo aquellas palabras suyas que decían: «padre, quiero volver, no aguanto más aquí», «quiero estar en casa contigo», «no me dejes aquí», «trabajaré contigo, ganaré dinero». Y tenía que haber pensado que don Manuel, después de leer aquella carta en su despacho, iba a ponerlo a él a su lado encima de la tarima que había en el comedor, y desde cuyo pupitre acostumbraban a repartir el correo y se hacían públicas las faltas más graves, y que le iba a tender la carta que había retenido, y abierto, y leído y subrayado, y que lo iba a obligar a leérsela a todos los alumnos en voz alta, a través del micrófono que había en el pupitre de la tarima. Y que él tendría que leer aquel «querido padre» con el que la había empezado, y lo que venía después, «no soporto ni a los chicos ni a los maestros,

y menos que nadie al jefe de estudios». «Pare, pare un momento, señor Del Moral», le indicaba el jefe de estudios al final de cada frase, y luego se dirigía también él a los demás, aunque él no necesitaba para nada servirse del micrófono, porque tenía una voz fuerte, que hacía que los cristales de las ventanas vibraran un poco cuando gritaba: «Miren ustedes, este animalito que nos han enviado, cazado a lazo en Salamanca, no nos soporta, no soporta que seamos limpios y educados». Tenía que haberlo previsto. Haber sido más cuidadoso con aquella carta. Lo que no podía prever era que, a la mañana siguiente, cuando se levantó, todo el mundo empezara a reírse de él y a señalarle con el dedo, sin que entendiera lo que estaba ocurriendo —todos los niños de su dormitorio empujándolo, formando corro a su alrededor y riéndose—, hasta que llegó el monitor y disolvió a golpes aquel corro y lo mandó a lavarse y, cuando se puso delante del espejo, descubrió que alguien, mientras dormía, le había embadurnado la cara con betún. Tampoco podía suponer que, un par de noches más tarde, fueran a sacarlo de la cama entre varios, y que lo arrastraran hasta los retretes y que allí lo desnudaran e intentaran embadurnarlo otra vez, mientras él se defendía a patadas y a golpes. Esa noche, no fue el monitor el que disolvió el grupo, sino un muchacho que se llamaba Raúl Vidal, quien se presentó en la penumbra de los retretes de repente, y amenazó: «Al que toque al chaval le parto la cara», y a él le ordenó: «Y tú, vístete de una puta vez, parece como si te gustara que te vieran el culo», y que, de repente, se quedó solo a su lado, porque los demás se marcharon sin dejar de cuchichear y de reírse, en dirección al dormitorio. Y entonces, cuando se habían quedado solos, y José Luis había acabado de abrocharse la chaqueta del pijama, le puso la mano encima del cogote para decirle que no se preocupara, que si alguien se volvía a meter con él, que se lo dijera, y luego apartó la mano del cogote y se la tendió, y él la cogió y la estrechó. Al día siguiente, Raúl se le acercó de nuevo. Fue en el patio, y nada más que un momento, mientras el balón se había salido fuera del campo de fútbol y el juego se había detenido hasta que volviera el muchacho que había ido en su busca. Aprovechando aquel momento de reposo, aunque sin dejar de saltar con pasitos cortos, se puso a su lado, y le preguntó: «¿Se ha metido alguno de éstos contigo?». José Luis negó con la cabeza y después se quedó quieto, viéndolo correr detrás del balón que ya había vuelto a ponerse en juego, y avanzar con él hacia la portería. Deseó con todas sus fuerzas que Raúl chutara y metiera un gol, pero no fue así. Alguien se le cruzó en el camino y le arrebató el balón. Por entonces, José Luis se pasó bastante tiempo sin entender por qué Raúl había hecho aquello, si no era amigo suyo, si, como era fuerte y jugaba bien al fútbol y también al balonmano, podía buscarse sus amigos entre los mayores; si, además, nunca volvió a buscar su compañía durante los recreos, y cuando lo hizo, fue nada más que un momento, y sólo para preguntarle cosas así, que si alguien le había hecho algo, y para insistirle en que, en ese caso, no dudara en decírselo; por qué lo hacía si no le gustaba hablar de cine, como a José Luis, ni tampoco leía ninguno de los libros que José Luis acostumbraba a sacar de la biblioteca. Los domingos por la mañana, José Luis se

sentaba en un escalón y lo veía jugar al fútbol en el equipo de los mayores y deseaba que metiera algún gol y se enfadaba cuando alguien lo empujaba en una jugada, y por él volvió a pedirle a su padre otra foto de Ángel (esta vez, con una dedicatoria para Raúl Vidal) que tardó casi un mes en llegarle, pero que, en cuanto le llegó, se la entregó a su extraño protector casi de sopetón, en mitad del patio, entre carrera y carrera. «Toma», le dijo, poniéndole en las manos la foto, que el otro se quedó mirando extrañado, porque se veía a Ángel vestido de boxeador, con el pantalón corto y con los puños en guardia, y había una dedicatoria al pie que decía: «Para Raúl Vidal, con amistad. El Ángel de Tejares», y Raúl se guardó la foto sin preguntarle nada, y a él le extrañó, y también le dolió que no le preguntara, porque lo que quería era explicarle que aquel hombre era su hermano y que se parecía un poco a él, a Raúl, que también era fuerte, pero que, aunque era su hermano y estaba lleno de fuerza, no lo había defendido, mientras que él, que no era nada suyo, ni siquiera amigo, sí que lo había hecho. Pero no pudo explicarle nada, porque Raúl se metió la foto en el bolsillo de prisa y sin hacer ningún comentario. Y él todas las mañanas esperaba que se acercara a preguntarle quién era aquel boxeador y por qué le había dedicado la fotografía. Así pasó más de una semana. Y cuando José Luis ya no pudo resistir, porque el otro seguía sin preguntarle, se acercó en un recreo y le dijo que si le había gustado la foto, y que estuviera dedicada a él. Entonces, Raúl le respondió que hubiera preferido la foto de Kim Novak o de Natalie Wood, que a él la foto de un tío en calzoncillos no le decía nada. Y José Luis le dijo: «Es mi hermano». Y Raúl: «Joder, pues podía haberte dejado para ti un poco de músculo, porque tú das asco, chico». Y sin embargo José Luis se enteró muy pronto de que Raúl enseñaba la foto a todos sus amigos y que hasta contaba que Ángel y él se conocían y que Ángel le había encargado que cuidara de su hermano, y que tenía apuntados en un cuaderno los nombres de quienes le habían pintado la cara de betún y de los que lo habían desnudado en los retretes, y que iba a pasársela al boxeador en cuanto tuviera ocasión. Decía Raúl que, en esa lista, también estaba apuntado el nombre de don Manuel. Y parecía que fuera verdad, porque don Manuel había cambiado su trato con José Luis. Pero nadie —excepto José Luis— podía saber el momento en que el trato había cambiado, y ni siquiera José Luis sabía la razón por la que ese cambio se había producido. Sólo que, después de obligarle a leer la carta en público y a romperla, lo había tenido castigado durante varias noches ante su despacho. Lo obligaba a permanecer allí de pie junto a una columna durante todo el día. Ni siquiera asistía a las clases y no podía acostarse hasta que el jefe de estudios se lo ordenaba. Alguna noche don Manuel se olvidó de decirle que se marchara a dormir y fue el guarda el que lo descubrió allí, de madrugada, dormido en el suelo al pie de la columna, y lo envió a la cama. Hasta que, cierta noche, don Manuel se metió ya tarde en su despacho y, al cabo de un rato, lo llamó desde allí dentro, mandándole pasar. Una vez en el interior del despacho, le preguntó a bocajarro: «José Luis, ¿no tienes nada que decirme?» (era la primera vez que un profesor lo llamaba de tú y por su nombre

desde que había llegado al internado). José Luis le dijo que no, que no tenía nada que decirle. Y entonces don Manuel se quitó las gafas, se pasó la mano por la frente, con un gesto de abatimiento, y le pidió: «Ven, acércate», sin levantarse del sillón en el que se sentaba tras el escritorio de madera labrada. Cuando lo tuvo a su lado, alargó los brazos y lo atrajo hacia sí. Hundió la cabeza de José Luis en su cuello, y gimió — sí, fue un gemido—: «Por qué no me has pedido perdón, por qué nunca quieres pedirme perdón». El muchacho sintió la presión de aquellos brazos apretándolo contra el grueso cuerpo, y olió el perfume de su chaqueta (años más tarde descubriría, ya en Madrid, ese perfume, que era Álvarez Gómez), y el olor de sudor y tabaco del cuello de aquel hombre, que repetía la palabra perdón.

Cuando se levantó al cabo de un rato, y fue a guardar la bicicleta en el almacén de donde la sacaba cada noche, se encontró con que estaba esperándolo doña Sole en la trasera. Se interpuso entre el manillar de la bicicleta que Gregorio conducía y la puerta del almacén. Le dijo: «¿De dónde vienes?». Y, sin que él tuviera tiempo de responderle, prosiguió: «¿Adónde vas por las noches? ¿Desde cuándo coges la bicicleta como si fuera tuya? ¿Con permiso de quién?». Y él agachó la cabeza y se dio cuenta de que le costaba hablar, y empezó a reírse con una risa que tenía que ser absurda, porque doña Sole levantó la voz, «¿Cómo puede ser que te estés riendo, desgraciado?, si debería darte vergüenza, porque estás borracho, ya lo sé, que vas a la taberna, y bebes por las noches, pero es que ya es de día, y estás borracho», y él, Gregorio, no supo qué contestarle, se acordaba de lo que le decía Julián, «Qué haces tú de criada de esa solterona», y sentía unas ganas enormes de ser él, el Panaderino, y se atrevió a decir: «Déjeme en paz», y a darle un empujón con el codo, y enseguida sintió miedo por lo que había hecho, porque vio los ojos de doña Sole, que destellaban en aquel amanecer limpio que iba llegando por sus pasos, como si la naturaleza no forzara nada, y a la luz de las estrellas siguiera aquel otro resplandor de color naranja que había empezado a teñir el horizonte, y entonces se dirigió al rincón del almacén donde dormía, y cogió la escasa ropa que tenía, la que se había llevado de casa el día que se marchó, los zapatos, las botas y las botas katiuskas, de goma, para el agua, y todavía no había acabado de amanecer cuando salió por la puerta trasera, y los tejados del cortijo eran sombras, sombras que se recortaban bajo la luz incipiente del amanecer, y él era una sombra que avanzaba cargada con una bolsa, con un saco en el que había metido botas y zapatos, con una vieja maleta de cartón que había sido de su madre. Las primeras luces de la mañana se levantaban poco a poco por detrás del camino donde, a la derecha, alumbraba la bombilla que indicaba la situación del bar. Pero las nubes no tardaron en borrar el resplandor que había aparecido en el cielo y fueron ocupando el horizonte: unas nubes oscuras, como de temporal, que se esparcían rápidamente empujadas por un viento frío y húmedo. Bastantes metros antes de que hubiera llegado al bar, se puso a llover, y Gregorio se sintió abandonado bajo aquella agua que, tras los goterones iniciales, empezó a caer blandamente, apacible, pero empapándolo. Entró en el bar, que a aquella hora aún estaba vacío, y no sabía qué hacer. Se sentó allí, ante una mesa, esperando a que pasara el día. Y, aunque en el invierno los días son más cortos, ése se le hizo interminable. Se había sentado ante la mesa, había dejado la bolsa, la maleta, el saco, y había pedido un café con unas gotas de aguardiente, y luego, a medida que había ido avanzando la mañana, había pedido otras copas, y el bar, que cuando entró estaba frío, recién fregado, y que mostraba los objetos sin el envoltorio dulcificante del humo, y que tenía un desagradable olor a tabaco del día anterior, vino agrio y lejió, empezó a envolver de nuevo sus pensamientos, que no eran exactamente pensamientos, sino más bien obsesiones, imágenes que le venían a la cabeza y que no se podía quitar, palabras sueltas que se le repetían en el cerebro, y que eran siempre

las mismas, no más de media docena, y frases cortas que se apretaban detrás de los ojos cada vez más, como si fueran cabos sueltos que se anudaran con fuerza. No tenía miedo, ni rabia, y tenía las dos cosas, y pena, pero no sólo por él, también por los clientes que entraban y pedían su café, su copa, y se la tomaban en silencio, y se iban a trabajar un día más. Estaban en silencio, o charlaban un poco, con la voz ronca. Por la mañana, las conversaciones eran más cortas, las palabras más tajantes, los chistes tenían menos gracia. Los hombres entraban, se estaban allí un rato y enseguida se iban. Había algunos que se quedaban un poco más y miraban cada vez que se abría la puerta. Estaban esperando algo, a alguien —una camioneta, el coche de línea, a un compañero de trabajo—, y él no esperaba nada, ni a nadie, y entonces qué hacía allí. Sí, sí que esperaba. Esperaba varias cosas a la vez, cosas que se iban produciendo poco a poco, que llegaban sigilosamente, pero que percibía: esperaba que la estufa se pusiera a calentar el bar, que el suelo recién fregado se secase y empezara a llenarse de colillas, que el humo de los cigarros poblara la niebla del local y alejara un poco más los anaqueles con las botellas. Algunas botellas eran viejas y ya tenían la lejanía que les otorgaba el polvo, pero otras aún le herían con sus vidrios relucientes. Gregorio sabía que las iba a suavizar el calor, que las estaba suavizando, se las estaba llevando lejos, y el día ayudaba, porque la luz que llegaba era ella misma brumosa luz de día de lluvia, que tenía que atravesar las gotas de agua que iban resbalando por los cristales. Algunos decían: «Échale una copa al Panaderino», y el dueño del bar volvía a llenarle la que tenía encima de la mesa, y lo dejaba aún más solo, porque con su gesto confirmaba la sospecha de doña Sole, que decía que también bebía por las mañanas, su propio desconsuelo que no admitía medicina. El hombre que remontaba la cuesta en bicicleta, una sombra bajo la luz de la luna, los que habían ido agrupándose junto a la vidriera de la puerta del bar, entre cajas de cartón y bolsas de malla, y que veían caer la lluvia mientras esperaban el coche de línea, y que habían pedido un café con leche. Cruzaban el bar, se metían en el retrete y volvían otra vez junto a la cristalera de la puerta. El autobús que acababa de llegar era verde y amarillo y, a través de la cristalera, Gregorio pudo ver cómo, bajo la lluvia, subía un niño por la escalerilla que conducía a la baca. Llevaba una chaqueta azul, como la del conductor que se había dirigido a la barra y luego al retrete. Una vez en lo alto de la baca, el niño apartó el toldo mojado y lo colocó con cuidado, para que protegiera los equipajes de quienes iban a subir. El movimiento del brazo del niño coincidió con el ruido del agua de la cisterna en el retrete, cuya puerta se abrió, dejando nuevamente paso al conductor, que se tomó de un trago la copa que acababa de servirle el dueño del bar. Ahora distinguía, a través de los cristales de la puerta, pegadas a las ventanillas del autobús, algunas de las caras que antes había visto entrar y asomarse impacientes al interior. Y, apenas un minuto después, esas caras se alejaron y tras la cristalera ya no quedaba más que la lluvia, y, dentro del bar, el dueño limpiaba los vasos y las tazas, y Gregorio le dio otro trago a la copa. Volvía a notarse el olor a lejía y, en el suelo, se había quedado un charco de agua, y pisadas embarradas que iban

desde la puerta a la barra y desde la barra al retrete. Fuera, no dejaba de llover. El humo fue apoderándose del local a medida que iba pasando el día, y las mesas se llenaron de jugadores de dominó, y la flojedad se apoderó de él, que se apoyaba contra la mesa porque le costaba trabajo mantenerse erguido. Estaba borracho y ese día sí que tenía razón doña Sole, porque estaba bebiendo por la mañana y la borrachera era el consuelo de los que vagaban sin rumbo en tierra ajena; su pequeño cielo, el bar, el algodón de humo y de las voces, el golpe de las fichas de dominó sobre los veladores de mármol. Estaba sentado con los brazos cruzados encima de la mesa, y la cabeza entre los brazos, y sospechaba que esperaba a Julián. Pasó el día entero. Los días de invierno son muy cortos. Tenía sueño y esperaba a Julián, para que cargara el saco sobre su hombro y lo llevara de noche por el camino embarrado, bajo la lluvia, entre los troncos de los árboles que lo bordeaban. Pero se despertó y Julián no estaba. Muchos de los clientes habían abandonado el local y los que quedaban levantaban más la voz y hacían más ruido con las fichas sobre el mármol. Ahora ya no se veía nada detrás de la vidriera de la puerta. Todo estaba oscuro allí detrás, aunque se oía aún el ruido de la lluvia en los cristales y también encima del tejado. Luego ya no supo nada más, sólo que se despertó y estaba en una cama caliente, y que Julián estaba a su lado, y le puso la mano sobre la frente, y luego la barbilla sobre la frente. Y nada más. Se habían desvanecido las nubes. La luz de la luna mojaba el suelo y la cama y los objetos de la habitación. Ya no llovía. Por eso, cuando abrió de nuevo los ojos, la mañana entraba y doraba una habitación desconocida. Olía a café y ladraban los perros en algún lugar. Gregorio se incorporó, y se dio cuenta de que estaba desnudo y no sabía dónde estaba su ropa, ni por qué estaba él allí, ni cómo había llegado. Sabía que alguna vez, antes, había oído el ladrido de aquellos perros, quizá en sueños.

Elvira Rejón le escondía el tabaco a su marido, pero daba igual, porque Luis se metía las cajetillas debajo del colchón, y cuando ella se las descubría, las ponía encima de la cisterna del retrete, o en el cajón del armario ropero, entre las sábanas dobladas. «Si te lo guardo yo, y me lo tienes que pedir a cada vez, fumas menos, ¿no te das cuenta?», le decía, y él le daba la razón, como a los locos, pero a continuación hacía lo que le parecía. De todas maneras, para qué servía esconderle las cajetillas en casa, si luego salía a la calle y compraba los cigarros de uno en uno, en los puestos de chucherías, o se los pedía a los amigos y los cambiaba por un vaso de vino. «Te estás matando», le decía cuando lo oía toser por las mañanas delante del lavabo, y escupir, y soltar las flemas, y entonces él le respondía que hacía más de una semana que no fumaba. «Es la porquería que llevo dentro desde no se sabe cuándo y que no acaba de salir», le decía, y Elvira sabía que le estaba mintiendo también en eso, como le había mentido durante casi seis meses, cuando trabajaba en la calle y no iba a comer, porque decía que la cosa se animaba a primera hora de la tarde, y ella tuvo que enterarse de que se dedicaba a dormir la siesta con una mujer de la calle del Amparo. El sonido de la respiración precedía a Luis cuando subía la escalera. Elvira lo escuchaba por detrás de la puerta desde que él llegaba al descansillo del tercer piso. Escuchaba los crujidos de los escalones de madera (a partir del tercer piso, los escalones dejaban de ser de granito) y también el fuelle de aquellos pulmones enfermos ascendiendo con lentitud. Desde el momento en que él entraba en casa, aquel sonido extenuante ya no la abandonaba: lo oía desde la cocina, por detrás del rumor de música y voces del televisor, mientras fregaba los cacharros en la cocina; lo oía desde su butaca en la salita de estar, y también cada vez que se detenía el ruido del motor eléctrico de la máquina de coser en la que ella trabajaba. Lo oía, sobre todo, por las noches; por las noches lo oía junto a su cuerpo tendido en la cama, y aquella respiración fatigada era una ola que la golpeaba monótonamente, y que con frecuencia la desvelaba. Pero él no dejaba de fumar, pese a que tenía que encontrarse cada vez con más dificultades para llevar a cabo su trabajo de cobrador a domicilio para Almacenes San Mateo y para cuatro o cinco tiendas pequeñas a las que servía aprovechando el trayecto que le marcaban los grandes almacenes. Su trabajo le exigía subir a diario cientos de escalones, y llegaba cada tarde a casa con los pies destrozados y pidiéndole a Elvira que le preparase la palangana con agua caliente. Se arrellanaba en el sillón, se quitaba zapatos y calcetines, echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos y metía los pies en el agua, con un suspiro de alivio que a ella la llevaba a echar cuentas de todos aquellos escalones y de las caminatas y de los trayectos de pie en el metro. Estaba muy delgado, comía poco y fumaba a todas horas, y se tomaba, sorbiéndolos despacio y sin importarle que se le fueran quedando fríos, grandes vasos de café. La casa había cambiado mucho desde que Luis había dejado la venta ambulante, y su cuñada Lolita y ella, en vez de hacer vestidos para muñecas, cosían para las vecinas. Ropa de diario, pero también trajes de fiesta y vestidos de novia. Ahora no vivían mal, habían comprado la nevera, el televisor,

habían cambiado los colchones y somieres, y, además, Jesús, el hijo mayor, había sacado las oposiciones para policía armada, y aunque apenas paraba en casa, les entregaba una buena parte del sueldo. Ni siquiera Luisito se entretenía demasiado allí y no hacía los deberes en su cuarto, porque prefería la biblioteca universitaria, donde decía que encontraba más tranquilidad y silencio para trabajar. Elvira sospechaba que no estaba en la biblioteca todo el tiempo que decía, porque, cuando volvía a casa por la noche, la ropa —igual que al padre— le olía a tabaco y el aliento a alcohol, y ella le reñía, aunque sin demasiada fe ni demasiados resultados, porque el olor de humo no se le quitaba nunca de encima. «No teníamos bastante con el padre, para que el hijo también coja el vicio», le reñía, «mira a tu hermano, es cien veces más hombre que tú y no fuma». Todo inútil. Por más que le diera el dinero justo, Luisito conseguía comprarse paquetes de Camel y de Bisontes, que aparecían en los bolsillos de la chaqueta cada vez que ella la cogía para cepillársela. Elvira estaba convencida de que Luis perdía muchas horas yendo de un sitio para otro (¿de dónde a dónde?, se preguntaba a veces) y que era su cuñada Lolita la que le daba el dinero para poder permitirse gastar de más. Tenía razón en ambas cosas: en que Lolita le daba dinero todas las semanas y cada vez que él se lo pedía con cualquier excusa, y también en que Luis apenas pisaba la biblioteca de la facultad cuando se quedaba por las tardes en la Ciudad Universitaria. Aquel primer otoño en Filosofía y Letras solía pasarse las horas en la cafetería, a la que se accedía desde el interior del edificio, pero también por unas puertas acristaladas que daban a un jardín orientado a poniente en el que las tardes soleadas del otoño madrileño resultaban magníficas. El sol doraba los bancos y los setos y aún olía a rosas. Los primeros días de curso, con la obligación de los exámenes todavía muy lejos, el espacio que iba entre las animadas mesas y el agradable jardín era el preferido de buena parte de los estudiantes, que pasaban su tiempo charlando ante una taza de café, o una cerveza, o tumbados en el césped que el sol otoñal calentaba dulcemente. Desde que habían ingresado en la facultad de Filosofía y Letras, Luis y Carmelo volvían a verse a diario y mantenían alguna que otra conversación, y a veces coincidían en el metro o en el tranvía. No se trataba de que hubieran reanudado la estrecha amistad que mantuvieron en los primeros tiempos del Divino Maestro, pero el hecho de conocerse de antes los había acercado en medio de la multitud de desconocidos que ocupaban los pupitres de las enormes aulas y los animados pasillos, y que se amontonaban en el paraninfo para asistir a los recitales y actos culturales que se celebraban casi a diario. El ambiente en la facultad contrastaba enormemente con el del colegio. Luis había captado inmediatamente la diferencia, y, sin duda por eso, uno de los primeros días que se encontró con Carmelo, cuando aún no se habían iniciado los cursos y ellos acudían nada más que para hacer colas ante las ventanillas en las que debían formalizar los últimos trámites de matrícula, le dijo: «Oye, Carmelo, de cara a esta gente, tú no has estado nunca en mi casa, ni sabes dónde vivo». A Carmelo le extrañó aquel misterio con el que Luis quería involucrase, como se envolvía el tórax con una flamante chaqueta azul y el cuello con una recién

estrenada corbata roja, siempre con el nudo muy pequeño como un rasgo de distinción. Pero aceptó lo que Luis le proponía y le dijo: «De acuerdo, como tú quieras». Cuando llevaban más de un mes de curso, y el ambiente que, en los primeros días, les pareció animado, había acabado por convertirse en tenso, y ya se celebraban en el hall de la facultad asambleas diarias por la independencia del pueblo de Vietnam, por la autodeterminación del pueblo vasco y en contra de la dictadura franquista, y se arrojaban banderas españolas y norteamericanas ardiendo desde el último piso del edificio entre los aplausos de los estudiantes que asistían excitados a aquellos actos que les parecían sorprendentes, Luis, que al igual que Carmelo había empezado a frecuentar los locales del sindicato clandestino de estudiantes y se mezclaba con los grupos más radicales que se reunían en la cafetería y en el jardín, aumentó sus exigencias con una nueva petición que, dado el ambiente que reinaba en la facultad, a Carmelo le pareció bastante lógica: «No se te ocurrirá decirle a nadie que mi hermano es gris» (gris era el adjetivo con el que se llamaba en aquellos tiempos a los guardias, por el color de su uniforme). Carmelo, queriéndose hacer cómplice de Luis para que se sintiera más tranquilo acerca de sus intenciones, le confesó: «Yo también tengo una tía que se casó con un civil». Sin embargo, después de haberlo dicho, le pareció que acababa de hacerle un obsequio inmerecido. Aunque pensó enseguida que era un obsequio sin demasiado valor ni importancia, porque pasados los primeros días en los que el aislamiento los acercó, empezaron a moverse en ambientes distintos y apenas se saludaban (cuando lo hacían) desde lejos. Mientras que Luis rondaba por la cafetería y el jardín, Carmelo pasaba buena parte de la tarde en la biblioteca y después solía dirigirse a Moncloa, donde se reunía en El Laurel de Baco con algunos estudiantes que había conocido en el cineclub de la Casa del Brasil, y que resultaron ser amigos de dos de sus nuevas compañeras de curso, Gloria Giner y Helena Tabarca, con las que había participado a los pocos días de llegar en la tirada de unos panfletos en los que el Sindicato Democrático de Estudiantes convocaba para unas elecciones que habían sido prohibidas tanto por las autoridades académicas como por el gobierno, y que durante el mes de noviembre empezaron a votarse activamente en todas las aulas, que se animaron con huelgas intermitentes y con el boicot a los cursos de los profesores que se negaban a que se celebrasen las asambleas electorales en el horario de sus clases. A Helena Tabarca, Carmelo la había visto en varias ocasiones durante el año anterior, antes de que ninguno de los dos estuviese en la facultad ni se conociera de nada. Se había cruzado con ella y había advertido su presencia en el bar de la Casa del Brasil, mientras esperaba a que diera comienzo una sesión del cineclub en la que proyectaron *El acorazado Potemkin*, y también (eso le pareció recordar, y ella se lo confirmó) en una conferencia de Miret Magdalena sobre el compromiso de los cristianos en la vida social y política que se celebró en el colegio San Juan Evangelista. «Joder, qué memoria tienes, chaval», le dijo ella un año después, cuando ya eran compañeros de curso y Carmelo le comentó aquellas coincidencias. Helena añadió aquel día: «No serás poli». Él se puso muy

colorado, y se echó a reír con una risa forzada. «No, no soy poli, pero tú eres muy guapa y llamas la atención», se defendió. Era de verdad muy guapa, con el pelo cayéndole sobre los hombros, el jersey color de hueso con el cuello de cisne, la chaqueta de hombre, a pequeños cuadritos grises y con un corte en la espalda, y la minifalda. Y, sin embargo, es muy probable que Carmelo no se hubiera acercado nunca a ella —una chica guapa, ya está, no pasa nada— de no haberla visto con Gloria, sentadas las dos en una de las primeras filas de la clase, charlando de pie en el pasillo ante la puerta del aula mientras esperaban a que llegara el profesor, riéndose tumbadas en el césped del jardín, amontonando cuadernos y libros sobre el mármol de un velador en la cafetería. A Carmelo le gustaba Gloria. Un día se acercó a pedirle unos apuntes de latín a Helena, pero no lo hizo ni por los apuntes, ni por ella, sino porque le pareció menos violento acercarse a Helena, con quien tenía excusas para entablar conversación (lo del cineclub, lo de la conferencia), que a su amiga Gloria. Y seguramente, ni siquiera por eso, por lo de las excusas, sino porque temía enfrentarse de repente con Gloria y no saber qué decirle, porque seguro que se pondría nervioso y ella advertiría su torpeza, y se burlaría de él. Helena le dejó los apuntes y después lo saludó en El Laurel de Baco (allí, en El Laurel, siempre estaba con Antonio Manchón, que a veces iba a buscarla también a la facultad) y coincidieron unos días más tarde corriendo por los pasillos del piso alto de la facultad, después de que tiraran panfletos del sindicato desde la barandilla del cuarto piso, y, otro día, él le tendió la mano desde el tranvía que ya se había puesto en marcha cuando se acercó un jeep de la policía. Carmelo veía a Helena y pensaba que era muy guapa, y que se mostraba incomprensiblemente delicada con él, a pesar de que era la novia de Antonio, y que, sin embargo, desgraciadamente, a él sólo le interesaba Gloria, que lo saludó distante cuando Helena los presentó, y que ni siquiera hojeó la revista que él le dejó otro día y que, además, le dijo que no le había interesado gran cosa el libro de Fromm que él le había prestado. Carmelo le había prestado *El miedo a la libertad* y lo hizo como si la lectura de aquel libro fuera a ser la primera derrota que ella sufriría ante sus asaltos. Esperaba su respuesta favorable a la lectura de ese libro (¿a quién podía no gustarle ese libro?), para poder ofrecerle a continuación el otro libro de Fromm que estaba por entonces de moda y cuyo título, *El arte de amar*, ya lo indicaba todo, y cuyas palabras habían fascinado a Carmelo, que estaba convencido de que compartir las convicciones de un libro así por fuerza tendría que unirlos con un lazo muy fuerte. Además, antes de pasárselo a ella, había subrayado muchos párrafos con la intención de que Gloria se fijara en lo que decían. El lápiz destacaba, a veces no sólo siguiendo el curso de las líneas, sino también con rayas verticales en los márgenes, y hasta con signos de admiración o de interrogación, algunas expresiones especialmente interesantes. Los signos de interrogación los había puesto junto a los párrafos que decían las cosas más hermosas, con la secreta intención (ni siquiera a sí mismo se atrevía a confesársela) de que ella lo hiciera salir de su fingido escepticismo cuando él le expresara sus dudas ante aquellos conceptos. Pero nada de

eso ocurrió. Gloria ni siquiera se acordó de devolverle el libro, ni volvió a referirse a él. «Soy marxista, y no me interesa demasiado la vida personal», había dicho durante una discusión en El Laurel de Baco, y a Carmelo aquellas palabras le habían dolido como si se las hubiese dirigido a él y fueran la crítica a los libros que le había dejado. Por eso, en un nuevo asalto, le ofreció una antología de Losada con poemas de Miguel Hernández que había comprado en el puesto de libros de Argüelles, donde la tenían escondida y sólo la sacaban para los clientes de confianza. Pero Gloria le dio las gracias y le dijo que no, que ya la había leído, y que también había leído la *Tercera residencia*, en la que Neruda enviaba a Franco, a Sanjurjo y a Mola a los infiernos, y, aún más, fue Gloria la que se ofreció para proporcionarle literatura clandestina: un libro de poemas de Alberti que ella se había traído desde Italia. Carmelo aceptó entusiasmado el ofrecimiento, pero a ella también se le olvidó traerle aquel libro que le había prometido. Poco tiempo después, se enteró de que estaba enamorada de un primo suyo que vivía en Roma y se alegró de que no le hubiera traído aquel libro de Alberti que seguramente habrían leído juntos su novio y ella, y que quizá incluso le habría regalado su novio. Ahora sabía que, si llegaba a tenerlo entre las manos, le haría sufrir. Todos los días, a la salida de la facultad, se prometía no volver a poner los pies en El Laurel de Baco, aunque cada tarde viera derrumbarse su propósito con una excusa. En el último momento, cuando ya había empezado a bajar las escaleras del metro, se acordaba de que quería ver a Ignacio Mendieta para pedirle algo, o a José Luis del Moral, para establecer una cita para el cineclub de la Casa del Brasil, o a Helena, para dejarle un panfleto de los marxistas leninistas que había recogido en el suelo del hall y que le parecía muy interesante porque explicaba con mucha claridad lo del Vietnam, y daba media vuelta, y se dirigía a El Laurel, donde entraba con el propósito de no detenerse más que unos segundos, el tiempo imprescindible para cumplir el encargo que, de ser sincero, tendría que reconocer que él mismo se había fijado. Allí, en El Laurel, veía a Gloria, siempre mirando hacia otra parte, inalcanzable, y sentía deseos de llorar, y aquella actitud suya le parecía un hilo más de la gran madeja de la injusticia que lo envolvía todo. Se tambaleaba. No podía entender por qué no bastaba el amor de uno para unir a dos. La gran madeja de la injusticia que envolvía lo pequeño y lo grande: los sentimientos de los hombres, las aspiraciones de las sociedades y los pueblos. Por aquellos días vio *El fuego fatuo*, con Maurice Ronet (aún no sabía que estaba basada en una novela, ni quién era Drieu La Rochelle), que le impresionó enormemente y le hizo hasta pensar en el suicidio. Empezó a comportarse de manera irregular en casa. Pasaba días enteros sin pisar la pensión, y, por el contrario, otros días ni salía de su cuarto y, a veces, ni siquiera de la cama, ante la alarma creciente de sus padres. «¿Pero es que no vas a ir hoy a clase? ¿Pero es que no piensas comer?», le preguntaba su madre, después de golpear con los nudillos la puerta. Desde el interior de su habitación cerrada con llave, él respondía que lo dejasen en paz. «Mamá, no seas pesada, déjame en paz», decía, «estoy preparando un parcial muy duro». Y, en vez de eso, buscaba en la radio canciones

tristes, leía poemas, o sencillamente se quedaba tumbado encima de la cama viendo las variaciones de la luz del sol en el techo de la habitación. A Rosa y a Manuel, aunque no le habían dicho nada a él, empezaba a preocuparles más este hijo que tenían cerca, cada vez más nervioso e irritable, que el otro que se había quedado en Galicia y que ahora estaba lejos de ellos. «Es el cambio de ambiente, la universidad, la responsabilidad», le había explicado Rosa a su marido en diversas ocasiones. Una tarde, Manuel Amado le había dicho a su mujer: «¿Por qué tuvo que salirnos todo al revés?». Y ella lo había consolado: «No es eso, nadie ha tenido la culpa. Nosotros no podemos quejarnos. Tenemos la pensión, nuestra casa, podemos vivir». Manuel se quejó: «¿Tú te crees que una pensión es una casa?». Fue la primera vez que habló así, porque en todo aquel tiempo nunca se había quejado en alta voz, ni insinuado nada, hasta aquel día, hasta que estuvieron hablando una tarde entera de Carmelo. Y fue ese día cuando Rosa se dio cuenta de que no hablaba del hijo, sino de ella, de los dos, y de que estaba acobardado y celoso, porque antes se sentía dueño de todo, y ahora tenía la impresión de que todo estaba como en alquiler, mantenido con un contrato inestable, y que ese contrato que había en la cabeza de Manuel se extendía también a ella, su mujer, que entraba y salía de las habitaciones, cambiaba las sábanas, llevaba las tazas de tila o de té a los huéspedes que enfermaban, tenía con ellos una necesaria cercanía —ellos en camiseta, en pijama, lavándose los dientes en el lavabo de la habitación mientras Rosa limpiaba— que, a los ojos de Manuel, por fuerza tenía que quitarle pedazos de ignorancia, de inocencia. Rosa se dio cuenta de lo que pensaba su marido y le dijo: «Nuestra casa está donde estamos nosotros». Él movió afirmativamente la cabeza. Tenía los antebrazos apoyados en la mesa de la cocina y estaban solos. Era media tarde. La mayoría de los huéspedes habían salido y la pensión permanecía en silencio. Manuel alargó los brazos hasta que capturó las manos de ella con las suyas y las apretó con fuerza. «Nosotros. Rosa, cada vez queda menos dentro de esa palabra. Nosotros. Antes, nosotros éramos el abuelo, Eloísa, Lolo, Carmelo, la casa, el huerto, los animales, los prados, y ahora nosotros no somos más que tú y yo. Y a veces, cuando te veo desde el balcón perdiéndote entre toda esa gente con la bolsa de la compra, pienso que nosotros a lo mejor no soy más que yo solo, el guirigay de ideas que tengo en la cabeza, lo que pienso yo de todo, y que ya no se sostiene porque no tiene patas suficientes para aguantarse». Rosa le dijo: «¿Quieres que me enfade?». Él movió la cabeza, negando. Pero añadió: «¿Es que no te das cuenta de que Carmelo también se está yendo? ¿Qué hacemos los dos aquí solos, en Madrid? ¿Qué hemos venido a defender aquí?». Pasado el tiempo, Rosa se estuvo acordando de esas palabras, sobre todo a partir del día en que Carmelo le dijo que había encontrado trabajo como profesor en un colegio y que iba a buscarse un piso con otros compañeros de la facultad. ¿Adónde se estaba marchando? Al registrar los cajones de su habitación, Rosa le había encontrado papeles de propaganda en los que aparecía impresa la hoz y el martillo. Prefirió no decirle nada a su marido. A Carmelo, el día en que cogió sus cosas para marcharse, le advirtió: «Ten cuidado,

hijo», en un tono de voz que él recordaría un año más tarde bajo la irritante luz de una bombilla que no se apagaba nunca.

Una vez que los otros se marcharon y lo vio allí tumbado en la penumbra, desnudo sobre las frías baldosas de los retretes, no supo qué hacer. Le ordenó que se vistiera, porque le molestaba la visión de aquella carne blanquecina rodeada por la luz del piloto como por una segunda piel transparente, y luego le tocó la cabeza, porque sentía necesidad de expresarle algo y no sabía cómo, y a continuación le tendió la mano. Del Moral era frágil. Raúl lo había observado infinidad de veces, inmóvil en el patio, mientras los otros niños corrían detrás de un balón o se perseguían entre ellos. Del Moral apenas participaba en los juegos. Se quedaba quieto, buscando el refugio que proporcionaban las arcadas del porche. Raúl lo veía, con una piel descolorida bajo cuya transparencia discurrían las diminutas venas que le subían desde la mejilla y le cruzaban la frente, con las manos siempre enrojecidas por el frío sosteniendo un libro, y con unas botas que seguramente serían de su número, pero que parecía que le quedaban grandes, porque de ellas surgían unas piernas frágiles y llenas de sabañones que no se sabía cómo conseguían levantarlas. Le recordaba a uno de aquellos pollos recién salidos del cascarón que su padre, cuando vivía, ponía en el interior de la jaula de madera que metía por las noches en el cobertizo que había en el corral y sacaba cada mañana al sol. De noche, su padre les ponía a los pollos una bombilla en el interior de la jaula para evitar que pasaran frío y a él le daba la impresión de que también Del Moral necesitaba una jaula, con su nidal de paja, y una bombilla que lo calentara, porque se diría que estaba siempre a punto de morir de frío cuando aparecía en el patio, con sus ojos muy abiertos mirando en todas las direcciones, o cuando, de camino al dormitorio, se lo encontraba, en las noches que siguieron a aquella en que lo habían desnudado en el retrete, de pie y en silencio junto a la columna que había a la puerta del despacho del jefe de estudios. Desde aquella noche (y sin que consiguiera saber por qué, porque la fragilidad y torpeza de aquel muchacho lo asustaban y le producían rechazo) lo observaba a distancia aún con mayor atención. Se dio cuenta de que apenas comía: en cuanto veía acercarse al sirviente con la sopera, extendía la mano y la ponía a mitad de camino entre el plato y el cucharón, y decía: «Sólo un cazo, no me eche usted más potaje». Era diferente de los demás, que le arrebataban el cazo al sirviente para echarse una ración suplementaria, y, cuando pasaban la cesta con el pan, se daban de codazos para poder coger varios bollos que se guardaban en los bolsillos del pantalón y de la chaquetilla. El comportamiento de Del Moral, su propio aspecto físico, le provocaban un rechazo que, sin embargo, no era unívoco, porque prendía su atención, fijándola como la araña fija a la mosca en su red. Le fascinaban la incapacidad y el desvalimiento del otro, como si obedecieran a un desprecio por parte de su naturaleza de cuanto podía pesarse y medirse, y supusieran la existencia de algo inmaterial y misterioso que sólo podía capturarse desde un lugar que él desconocía. Lo oía toser por las noches —dormía tres o cuatro camas más allá de la suya— y le parecía que su fragilidad, siempre en el límite de lo enfermizo, se correspondía con un secreto que guardaba. No había nada que los uniera, nada que pudiesen compartir, porque sus

gustos y aficiones eran diferentes, y mientras que Del Moral se pasaba el tiempo libre enfrascado en los libros que sacaba de la biblioteca y apuntando cosas en pequeños cuadernos que extraía de los bolsillos, él no se quedaba ni un minuto quieto en el patio, siempre jugando al fútbol, al balonmano, apostando con los mayores a ver quién saltaba más lejos, o más alto, o lanzaba a más distancia una piedra. A él no se le pasaba por la cabeza cómo podría estar un instante al lado de Del Moral, siempre resguardándose del viento por detrás de las columnas, en los rincones, con el abrigo puesto y las solapas levantadas, y los bolsillos raídos mostrando el bulto de un libro forrado con papel de periódico. Y, sin embargo, notaba su presencia a cierta distancia: lo suficientemente cerca como para que no le pasara desapercibida y reclamara su atención. La verdad es que él había sido de los primeros en meterse con Del Moral, en esconderle la bufanda, o la servilleta, en quitarle el libro y ponerlo en el alféizar de una ventana a la que el otro no llegaba. Le había gustado verlo nervioso, registrando en el cajón de la mesa del comedor, poniéndose de puntillas encima de un banco para coger la prenda que se había quedado fuera del alcance de sus manos, o buscando en el suelo, gateando entre las sillas; pero esa excitación inicial se le convertía en compasión en cuanto se daba cuenta de que a Del Moral se le humedecían los ojos y tenía que hacer esfuerzos para no llorar delante de todo el mundo. Entonces, a Raúl le pasaba lo que le pasa al gato con el ratón. Quiere seguir jugando con él después de que lo ha matado de un zarpazo. Buscaba la manera de continuar la broma, pero ahora con la evidente intención de que el otro se diese cuenta de que lo hacía por simpatía, por afecto, por ganas de compartir un juego, pero sólo conseguía hacerle aún más daño. Del Moral, su presencia, le molestaba y atraía a partes iguales. Y aún más después de la noche en la que él salió en su apoyo, necesitaba protegerlo, pero no soportaba encontrarse con su mirada agradecida persiguiéndolo en el patio. Aquellos ojos enrojecidos y siempre febriles parecían ir detrás de él con la misma intensidad con que él iba detrás del balón. Cuando, una mañana, se acercó con una cartulina entre las manos (que resultó ser la foto de un boxeador) y se la tendió para que la cogiera, y a continuación salió corriendo y se dirigió hacia una esquina del patio y se puso a mirarlo con disimulo para vigilar su reacción, Raúl tuvo ganas de revolversse contra él, porque era como si, con aquella entrega, Del Moral lo hubiera convertido en cómplice de su fragilidad. La mano fría y delgada de Del Moral había rozado la suya, como si la contagiara. Además, él se había guardado estúpidamente, sin ni siquiera pensarlo, lo que aquella mano acababa de darle, y que pudo notar junto al pecho durante todo el recreo, a través de la tela de la camisa. Pensó que tenía que haber roto la fotografía. Estuvo tentado de hacerlo: cruzar el patio a grandes zancadas, detenerse ante él, cogerle de un zarpazo la chaquetilla de pana y levantarlo de un tirón hasta ponerle la cara muy cerca de la suya, y escupirle, y a continuación darle un empujón para apartarlo de su lado, sacar la fotografía, romperla en cien pedazos y tirarla encima de aquel cuerpo desmedrado que lo miraría desde el suelo. Pero, en vez de eso, se la metió en el bolsillo de la camisa y la sacó sigilosamente

cuando llegó al estudio y la puso entre las páginas de un libro, para mirarla a escondidas. Se entretuvo en contemplar los músculos tensos, como querría que fueran los suyos un día, los ojos vigilantes, cargados de desconfianza y orgullo, los puños envueltos por los gruesos guantes y, sobre todo, la dedicatoria con su nombre y apellido («A Raúl Vidal, con amistad»), escrita en un ángulo con letra vulgar, pero cuyos rasgos expresaban la peligrosa fuerza de lo que esos guantes envolvían, el vigor que podía descubrirse en los brazos sinuosos, en las piernas poderosas y ligeramente flexionadas. Le atrajeron tanto las irregulares letras que habían dejado allí impresas las manos de aquel hombre como emanación de su fuerza, que puso encima de la fotografía un papel transparente y estuvo calcándola hasta que pudo reproducirla de un modo bastante aproximado. Sobre la hoja que había utilizado para calcar, quedó escrita la firma —El Ángel de Tejares— un montón de veces, hasta que le pareció que nadie sería capaz de distinguirla de la auténtica. Además, a fuerza de mirar la fotografía, creyó descubrir que, desde el fondo de aquella figura inmóvil y fuerte, parecía salir —como el genio de Aladino sale de la lámpara— la agitación febril y frágil de Del Moral, mediante un mecanismo de asociación que no logró entender del todo hasta que, una semana más tarde, oyó la vocecita susurrándole: «Es mi hermano», y pudo ver que sí, que aquel hombre era como si Del Moral, en vez de acumular hacia dentro de sí todo aquello que a Raúl le producía vértigo, lo hubiera exteriorizado, puesto que había entre los dos —entre el boxeador que amenazaba en pantalón corto y el niño que miraba envuelto en el raído abrigo gris— muchos rasgos comunes. Incluso había una correspondencia inversa que casi podía medirse a simple vista —en milímetros o en gramos— entre la potencia del uno y la fragilidad del otro. Desde aquel día, Raúl, que no lo quería a su lado en el recreo, ni durante las horas en que, los domingos, los sacaban de paseo a la orilla del río o por los prados que rodeaban la ciudad, se levantaba por las noches y se ponía junto a la cama de Del Moral y lo veía dormir. Algunas veces le tiraba a la cara un chicle, o un caramelo, a cuyo contacto Del Moral se despertaba con un sobresalto, cuando él ya había vuelto a ocupar su sitio en la cama en que se acostaba. Le gustaba la doble reacción que provocaba su gesto. Primero escuchaba el gemido del otro al notar el impacto y, luego, al cabo de un rato, si prestaba atención, podía oír el susurro del papel que envolvía la golosina al desplegarse entre los dedos de Del Moral e imaginar cómo se ponía el caramelo en la boca y que disfrutaba con su sabor azucarado antes de volverse a dormir. Ésos fueron los balbuceantes inicios de una amistad, que empezó a crecer cuando, antes de irse de vacaciones de verano, Del Moral le pidió su dirección y la anotó en una libreta. A los pocos días de llegar a Bovra, Raúl se encontró con la sorpresa de una carta suya que apenas leyó, pero que le gustó recibir, como fue gustándole recibir otras cartas luego, a las que acabó contestando (cuando se decidió a contestar, había recibido ya tres o cuatro cartas) con una escueta tarjeta postal, que sirvió para que se reanudara la llegada del correo (había escrito la postal después de que pasara una semana entera sin que le llegasen noticias, lo que produjo en él una

alarma que no se atrevió a confesarse). De ese modo, cuando concluyeron las vacaciones de verano, y volvieron a encontrarse en el colegio, se había desarrollado entre ellos una familiaridad que no compartían con los demás alumnos. Además, unos días antes, mientras preparaba las maletas en Bovra, su hermana Ana le había dado para Del Moral —«tienes que tener un detalle con ese muchacho que te escribe y que te quiere mucho»— una cajita de pañuelos, que, cuando se la entregó durante el recreo, el otro se precipitó a desenvolver en su presencia, consiguiendo avergonzarlo y que mirara inquieto a uno y otro lado, no fuera a ser que algún alumno se diera cuenta de que él le había traído un regalo. Reanudada la normalidad del curso, siguieron sin compartir los juegos en el patio, ni las aficiones, pero se encontraron sentados el uno al lado del otro en el salón de actos, donde José Luis (no podría recordar, si alguien se lo hubiera preguntado, cuándo empezó a llamarlo José Luis, y no Del Moral) le comentaba las películas durante los entreactos, y le repetía el nombre de los artistas, y le explicaba la trama cuando a él le parecía confusa. En el comedor se sentaban ante la misma mesa, y en el dormitorio sus camas estaban al lado una de la otra. Además, en marzo —cuando ya habían transcurrido las dos terceras partes del curso—, Ana, la hermana de Raúl, fue a visitarlo acompañada por su marido (acababa de casarse), y, a la hora de salir a comer juntos en una de las tabernas de la ciudad, le dijo: «Pero ¿es que no vas a invitar a ese amigo tuyo?». Y Raúl fue a llamar a José Luis para que saliera de paseo con ellos y, por si fuera poco, en mitad de la comida, la hermana le dijo a su marido que Raúl y José Luis se querían como hermanos. José Luis nunca invitó a Raúl a su casa de Tejares, porque no pensaba que pudiese llevar a nadie a aquella casa, a pesar de que, durante su estancia en León, a la chabola le crecieron dos habitaciones nuevas y aumentó su guarnición con una nevera y hasta con un pequeño televisor. En cambio, él pasó gran parte de dos veranos en Bovra, donde vio por vez primera el mar, y donde los dos amigos encontraron pequeños trabajos que les permitían tener para sus gastos durante las vacaciones, e incluso guardar para los largos y monótonos meses de curso en el internado. De regreso del segundo verano, José Luis consiguió una beca y empezó a estudiar el bachillerato superior y salía todos los días del internado para asistir a las clases que impartían en el instituto, mientras que Raúl eligió los cursos de electricidad que daban los monitores en el propio colegio. Ahora era al revés, no estaban juntos en clase, ni en el comedor, ni en el dormitorio, y sin embargo se esperaban en el patio, y se buscaban para salir juntos los días de paseo, en los que, como alumnos de los cursos superiores, se les permitía acercarse a la ciudad sin la vigilancia de ningún monitor. José Luis leía las revistas de cine que caían en sus manos, y novelas, y hasta empezó a comprarse un par de veces por semana los periódicos, y recortaba las noticias internacionales y, durante el tiempo de estudio, buscaba en el atlas dónde se encontraban los países sobre los que había leído alguna cosa. Raúl lo acompañaba al cine y, en los periódicos, elegía para leer las páginas de deportes y se fijaba en las marcas y modelos de coches que aparecían en las revistas.

Aquél fue el último curso que pasaron juntos en León, porque al año siguiente también Raúl consiguió una beca para la escuela de maestría industrial en la Ronda de Valencia, cerca de la Glorieta de Embajadores, en Madrid, mientras que José Luis se volvió a Salamanca con su padre en el otoño de 1964. Años más tarde, recordaba haber escuchado a los pocos meses de su regreso, desde las ventanas del colegio de los salesianos de Salamanca en el que cursó como becario el último año de bachiller, los gritos de los estudiantes por las calles y las sirenas de la policía persiguiéndolos. El padre Tomás, que era el profesor de arte, ordenó que cerraran inmediatamente los postigos de las ventanas del aula que daban al exterior, y que encendieran las luces eléctricas, e intentó en vano proseguir la clase. Los gritos de los que estaban fuera impedían oír nada a los que permanecían dentro y que debían haber seguido con atención las explicaciones que el padre Tomás dedicaba a una diapositiva de *La primavera* de Botticelli, su pintor preferido. De vez en cuando, como contrapunto violento del griterío se oyeron golpes contra los postigos. Se trataba probablemente de pedradas lanzadas por los manifestantes, porque por entonces la policía aún no había empezado a utilizar las pelotas de goma. También pudieron oír, a pesar de los postigos cerrados —pero eso fue unos días más tarde—, un ruido terrible, que alguien dijo que había sido provocado por un disparo. Hubo una confusión enorme en torno a los sucesos de aquellas semanas. Era la primera vez que la tranquila ciudad por la que paseaban curas, estudiantes y ganaderos se agitaba con violencia, y todo el mundo se preguntaba por lo que estaba ocurriendo y cundían los rumores, muchos de ellos absurdos. Al parecer, habían expulsado a algunos profesores universitarios por sus opiniones políticas y los alumnos protestaban por esa expulsión. Para José Luis, como para el resto de la ciudad, fueron días de gran conmoción, pero, para él, no lo fueron sólo por cuanto ocurría en las calles, que a veces le pareció nada más que la expresión de una inseguridad que había anidado en el interior de su casa y que alteró su vida. Mientras los estudiantes universitarios se manifestaban por las calles, él procedía a despedirse definitivamente de Salamanca después de su breve regreso. Ya en los pocos días pasados en la ciudad durante las vacaciones de los últimos veranos que permaneció interno, había descubierto guardadas en el armario que había junto a la cama de su padre prendas de mujer y también había advertido cambios en el miserable mobiliario y en la decoración de la casa (entre otras cosas, había desaparecido la fotografía de su madre de la mesilla que había en el cuartito paterno y ahora estaba en el mueble que servía de aparador). Pero fue su padre quien, a su regreso, le confirmó las sospechas que él había ido alimentando. Cierta día, cuando volvían a casa después de haber protegido con las cadenas y el toldo las cajas en las que guardaban los útiles de limpiabotas —caminaba José Luis por la acera junto a la silla motorizada, que avanzaba por la calzada—, su padre le invitó a entrar en un bar, pidió un vaso de vino para cada uno y se enredó en una interminable explicación acerca de cómo él no podía vivir solo, no por las necesidades que pudiera tener como «varón» (dijo «varón», con ese gusto suyo por los términos de estilo alto), sino

también porque «¿qué cojones (aquí bajó el estilo) pinta solo un inútil como yo? Tendría que besar por donde pisa ella, por haber aceptado cargar con la mitad de un hombre (se rió): aunque es verdad que pesa menos la mitad de un hombre que un hombre entero». Así se enteró José Luis del Moral de que Juana —el padre la llamaba Juani— Ramírez llevaba tres años viviendo con su padre, y que aquella mujer había aceptado volverse temporalmente a su casa en el barrio de Pizarrales cada vez que José Luis regresó para sus vacaciones a Salamanca («por respeto a ti, hijo», le explicó), pero que ahora, si él iba a quedarse, era mejor poner de una vez las cosas en claro, y aceptar que podían vivir los tres juntos y felices. «Ella es muy buena», justificó Pedro ante su hijo a aquella mujer, mientras se le humedecían los ojos. «Y tú eres lo primero para mí, hijo», prosiguió, «pero yo soy un inválido. ¿Y te imaginas lo que es llevar una casa desde una silla de ruedas?». José Luis lo entendió. «¿Y Ángel? ¿Lo sabe? ¿Le parece bien?», preguntó por decir algo. Aún no había visto a su hermano desde su llegada, porque al parecer estaba de gira. Su padre le respondió que sí, que Ángel lo sabía desde hacía tiempo. Además, que a su hermano le daba todo igual. Ganaba dinero y lo gastaba sin acordarse para nada de ellos. José Luis pensó que le hubiera gustado encontrarse con su hermano en la casa de Tejares, como en los viejos tiempos, o que lo hubiera invitado a visitar el piso en el que vivía cerca de la Alamedilla, pero no fue así. Tuvo que tropezar con él en plena calle, cuando el otro salía del bar El Candil. Llevaba un abrigo azul muy elegante echado por los hombros y avanzaba rodeado por un grupo de gente que vestía de un modo que destacaba entre los otros viandantes por su ostentación. Parecía que, en vez de venir de un bar, acabasen de salir del interior de una fotografía de las que aparecían en las revistas de cine que él compraba y que reflejaban escenas que se desarrollaban en Cannes, Saint-Tropez, Venecia o París. Al verlo, Ángel lo llamó acompañando las voces con gestos. Y, en cuanto estuvieron uno al lado del otro, lo abrazó, palmeándole repetidas veces la espalda. «Es mi hermano», les explicó a los otros. Y, señalando a una mujer con aspecto de prostituta de lujo, le dijo a José Luis que la besara: «Besa a tu cuñada», le dijo, mientras lo empujaba hacia ella, que se reía a carcajadas. «¿Te gusta tu cuñada?», le preguntó sin dejar de empujarlos a ambos. «¿A que está muy buena?». Después se sacó de la cartera dos billetes de veinte duros y se los puso en la mano a José Luis. El recuerdo de aquel gesto de Ángel registrando el billetero fue el último que le quedó de él durante mucho tiempo. José Luis y su hermano ya no volvieron a verse hasta unos cuantos años después, en Madrid, y ese otro encuentro tuvo lugar en circunstancias muy distintas. Aquella tarde, José Luis se apartó torpemente del grupo, y tras despedirse con medias palabras de Ángel, casi como si huyera, atravesó el arco que comunica la calle Toro con la Plaza Mayor, vio a su padre sentado en el taburete a la espera de los clientes, sacó el otro taburete que estaba junto a las cajas y se sentó a su lado, a un palmo del suelo, mirando pasar las piernas de la gente que caminaba bajo los soportales. Mientras veía a su padre mover los cepillos sacándole brillo a los zapatos de un cliente, se preguntó qué había ganado

y cuánto había perdido alejándose de la vida que el destino le había marcado. Se imaginaba lo que hubiese podido ser su vida al lado de su padre, con una bayeta en las manos y guardando las cajas todas las tardes bajo el toldo, y deteniéndose en el trayecto de vuelta a casa para meterse a tomar un vino en algún bar, o desviándose hacia la Clerecía, para entrar en alguna casa de putas, y se imaginaba mejor, o más feliz (¿sería, de no haber vivido en el internado, de la misma naturaleza su deseo?, ¿a quién deseaba él?, ¿qué buscaba?), y sentía tristeza porque ya no podría ser nunca así. Estuvo allí sentado, al lado de él, ayudándole, abriendo y cerrando las latas de betún, a medida que su padre las necesitaba, acercándole cepillos y bayetas, hasta que, a sus espaldas, se encendieron las luces del Novelty. No le importaba que lo vieran allí sentado los compañeros del colegio. Miraba las manos de su padre moviéndose encima de los zapatos a toda velocidad y sentía ganas de cogerlas entre las suyas. Aquella misma noche, mientras oía cuchichear a Juana y a su padre en el cuarto de al lado, le escribió a Raúl diciéndole que había solicitado que le aceptasen la matrícula de preuniversitario en un colegio de Madrid, porque quería estudiar Filosofía y Letras en la Complutense. «No me gusta Salamanca», le escribió a su amigo, «aquí no tengo nada». Y, al escribirlo, pensaba que estaba abandonándose a sí mismo, dejándose a la deriva en un lugar al que ya no podría volver para encontrarse. La respuesta de Raúl tardó algún tiempo en llegarle, y cuando lo hizo, le extrañó que no le ofreciese compartir el piso que había alquilado con un grupo de estudiantes.

Julián le contó que lo había encontrado de madrugada, tumbado en el barro junto a su casa; que se despertó alertado por los ladridos de los perros; que tuvo que desnudarlo y lavarlo con agua caliente; que hasta le hizo tomar café y coñac, pero Gregorio no se acordaba de nada. Julián le había preparado una de sus mudas, porque toda la ropa de Gregorio estaba mojada. Se pasó aquella mañana entrando y saliendo de la casa, llevó leña, ropa limpia que olía a leña, porque le gustaba secarla junto a la chimenea, aunque de eso fue enterándose Gregorio poco a poco, en días sucesivos, porque se quedó en aquella casa mucho tiempo y aprendió a conocer bien sus costumbres. Cultivaban el huerto, ordeñaban las vacas y luego ponían la leche en unas cántaras de metal junto a la carretera para que las recogieran los de una cooperativa, y Julián le enseñó a cuidar los perros. Tenía rehalas de podencos con las que acompañaban a los cazadores que llegaban de la ciudad y que les proporcionaban un dinero. Fueron buenos tiempos. Le gustaba escuchar al dueño del bar, cuando decía: «Ya os vais», y quedarse charlando con Julián hasta tarde, y el olor a tabaco, café y aguardiente de la casa. El encinar, la ribera, los cultivos de la huerta, el camino que ascendía formando una curva, los ladridos de los perros que ahora ya sabía que siempre querían decir algo. Decían como los demás. Decían: estoy solo, tengo miedo, o estoy contento, o tengo hambre, o ya veo que te acercas a mí. Y Julián, que no hablaba apenas, pero que decía cuando se agachaba a cortar una lechuga o cuando silbaba mientras entraba una brazada de leña. A veces pensaba que se había ido muy lejos, a pesar de que, si subía a lo alto del cabezo, podía ver en la lejanía los tejados del cortijo de doña Sole y también la torre de la iglesia y hasta podía distinguir, un poco separada de las demás, la casa paterna. A lo mejor fue esa sensación de que ya se había marchado, el pensamiento de lejanía el que le hizo quedar prendido en la telaraña que tejió para él su tío Martín Pulido. Apareció una noche por el bar del cruce. Se oyó el frenazo de un coche a la puerta y los jugadores que había sentados junto a los veladores levantaron las cabezas. No era normal que parase un coche allí, sólo el autobús que cada mañana llevaba a los parroquianos a Zafra y a Mérida y que los devolvía al atardecer. Gregorio lo reconoció desde el momento mismo en que abrió la puerta y avanzó entre las mesas en dirección al mostrador. Vestía un traje gris y llevaba corbata y lo seguía su mujer y, cogido de la mano de ella, su hijo. No hizo falta que Gregorio le llamara, porque también él lo había reconocido nada más verlo. «Estás hecho un hombre, Goyo», lo saludó abrazándolo y palmeándole la espalda. «No te lo creerás, pero he venido para verte, porque me habían dicho que paras por aquí», le dijo sin quitarle el brazo que le había pasado por encima del hombro. Julián, que estaba al lado de Gregorio cuando entró en el bar el grupo, se había alejado un par de pasos, y se puso al poco rato de espaldas al corrillo que acababan de formar junto al mostrador los dos hombres, la mujer, cuya presencia en el bar resultaba llamativa, y el niño. Fue aquella noche cuando su tío Martín Pulido envenenó a Gregorio. Le contó que había dejado la guardia civil, que ahora trabajaba como viajante para una empresa, que ganaba mucho dinero. Lo hizo salir a la puerta para

que viera el coche. Le habló de Madrid, de las oportunidades de trabajo con las que podía encontrarse en la capital un muchacho como él. Anotó la dirección de su casa en un papel que luego le tendió, asegurándole, insistente, que allí, en esa dirección, tendría cuanto necesitara si se decidía a dejar «esta mierda» (así llamó al pueblo, y hubo un imperceptible movimiento de las cabezas que permanecían inclinadas ante las barajas de cartas). Eloísa, su mujer, se mostró de acuerdo con Martín. También ella estaba convencida de que Gregorio trabajaría y ganaría dinero en Madrid. Mientras hablaba con él, lo miró con unos ojos muy vivos, que desmentían el cansancio de su piel marchita. Así empezó la enfermedad de Gregorio, que Julián detectó inmediatamente. Cuando salían de caza, Gregorio veía los perros esconderse precipitadamente entre los matorrales y tenía la sensación de que sólo él volvía con las manos vacías. En el bar habían instalado una televisión y Gregorio echaba ahora de menos cada uno de los lugares que salían allí. Echaba de menos la iglesia que salía en la pantalla, con vidrieras hermosas y en la que sonaba la música del órgano y voces infantiles que parecían de ángeles. Pensaba: «Nunca la veré, ni escucharé esas voces tan limpias». Y veía playas, palmeras, montañas que se perdían en una corona de nubes, y Julián le decía: «Joder, mueve la ficha», y él movía. «Así te como», y retrocedía. «Así te como tres, coño. Es que estás distraído». Era verdad que pensaba que no le interesaba la partida, que quería navegar por el río imponente de aguas oscuras que veía por la televisión, que una mujer con unos ojos como los que tenía la mujer de su tío Martín estuviera allí, y arroparla por la noche para que no le picaran los mosquitos. Por la noche, Julián se daba cuenta de que se movía, de que daba vueltas, insomne, y de que estaba pensando en algo que no le decía. Una noche acercó el pie para rozarlo con el suyo, y Gregorio lo rechazó, dándole una patada. Julián se levantó a oscuras, y Gregorio lo oyó llorar detrás de la brasa del pitillo que había encendido. Después, al cabo de un rato, Julián dijo: «No estás a gusto». Y Gregorio le respondió desde la cama: «No. Y, además, es que ni sé lo que quiero». Pero le ocurría algo. Se comía un bocado de pan, y no le aprovechaba lo que se había comido. Julián se levantaba y vagaba por la casa y él se hacía el dormido, para evitar sus preguntas. Por la mañana, arreglaban los corrales, ordeñaban las vacas, Gregorio sacaba los perros a pasear, Julián subía a la huerta. Gregorio oía el monótono ruido de la azada y le parecía extraordinario sentir la mañana, el sol tocando la hierba, y, sin embargo, aquellos rayos de sol ya no lo calentaban. Salía a beber con la intención de quedarse en el bar a solas hasta tarde. No quería volver a casa y tener que encontrarse con Julián y notar que se hacía el dormido mientras acechaba un gesto. Se iba al bar sin decirle nada, pensando que tendría que comprender que no quería verlo, pero no, se iba al bar y se equivocaba, y cuando llegaba a la barra, ya estaba allí, esperándolo, y le decía al dueño: «Acércanos el tablero». El dueño del bar se lo entregaba, y Julián le pedía que eligiera las fichas, como si todo fuera como siempre. Elegía las blancas, pero lo mismo podría haber elegido las negras. Miraba el tablero, por no verle la cara que el dolor alteraba y volvía femenina. Gregorio quería irse para no ver ese

sufrimiento que tenía un cerco a su alrededor, como las fichas negras corrían detrás de las blancas, las acorralaban en un rincón del tablero. El cerco del dolor. Movía atolondradamente las fichas —«así te como», le decía Julián— y sí, sentía su dolor comiéndolo por dentro. Adónde ir aquella misma noche. Las fichas de Julián saltaban sobre las suyas y las hacían desaparecer. Aún faltaban muchas horas para que llegase el día: los muebles de la casa, el silencio que rompían los perros. Miraba el tablero de las damas y veía la cómoda de la habitación, el espejo brillando con luz de luna y la luna brillando a través de la ventana, y las sombras, las sombras de las fotografías colgadas de la pared, las estampas. Una en la que se veía un puente de un solo ojo saltando sobre un río bordeado de otoñales árboles: sin duda, una hoja de calendario; otra con San José y su vara de nardos; y las fotografías de la familia: el padre de Julián vestido de soldado junto a una palmera enana; su madre, con la cabeza cubierta con un velo. Todo eso lo veía Gregorio escrito en el tablero de las damas y, por encima, pasaban las manos de Julián. Al acabar la partida, y otra, y la tercera, Julián le dijo: «Vámonos, que hoy no das pie con bola», y hasta parecía que estaba de buen humor. Él lo esquivó: «Vete tú. Yo iré más tarde». Y se quedó allí ante una copa de anís, mirándose en el espejo, mientras los clientes comenzaban a abandonar el local y ya la mayor parte de las mesas estaba vacía. Esa noche le dijo que iba a irse a Madrid, y al otro se le enturbiaron los ojos: «¿Cómo vas a hacer eso?», se quejó, «no puedes hacerlo». Salió al camino y el otro lo siguió, llamándolo desde lejos. «¿Por qué tienes que irte?», le preguntaba, «¿qué te he hecho?». Los perros ladraban entre asustados y furiosos porque, por vez primera, no les habían echado de comer en todo el día. Por la tarde, Julián se sirvió anís, bebió y le ofreció una copa. E insistió: «¿Ni siquiera para acompañarme?». Y al día siguiente lo siguió hasta la estación, como si fuera un perro, con los ojos desorbitados por el alcohol, y se acodó en la barra de la cantina y pidió otro carajillo, y no se acercó a él, sino que se quedó mirándolo desde lejos durante un buen rato, con el pitillo pegado a la comisura de los labios. Y cuando el tren se puso en marcha, salió al andén y se quedó en medio, quieto, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, cada vez más lejano, hasta que se perdió de vista.

Luisa Montalbán decía: «Una es leche y otra café», cuando quería explicarle a alguien lo diferentes que eran sus hijas. Y no es que una hubiese salido a su marido y otra a ella, no, porque es verdad que Helena le había salido más al padre, por lo reconcentrada, pero Alicia no se parecía para nada a la madre, aunque había algunos rasgos en los que sí coincidían la madre y la hija mayor: las dos eran abiertas, extrovertidas, se reían a carcajadas y no parecía asustarles nada, aunque Luisa tenía una naturalidad en la risa de la que carecía su hija Alicia, que era sarcástica, socarrona, y a todo le sacaba punta. Estudiaba tanto o más que Helena, había terminado cuarto de Políticas con matrícula prácticamente en todas las asignaturas, y, sin embargo, se reía cuando veía a la hermana con la cabeza metida debajo del flexo, el pelo cayéndole a ambos lados de la cara y tocando con las puntas la superficie de la mesa. «Jolín, hija, qué manera de tomarse a pecho las cosas», se burlaba, «me imagino que cuando tengan que arreglar el mundo, te llamarán para que les des la receta». Lo que quería decir con frases como ésa era que ella estudiaba, aprobaba los exámenes, se preparaba para trabajar el día de mañana, mientras que su hermana, como Stirner, el autor de *El único y su propiedad*, «se echaba el peso del mundo sobre los hombros». Alicia le decía a su madre: «Mira, mamá, yo quiero ser una profesional, hacer mi trabajo, ganar dinero, y todo eso a tu hija Helena le parece mezquino. Ella se da aires de intelectual, ¿pero no ves cómo se viste, y el tono de voz que pone para hablar, como si nada más que ella tuviera razón y derechos?». Su padre levantaba la vista del periódico, echaba la ceniza del cigarro en el cenicero e intervenía: «¿Quieres dejar de meterte con tu hermana?». «Claro, la señorita no necesita preocuparse de su futuro, como es de buena familia», apostillaba Alicia, que ya había empezado a dar clases como profesora en una academia de la calle Fuencarral y se compraba su propia ropa, y sus perfumes y sus tarros de cosmética, y se pagaba sus salidas dominicales con compañeros de curso, y hasta había empezado a liquidar las letras de un seiscientos. Y añadía: «Pero a mí me harta, con sus aires intelectuales, y en cuanto me descuido me quita las camisas para ponérselas ella, y el champú y el desodorante y la crema facial, y encima mamá diciéndome que la ayude, o sea, que le pase parte de lo que esta imbécil sin ambiciones gana en su trabajo, para que ella me dé lecciones de moral». Don Vicente le ordenaba que se callara. Y Alicia lo achacaba a que su hermana era la predilecta de su padre, lo cual ni era verdad ni dejaba de serlo, porque su padre hubiese querido que Helena fuese como Alicia, que tuviera esa capacidad para ir al grano de lo conveniente y útil, que apuntara con seguridad hacia objetivos nítidos, pero al mismo tiempo estaba orgulloso de que no lo fuera. Le parecía descubrir en ella restos de la ambición y la rebeldía que él tuvo en su juventud. Y, sin embargo, había empezado a asustarse un poco. Era como si la lógica de libertad de pensamiento de su hija la condenara a acabar llegando a lugares que a él lo atemorizaban. Conocía demasiado bien cómo funcionaba aquel sistema que el paso de los años había enmascarado; sabía —y en torno a él seguía detectándolo con ese fino olfato que habían adquirido los supervivientes y que no los

abandonaría hasta la muerte— que la maquinaria continuaba funcionando implacable, que los informadores trabajaban sin descanso, que los jefes de finca mandaban sus informes, y en las comisarías se alineaban los archivadores llenos de datos, y en los sótanos de la Puerta del Sol seguían sonando golpes y gritos que a veces llegaban hasta las aceras de la calle Carretas. A él le hubiera gustado transmitirles por genética ese olfato a sus hijas, a las dos, pero, curiosamente, sólo parecía haberlo conseguido con la que menos lo necesitaba, porque Alicia sí que decía a veces: «¿Te crees tú que voy a dejar que me den de palos los guardias, para defender a otros que, si estuvieran en mi lugar, no me defenderían a mí?», mientras que Helena, que era la que tenía que permanecer más atenta, parecía no darse cuenta, y, a lo mejor por culpa de él, por haberle inculcado con las lecturas y con las conversaciones aquel sentido de libertad, se comportaba con una inconsciencia que lo asustaba. Se sentía incómodo cuando se veía obligado a explicarle a su propia hija que había que desconfiar de la libertad porque su ejercicio suponía un riesgo para toda la familia, pero no le quedaba otro remedio. «Hija mía, no lles así los libros de Baroja, a la vista», le dijo un día en que ella salía con un ejemplar de *El cura de Monleón* bajo el brazo. Helena se rió de él: «Pero, papá, si a Baroja lo leen los niños de párvulos en las escuelas de monjas». Ella todo lo veía normal, natural. Una vez se había traído a tres o cuatro amigos y se había encerrado con ellos en su habitación y él los había oído discutir en voz alta a través de la puerta, y había escuchado palabras como revolución, comunismo, lucha de clases y también cómo se llamaban compañero y camarada entre ellos. Esa noche tuvo la primera discusión con su hija. Cuando los otros se fueron, la llamó a su despacho, y le dijo, muy nervioso: «Pero ¿es que estás loca? Pero ¿es que no te das cuenta de que tu madre y yo nos salvamos por los pelos después de la guerra? ¿Es que no sabes que estuve condenado a muerte? ¿No sabes todo lo que hemos pasado? ¿Qué quieres? ¿Quieres destrozarnos otra vez a todos, ahora que empezamos a levantar un poco la cabeza?». Ella le respondió tranquilamente: «Precisamente por eso, papá, porque te hicieron todo eso que me cuentas, estoy contra ellos. No querrás que me haga franquista». Y él se puso a dar golpes en la mesa y llamó a su mujer, y le dijo: «Luisa, esta hija tuya es tonta, imbécil perdida. Creíamos que teníamos una eminencia en casa, y tenemos una imbécil». Helena aún se atrevió a más: «Papá, los padres de Gloria son fachas y no dicen ni pío cuando nos reunimos en su casa, y tú, un republicano, tienes que venir a prohibirnos que nos veamos aquí. Nos echas. ¿No te das cuenta?». Los gritos del padre se elevaron hasta tal punto, y se puso tan rojo, tan nervioso, que Luisa le pidió que se sentara y envió a Helena a darse una vuelta. «Cuando estéis más tranquilos los dos, volvéis a hablar», le dijo. Pero don Vicente no se tranquilizó. «Encima me dice esta imbécil que se reúnen en las casas de los fachas, o sea, que ya les habrán hecho ficha a todos ellos, que si te descuidas, deben tener hasta grabado todo lo que hablan, y me los trae aquí, aquí, a mi casa», se lamentaba. Al día siguiente, mientras ella estaba en la facultad, entró en su habitación, registró los armarios, las carpetas, los cajones del buró y los de la mesilla, y separó las

numerosas hojas tiradas a ciclostil en las que se hablaba de revolución democrático-burguesa, revolución popular y dictadura del proletariado, y todos los libros que le parecieron inconvenientes —los había de Marx, de Engels, uno de un tal Pulitzer, una pequeña *Historia de España* de Pierre Vilar (ésta no la puso en el mismo montón que los otros, sino que la guardó bajo llave en un cajón de su escritorio con la idea de leerla él) y hasta un tomito de Lenin y otro de Stalin—. Cogía los papeles, les echaba una ojeada por encima y los tiraba al suelo, como si le quemaran las manos, como si temiera que, de un momento a otro, fuera a abrirse la puerta de casa y a aparecer la policía, y, antes de que eso ocurriera, quisiese dejar constancia de que él no tenía nada que ver con todo aquel basurero; que, precisamente, él estaba limpiando la casa de todo aquello. Pensó así, basurero, y le desagradó su propio pensamiento, porque al ver aquellas hojas amarillentas de las ediciones soviéticas, volvió a verse a sí mismo, se encontró con su juventud en la Universidad de Madrid, en el café Pombo, en la Biblioteca Nacional, hojeando libros como aquéllos, leyéndolos a la luz del flexo en su habitación de soltero de la calle de la Bola, y también en Valencia, en la azotea del hospital de guerra desde el que se veían los tejados de la vieja ciudad dorados por el sol, el deslumbrante verdor de la huerta y la línea azul del mar, y se agachó para recogerlos del suelo, y leyó el nombre de Stalin y de Lenin en las portadas, y abrió uno de los tomitos para releer algunos párrafos que le trajeron vertiginosamente olores de entonces, imágenes, gritos, luces: la luz del sol cayendo sobre las montañas del Maestrazgo, una mañana de finales del invierno de 1938 en la que ya habían florecido los almendros y él, envuelto en su capote militar, miraba el cielo, y pensó que la guerra era algo superficial que no afectaba al paso de las estaciones, a la dulzura de aquella floración que parecía milagrosa después de la negrura de las trincheras; la luz de la cafetería Balanzá, en Valencia, luz amarillenta por las restricciones eléctricas, que no conseguía desvanecer la enorme animación de toda aquella gente que reía y bebía, hombres de uniforme, mujeres con trajes confeccionados en casa, que se olvidaban de la guerra en el espacio de tiempo que quedaba entre dos bombardeos. Don Vicente, al leer, sintió rencor por aquellas frases («El imperialismo es el prelude de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado, en una escala mundial, desde 1917», leyó en el prólogo que Lenin había escrito para su propio libro), rencor por las palabras de esperanza que habían llevado a tanta gente a involucrase en banderas rojas, a llorar de ilusión en los cinco continentes ante la hoz y el martillo que venían impresos en la portada de aquellos libros soviéticos, y que habían sido señales de una anunciación que llevó a tanta gente a soñar algo que no había llegado, que no iba a llegar nunca, y cuya tardanza lo había llenado todo de sangre y de miedo. Pensó que parte de las cenizas de aquellas frases que parecían destinadas a incendiar el mundo era él mismo, agachado, revolviendo los libros y papeles que había dejado caer al suelo, él, que los cogía entre los brazos para llevarlos a la cocina, queriendo salvar a su hija de la inconsciencia que se disfrazaba de conciencia, y que no podía hacerle más que daño, que ya estaba

empezando a infectar a la muchacha que él había cuidado con tanto esmero, tan generosa, tan fuerte y sana, tan inteligente. Él no la había salvado y alimentado y vestido y educado para que fuese el segundo capítulo de su derrota. No, no lo había hecho para eso, para que su inocencia y su salud y su belleza se marchitaran en los pasillos de las comisarías, en los informes de desafección al régimen, en las colas frente a las ventanillas que expedían impresos de antecedentes penales. Lo había hecho para que mantuviera entero cuanto se quebró en él, y de todos aquellos libros y papeles no podía salir más que alguien tan frágil como él, tan amenazado como él, que había perdido su oportunidad en aquel consultorio domiciliario y que ahora seguía arrastrándose como generalista en una clínica privada que pagaba mal, y, para salvar a su hija, tenía la impresión de que él ejercía como cirujano por una vez en su vida desde que se acabó la guerra, y sajaba para extirpar el tumor cuando rompió en mil pedazos aquellos papeles. «Pero ¿qué ha hecho esta hija tuya?, ¿pero en dónde anda metida y nosotros sin saberlo?, ¿qué ruina nos está buscando?», le dijo a su mujer, mientras ella recogió en silencio aquellos papeles rotos —«Mira, lee, Partido Comunista de España, Liga Comunista Revolucionaria, Frente de Liberación Popular, Frente Revolucionario de Acción Patriótica (marxista-leninista), Federación de Comunistas, lee, lee estos papeles. Hay más hoces en estos papeles que en un campo de trigo en agosto», le dijo— y los fue amontonando sobre la superficie de la cocina económica, que aquel día Luisa volvió a encender después de mucho tiempo, con el único objetivo de quemarlos. «Señor, Señor», seguía repitiendo don Vicente, cuando el fuego ya había consumido el montoncito de papeles. Había vuelto a la habitación de su hija y registraba entre las hojas de los libros que había en las estanterías, por si entre las hojas se hubiera quedado algún otro documento comprometedor. Aquella muchacha no sabía que uno solo de aquellos papeles bastaba para llevar a un hombre a la cárcel, para quebrar una vida. Cuando concluyó infructuosamente el nuevo registro, se encerró con llave en su despacho y se quedó allí durante toda la tarde, con la cabeza entre las manos, y se limitó a decirle a Luisa que no necesitaba nada, que lo dejara en paz, cuando ella golpeó la puerta con los nudillos. Se sentía a disgusto. Le parecía que se había salvado provisionalmente de una amenaza, pero también que, al registrar aquellos cajones de su hija Helena, que siempre había respetado, y tirar aquellos papeles al fuego, algo indigno se dirigía sonriente hacia él y le tendía la mano. De nuevo le tocaba elegir la supervivencia a costa de la indignidad. Pero ¿es que acaso Luisa y él no habían pagado ya su cuota de dolor? Sí, pero Helena no, claro que no, y él, ¿iba a aceptar que aquella muchacha se convirtiera también en una superviviente, antes de haber tenido oportunidad de vivir? Qué difícil resultaba todo, Señor. Qué confusión. Hacía tiempo que no escuchaba por las noches la Pirenaica, y aquella noche, encerrado en su despacho, volvió a buscarla en el dial de la onda corta, y oyó las voces que no sólo parecían venir de muy lejos, sino también de muy atrás, y sintió que no tenía miedo mientras las escuchaba. «Que me ocurra algo a mí», se dijo en voz baja, «pero que no les pase nada malo a ellas, que no le pase nada malo a

ella», y ese pensamiento él estaba convencido de que era su entrega y de que estaba lleno de valor. «Las fuerzas democráticas españolas se preparan para una gran victoria sobre el fascismo», decía el locutor, pronunciando sus palabras con un acento de procedencia imposible de determinar, y don Vicente tenía la cabeza apoyada sobre la madera de la caja de la radio y sollozaba procurando que no lo oyera su mujer.

Había conocido a Carmelo Amado —con quien ahora compartía piso— en la Casa del Brasil, cuando los dos estudiaban preuniversitario. Se habían puesto a charlar al final de la proyección de *El séptimo sello*, enzarzándose en una larga discusión, porque Carmelo encontró terriblemente pesimista la película, mientras que a él le pareció un alegre canto al *carpe diem*, una invitación a beber con avidez cada día de la vida. Lo cierto es que continuaron la conversación mientras caminaban hacia el centro de la ciudad por las aceras de la carretera de La Coruña, vacías en las primeras horas de la noche de un sábado, y habían llegado a Moncloa, donde se habían metido en un bar de la calle Altamirano, y habían pedido un par de vinos, y habían comentado que ambos querían estudiar letras el próximo año, Carmelo para especializarse en Literatura, mientras que José Luis porque quería ser director de cine, aunque eso, como era poco menos que imposible, seguramente tuviera que sustituirlo por el periodismo. De momento, quería licenciarse en Historia, que pensaba que era una especialidad que podría servirle para ser mejor en cualquiera de sus dos vocaciones. Volvieron a coincidir unos cuantos sábados más durante aquel curso, porque ambos habían sacado sus tarjetas de socios del cineclub y acudieron a numerosas proyecciones. José Luis, en los sucesivos encuentros, no estuvo demasiado comunicativo con Carmelo, y se metió de prisa en el metro de Moncloa, sin aceptar el vaso de vino que le proponía tomar su nuevo amigo. Unos cuantos meses más tarde, cuando ya se habían otorgado otra confianza, acabaría confesándole que aquella noche se había marchado tan de prisa porque, por entonces, estaba sin un duro. José Luis había conseguido una beca para estudiar el preuniversitario que apenas le permitía pagarse la pensión, y sus primeros meses estuvieron cargados de angustias económicas, ya que los planes que llevaba en la cabeza cuando se fue a vivir a Madrid no se cumplieron en absoluto. A pesar de que en sus cartas Raúl nunca le había propuesto trasladarse con él al piso en el que vivía con algunos amigos, José Luis daba por supuesto que, una vez en Madrid, se lo propondría de inmediato y se irían a vivir juntos. Sin embargo, no fue así. Debía haberlo imaginado cuando, unas semanas antes de emprender el viaje, le escribió una carta comunicándole la fecha en que pensaba llegar, y pidiéndole que le ayudara a encontrar una habitación barata, y Raúl le respondió pasados varios días, diciéndole que le había conseguido una pensión en la calle Espoz y Mina, en la que vivía el primo de uno de sus compañeros de piso. Aquella respuesta le produjo una gran decepción, aunque no se permitió reconocerlo. Achacó la frialdad de Raúl a algún inconveniente provisional que el paso de los días acabaría resolviendo. Además, cualquier duda que hubiese mantenido se le disolvió cuando, al llegar a la estación de Príncipe Pío, se encontró a Raúl esperándolo en el andén. Lo recibió con un fuerte abrazo y le cogió las maletas, negándose a que José Luis llevara peso alguno. «Ahora estás en mi pueblo», bromeó Raúl. Había cambiado durante aquel tiempo. Los rasgos de su cara y su cuerpo se habían ensanchado y la fuerza adolescente que desprendían todos sus movimientos era ahora más compacta; exhibía la fuerza de un hombre hecho y derecho, que

hablaba con voz grave y que encendió un cigarrillo cubriendo la cerilla con su mano poderosa delante del tazón de café con leche a que lo invitó en un bar del Paseo de la Florida que había junto a la boca del metro. Era domingo a mediodía, y Raúl lo acompañó hasta la pensión y luego comieron juntos en un restaurante barato a espaldas del edificio del Teatro Español. Por la tarde, se acercaron al piso de la calle del Olivar en el que vivía Raúl con otros cuatro compañeros. A aquellas horas, sólo había uno de ellos, estudiando a la luz de un flexo y con una resistencia eléctrica instalada entre los pies. Detrás de él, en la penumbra, había dos camas separadas por una mesilla. «Ésta es nuestra habitación, de Paco y mía», le dijo Raúl, presentándole al muchacho que se había levantado para recibirlos y le había tendido la mano. A José Luis le pareció que había cierto orgullo cortante en la voz de Raúl cuando dijo la palabra «nuestra» sin incluirlo a él. Y cuando a continuación le explicó a Paco: «Es el viejo compañero del internado que te había dicho que llegaba hoy a Madrid», a José Luis le pareció que expresaba mayor confianza con el otro que con él, y también cierto desapego, porque no había dicho «mi amigo», ni «mi buen amigo», ni siquiera «el compañero que esperaba», sino «el viejo compañero del internado que te había dicho que llegaba hoy», y todo, lo de viejo, lo del internado, lo de que llegaba, le pareció que expresaba distancia por parte de Raúl, falta de deseo, de voluntad de que aquel hecho —que él estuviera allí, a su lado, como en otros tiempos— se hubiese producido. Permaneció un buen rato con ellos, y ya no consiguió charlar a solas con Raúl como hubiese deseado, porque Paco sacó una botella de coñac y sirvió en unos vasitos de duralex y Raúl y él se pusieron a hablar de gente a la que no conocía, de grupos de los que no formaba parte, de situaciones en las que no intervenía. José Luis apenas abrió la boca en todo el rato y, al tiempo que permanecía callado, e intentando sonreír ante bromas cuya gracia no llegaba a entender, pensaba que era lógico que Raúl prefiriera la compañía de aquel muchacho que le hacía reír, que le daba puñetazos en el brazo cuando quería resaltar alguna frase que consideraba especialmente brillante, que servía otra ronda de coñac, que compartía con él las asignaturas del curso, los partidos de balonmano y la habitación. Le dolía la cabeza, pero no quiso rechazar ninguno de los cigarros que le ofrecían, ni el coñac, porque pensaba que su rechazo aún lo alejaría más de aquellos que tenían que ser sus amigos en Madrid, y también se dio cuenta de que ahora pensaba ya en plural, en sus amigos, porque él mismo ya les había concedido la categoría de inseparables, y no se imaginaba muy bien qué podría compartir con ellos, que hablaban del examen de electrónica, o del de prácticas en central, del partido de balonmano, de los resultados de las quinielas (Raúl había mirado el reloj para verificar la hora, había puesto la radio y anotaba las variantes de la quiniela en un papel, mientras Paco se lamentaba de los escasos resultados que habían acertado). José Luis se dio cuenta de que ya era tarde y apenas iba a quedarle tiempo aquel día para hablar con su amigo, por lo que forzó el final de la reunión. «Bueno, yo me voy», dijo, esperando que Raúl se ofreciera para acompañarlo. Pero Raúl se limitó a preguntarle: «¿Vas a saber volver a

la pensión?», y él le respondió que sí, que recordaba el camino, con lo que Raúl se dio por satisfecho y no insistió, ni se ofreció a ir con él. Se encontró bajando torpemente la escalera —el coñac se le había subido a la cabeza—, buscando a oscuras el conmutador de la luz que se apagó a mitad del recorrido, y recibiendo en el portal el aire frío de la noche, en aquella calle desangelada por la que pasaba la gente de prisa, de vuelta a sus casas después de las diversiones dominicales. Mientras llegaba a la Plaza de Santa Ana, advirtió que Raúl y él ni siquiera habían hecho planes para encontrarse otro día, y vio los bares repletos de gente que se adivinaba por detrás de los cristales empañados. Al pasar ante sus puertas, recibía el murmullo de las voces y también la respiración templada de los extractores humeantes. En aquella ciudad no conocía a nadie. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón de pana y apretaba, cerrando el puño, las monedas que llevaba sueltas. De repente, sentía enormes deseos de entrar en alguno de aquellos bares y confundirse con la gente que charlaba en la barra y formar parte de algún grupo, pero no se atrevió a hacerlo, porque temía empezar a gastarse el poco dinero que se había traído después de trabajar como camarero en Salamanca durante todo el verano. Fue pasando de largo ante todas las vitrinas iluminadas. Algunos bares eran destartados, otros más elegantes, pero todos rebosaban de vida, como los cuerpos de Raúl y su amigo Paco. La ciudad poseía una vitalidad excesiva que parecía querer implicarlo también a él. Desbordaba de vida aquel barrio del que él tenía que formar parte en adelante. Apretó el paso hasta convertirlo casi en una carrera, como si huyera del estallido de vida que encendía luces multicolores de neón en las fachadas, y, una vez en la pensión, se metió de inmediato en su cuarto y se acostó sin cenar. Volvió a ver a Raúl, pero ya nada fue lo mismo que antes. Se citaron unas cuantas veces durante aquel primer año, y hasta pasearon juntos y fueron al cine y a bailar y pasaron buenos momentos que a José Luis le trajeron el recuerdo de los tiempos del internado, pero se trató de destellos pasajeros, de chispas cada vez más tenues. Poco antes del verano, Raúl le presentó a una chica muy elegante que, al parecer, era su novia. También Raúl le pareció muy elegante aquel día, con un traje azul nuevo y una corbata a rayas rojas y azules. Salieron los tres y estuvieron remando en el estanque del Retiro, los novios en un banco de la barca, y él en el otro. Raúl y su novia se besaron mientras él remaba, y, en el camino de regreso, tuvo que quedarse esperándolos en muchos lugares, porque se demoraban a cada poco rato, aprovechando los sitios más tranquilos y oscuros para cuchichear y besarse. El siguiente encuentro entre Raúl y José Luis se produjo mediado ya el verano. José Luis se había quedado en Madrid, aprovechando las posibilidades económicas que le brindaban los numerosos trabajos eventuales que se conseguían durante aquellos meses en la capital. Se enroló en una agencia de mantenimiento y limpió unas oficinas cuyos empleados se encontraban de vacaciones, hizo encuestas por las casas, repartió entre los turistas hojas de publicidad de bares y salas de flamenco del Madrid de los Austrias, trabajó como camarero en un mesón de Chinchón. Por su parte, Raúl volvió a la capital a mediados

de agosto, unas fechas en las que no había nadie en el piso de la calle del Olivar y en las que su novia pasaba las vacaciones con la familia en algún lugar del norte. Nada más poner el pie en la ciudad, telefoneó a su viejo amigo y se pusieron de acuerdo para acudir juntos a la verbena de la Paloma que estaba instalada por aquellos días. Para José Luis fue una tarde luminosa, en la que la antigua amistad pareció que volvía a reanudarse. Los dos amigos pasearon entre las casetas, subieron a la noria, dispararon en el tiro al blanco, bebieron vino, cerveza y coñac. Abandonaron el recinto de la feria pasadas las dos de la madrugada. Hacía un calor espantoso, pero la noche tenía esa vitalidad urbana que tanto había inquietado los pasados meses a José Luis, y que ahora empezaba a embriagarlo. Aquella noche la ciudad le transmitía su vitalidad desbordante, o al menos así se lo pareció a él, mientras avanzaba mareado por el alcohol y el cansancio, y cogido de los hombros de Raúl. Dejaron atrás la calle de Toledo y luego Duque de Alba y, una vez en Tirso de Molina, iniciaron una despedida interminable, que Raúl resolvió invitándole a quedarse esa noche en su casa. Subieron las escaleras del piso de Olivar trastabillando entre risas y haciendo crujir ruidosamente los escalones de madera. Y, ya en el interior de la casa, siguieron bromeando y riéndose, y se fumaron un cigarro sentados en el borde de la cama. Raúl tenía la cabeza apoyada en el hombro de José Luis y había pasado de la euforia a la tristeza, y ahora se quejaba de todo, de la vida («siempre pensando en el dinero, estoy hartos», dijo), de su hermana y su madre («resignadas, asustadas. No les gusta mi novia porque les parece demasiado para mí. Dicen que es una niña rica, que estoy perdiendo el tiempo con ella y que me dejará en cuanto se le pase el capricho. ¿Es que se creen que yo no valgo nada?»). Su madre y su hermana, en Bovra, le pedían que se olvidara de la muchacha y que se dedicara a estudiar. También su novia se acercaba y alejaba de él como si siguiera una calculada estrategia, o, seguramente, lo que era más probable, moviéndose entre sus sentimientos y las presiones de sus padres. José Luis le daba golpecitos con la palma de la mano en la cabeza, le pasaba los dedos por el pelo. «Pobre hombre», se burlaba, «qué pena de vida». Raúl había vuelto la cara hacia él, como si quisiera leer en sus labios las incoherencias que le decía. Tenía los ojos enrojecidos por el tabaco y el alcohol. «¿Y tú?», le dijo de repente. «¿Tú qué quieres?». Acercó su boca a la de José Luis y le echó en la cara el aliento mezclado con el humo del cigarro, y, a continuación, como si de repente hubiera enloquecido y se vengara de algo, le mordió los labios una y otra vez, mientras decía: «¿Es esto lo que quieres, eh? ¿Es esto?». Lo tumbó en la cama, le quitó la camisa de un manotazo y fue desnudándolo antes de desnudarse él. Después, una vez que todo hubo concluido, le dijo: «No vamos por el mismo camino. Tú buscas algo que a mí no me interesa. Es mejor que no vuelvas». Y José Luis cumplió su petición. Se vistió con movimientos torpes, cruzó el pasillo sin volver la vista, cerró la puerta de un portazo y bajó tambaleándose la escalera de aquella casa de la calle del Olivar que no iba a pisar nunca más. Durante los primeros meses del curso siguiente, Raúl le llamó por teléfono varias veces a la pensión, pero José Luis le

respondió frío y cortés, y no aceptó concertar ninguna cita con su amigo. Necesitaba seguir descubriendo aquel camino que Raúl le había indicado y que no acababa de entender por qué tenía que recorrer fatalmente a solas, pero que aceptaba que era así. Cuando dejó la pensión y se fue a vivir al piso con Carmelo Amado e Ignacio Mendieta, ni siquiera llamó a Raúl para comunicarle su nueva dirección y su teléfono. Pensaba muchas noches en él. Es más, cuando se trataba de sentimientos, de cariño y hasta de deseo, no pensaba más que en él, por eso mismo le parecía aún más urgente su cura y hacía mayores esfuerzos por olvidarlo del todo. No quería acordarse ni de sus ojos, ni de sus manos encogiéndose para frotar el fósforo en la lija de la caja de cerillas y curvándose para proteger la llama, ni de su manera de caminar, de hablar y de reírse. Había roto las cuatro o cinco fotografías suyas que guardaba desde el colegio y, aunque a veces sentía la tentación de echarlas de menos, no se arrepentía en absoluto de haberlo hecho. No quería volver a poner los pies en el camino equivocado.

Pronunció su nombre como si fuera el de un desconocido cuando le abrió la puerta. Él notaba el olor a goma quemada de aquella ciudad tantas veces imaginada y que no se parecía en nada a los destellos que la televisión le había enseñado. Las calles mal asfaltadas, las casas grises y los barrizales y charcos y aquel paisaje que se fue achatando a medida que el autobús se alejaba de la estación en dirección al barrio lejano y pobre en el que ellos vivían. «El niño ya está durmiendo y Martín se iba a acostar», le dijo, como queriendo quitárselo de encima. Pero lo había reconocido, había pronunciado su nombre y el gesto que hizo parecía desmentir el tono recriminatorio de su voz y el sentido de sus palabras, porque alargó el brazo izquierdo, invitándolo a pasar. Su tío Martín estaba de pie detrás de la mesa y se anudaba con sus gruesas manos la cinta del pantalón del pijama. Se acercó a él y le palmeó la espalda, y casi de inmediato dijo que había que cambiar al niño de habitación y se metió en la puerta que había a la izquierda y salió llevando en brazos a aquel niño adormilado que se cogía de su cuello. Eloísa se acercó a ellos y le apartó el pelo de la frente al niño, al tiempo que dijo dirigiéndose a Gregorio: «¿Verdad que se parece a mí?». El niño abrió los ojos al notar los dedos de su madre en la frente, y Gregorio comprobó que sí, que tenían la misma viveza que los de su madre y un brillo que ponía un reborde como de aceite en la córnea. Además, también se parecían a la madre el óvalo de la cara y la forma de la barbilla, con una pequeña hendidura en el centro. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que lo habían aceptado y de que también él había decidido quedarse a vivir con ellos. Eran años en los que la ciudad crecía deprisa y por todas partes, así que no le costó demasiado encontrar trabajo como albañil. Por aquellos tiempos, en Madrid no faltaban las oportunidades, aunque la ciudad no se pareciera en nada a la que había imaginado. Descampados sobre los que se levantaban andamios que el frío viento de la sierra batía, hombres hoscos cuyas pieles parecían haber sido privadas de sangre por algún parásito que se escondiera bajo ellas, trenes malolientes que circulaban bajo tierra atestados de hombres soñolientos o exhaustos, barrizales sobre los que se levantaban chabolas y un indefinido olor de goma quemada que no lo abandonó durante las primeras semanas. El ruido de los automóviles le provocaba un desagradable zumbido en los oídos que no desaparecía ni siquiera cuando se caía de cansancio en la cama. Cada vez que se sonaba la nariz, el pañuelo se manchaba de carbonilla. Tardó más de un mes en asomarse a la Gran Vía y en ver los edificios elegantes y todas aquellas luces de neón que había conocido por la tele, y el estanque del Retiro, rodeado de avenidas por las que paseaba la gente en ruidosos grupos y con su superficie cubierta de barcas, le produjo más bien tristeza, como un animal salvaje metido en el interior de una jaula: tal vez fuera porque el mismo día que lo visitó por primera vez visitó también la cercana y semiabandonada casa de fieras y al olor de goma quemada vino a sumarse el de la carne podrida y el de la suciedad de todas aquellas bestias apretadas en sus descuidados cubículos. Al fin y al cabo, él mismo se sentía preso en la ciudad que, sin embargo, le parecía inconmensurable, de límites

confusos, y en la que a los descampados sucedían nuevos barrios de casas baratas, chabolas, o estructuras metálicas y postes eléctricos que formaban la línea quebrada del horizonte. A los pocos días le había escrito una carta a Julián, pero la respuesta tardó un par de meses en llegarle, y cuando lo hizo, fue sólo para anunciar una boda inminente. Julián había embarazado a una muchacha. «No me caso a la fuerza, porque la quiero», decía la carta, que a él acabó doliéndole sin saber por qué, puesto que no tenía pensado volver nunca más a su pueblo. A sus padres no les había escrito, a pesar de que Martín le insistió en repetidas ocasiones para que lo hiciera. La vida con su nueva familia no le proporcionaba paz, pero sí que colmaba una excitación difusa cuyo carácter no se atrevía a descubrirse. Después de trabajar como peón durante los primeros meses, había aprendido el oficio de solador, que, prolongando la jornada con muchas horas extraordinarias, le proporcionaba un sueldo elevado que, en parte, le entregaba a Eloísa; aun así conseguía guardar una pequeña suma que ingresaba semanalmente en el banco. Pasaba poco tiempo en casa, pero esos ratos parecían aliviarlo de la desazón que le provocaba la gran ciudad. Había encontrado una familia. Sólo en el momento de la despedida nocturna, cuando sus tíos se encerraban en la habitación y oía los crujidos del somier y sus voces indescifrables y sus susurros, volvía a apoderarse de Gregorio la ansiedad. Muchas noches se quedaba despierto hasta tarde, con el oído alerta, a pesar de que sabía que tenía que madrugar y que, pocas horas después, sonaría el timbre del despertador. Cuando se hacía el silencio en la habitación de al lado, crecía dentro de él una triste sensación de vacío. Acostumbraba a volver a casa ya oscurecido, y sin embargo no era extraño que, cuando él llegaba, su tío Martín aún no hubiera regresado. Había abandonado, por confusas razones que nadie le explicó, la guardia civil, tal y como él mismo le había contado en el pueblo, y ahora trabajaba como representante y, al parecer, ese trabajo lo obligaba a mantener horarios extemporáneos, que empezaban avanzada la mañana y que se prolongaban en restaurantes y barras de cafetería hasta pasada la medianoche y a veces hasta el amanecer. Gregorio ayudaba a su tía Eloísa a preparar la cena y, cuando acostaban al niño, se quedaban en silencio delante del televisor. La verdad es que su tío volvía la mayoría de las veces con la voz y el paso vacilantes y con las manos temblorosas: su trabajo lo obligaba a beber, un trabajo de relaciones públicas con clientes a los que había que encantar con una mezcla de palabras y alcohol. Su tía Eloísa le pedía en alguna ocasión que la acompañara a la tienda o al cercano descampado, para recoger al niño que se había quedado allí jugando. En esos breves paseos aprovechaba para comentarle sus apuros económicos y que a su marido no le iban demasiado bien las cosas en el trabajo. Él la consolaba. Le decía que, mientras que él pudiera llevar un sueldo a casa, nada tenían que temer. Algunos domingos salían de paseo. Su tío Martín conducía el coche y a Gregorio le gustaba ver cómo llenaba el depósito de gasolina con el dinero que él le daba, y también invitarlos a un aperitivo que, en alguna ocasión, se convirtió en comida en alguno de los merenderos de San Fernando o de Arganda, según la carretera que eligiesen para su excursión.

Había empezado a sentirse indispensable. Su tío le hablaba de los viejos tiempos en el cuartel de Fiz y del primer año en el que trabajó como representante, cuando el mercado se movía y él tenía otra consideración y salario. Mientras su tía y el niño jugaban fuera, le describía, con el codo apoyado en la barra del bar, viajes a lejanas ciudades, encuentros con mujeres ávidas, aventuras de hotel y carretera, incidentes y anécdotas propios de quien, como él decía de sí mismo, «ha corrido mucho mundo y tiene muchos tiros pegados». Incluso aquellos domingos en que salían al campo, su tío Martín acostumbraba a vestir de chaqueta y corbata, porque decía que esas ropas eran su segunda piel. En cambio, Gregorio tenía la sensación de que los fines de semana se quitaba la segunda piel que lo cubría los días laborables: se lavaba detrás de la mampara de la cocina, mientras los oía a ellos a un paso, moviéndose por el comedor, o hablando en el interior del cuarto, y se quitaba el cemento y la suciedad que se adherían a su cuerpo después de doce o trece horas de trabajo. Su tío Martín le palmeaba el hombro, mientras bromeaba (y las bromas también eran como una segunda piel), y sostenía con la otra mano la caña de cerveza o la copa de vermut. Caía sobre el hombro de Gregorio su mano gruesa, al tiempo que veía ante sus ojos la otra mano sosteniendo la caña de cerveza y sólo con verla notaba cómo volvía a apoderarse de él la ansiedad indefinida. Imaginaba que aquella mano corría en otros lugares durante la noche. El traje de su tío perdía la rigidez a medida que pasaba el tiempo junto a la barra y el nudo de la corbata se le aflojaba y el timbre de la voz se le volvía vacilante, alternativamente ronco o agudo, a medida que iban bebiendo más vasos de cerveza. Se lamentaba de su suerte. La mezquina casa, el salón en el que sólo se podía permanecer con los cuerpos de los cuatro empotrados bajo la mesa, la cocinita y la ducha separadas por una mampara, las habitaciones cerradas con paredes tan delgadas que parecían de papel, las goteras y humedades los días de lluvia asfixiaban a Martín. Las veladas que pasaban los cuatro juntos, con las cabezas levantadas hacia el televisor de escasas pulgadas que había sido instalado más arriba de lo conveniente para que no usurpase espacio al cuarto también lo ahogaban a él. Quizá fuera únicamente porque había llegado del campo y estaba acostumbrado a una pobreza que los espacios abiertos disimulaban y que contrastaba con aquel ambiente cargado en el que se mezclaban el olor de la comida, el de los perfumes fuertes y el del tabaco que exhalaba su tío, y el del sudor de todos. Nunca había sentido tan viva la nariz como desde que llegó a Madrid. Jamás le habían resultado desagradables los olores de corral, de estiércol o de cuerpo en la casa familiar, ni en la de Julián, ni en el cortijo de doña Sole, con sus perfumes tenues de madera pulida y fuego de encina; y, sin embargo, allí, en Madrid, se trataba de olores artificiales que arrastraba con él por los túneles del metro, por las habitaciones sin ventilación y perfumadas con detergentes y ambientadores. Sobre esa atmósfera asfixiante llovían además las palabras de desánimo de sus tíos, transmitiéndole una estrechez indeseada y contagiándole una desolación insoportable. ¿Dónde estaba la riqueza que le habían prometido? Las dehesas de su pueblo, polvorientas durante el verano, los sucios

corrales, las rastrojeras, el maloliente urinario de la estación podían ser contemplados con la perspectiva que proporcionan los espacios abiertos y, las tardes de lluvia, el campo olía a tierra mojada y, en los amaneceres, el aire limpio del invierno golpeaba la cara con el perfume picante de la nieve que llegaba desde las lejanas cordilleras y traía una respiración de leña quemada que se hacía más intensa en el interior de la casa, junto a la chimenea de la cocina. El pueblo olía a cosas naturales que crecían, se humedecían, secaban o pudrían, olores que eran prolongación de la tierra que sostenía a sus pobladores, de los vegetales y animales que los rodeaban, de ellos mismos, mientras que los olores de Madrid le parecían enfermos y ajenos. Gregorio escuchaba quejarse a su tía y estaba cerca cuando caía el agua de la ducha por encima de su cuerpo, e imaginaba cómo se encauzaba entre sus miembros. Él estaba del otro lado del tabique, y oía los susurros que intercambiaban Eloísa y Martín, y los gemidos del somier bajo sus cuerpos. En las noches en que su tío tardaba en llegar, temía el momento de la despedida nocturna, confiaba en que se demorase, en que ella tuviera que hacer la colada, o decidiera lavar los platos antes de acostarse, o se quedara zurciendo la ropa. Había veces en que su tío Martín no se presentaba a dormir por la noche, y cuando Gregorio se levantaba con las primeras luces del amanecer dejándose caer aún sobre los vidrios de la ventana, ella seguía sentada en el comedor con la cabeza entre las manos y él ya se había lavado la cara, y mojado la cabeza y puesto el café, y le decía: «Acuéstese, tía». Por entonces empezó a darse cuenta de que le resultaba difícil soportar que esperara a otro que no era él, que no se mantuviera en vela por él, y que ni siquiera se fijara en las palabras de consuelo que él le ofrecía, en la taza de café que le ponía delante, porque su mente estaba pendiente de quien la hacía velar y sufrir. Es decir, se dio cuenta de que se había enamorado de su tía Eloísa, y que sentía no haber nacido diez, quince años antes, y haberla conocido antes, porque sólo había llegado a tiempo de participar de la monotonía de los días, de su cansancio de una vida en común, porque ella ya se había marchitado. La veía allí, envejecida, junto a la estufa de butano que no calentaba aquel espacio diminuto y sentía una compasión por ella que iba creciendo frente a su tío. La noche parecía alejar la ciudad. La madrugada alejaba la ciudad. Las estrellas seguían ocupando a aquellas horas las manchas anaranjadas del cielo y lo miraban desde arriba, y la casa parecía estar situada en algún lugar remoto, y ella, sin embargo, tan cerca, disponible y vacía. Esas mañanas eran las únicas en que a Gregorio le costaba irse al trabajo. No temía el frío, ni los madrugones después de las noches en vela, pero sí que le dolía despegarse de ella, cuando estaba sola y parecía exclusiva responsabilidad de él. Tenía que ser ella la que le repitiera: «Vete ya, que vas a llegar tarde», porque él se quedaba allí sentado, descubriéndole las arrugas que la noche añadía a su piel, mientras se le enfriaba el café en la taza. Le parecía como si fuera un objeto abandonado en un escaparate a disposición del primer comprador, aunque ésa resultara ser también una sensación engañosa, porque él era precisamente ese primer comprador de la mañana, y no podía adquirirla. Tenía que levantarse, dejar la taza en

el fregadero, subirse la cremallera de la cazadora y dirigirse hacia la estación del metro. A esas horas, las luces de las farolas aún permanecían encendidas y en torno a ellas se pegaba un halo de niebla. Y esos días, cuando llegaba la noche y él regresaba de su trabajo, ya estaban los tres allí —sus tíos y el niño— y, después de la noche de ausencia, el tío Martín la acariciaba, le hacía bromas, la besaba, e incluso la ayudaba a preparar la cena en la cocina, mientras que él se quedaba sentado frente al niño, que sí, como ella decía, tenía los ojos y el óvalo del rostro igual que su madre. Entonces no podía soportar la ansiedad de oírlos cuando se encerraban en la habitación de al lado, y salía a beber hasta tarde en los bares del vecindario. Imaginaba sus ojos cerrados mientras la escuchaba gemir, y que luego esos ojos se abrían para mirarlo a él, y pensaba que se mordía los labios esperándolo y que se doblaba para recibirlo. El agua del grifo por la mañana, el hedor del metro pegándose a la ropa, el polvo del cemento, la arena y la cal adhiriéndose a su piel. Durante el almuerzo, mientras los compañeros bromeaban él se miraba las manos y eran unas manos torpes, ásperas, que comparaba lastimosamente con las de su tío, gruesas, vulgares, pero acostumbradas a hablar por ellas solas. Llevaban las uñas cuidadosamente cortadas y, cuando se acercaban, olían a perfume y a tabaco rubio, y uno no tenía más remedio que imaginarlas apartando con suavidad en un gesto previo.

Antonio Manchón se acercaba a buscarla a la facultad casi todas las tardes y se quedaba hojeando el periódico, o leyendo un libro en una esquina de la cafetería mientras ella concluía una reunión en la delegación de alumnos. A veces la ayudaba en la tirada de panfletos en la máquina de ciclostil que los del Sindicato Democrático llamaban la churrera, y se llenaba los dedos de tinta. Helena siempre tenía cosas que hacer a última hora, y él la acompañaba silencioso, fumándose un cigarro. A su lado participaba como invitado mudo en una reunión en torno a un velador de mármol, o asistía a un recital de canción o a una conferencia en el paraninfo. Cuando abandonaban el edificio, era ya de noche y caminaban despacio por la acera de la avenida de Séneca y se metían en el bosquecillo de pinos que había a la derecha y allí él dejaba caer su trinchera sobre la hierba y se tumbaban los dos encima de aquella prenda que los aislaba de la humedad del suelo y se besaban y Antonio se apretaba contra el cuerpo de Helena y se frotaba y le pedía por favor que al menos le dejase meter sus dedos bajo la tela de la braga, y ella deseaba vívidamente aquellas manipulaciones y le mordía los labios y le metía la lengua en la boca, pero le decía que no, que aquello todavía no, que necesitaba hacerse el ánimo. «¿Crees que si te dejo tocarme luego íbamos a poder parar? Tenemos que ser prudentes», le decía. Y Antonio le respondía que, si se querían, por qué tenían que parar ni ser prudentes: «Déjame que note el calor que tienes ahí, ¿no ves que no resisto más? Déjame, por lo menos, que te huela, que te bese ahí». Pero ella se negaba, y hasta le preguntaba si ya había hecho esas cosas con otras, y él lo negaba, y todas las noches se ponía de mal humor cuando la respuesta de ella a sus caricias languidecía, se miraba el relojito de pulsera y decía: «Es tarde, vámonos, que tengo que pasar un rato por El Laurel antes de volver a casa». Mientras se metía los faldones de la camisa, Antonio veía crecer en él un sentimiento de rabia que no estaba demasiado alejado del odio. Odiaba la altiva frialdad de Helena y su propia insistencia. Se sentía despreciado y eso lo humillaba y se juraba que no iba a volver a salir con ella ningún otro día, porque aquella relación lo excitaba pero sin otorgarle la calma que debía seguir a la excitación. Su propósito se desvanecía en cuanto unas horas más tarde se metía en la cama y volvía a desecharla en la oscuridad de su cuarto. Se lo contó el propio Antonio Manchón a José Luis muchos años después, cuando coincidieron en un viaje en tren y se pasaron varias horas hablando en voz baja en el pasillo con las caras pegadas al cristal de la ventanilla. «Nunca me acosté con Helena», le dijo, «no sé qué buscaba en mí ni por qué decía que me quería. Yo estaba loco por ella y todavía ahora me acuerdo a veces y pienso que fui un imbécil. Me dan ganas de enterarme de su teléfono, sí, de llamarla por teléfono y decirle: “Mira, ahora que ya somos mayorcitos vamos a echar el polvo que nos perdimos cuando éramos jóvenes”, pero sé que si hiciera eso, a lo mejor volvía a colgarme de Helena como me colgué entonces». José Luis bromeó en aquella ocasión: «Ella luchaba entre la naturaleza y la cultura. Y se entregó a la cultura. Tú perdiste, Antonio. Pero vete a saber si no fue una suerte para ti que salieras derrotado tan pronto». Seguramente, tenía algo de razón José Luis al hablar

así, porque, aunque fue Helena la que llamó en diversas ocasiones a Antonio una vez que ya habían roto, y pese a que lloró y sollozó a solas tendida en la cama y también el último día, mientras le cogía las manos a Antonio y lo besaba regándolo de lágrimas, y volvió a llorar mientras le contaba sus dudas a Gloria («me duele hacerle daño», le dijo) en los días en que se produjo la separación, todo aquel ritual tuvo un toque compasivo demasiado evidente que no podía anunciar nada bueno. Se lo dijo José Luis a Antonio en aquel viaje en tren: «Ella se había hecho una idea de la pureza que tú representabas y quería que le gustara esa idea, como los cristianos quieren que les guste la virtud, pero, en realidad, esa idea le interesaba un pimiento. Lloraba porque se tenía pena por no ser como hubiera querido ser y tenía pena de ti, porque representabas eso que ella quería querer, pero que la aburría. Tú fuiste su último juguete. Y ella necesitaba ya juegos de mujer». Antonio se echó a reír e invitó a José Luis a una copa en el vagón restaurante. «Pero si yo quería que jugara a ser mujer, si intentaba follármela todos los días». José Luis le respondió: «Querías jugar a los médicos con ella, que es otra cosa». Durante los meses que duró la relación era como si Helena no pudiera vivir ni con Antonio ni sin él. Lo arrastraba a las tertulias de El Laurel, a los cineclubs, a las asambleas de facultad y a las reuniones clandestinas. Lo quería a su lado, pero evitaba quedarse a solas con él. Se separaban de mal humor, y al rato ya estaba telefoneándole. Y en cuanto Antonio insinuaba la posibilidad de dejarlo estar, de separarse («si no encuentras tiempo para que estemos juntos, si parece que rehúyas que nos quedemos a solas»), Helena se ponía fuera de sí, «Te quiero, te quiero, sabes que te quiero mucho», lo besaba, y lloraba encima de su pelo corto, por detrás de sus orejas, y volvían a abrazarse y a besarse y volvía a cerrar las piernas cuando notaba los dedos de él avanzando entre sus muslos. Le apartaba las manos de allí, y se las besaba y se quedaba mirándolas y decía: «Me gustan mucho tus manos, y tus ojos, tienes unos ojos muy bonitos, tan negros». Le pasaba el dedo índice por la nariz, seguía el curso de sus labios. «Eres muy guapo», le decía. Pero Antonio tenía demasiada energía para convertirse en un prolongado amante platónico. Se separaban y él se iba a la pensión y, si no había llegado su compañero de cuarto, se acostaba y apagaba la luz. Además, con el tiempo se acostumbró a pasear la excitación resultante de aquellos encuentros por las salas de baile de Moncloa a las que acudían estudiantes y obreras que se hacían pasar por estudiantes. Sacaba a bailar a alguna de aquellas muchachas, se frotaba contra ella y luego, si ella accedía, se la llevaba al parque de Rosales y entonces sí que metía las manos y hasta la cabeza entre los muslos de una mujer y le levantaba las piernas hasta que el sexo quedaba a la altura de su boca y lo llenaba de saliva y luego entraba allí dentro con precipitación y se vertía y, en medio del placer, sentía tristeza porque no era Helena la que gemía allí debajo, ni aquel latido caliente que le tensaba todo el cuerpo hasta el desfallecimiento procedía de la excitación de Helena. Nadie sabe lo que hubiera durado aquel juego que los llevaba a llamarse por teléfono a la media hora de haberse separado y a pedirse disculpas y a decir «Te quiero», o «No quería decir lo que te he

dicho», y a permanecer así, susurrando en voz baja con los labios pegados al auricular (Helena para que no la escucharan sus padres o, lo que era aún peor, su hermana Alicia; y él para evitar las bromas de sus compañeros de pensión, que permanecían atentos, mientras continuaban la partida de póquer en el comedor, a lo que decía en el pasillo el enamorado que la mayoría de las noches monopolizaba el teléfono durante casi una hora), si no hubiera aparecido en Madrid Roberto Seseña Muñiz y su presencia no hubiera precipitado los acontecimientos. Roberto Seseña se trajo de Roma «para Helena, la mejor amiga de Gloria», un póster que representaba una paloma de Picasso, que protegía bajo el ala derecha un breve poema de Alberti firmado por la propia mano del poeta. Roberto ya llevaba quince días en España cuando se lo entregaron Gloria y él con mucho misterio («no lo desenvuelvas aquí») en una cafetería, en el transcurso de una reunión en la que también estuvo presente Ignacio Mendieta y en la que, por lo demás, todo resultó bastante extraño, porque allí, mientras Roberto y su amigo Ignacio Mendieta se divertían en recordar anécdotas y lugares romanos, de repente se produjo un cambio en la intensidad de las vibraciones que unían al grupo y, a medida que avanzaba la tarde de aquel sábado (se habían citado a las cuatro y se estuvieron en torno al velador de mármol hasta casi las diez), Ignacio Mendieta y Gloria se enfrascaron en una larga conversación sobre asambleas, elecciones del sindicato de estudiantes y preparativos de huelgas, mientras que Roberto Seseña y Helena Tabarca se entregaban con inusitado afán a conocerse, o a reconocerse, porque, a medida que hablaban, era como si su relación viniera de lejos y sólo precisara de aquel reencuentro. Al día siguiente, a ella no le extrañó en absoluto que sonara a las diez de la mañana el teléfono de su casa y que su madre le entregara el auricular diciéndole: «Un tal Roberto». El motivo de la llamada era proponerle que visitaran juntos el Museo del Prado, proposición que ella aceptó sin vacilar, pensando, mientras aceptaba la invitación, que tendría que llamar a Antonio para decirle que un imprevisto le impedía verlo ese domingo, un asunto familiar. Cuando llegó a la puerta del museo, ya daba por supuesto —¿quién sabe por qué?— que no iban a entrar en el edificio y presentía cuanto ocurrió a continuación, o sea, que él la cogería por la cintura ayudándola a subir por una estrecha y mal iluminada escalera y que llamaría al timbre de una puerta que abrió una mujer de pelo blanco que le puso entre las manos una toalla. Sí, había sentido que Roberto la iría desnudando poco a poco entre besos y que ella se abriría y lo recibiría dentro como si eso fuera lo único que se podía hacer ante un hombre como él en una mañana como aquella. Cuando se despidieron cerca de las tres de la tarde, sentía la fatiga de un deber cumplido y pensaba que el placer era «*cosa mentale*», que hubiera dicho Roberto, porque no había sentido gran cosa, sólo un pinchazo desagradable que se había convertido en escozor. Antonio Manchón telefoneó esa noche a su casa y ella le respondió desganada, porque, según le dijo a Antonio, le dolía una barbaridad la cabeza, y cuando él le preguntó qué asunto familiar era el que la había mantenido ocupada durante todo el día, ella le respondió que no había cosa que más la fastidiara

que el afán de control de él. Antonio le dijo: «Vaya, conque te fastidio». Y ella respondió: «La verdad es que un poco pesado sí que eres». Colgaron el auricular sin despedirse y él no volvió a llamarla en varios días. Fue Helena la que reanudó el contacto al cabo de una semana y la que se disculpó cuando Antonio acudió a esperarla a la salida de la facultad esa misma tarde. «No quería hacerte daño», le dijo, mientras caminaban fuera del edificio. Aquel día Helena abandonó sus quehaceres en cuanto lo vio llegar y fue ella la que dijo: «Vámonos antes de que se nos pegue alguien». Pero cuando llegaron frente al pinar y él le propuso que se metieran dentro, ella se negó. «No quieres nada conmigo», le dijo Antonio, y Helena le pasó la mano por la cara y, con lágrimas en los ojos, le repitió que sí, que lo quería mucho, y era verdad, lo quería, pero —como también se encargó de decirle aquella noche— lo quería «de otra manera».

Pero ¿por qué Gloria se había desinteresado de Roberto la tarde en que le llevaron el póster a Helena? ¿Por qué no se enfadó, aunque sintió un leve escozor de celos que definió como «meramente retrospectivos», cuando al cabo de algunos días se enteró de que su amiga Helena y su primo Roberto habían mantenido (¿cómo decirlo?) una relación, y eso que, en circunstancias normales, debía haberla puesto histérica, no le importó gran cosa? En realidad, la mañana en la que se citó con Roberto en la puerta del Museo del Prado, Helena se había limitado a recorrer un camino que Gloria ya había pisado de antemano. Aquel Roberto que había regresado a Madrid era, sin duda, el que había mantenido una apasionada correspondencia con ella durante meses, el hombre cuyas cartas había esperado con impaciencia, el que la había enamorado durante un inolvidable verano romano y, sin embargo, no era exactamente el mismo que ella recordaba, o el que se había construido en su cabeza. Si en vez de una persona se tratara de una máquina, Gloria hubiera dicho que tenía una pieza de más, o a lo mejor de menos. Cuando escribió avisándola de que iba a ir a Madrid, ella se sintió excitada, deseosa de que volvieran a encontrarse, se convirtió en un encendido nudo de sentimientos («Estoy como loca. Viene, viene a Madrid a pasar un mes y medio», le dijo a Helena al día siguiente de que le llegase la carta). Ya se había puesto en marcha para preparar todos los detalles con que pensaba recibirlo. Fue casi un ejercicio de ascesis, de purificación religiosa, al que se sometió en los días que siguieron. Imaginó lo que harían juntos, se depiló, acudió a la peluquería y cambió el tono de su pelo por otro de un color que luego no acababa de gustarle, y que la mortificó terriblemente cada vez que se miraba en el espejo, cambió de perfume, se compró ropa que pensó que no le sentaba del todo bien e incluso falseaba su auténtica personalidad (un traje sastre gris, que le hubiera sentado mejor a una mujer veinte años mayor que ella, camisas de hombre en colores pastel) y que, a última hora, decidió no ponerse cuando fue a recibirlo al aeropuerto de Barajas en compañía de Ignacio Mendieta. Las noches que precedieron la llegada de él, durmió con dificultad, se levantó a cada poco rato, se aplastó un granito que desgraciadamente le había salido en la barbilla, se puso los zapatos de tacón alto y contempló en el espejo cómo le tensaban las piernas, se moldeó las pestañas un sinnúmero de veces. Una hora antes de que aterrizara el avión ya estaba ella dando paseos en el interior de la terminal del aeropuerto. Todo había sido cuidadosamente preparado y tenía que ser, por fuerza, hermoso. Y, sin embargo, algo inesperado le ocurrió cuando vio acercarse a Roberto caminando por el largo pasillo del aeropuerto con una bolsa azul en la mano izquierda y cuando él la estrechó contra su cuerpo y la besó brevemente en la boca. No es que no le pareciese guapo. Nada de eso. Era aún más guapo que lo que ella recordaba, con aquellos ojos verdosos y rasgados que le daban un toque como de Alain Delon. Pero su beso le resultó frío, insípido. Exactamente como si procediera de un actor, guapo, sí, pero que no está ahí para que te enamores de verdad, sino para verlo en una pantalla, y quererlo de lejos, porque al fin y al cabo no es real. Así le ocurrió a ella con Roberto. Que, vuelto a ver tanto tiempo después, no le pareció real.

De repente, tenerlo a él cerca era como tener entre las manos el cromó de un actor de cine a punto para pegarlo en un álbum. Sí, eso sintió desde el primer instante, desde que lo vio de lejos. Y ya no pudo quitarse ese pensamiento nunca más, así que se retrajo, se dejó hacer, porque tampoco le pareció correcto pasar de toda aquella pasión destilada en sus cartas («me volvería loca si me dejaras, y aún más si fuera por otra», había llegado a escribirle) a una frialdad glacial, a decirle pues no, pues ahora ya no me gustas. Salió con Roberto esa misma tarde, después de comer ella en su casa y él en la de los Mendieta, puesto que decidió no visitar a sus tíos —los padres de Gloria— hasta pasados unos días. Y esa primera tarde estuvieron juntos, besándose en un rincón discreto de una cafetería y después en el parque del Retiro. Ella se dejó besar, y que él le tocara los pechos, y, sin embargo, no volvió a sentir ningún síntoma de excitación. Él le preguntó cien veces que si seguía queriéndolo, y ella le dijo que sí, «pues claro», le dijo sin mucha convicción, y Roberto le habló de Roma, de cómo también allí, en la capital de Italia, empezaban a sonar voces en contra del régimen de Franco y que pocos días antes él había participado en una manifestación celebrada en Piazza Navona en apoyo de los comunistas y sindicalistas encarcelados por el gobierno de Madrid. Se había traído unos cuantos recortes de periódico, algunas revistas y también panfletos y libros que le entregó en una bolsa de plástico y que ella empezó a leer aquella misma noche, una vez que se separaron, y que llevó a la facultad a la mañana siguiente para que los fotocopiaran en la delegación de los estudiantes y repartieran copias entre los miembros del Sindicato Democrático. Incluso clavó con chinchetas en el mural que había junto a la delegación los artículos que le parecieron más interesantes y en los que se pronosticaba un inevitable, agitado y rápido final del régimen. Siguieron viéndose Roberto y Gloria los días siguientes, y Roberto fue un par de tardes a esperarla a la facultad y también comió en la casa del Viso, que no conocía y de la que había oído hablar con frecuencia a su padre, que se refería a ella como «la casa del abuelo». Al padre de Gloria no le hizo demasiada gracia la presencia en Madrid de su sobrino, y aún menos después de que le oyó comentarios acerca de esa «casa del abuelo», algunos de cuyos detalles —el jardín, el garaje, el despacho— fue reconociendo con precisión Roberto mientras los recorría, como si hubiera vivido él mismo allí. Repitió cuanto había oído en Roma de labios de su propio padre acerca de la vieja casa familiar, en tantas cosas cambiada. «El porche está diferente, mi padre me habla siempre de unas viejas columnas corintias cubiertas de glicinia. Y también ha desaparecido la pérgola de ladrillos de la rosaleda», constató Roberto ante don Ramón Giner, que tragaba saliva, y de la propia Gloria, que, aunque desconocía los avatares de la propiedad de la casa, observando los gestos de fastidio de su padre y la incapacidad del otro para advertirlos, empezó a encontrar a su primo menos delicado de lo que había creído e incluso bastante impertinente. Roberto habló durante toda la comida como si tuviera acciones de propiedad sobre aquella casa, o lo que es aún peor, como si fuera suya y se la hubiera prestado a don Ramón por una temporada. Y

esa falta tan evidente de prudencia fue un nuevo motivo que vino a sumarse a la ya nutrida lista de malentendidos que consiguieron que la relación entre Gloria y Roberto languidiese durante aquellos días. «Está claro que las cosas funcionan en un momento y en un sitio. No es lo mismo tener a Roberto en Roma, cuando tienes dieciocho años, que en Madrid con veinte. Aquí y ahora, él está fuera de lugar», se atrevió a confesarle a Helena a los pocos días del decepcionante encuentro en Barajas, achacando su frialdad a cosas como la geografía y la historia. Gloria había vaciado de sentido aquel cuerpo que, como la cabeza del busto a la zorra, ahora le parecía hermoso, pero frío como el mármol. Y claro, cuando llegó la hora de la verdad, en vez de sostener aquella cabeza de mármol entre las manos, la dejó caer y que se estrellara contra el suelo. El desplome se produjo cuando él la llevó a una casa de la calle de la Victoria cuya dirección alguien tenía que haberle recomendado (¿el propio Mendieta?, sospechó Gloria de su amigo) y la metió en una sórdida pensión (la misma a la que llevaría a Helena varios días más tarde) y cerró la puerta del cuarto con llave. Allí, frente a frente los dos, Gloria se quedó rígida en cuanto él empezó a apretarla entre sus brazos y se puso a besarla una y otra vez, recorriendo con sus labios todos los espacios de su cara, y su cuello, y bajando voraz hasta sus pechos. «No tengas miedo, será muy fácil, ya verás», repetía él con voz ronca, y Gloria no era exactamente miedo lo que tenía. Sostenía la cabeza de él entre las manos mientras se inclinaba hacia sus pechos y la verdad es que no sabía muy bien si apretarla con un gesto de fingida pasión o apartarla. Él le quitó la blusa y el sujetador y se quitó la camisa. A lo mejor si todo se hubiera desarrollado con agilidad, la reacción de Gloria hubiera sido de muy distinto signo, pero nada ocurrió así, nada fue rápido, ligero, sino que todo se desarrolló pesadamente, con torpeza, y él no consiguió desabrocharle el clip del sujetador, y tardó una eternidad en desabotonarse la camisa y trastabilló al quitarse los pantalones, y ella tuvo la oportunidad de verlo todo, porque no cerró los ojos ni un solo instante. Aquel chico guapo como un protagonista de tebeo de *Florita* o de *Claro de Luna* se quedó vestido nada más que con unos calzoncillos que se hinchaban por delante, y, al besarla, le había ido dejando rastros de saliva en la cara, en los hombros y entre los pechos. Cuando Roberto, vestido ya únicamente con el calzoncillo, volvió a acercar su cara al cuerpo de ella, Gloria había tomado su decisión, y le apartó la cabeza y lo empujó presionando con las palmas de las manos en sus hombros, y sonrió, cosa que pareció que a él le sentaba mal en un primer momento, ya que torció los labios y le brillaron los ojos, aunque enseguida volviera a arrimarse a ella, que siguió rechazándolo, aunque sin violencia, sin esfuerzo, dejándose tocar y a la vez sin dejarse, contemplando con curiosidad de entomólogo y con un poco de asco cómo el muchacho se frotaba contra ella, y temblaba y gemía y luego se derrumbaba sollozante, mientras a ella le quedaba bajo el ombligo algo tibio y viscoso que resbalaba hacia la ingle al mismo tiempo que se iba enfriando. En ese momento sí que cerró los ojos, pero volvió a abrirlos enseguida y entonces le pareció que aquel chico tan guapo era una especie de animal

compuesto, algo así como una sirena masculina, o como un centauro, cuyo cuerpo tenía dos partes diferenciadas, la mitad superior correspondía a un actor de rasgos tan perfectos que parecían fabricados en plástico, mientras que la mitad inferior pertenecía sin duda a un animal —la punta reluciente y húmeda del miembro, la mata de vello—, a un ser inferior, un perro, un carnero, o algo así. Ese pensamiento le hizo sentir un repentino asco, le vino una arcada a la boca y tuvo que correr hasta el lavabo para no vomitar en mitad de la habitación. Él le sostuvo la frente mientras vomitaba hasta que ella movió bruscamente la cabeza rechazándolo: «Apártate, no te acerques a mí». Roberto se lavó en el bidet que había en un rincón, y a continuación se vistió despacio y se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Y, en ese momento, Roberto dejó de parecerle presentable ni siquiera como amigo. En adelante, cada vez que volviera a verlo no iba a tener más remedio que pensar que debajo de la camisa de seda de Milán se guardaba un cuerpo viscoso, y, escondido tras la niebla de la colonia Aqua di Mare, un cuerpo que olía a humedad, a moho, a aquel olor que le había contagiado y que le duró varios días en los dedos y que no conseguía evaporar ningún jabón. Y, por culpa de esos pensamientos, Gloria se preguntaba por qué un gesto, un mechón mal colocado del cabello podían conseguir que se derrumbara la fascinación que alguien había sentido por una persona durante mucho tiempo, y ese pensamiento, que a veces consideraba como parte de su propio egoísmo (pero de un egoísmo insuperable contra el que no valía la pena combatir), la hacía volverse insegura, y se miraba cuidadosamente en el espejo antes de salir de casa y se encerraba en los servicios de la facultad varias veces cada día para revisar su peinado y su vestuario, y ese pensamiento, además, no la dejaba en paz, sospechando cada vez que hablaba con alguien que su interlocutor estaría descubriendo una quiebra en ella, un gesto imperdonable, un desarreglo, un mal olor. Y entonces se esforzaba en buscar qué papel ocupaban en el espacio de la atracción y repulsión físicas la bondad o la inteligencia del otro, e incluso la razón propia, y le parecía que no lo encontraba; debía de ser un papel tan delgado como el de fumar y tan transparente como el celofán. Entonces, ¿qué era la solidaridad que ella reclamaba en las reuniones del sindicato, en las tertulias con los compañeros de la facultad? ¿Por qué las palabras de los poetas sólo conmovían en soledad y cuando una las ponía en ciertas bocas perdían su fascinación? ¿Acaso no valían por ellas mismas? A veces decidía que no se conocía, y en otras ocasiones pensaba que las parcelas de sí misma que iba descubriendo no le gustaban en absoluto.

Eclipsada la particular fuerza de atracción que Antonio había ejercido durante tantos meses sobre Helena, ella basculó hacia el centro magnético de Ignacio Mendieta, cuya energía, sin duda, era más acorde con la suya, a pesar de que un equivocado concepto de la piedad hubiera paralizado sus efectos en todo el tiempo que duró aquella primera relación sentimental de la muchacha. Ignacio era el polo opuesto de Manchón, un manierista y refinado fruto de la civilización occidental. Nada en él delataba los rasgos primarios que sitúan al hombre en la continuidad de la escala animal. Y, aunque era vigoroso, parecía nacido más del calculado encuentro de dos cerebros que de la pasión de dos cuerpos. Alto, el pelo castaño cayéndole en una ondulación sobre la frente, los ojos marrones enmarcados en dos aros de metal dorado, caminaba con paso elástico por los pasillos de la Escuela de Arquitectura y hablaba con frases cortas, que unas veces eran sólo sentencias y otras sencillamente órdenes. Nadie parecía tan brillante como él. Mientras los demás hablaban, él, que también intervenía en la conversación, tomaba notas de un libro o dibujaba a los asistentes a aquella reunión con cuatro trazos rápidos y luego le pasaba a cada uno su sorprendente retrato. Había sido el primero del grupo en declararse comunista, y, según decía, había tomado esa decisión por hastío del egoísmo y la estupidez de su propia clase, puesto que su familia —propietarios de negocios navieros y conserveras en Vigo, constructores, arquitectos— era una de las más poderosas del país. Hasta que se trasladó con Carmelo y José Luis al piso de Ventura de la Vega, había vivido en la casa familiar de Las Rozas, un chalet con jardín, frecuentado por las amigas de su madre, que jugaban por las tardes al whist y al palé, y por una legión de tías enjoradas y enlutadas, solteras, viudas y casadas, que —según él repetía— eran un auténtico catálogo de la decadencia del régimen. «España tiene una burguesía descarnada, que carece de curvas y volúmenes. En mi casa, como en el resto de las casas de la burguesía española, las únicas que están buenas son las criadas, ¿te parece poco motivo para hacer la revolución y que cambie el poder de manos, o mejor dicho, de muslos?». Fue el primero en leer a Marx, pero también el primero que se sabía de memoria poemas de Baudelaire y de Cernuda, («Así ocurre en tu tierra, la tierra de los muertos, Adonde ahora todo nace muerto, Vive muerto y muere muerto»), y tenía discos de Ferrat, Ferré y Brassens. Oponía, con Rimbaud, la «*chaste robe noire autour de sa peau moite*» de las tartufas que visitaban su casa, a la imagen del justo que «*restait droit sur ses hanches solides*» y que para él suponía esa idea de la salud que tendría que aportarle al país una revolución que iba a ser no sólo del espíritu, sino también de la carne como cesto en el que se contiene el espíritu. Había cuerpos debilitados por el hambre y la enfermedad secular (esos cuerpos baudelerianos que fascinaban también a Ignacio en su fragilidad sometida) y cuerpos debilitados por el exceso y la beatería (los que visitaban por las tardes la casa en la que su madre ejercía como sacerdotisa del luto y la astenia). En el pensamiento, mandaba Marx, sí, pero también Nietzsche; y, en la acción, Lenin (esa fuerza de los bolcheviques vigorosos de las películas de Eisenstein) y Mao y Ho Chi Min (la fuerza nerviosa de los cuerpos

elásticos, y frágiles sólo en apariencia, de los orientales, cuya propia levedad es una lección de economía). Cuando Helena se enamoró de Antonio Manchón, Ignacio sintió celos, porque el silencioso estudiante de agrónomos que, además de estudiar biología y fitotecnia, leía a Hermann Hesse y a Kafka, le parecía que rebosaba de ese vigor que él defendía. Antonio Manchón, con su solidez hendida por la sensibilidad de la literatura y de un amor (el que sentía por Helena), era el modelo de esa nueva clase que Ignacio atisbaba en el horizonte y que instauraría en la historia de España el equilibrio entre el peso de la carne —«*hanches solides*»— y el de la inteligencia. Durante todo el tiempo que duró la relación de Helena y Antonio, le pareció como si la naturaleza lo hubiese apartado a él de un proceso de selección natural que acercaba a los mejores: veía los sólidos muslos de Helena cruzándose y descruzándose ante sus ojos, y los fuertes brazos de Antonio cayendo por encima de los hombros de aquella mujer y le parecía asistir a una composición artística, a algo así como un cuadro clásico que representaba a los dueños del futuro, y eso le hacía daño, porque él se sentía excluido. Tenía la sensación de que en él —a pesar de que estaba correctamente formado y también era fuerte y ágil— la naturaleza había perpetrado un desequilibrio, se había excedido en la dosis de viveza intelectual que le había adjudicado, y ese rasgo monstruoso —que, tal vez, sólo Helena con su composición de excesos de belleza e inteligencia hubiera aceptado— hacía que las otras chicas que frecuentaban el grupo rehuyesen el contacto íntimo con él, por temor a sus ironías, a su avasalladora capacidad para citar todo —versos, consignas políticas, frases demoledoras—, para moverse entre los autores y los temas como por las aceras de una ciudad conocida. La perfección asusta y las grandes obras se quedan a solas en la oscuridad cuando cae la noche y cierran sus puertas los museos. Sí, Ignacio tuvo celos de Antonio y Helena, y sintió como si la naturaleza le hubiera suspendido en un examen durante todo el tiempo que duró la relación entre ellos. Metido en su cama, por las noches, añoraba unos hijos que ellos iban a tener, y a veces se torturaba también imaginándolos a los dos juntos y desnudos. Eso fue al principio. Después, cuando empezó a descubrir que Antonio carecía del necesario vigor intelectual y que para el estudiante de agrónomos la inteligencia no era un motor que llevase a la acción, sino que sentía curiosidad por libros y películas sólo como alguien siente curiosidad por una camisa expuesta en un escaparate porque piensa que su color entona con el de su piel, o con el de su cabello, llegó a extender sus sospechas hasta la propia Helena y pensaba por entonces que a lo mejor también en ella era indudablemente mayor el peso de la carne que el del espíritu y hasta le pareció excesivamente explícito aquel cuerpo que tanto le atraía. No soportaba verla al lado de Antonio, silencioso, incapaz de participar en ninguna de las animadas polémicas de El Laurel, limitándose a poner sus manos encima de ella, y ella consintiéndolo, con una entrega que le parecía cercana a la humillación. Y ese sentimiento se le volvió aún más intenso en cuanto resultó evidente que la pareja sufría continuas crisis y que Antonio y Helena discutían, se enfadaban, se separaban y volvían a buscarse y

a reconciliarse. «¿Qué puede ver Helena en esa mula? Pero si es un tocho», le decía Ignacio a Gloria. Y concluía: «No sé por qué lo aguanta». Ignacio estaba convencido de que Helena aceptaba aquellos constantes regresos porque estaba sometida por el cuerpo de Antonio, y que Antonio fatigaba, sorbía la inteligencia de Helena, y que todo formaba parte de una ceremonia bastante poco humana y notablemente animal. Cuando Helena y Antonio se separaron definitivamente y él avanzó en el tablero de los sentimientos de ella y jugó peones, alfiles, caballos y torres, y consiguió cercar a la reina, y la hizo suya, y se la llevó por las tardes al piso de Ventura de la Vega y compartió con ella teorías y leyó poemas para ella y estudiaron programas y manifiestos juntos, Helena acabó confesándole que nunca, nunca se había acostado con Antonio Manchón, y eso le dejó a Ignacio un sabor agridulce, que le disgustó en vez de complacerlo, porque, de no ser así, de no ser el vigor de él lo que la había mantenido prisionera durante tantos meses, ¿qué era lo que buscaba aquella mujer? Había cosas de ella que no entendía. Se negaba a dejar su casa, a pesar de que le contaba que las discusiones con su padre seguían subiendo de tono, y que ya no podía ni llevarse un panfleto a su habitación porque el padre la amenazaba y se los destruía. Y, sin embargo, al mismo tiempo que parecía a veces demasiado fácil de someter, en otras ocasiones mostraba una hechizadora fuerza de voluntad. Helena era la más activa de la facultad, la que más horas pasaba redactando e imprimiendo panfletos, la que presidía más asambleas y reuniones, la que participaba en más pegadas de carteles, la que primero había aprendido a fabricar cócteles molotov con un amigo de Ignacio que había venido de París y les había traído un folleto en el que se daban minuciosas instrucciones sobre cómo hacerlo. Ignacio la animaba a abandonar su casa. «Eres mayor de edad. Y la revolución sólo pueden hacerla hombres y mujeres libres, que hayan roto con los prejuicios, que se hayan liberado ellos mismos, aun a costa de fracasos y sufrimientos. El fracaso y el sufrimiento son la factura que indefectiblemente tienen que pagar los pioneros», le decía, poniéndole como ejemplo a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Liberar la energía reprimida, que hace esclavos (y le citaba a Reich), romper la familia patriarcal (y citaba a Morgan y Engels), exprimir el jugo de la mente hasta las heces (y aquí les llegaba el turno a Baudelaire, Cocteau, Benjamin y a un autor cuyo libro acababa de caer en sus manos recientemente y que se llamaba Burroughs). Por las tardes, en el piso de Ventura de la Vega, se encerraban en la habitación de Ignacio, y fumaban hojas de hierba que a él le pasaba un amigo que cultivaba una plantación de maría en la terraza, y oían «Lucy in the Sky with Diamonds», y él le descifraba el acróstico que guardaban las palabras del título de aquella canción. Una de aquellas tardes Ignacio trajo dos tripis y se los tomaron allí, cogidos de las manos, oyendo «Just Like a Woman» y ella vio cómo a él se le alargaba la cara poco a poco y cómo se movían las paredes de la habitación como si las agitara una brisa suave que luego se convirtió en vendaval y que le dio miedo y la hizo apretarse contra el cuerpo de su amigo. Aquella noche Helena no fue a dormir a su casa, y cuando se presentó a la mañana siguiente, su padre estaba

esperándola en su despacho y le gritó diciéndole que si estaba loca, que si no se daba cuenta de que los había tenido a todos sin pegar ojo, pensando que la habría detenido la policía por culpa de alguna de las actividades raras a las que se dedicaba, y le pidió la llave de casa y le dijo que aquello no era un hotel, que si quería seguir viviendo allí, tenía que presentarse antes de las diez, y que si es que además de hacerle la vida imposible a toda la familia, ahora se dedicaba a puta, porque en su casa y en su país, y al margen de cualquier modernidad que ella quisiera inventarse, una mujer que se quedaba fuera de casa con unos y con otros recibía precisamente ese nombre, puta. Su madre salió de la cocina para terciar en la discusión: «Vas a volver loco a tu padre», le dijo. Todas aquellas recriminaciones y los insultos, oídos así, de improviso, en mitad de la resaca del tripi, hicieron llorar a Helena, que se tumbó de bruces en su cama después de haber cerrado bruscamente la puerta del cuarto. Pero al cabo de un rato tuvo que sobreponerse, porque los del sindicato de estudiantes habían convocado una concentración a las puertas de la facultad y ella no podía faltar, así que se levantó, se lavó y se fue a participar en aquel acto, que interrumpió la policía, que acabó deteniendo a media docena de alumnos, uno de ellos del curso de Helena y amigo suyo. «A Jorge no creo que lo suelten, porque lo han pillado in fraganti tirando un cóctel molotov entre las patas de un caballo», le dijeron, refiriéndose al muchacho de su curso, cuando finalizaron los enfrentamientos y las carreras. Y esas palabras consiguieron que volviera toda la amargura de la resaca y la tristeza que le producía su padre, que siempre la había considerado su hija predilecta y ahora la llamaba puta, y se metió a desahogarse en los retretes del primer piso, donde estuvo llorando un buen rato. Ignacio apareció a la hora de comer y también estaba deprimido, porque en su escuela la policía había golpeado a un montón de gente y se había llevado detenidos a otros cuantos. Después de comer, tumbados en la hierba, él le recitó su desánimo —«*Mon esprit est pareil à la tour qui succombe sous les coups du bélier infatigable et lourd*»— y el azul del cielo que flotaba por encima de sus cabezas no les pareció hermoso aquella tarde, sino más bien una provocación, como si la eternidad que querían destruir se burlase de ellos mostrándoles su esplendor. Ignacio escupió al cielo mientras extendía los brazos en cruz sobre la hierba y dejó que el salivazo le cayera en la cara. «Venciste, Galileo», gritó. Ella le limpió la saliva. Y en el fondo también esa desesperanza, para ellos, para Helena e Ignacio, pasó a formar parte de la revolución que había empezado a crecer como una ola que se lo llevaría todo, y que, como un nuevo diluvio universal, arrasaría la tierra entera. Y ellos eran una de aquellas parejas que Noé había elegido para guardar en el arca al abrigo del agua hasta que cesara el temporal y que estarían destinadas a poblar un mundo nuevo, lavado por la lluvia de meses, tal vez de años. Había otra gente como ellos al acecho en otros rincones de la tierra y las salpicaduras de esa ola ya habían mojado las aceras del Boulevard Saint Germain, las piedras volcánicas de la Plaza de Tlatelolco, los puentes de Praga, y, desde el jardín de la Facultad de Filosofía, se escuchaba el rumor creciente de la marea que cubría al anochecer los arrozales del Mekong. Así de

deprisa se había puesto a caminar el mundo —y con él, sus propias vidas— en aquel año, en el que nadie sabía cómo llegaba el dinero para tantos cafés, tantos vasos de vino, tantos cigarrillos y libritos de papel de fumar, para tantos libros de bolsillo y revistas y periódicos, y en todo se rastreaba —en cualquier línea de una columna de opinión, de un artículo perdido en la última página del periódico, en posos, heces y volutas de humo— el curso que iba tomando la gigantesca ola, y se hacían cálculos científicos acerca de cuánto tiempo invertiría en su recorrido antes de llegar a Madrid.

Eloísa llamó por teléfono a su hermano en vísperas de la Navidad de 1969, y le anunció su visita para unos días más tarde. Acudió sola, sin Martín, y ni siquiera se llevó aquella primera vez al niño. Saltaba a la vista que quería que el reencuentro se produjera sin testigos. Cuando Rosa abrió la puerta, se la encontró con el bolso colgado del hombro y una bandejita en la mano izquierda que contenía un bizcocho que ella mismo había hecho y que se comieron sentados a la mesa de la cocina, acompañándolo del café con leche que sirvió Rosa. Se notaba que Eloísa estrenaba prácticamente toda la ropa que llevaba puesta: el abrigo de confección casera, la falda azul marino con un pliegue lateral, el jersey de pico, la camisa malva y los zapatos. El bolso no. El bolso estaba sobado en los bordes y tenía un brillo marchito. Mientras Manuel permaneció con ellas, hablaron de los viejos tiempos en Galicia. A los apuros que había pasado durante los últimos años se refirió luego, cuando se quedaron las dos mujeres solas tras la puerta cerrada de la cocina. Entonces Eloísa le contó a Rosa los motivos por los que habían expulsado a Martín del cuerpo, unas razones que ninguna de las dos familias (ni los Pulido ni los Amado) llegó a conocer, porque ella le pidió a Rosa que le guardara el secreto, que no se lo contara a Manuel, y Rosa mantuvo la palabra que le dio aquella tarde. «Es que quiero a Martín, y Manuel no lo entendería», le dijo, cuando le habló de su marido. Y le habló como si eso ya se hubiera quedado atrás, sin querer ni imaginar que, poco tiempo después, tendría que acabar pidiéndoles ayuda. Tenía razón al no querer que Manuel se enterase de todo aquello, y no sólo por Martín, sino por ella misma. A su hermano le hubiera costado perdonarla. «Manuel, ¿aún querrás verme?», le había preguntado el día que telefoneó, y él había disimulado la emoción que le produjo oír tanto tiempo después la voz de su hermana, aunque se había mostrado frío cuando le dijo: «Que yo sepa, entre nosotros no ha pasado nada», y a ella sí que se le notó la emoción al responderle: «Ha pasado el tiempo». Aquel día se había enterado Manuel con certeza de lo que ya le habían insinuado algunos paisanos que habían visitado la pensión. O sea, que era verdad que Eloísa vivía en Madrid desde hacía un par de años. «En una casa a la que no he podido invitaros, porque decir que es una casa ya es mucho decir», se excusó cuando les expuso las razones por las que no se había puesto antes en contacto con ellos. Les contó que vivía en una de las casitas bajas que había en el Cerro del Tío Pío, a espaldas del colegio Tajamar (no les dijo que la mayoría de ellas eran sencillamente chabolas). Manuel ni siquiera sabía dónde estaba aquel barrio. «Un barrizal, más allá de Vallecas», completó Eloísa la explicación, y enseguida le contó que ya habían empezado a buscar piso en el Puente de Vallecas y que estaban a punto de dar la fianza en uno que había junto al cine París. «A esa casa sí que tenéis que venir a comer en cuanto me mude. Ese piso ya se puede presentar», insistió, aunque sabía que Martín y su hermano no se sentarían nunca a la misma mesa. Aquella primera tarde, Manuel se despidió alegando que tenía algunos recados que hacer. «Estás igual», le dijo ella a su hermano cuando se despidieron. «No digas mentiras», le había respondido Manuel pasándose la mano por el mechón de pelo canoso que le caía

sobre la frente. Manuel dejó ver que no se creía el cumplido y, sin embargo, al entrar en la habitación para ponerse la chaqueta y el abrigo antes de salir a la calle, miró la fotografía del día de su boda que Rosa tenía puesta encima de la cómoda y comparó la cara sonriente de los dos novios en la fotografía con la imagen de su propia cara que le devolvía el espejo ovalado. Aunque el paso de los años había amarilleado la fotografía, a él le pareció que, sobre aquel cartón, sus caras —tanto la suya como la de Rosa— tenían los vivos colores de la juventud perdida. Nada era igual. Eloísa no debía de imaginar aquel primer día que sus expectativas de una vida mejor se desvanecerían pronto. De haberlo sabido, seguramente el orgullo le hubiera impedido —como lo había hecho hasta entonces— reanudar la relación con su familia, y no hubiese llevado al niño unos días más tarde, con el trajecito gris nuevo y el pelo aplastado con fijador y las uñas bien cortadas y limpias y la cara reluciente. El niño tenía el color de cara de los Amado y también los ojos entre azul y grises, y no la piel cetrina y el fondo amarillento de los ojos de Martín, como le comentaría luego Rosa a Manuel («Se parece a todos vosotros», le dijo). Sin duda, Eloísa fue a ver a su hermano porque pensaba que ya había pasado lo peor. Durante aquellos meses Martín estuvo llevando a casa ocho o diez mil pesetas cada sábado y hasta pareció que había dejado el juego, o lo que fuera, y la bebida. El primer día, las dos mujeres encerradas en la cocina se pasaron charlando de esas y otras cosas hasta casi las diez de la noche, que era la hora de la cena de los huéspedes. Eloísa le ayudó a su cuñada a poner los cubiertos en el comedor y a calentar la verdura y a freír las croquetas. «Te vas a poner perdida la ropa nueva», protestó Rosa, pero Eloísa se anudó un delantal y no hizo caso de sus protestas. Tan bien le iban las cosas a Martín Pulido por aquellos meses, que seguramente pensó que ya no necesitaba para nada el sueldo de su sobrino Gregorio y le pidió al muchacho, con buenas maneras, pero de forma inequívoca, que se marchase de casa. Le dijo que ahora ya tenía trabajo estable y había empezado a adaptarse a la ciudad y que era el momento de vivir su vida de soltero («Te arrepentirás de lo que no corras ahora, hijo», le dijo engañosamente). Gregorio —según las palabras de Martín— tenía que independizarse, salir y moverse por su cuenta. Con Eloísa, Martín se expresó de manera distinta. Le dijo lisa y llanamente que estaba harto del sobrino que se les había pegado como una lapa, y del que ni siquiera se libraban los fines de semana, porque se quedaba en casa viendo los partidos de fútbol que retransmitían por la televisión los domingos por la tarde y los programas de variedades de los sábados, y que eso no era ni lógico, ni normal, ni tenía que ser bueno y que además era un coñazo, porque un matrimonio busca intimidad, estar a solas, tener libertad para decirse algo, para darse un beso, salir a la salita en pijama o que ella se quedara en sujetador si hacía calor, y que eso era imposible teniendo a aquel zangolotón allí sentado, mirando de reojo, tomando nota de todo, como vigilando, que es que hasta la intimidad de la cama parecía imposible con el otro en el cuarto de al lado. «Y la verdad, si no puedes ni vestirte como quieres en tu casa, ni decir lo que te dé la gana, tú me dirás lo que haces», concluyó Martín su

razonamiento. Y fue a Eloísa a la que le tocó decírselo al muchacho ya con una claridad que no dejara lugar al equívoco, no por ella, porque a ella Gregorio no la estorbaba para nada, más bien lo contrario, le había hecho compañía muchas veces y había sido un consuelo durante las noches en que Martín se ausentaba, y era cariñoso y servicial, pero se vio obligada a hacerlo porque se lo pidió Martín, que al fin y al cabo era el que era familia de verdad, por sangre, porque ella lo era por matrimonio, tía política. Tuvo que decirle a Gregorio que el piso que habían visto cerca del cine París y al que iban a mudarse de inmediato sólo tenía dos habitaciones, que no había sitio para él y que, aunque no fuese de hoy para mañana, era bueno que pensara dónde se iba a acomodar. Y se le ocurrió proponerle que se mudara a la pensión que su hermano tenía en el centro. Gregorio aceptó, manso, silencioso, como seguramente hubiera aceptado cualquier otra solución que le hubiesen propuesto. Y así fue como, un par de meses después de la primera visita, Eloísa se presentó en la calle de la Cruz para comunicarle a su cuñada Rosa que les mandaba un cliente, un sobrino de Martín, que era albañil y muy dócil, y que se llamaba Gregorio. Rosa lo aceptó y le aseguró a Eloísa que, por ser de la familia, iba a hacerle un precio especial. Manuel, una vez a solas con su mujer, expresó su desconfianza. No le gustaba que fuera uno de los Pulido, y Rosa se vio obligada a recriminarle que hablara así del muchacho sin conocerlo y, al cabo, ella tuvo razón, porque Gregorio resultó ser apocado, silencioso, solitario, hasta el punto de que a ella le dio pena verlo sin amigos y pensó en presentárselo a Carmelo. «¿Qué va a hacer con los amigos de Carmelo, que son todos de la universidad? Tú estás loca», protestó Manuel por su idea, y ella le dijo que la gente joven se entiende y tiene menos prejuicios que la gente mayor. Además, Gregorio se acodaba muchas veces en la mesa del comedor y leía, pasando el dedo índice sobre los renglones y moviendo los labios en silencio, los periódicos que dejaban los huéspedes y las novelas que ella recogía abandonadas en las habitaciones que se quedaban libres. Había llegado a la pensión con una maleta de cartón y con una bolsa azul de deportes que se compró para el traslado el mismo día en un puesto callejero del Bulevar de Vallecas. Fue un domingo. Le dieron un cuarto muy curioso, porque, aunque pequeño, tenía ventana a las dos calles, a la del Pozo y a la de la Cruz, y además, mirando por el trabajo, no le vino mal mudarse a la pensión, porque por aquellos días su cuadrilla estaba ocupada en la reforma de un piso viejo de la calle Lope de Vega, que quedaba a un paso de allí. Pero es que, además de la comodidad y el ahorro en el transporte, para Gregorio aquel cambio de residencia suponía (eso, al menos, pensaba él) un descanso, porque lo alejaba de su tía Eloísa, cuya presencia lo hacía sufrir, y le quitaba la paz, y, además, la vida con sus tíos le había salido cara, porque siempre tenía que estar poniendo dinero para que las cuentas de la familia cuadrasen. Lo pensó así cuando le dijeron que tenía que buscarse un sitio, adornándoselo con todo tipo de excusas, y sin embargo, luego, mientras metía camisetas y calcetines en la bolsa que acababa de comprarse, vio las cosas de diferente manera. Pensó que estaría lejos de ella (¿qué buscaba él en aquella

mujer?), y ese pensamiento le hizo mucho daño. Es verdad que no quería volver a verlos, ni a Eloísa (¿qué buscaba en ella?) ni a su tío Martín. Pensaba que se había agotado de tanto escucharlos conversar al otro lado del tabique de la habitación y estaba convencido de que ya no quería oír más sus gemidos, ni ver cómo su tío Martín le acercaba a ella sus manos gruesas y bien cuidadas y la cogía por la espalda, pasándole los brazos por debajo de los pechos, y arrimándola hacia sí para decirle algo con la boca pegada al oído. Estaba convencido de que no hubiera podido soportar por más tiempo el ruido de los grifos, ni el que hacía la puerta de ellos al cerrarse, dejándolos a solas, y, sin embargo, se le vino la habitación encima aquella tarde de domingo después de que se instaló en el cuarto y abrió las maletas y cerró la puerta con llave y apartó con cuidado la colcha y se tumbó en la cama y se quedó mirando las rayas de sol en las persianas a medio bajar y cómo la luz se fue haciendo cada vez más débil y, cuando se extinguió, escuchando en la penumbra los ruidos del pasillo y los que llegaban desde la calle, que adquirieron un eco de pesadilla. Entonces, aquella primera tarde, se asustó porque quedaba toda la noche por delante y supo que la ausencia de ella iba a instalarse a su lado durante las horas interminables que se aproximaban y que echaría de menos su voz, los ruidos que hacía el somier cuando se acostaba y a los que se había acostumbrado como a una droga de la que no podía prescindir. Faltaba que ese sol que acababa de esconderse allí cerca recorriera a paso lento el mundo antes de volver nuevamente para distraerlo. Pensaba en todo ese largo trayecto que el sol tenía que recorrer y la noche se le hacía insoportable, porque pensaba que la noche de un hombre solo, tendido en su cama y esperando, era el día de millones de personas: que, en algún lugar como los que salían por la televisión, la luz doraba lo grande y lo pequeño, lo rugoso y lo liso, y ese pensamiento hacía crecer su soledad. Desde aquella tarde empezó a esperar algo difuso, pero que no podía ser más que una reparación. Salía del trabajo y se metía en la pensión y se encerraba en el cuarto y se tumbaba en la cama y se quedaba allí, tendido boca arriba, escuchando la radio de pilas que se había comprado, y se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono que había en el pasillo. A veces lo despertaban unos golpes en la puerta. Era Rosa, la patrona, que insistía para que fuera al comedor, porque la cena ya estaba servida y se enfriaba encima de la mesa. En otras ocasiones era el despertador el que quebraba su duermevela. Entre las láminas de la persiana mal cerrada se colaba una luz grisácea de amanecer y eso quería decir que era hora de levantarse para el trabajo. Al principio, se comía el bocadillo en el tajo ligeramente apartado del grupo que formaban los otros albañiles y, a la salida de la obra, no se quedaba con ellos a beber, sino que se volvía enseguida a la pensión como si esperase algo. Tenía la sensación de que esperaba y de que el trabajo lo aliviaba de la espera, pero que, una vez concluida la tarea, se acababa el efecto calmante de la medicina y tenía que volver a entregarse al dolor. Nunca lo llamaron ni Eloísa ni su tío Martín, aunque una vez estuvo con ella en la cocina de la pensión. Rosa dio unos golpecitos en la puerta de su cuarto y le dijo: «Gregorio, ha venido tu tía», y lo hizo pasar con ellas a la cocina y le

servieron café con leche y un pedazo de torta hecha por Eloísa, que le preguntó si le iban bien las cosas y bromeó con su cuñada: «Cómo se nota que guisas mejor que yo, Rosa, porque está más gordo». Esa noche, cuando se metió en la cama y apagó la luz, Gregorio pensó que quería irse de Madrid a cualquier parte, pero que fuera lejos, y revivió lo inhóspita que era para él la ciudad, con los largos pasillos del metro escasamente iluminados, las aglomeraciones humanas, los olores de frituras en aceites rancios que salían de las tabernas, los ruidosos autobuses que cruzaban aquella geografía gris y cuyos abarrotados interiores olían a lana mojada y a sudor. Cerró los ojos y recordó los trajes baratos de ella, el color de sus faldas, la forma de sus zapatos, la suavidad de las prendas interiores que a veces le había ayudado a recoger del tendedero y a guardar en el cajón del armario de la alcoba, y que eran suaves, leves, y que habían estado en contacto con su cuerpo, y a las que ahora lamentaba no haber prestado más atención. Mientras tanto, las rayas de luz que dibujaban las persianas se iban extinguendo y él añoraba los últimos días en el pueblo, cuando el sol lo bañaba todo cada mañana en el huerto de Julián. Y recordaba también la pantalla de la televisión del bar, la que había visto tantas noches mientras jugaba a las damas con su amigo, y que reflejaba rostros que hablaban sin esperar respuesta, y sobre todo reflejaba lagos, campos interminables, montañas y ríos caudalosos en los que, en otra vida, hubiera podido navegar con ella y, mientras dormía, cubrirla con una gasa suave para que no le picaran los mosquitos. Eloísa dormida bajo la tela mosquitera, mientras la luna manchaba el agua con pedazos de luz. Pero eso fue al principio, y sobre todo la noche que siguió a la tarde en que estuvo con Rosa y con ella en la cocina. Después, poco a poco la distancia lo fue curando. Empezó a quedarse algunas tardes con los compañeros a la salida del tajo en la barra de algún bar. Allí acodados, charlaban de fútbol y mujeres, de contratistas, pistoleros y capataces, de convenios, de destajos, y también de los lugares que cada uno de ellos había abandonado para venir a instalarse en la ciudad. Gregorio reconocía en muchos de aquellos hombres un acento que se parecía al suyo. Era gente que, como él, procedía del sur, de Badajoz, de Cáceres, de Córdoba, de Jaén, de Ciudad Real. Como él mismo, aquellos hombres no deseaban volver nunca más a su pueblo y, al mismo tiempo, lo añoraban. ¿Por qué todo en la vida era querer escaparse y quedarse al mismo tiempo? ¿Por qué todo era mirar siempre hacia el pasado o hacia el futuro? ¿Por qué nunca valía nada lo que uno tenía entre las manos? Algunos sábados, después de recibir el sobre con la paga, los albañiles se entretenían más de la cuenta en el bar y hasta se acercaban a las casas de la Ballesta y subían con alguna puta. Él los acompañó a veces y también los abrazos en aquellas habitaciones estrechas y mal ventiladas le ayudaron a Gregorio a alejarse de su tía Eloísa y del recuerdo de su pueblo. Al principio, todo sirvió para distraerlo, y luego, sin darse cuenta, ya no tuvo necesidad de buscar esos entretenimientos. Bebía, hablaba, almorzaba en el corro que hacían en torno a una hoguera y a las botellas de vino los compañeros de tajo, y hasta participó con ellos en discusiones a pie de andamio sobre

la conveniencia o no de sumarse a una huelga de la construcción que tuvo lugar por entonces y que, además de buscar mejoras económicas, se llevaba a cabo en solidaridad con unos albañiles que la policía había matado en Granada y contra la detención de un grupo de sindicalistas en un convento de Madrid. Aquella actividad febril que agitó a los albañiles durante algunas semanas fue un nuevo calmante para su desazón. Gregorio, con otros de la cuadrilla, formó parte de uno de los piquetes que por aquellos días recorrieron los tajos de las afueras de Madrid. Conoció barrios cuya existencia ni siquiera había tenido tiempo de imaginar, participó en reyertas con esquirols y huyó por los descampados ante la cercanía de la policía y la guardia civil. Gregorio y sus amigos repartieron papeles llamando a la huelga en Carabanchel y Campamento, en Fuencarral, San Blas y el Barrio del Pilar. Y una madrugada estuvieron en Entrevías y, después, tiraron octavillas en el Cerro del Tío Pío. Cubrieron con papeles que llamaban a la huelga el espacio que había entre las chabolas y la parada de autobús, el «barrizal» del que Eloísa le había hablado a su hermano. Y a Gregorio aquella mañana lo invadió el orgullo de saber que había dejado atrás todo aquello, que había dejado atrás incluso al muchacho obsesionado y estúpido que fue durante los primeros meses que pasó en Madrid. Miró de lejos la casita en que había vivido con ellos y que ahora debía de ocupar otra familia, porque Martín y Eloísa se habían trasladado a las cercanías del cine París. Ya no necesitaba nada de allí. Se lo contó así unos días más tarde a Carmelo, con quien (tal y como Rosa había supuesto) había entablado una confiada relación y con el que hablaba durante horas cada vez que el estudiante acudía a ver a sus padres. Aunque ahora era raro que Gregorio parase en su cuarto, ya que incluso los domingos desaparecía durante la mayor parte del tiempo, Carmelo procuraba coincidir con él, y le avisaba de antemano de qué día y a qué hora pensaba acudir a ver a sus padres, y los dos amigos aprovechaban para meterse a hablar en alguno de los bares de la zona (en el Toni, en El Abuelo, en Eritaña, en La Oficina). Al poco tiempo, Carmelo empezó a pasarle folletos que hablaban de igualdad, de revolución, de una lucha de clases que terminaría con el triunfo de los proletarios. La clase obrera —le decía Carmelo a Gregorio, repitiendo lo que enunciaban aquellos papeles tirados a ciclostil— tenía que ser la que dirigiese el mundo. Sólo ella podría hacerse cargo de un futuro que irremediamente iba a llegar. «El proletariado es la única clase que puede dirigir una revolución que supere las contradicciones e injusticias de la sociedad burguesa. Una revolución irremediable por necesaria». Gregorio se reía de aquellas palabras que no entendía demasiado bien. «Imagínate lo que pasaría si mandásemos nosotros. Si mandando gente de cultura, abogados, profesores y gente así, va el mundo como va, lo que podría pasar si nos lo dejaran manejarlo a cuatro burros. Eso son cosas que decís los estudiantes porque no sabéis lo que es un obrero», se burlaba Gregorio de Carmelo, que se tomaba en serio sus palabras y las rebatía con pasión. Gregorio no podía imaginar lo importante que se había vuelto para aquel estudiante, y a veces se preguntaba por qué Carmelo se empeñaba en perder el tiempo en discusiones con él,

si podía hacerlo con compañeros y profesores de la universidad cuyas opiniones debían de ser más fundadas que las suyas. Pero, para Carmelo, el contacto con Gregorio había supuesto una feliz coincidencia. «Un milagro, compañeros. La prueba de que Dios empieza a estar con la revolución», bromeaba en el transcurso de las reuniones de Alternativa Comunista, en las que rendía cuentas, mediante minuciosos partes, de cuanto charlaba con aquel albañil concienciado, que participaba en piquetes de huelga, recibía propaganda de Comisiones Obreras y tenía contactos con los sindicalistas. Carmelo informaba de cómo evolucionaban las opiniones de Gregorio a medida que iba leyendo los folletos que él le pasaba y también de lo que Gregorio le contaba que opinaban los compañeros de tajo entre quienes había empezado a hacer circular todo aquel material. No, por aquellos días Gregorio no podía suponer, ni mucho menos, que Alternativa Comunista había fijado en él su mirada con la esperanza de que constituyese una pieza fundamental de lo que en la organización denominaban el «Naciente Frente Obrero». No sabía cuántos proyectos dependían de él. Ni que era una gota de agua destinada a unirse a otras para formar un inmenso mar. Claro que tampoco podía imaginar que acabaría volviendo a estar cerca de Eloísa poco tiempo más tarde, cuando ella tuvo que pedirle a su cuñada que la dejase trabajar en la pensión, porque necesitaba con urgencia dinero para pagar el alquiler del piso al que poco antes se habían trasladado. Empezó a encargarse de la limpieza de las habitaciones y de buena parte de las tareas de lavandería y cocina. Cuando se enteró de su presencia en la pensión, Gregorio volvió a pensar que la vida siempre te ofrece lo que ya no necesitas y que, siempre, misteriosamente, lo que uno tiene entre las manos no vale nada. A pesar de esos pensamientos, lo cierto era que nunca coincidía con ella, porque cuando Eloísa se presentaba para hacer las faenas, él hacía ya varias horas que estaba en el tajo. En cualquier caso, saber que era Eloísa la que le hacía la cama, la que colocaba los objetos que tenía en la balda que había encima del lavabo (el cepillo y el tubo de dientes, el vaso, la maquinilla de afeitarse y la brocha), como en los viejos tiempos, le producía una satisfacción excitante, como si eso quisiera decir que Eloísa no iba a poder librarse nunca de él mientras que él ya no la necesitaba. Por la noche, cuando se encerraba en la habitación, pensaba que era ella la que había hecho la cama en la que iba a acostarse y que sus manos habían tocado todos aquellos objetos. Pasó bastante tiempo antes de que coincidieran, y el encuentro se produjo una mañana en la que Gregorio se quedó resfriado en la cama y ella fue a llevarle una taza de café con leche al cuarto. Oyó los golpecitos en la puerta y a continuación la vio allí, de pie frente a él, y de repente sólo pudo pensar en que a aquellas horas no había nadie en la pensión. Por eso, por culpa de ese pensamiento, en cuanto Eloísa hubo depositado la bandeja en la mesilla, él alargó los brazos y la cogió de la cintura y la atrajo hacia sí. Lo había calculado en un segundo: la soledad de los dos en el piso, la posibilidad de que ella se defendiera y gritara, pero se sorprendió al notar que, aunque asustada por el movimiento brusco de sus brazos y la fuerza de sus manos, ofrecía una resistencia poco convincente, y se limitaba a gemir

y a pedirle en voz baja que la dejara en paz. Así que la tumbó sobre la colcha y él se escurrió de entre las sábanas para tenderse encima de ella. Y vio sus propias manos tocando aquellos pechos caídos y a continuación cómo separaban la carne reblandecida de sus muslos y avanzaban hacia el mechón de vello vetado de canas.

Tres días por semana, Carmelo impartía clases de lengua, latín e historia en una academia del barrio y, de ese modo, contribuía a los gastos del piso de Ventura de la Vega, adonde además llevaba paquetes de comida que su madre le obligaba a coger cada vez que acudía a la pensión a visitarla, y que compartía con José Luis, Gregorio e Ignacio, y también con Helena, que pasaba por aquel piso casi a diario. Había decidido afiliarse a Alternativa Comunista de un modo casi inevitable. Desde los primeros días en la facultad, había visto en Helena —tan seria, estudiosa y activa al mismo tiempo— a alguien cercano, como una nueva familia, más comprensiva y culta que la propia, aunque esa familiaridad reciente también tenía algo que ver con la relación que Helena y Gloria mantenían. Carmelo le hacía confidencias a Helena, le mostraba lo mejor de sí mismo, y estaba convencido de que esa parte de él cruzaba por Helena como por un puente y alcanzaba la orilla de Gloria, de quien seguía sin conseguir, a pesar de la frecuencia del trato y de la camaradería militante, la atención que tanto deseaba. Quizá porque esa atención que él exigía era demasiado particular, e incluso bordeaba una frontera insolidaria, porque él quería a Gloria en exclusiva. Gregorio y José Luis eran sus amigos, y también Ignacio lo fascinaba, con su inteligencia siempre despierta, con su mordacidad, y con su despreocupación: era el único a quien le sobraba el dinero y lo aportaba sin darle la menor importancia, del mismo modo que compraba libros, discos y revistas que alimentaban la sensibilidad del grupo. Alternativa Comunista era un fluido que los envolvía, y por eso le extrañó tanto cuando le propuso a José Luis que entrara también él en la organización y su amigo le respondió que prefería no saber qué actividades desarrollaban ellos, ni quiénes estaban afiliados y quiénes no, y mantenerse al margen, aunque prestándoles toda la colaboración que necesitaran. «No quiero entrar en ningún partido», le dijo una tarde en que Carmelo empezó a hablarle de la posibilidad de afiliación, «y, por si acaso, prefiero saber lo menos posible de vosotros. No quiero saber quiénes estáis ahí y quiénes no. No quiero saber nada». Claro que también lo perturbó, y rompió la idea armónica que tenía de la organización, tanto por sus camaradas de célula como por otros con los que había trabajado en la universidad, y a algunos de los cuales conocía únicamente por su nombre de guerra, que, cierto día, cuando acudió a una cita en el bar que había frente a una de las salidas del metro del Puente de Vallecas, su contacto, un tal camarada Carlos, cuyas pistas de reconocimiento había cuidadosamente memorizado, cumpliendo las instrucciones recibidas (el contacto debía llevar un *Informaciones* doblado y, metida entre los pliegues del periódico, una bolsa de plástico de El Corte Inglés), fuera ni más ni menos que Luis Coronado —a quien hacía meses que no veía— y que le riñera sigilosa, pero agriamente, cuando lo saludó por su nombre, a pesar de que nadie podía oírlos en aquel rincón de la barra. «¿Cómo te saltas así las reglas de la clandestinidad?», le dijo. «Métete en la cabeza que ese tal Coronado es otro que nada tiene que ver conmigo. Métetelo en la cabeza. Tu contacto, que soy yo, se llama, y se ha llamado toda la vida, Carlos». Él sabía de sobra las instrucciones. Y era verdad que las había incumplido, aunque sin que ese

incumplimiento tuviera en la soledad de aquel bar la menor trascendencia. El olvido de los nombres propios de los camaradas era una de las primeras normas de seguridad para no hablar en un interrogatorio de la policía por mucho que te pegaran. Pero lo cierto es que Carmelo pensó con cierto fastidio que estaba condenado a no librarse de Luis y que, a su vez, Luis iba a pasarse la vida pidiéndole que ocultara partes de su existencia (la buhardilla de la calle Cervantes, su familia, su hermano guardia y, ahora, su nombre de pila), aunque inmediatamente recapacitó y reconoció que esta vez su antiguo amigo tenía toda la razón. En la organización de la que formaban parte se les exigía ocultar sus nombres y sustituirlos por lo que llamaban «nombres de guerra», que además de servirles para eso, para disimular la verdadera identidad, y como coartada, solían elegirse, de alguna manera, como forma de identificación con alguien a quien se admiraba, o cuya actividad se pretendía emular. De hecho —tal como Carmelo podría descubrir algún tiempo después—, si Coronado había optado por llamarse Carlos era porque quería asociar su personalidad con la de Carlos Marx, ya que tenía a su cargo la elaboración de buena parte de los documentos teóricos del grupo; del mismo modo que si él eligió el nombre de camarada Pedro (y así, sin vacilación, cumpliendo las normas del grupo, lo llamó desde el primer momento del encuentro en Vallecas el camarada Carlos) lo hizo como homenaje a un albañil —Pedro Ramos— que la policía mató de un disparo durante la huelga de la construcción de la que tanto le había hablado Gregorio («Se quedó allí, tendido en un charco de sangre, en el barrizal, moviendo la pierna como un animalito, y no hubo nada que hacer», le contó Gregorio, que aquella madrugada iba en el mismo piquete). Y es verdad que, aunque se hizo inmediata autocrítica como «pequeñoburgués» por aquellos sentimientos de rencor que Coronado despertaba en él, y que pensó en cuáles habrían sido los movimientos de su viejo amigo durante los meses en que no se habían visto, y también en cuáles habrían sido las transformaciones que se habrían operado en él, y de qué modo la propia militancia en Alternativa Comunista lo habría cambiado, le dolió que le hablara con una voz fría, exponiéndole su punto de vista sobre las tareas que debían cumplirse en aquel barrio, al que a partir de ahora también él estaría destinado, y que criticara su cortedad, su apocamiento, su timidez a la hora de cumplirlas, como si —aparte de los informes que pudieran haberle llegado— tuviese un conocimiento más real que él de lo que allí se estaba haciendo. Como si no hubiera sido él, el propio Carmelo, con ayuda de Gregorio (que fue el que proporcionó los primeros contactos en el barrio) y en compañía de su amigo José Luis, que no quería saber nada de militancias, quien había empezado a trabajar en la zona y quien había ofrecido el trabajo de los tres a la organización que el camarada Carlos parecía representar en aquellos momentos con una autoridad moral que excluía y minimizaba cualquier logro anterior, exigiéndole afiliaciones rápidas, y también que hiciera circular entre los obreros (algunos de ellos amigos de Gregorio que asistían a los cursos de alfabetización que José Luis y él impartían en los locales de una parroquia cercana y en el Ateneo Obrero) toda la documentación que le pasó

aquel mismo día, unas horas más tarde, cuando ya había anochecido y un halo de fría niebla nimbaba las farolas del barrio. El camarada Carlos le pasó al camarada Pedro la documentación en un descampado desde el que la ciudad se veía lejana, con un resplandor anaranjado y vibrante que subrayaba el frío de la noche. El camarada Pedro y el camarada Carlos intercambiaron bajo el cielo sin estrellas de las afueras la documentación y los informes y fueron dos desconocidos en la oscuridad. Después de aquel día, se multiplicaron las citas, y aunque se referían a los asuntos del barrio — los cursos, el cineclub—, los encuentros se celebraban siempre (por razones obvias) a espaldas de José Luis, que se negaba a afiliarse, y que, por tanto, no podía saber que Carmelo había decidido que aquellas clases de alfabetización obrera que tantas horas de su vida ocupaban y el cineclub que había empezado a funcionar ya no les pertenecían, porque él, Carmelo-Pedro, los había entregado a la organización, que era la que iba a marcar en adelante sus ritmos, sus avances y retrocesos, y esa generosidad suya tenía —así lo veía él— algo de traición a su amigo (Coronado había venido a enturbiarlo todo), que no había tenido la oportunidad de participar en su iniciativa, ni de disfrutar del reconocimiento de una organización política. Puesto que ahora ni siquiera eran actividades culturales los cursos y el cineclub en los que tantas horas trabajaban, sino que, después de esa entrega a la organización, habían pasado a convertirse en piezas del rompecabezas que se construía sigilosamente en todo el país y que iban dibujando un paralelo país en la sombra, cuya secreta geografía sustituiría, cuando menos se esperase, la sórdida geografía de descampados y miseria, y de policiacos jeeps y uniformes militares, las desconchadas aulas del colegio de curas obreros en el que se habían colado como profesores, las informes extensiones de chabolas que emergían del barro como un rebaño de animales enfermos. Y Carmelo veía a José Luis tan preocupado por el desarrollo de los cursos, y por cómo avanzaban los contactos con quienes tenían que prestarles el proyector y las películas, que sentía deseos de explicarle que en realidad ellos dos eran atletas, robustos atletas de un futuro inminente, y que cuanto llevaban a cabo no constituía más que esos ejercicios que los atletas ejecutan en el gimnasio —tensores, gomas, pesas, aparatos sobre los que saltar o en los que dar volteretas— y que nada importaba demasiado por lo que era en sí mismo (un largo y doloroso entrenamiento), sino por lo que preparaba y anunciaba. Y no podía hacerlo. Tenía que compartir ese sentimiento de esperanza con Coronado, porque con José Luis, dada su negativa a militar en el grupo, la clandestinidad le exigía silencio, no compartir las estrategias más profundas. Volvían juntos los dos amigos en el metro desde el Puente de Vallecas hasta la Puerta del Sol y de allí se dirigían al piso de Ventura de la Vega caminando; y los vagones del metro, a la hora en que regresaban desde la periferia en dirección al centro, venían prácticamente vacíos. Y ellos dos charlaban en voz baja durante el trayecto, o leían el periódico, o se adormecían de cansancio en el asiento, uno frente al otro, y a ojos de cualquiera podían parecer casi idénticos, y sin embargo Carmelo sabía que cada uno de los movimientos que ejecutaba tenía una finalidad que iba más allá de lo pequeño

y concreto que los ocupaba —eran los hilos de un gigantesco tapiz—, mientras que José Luis, que hacía lo mismo que él, y aún más que él, que se esforzaba y discutía más, y se movía más y llamaba más veces por teléfono para conseguir esto o aquello, daba golpes de ciego porque carecía de la certeza de adónde conducían sus actos (hilos sin hilván), porque los suyos eran movimientos tácticos y privados, casi íntimos, frente al carácter público y estratégico con que investía a cualquier acción la militancia, y él sentía pena por aquella necesaria distancia con José Luis que tenía su contrapunto en la cercanía de Coronado, porque si alguien hubiera necesitado saber que su esfuerzo no se perdía, ése tenía que haber sido precisamente José Luis, que cabeceaba bajo las mezquinas luces del vagón de metro, se apretaba la bufanda alrededor del cuello, y se encogía en la gabardina que, siendo de su talla, parecía tres tallas más grande, porque José Luis tenía la capacidad de encogerse siempre ante todo; se encogía ante el propio Carmelo cuando le pedía su opinión y no se atrevía a discutirle, o cuando se desnudaba en la habitación que compartían en el piso e iba doblando la ropa encima de la silla y luego se metía en la cama y, con la luz apagada, volvía a toser, o decía cosas ininteligibles en sueños. Al lado de José Luis, Madrid parecía aún más sombrío y frío, eso pensaba Carmelo, y también que, a pesar de todo, no se trataba de que el muchacho transmitiera desánimo, más bien lo contrario. José Luis no pertenecía a la organización y, sin embargo, le ayudaba a tirar panfletos en las paradas de autobús de las barriadas obreras, de madrugada, y acudía a pegar carteles en la facultad si él se lo pedía, a pesar de que, durante el curso anterior, apenas la pisaba, ya que decía despreciar las reuniones en la cafetería («burguesitos y burguesitas», decía), las tertulias intelectuales en El Laurel, y también porque había encontrado un trabajo como administrativo en una tienda de ropas de la calle Atocha que le ocupaba la mayor parte del tiempo. Cuando concluía su trabajo en la tienda, cogía el metro en la estación de Antón Martín y se dirigía a Vallecas, donde pasaba, dedicado a los cursos y al cineclub, también buena parte del tiempo del fin de semana. Y, sin embargo, cada vez que Carmelo se lo pedía, José Luis buscaba excusas para escaparse del trabajo y, ahora que la entrada de la facultad había sido ocupada por la policía, y paseaban los grupos de guardias de uniforme y también los de paisano —la odiosa brigada político-social— por los pasillos del edificio, y no era raro que, al cruzar la puerta, te parasen, te pidieran la documentación y hasta te registraran la cartera, se envolvía el pecho con el cartel que habían estado pintando durante la noche y, en el cuarto que compartían los dos en Ventura de la Vega, le pedía a Carmelo que se lo fijara con esparadrapo al cuerpo para que no se le cayese, y se ponía encima la camisa y el jersey, y cruzaba las calles de una ciudad vigilada, y se montaba en el metro metido en aquel envoltorio cuyo crujido se oía a cualquier movimiento que efectuaba, y pasaba frágil y cabizbajo ante el grupo de guardias, y a continuación se encerraba en los servicios y salía al poco rato llevando entre las manos aquel papel de estraza pintarrajeado que desplegabá con agilidad de felino y pegaba en cualquier pasillo, o en la pared de la cafetería, y Carmelo muchas veces se

preguntaba por qué hacía José Luis todo aquello, si no era militante, si parecían aburrirle las discusiones en las que se dirimía si España, para salir de la dictadura, necesitaba una revolución burguesa, una democracia popular o una férrea dictadura del proletariado. Sus respuestas lo desconcertaban, porque José Luis, cuando él le preguntaba, decía que no necesitaba lavarse de ninguna culpa con un carnet, «no tengo mala conciencia, ni que pedirle perdón a nadie, soy menos que proletario», decía riéndose, y también: «¿Verdad que los médicos no renuncian a curar a un niño enfermo pensando que, al fin y al cabo, se acabará muriendo, y que así le van a evitar sesenta o setenta años de sufrimientos inútiles? No, sino que lo curan de las primeras anginas, y luego de paperas, y acaban dándole medicinas y poniéndole sondas cuando tiene setenta años. Total, para que al fin se acabe muriendo. Bueno, pues la política es lo mismo. Los ciudadanos tenemos que curar y operar y poner sondas, aun a sabiendas de que siempre triunfa el mal, que el poder acude por naturaleza a los peores». Se reía cuando decía esas cosas para explicar por qué se movía tanto sin ser militante, pero estaba claro que hablaba en serio. Y también bromeaba cuando Carmelo lo llamaba existencialista. «Menos que proletario. Tú no eres comunista, ni siquiera marxista, tú eres un existencialista barato», le decía Carmelo. Y José Luis se reía. En una ocasión le había respondido: «Yo sólo sé que Dios no existe, pero que el diablo no para de enredar. A lo mejor eso es existencialismo». Otra vez, antes de una tirada de panfletos en una parada de autobús, cuando Carmelo le preguntó si no tenía miedo, José Luis le respondió: «Miedo no, pánico, pero los médicos, a pesar del miedo al contagio de la epidemia, seguimos operando», y se lo dijo muy en serio, aunque sin dejar de sonreír. Carmelo se daba cuenta de que a José Luis le temblaban las manos, se le agitaba la respiración y hasta le caían gotas de sudor por la frente cada vez que avanzaba por el pasillo de la facultad a pegar un cartel protegido por un grupo de estudiantes alertados de antemano, que le servían de parapeto en caso de que apareciera la patrulla de la policía. ¿Qué era para él la actividad política, si no creía en el futuro, y hasta parecía despreciar los meandros de la inteligencia? Era quizá esa actitud («Como a los médicos, sólo me interesa la piedad», le dijo un día José Luis, «evitar el sufrimiento») la que provocaba que, cada vez que Carmelo le insinuaba al camarada Carlos que era una pena que su amigo se negara a militar, Coronado le respondiera cambiando la intención de sus palabras, tergiversándolas. «No es conveniente que siga con vosotros en el piso», le decía. Y Carmelo se indignaba y se enfadaba consigo mismo por haberle dado pie a Coronado a que dijera aquello, que, por otra parte, también era perfectamente razonable. Claro que su indignación era aún mayor cuando el otro lo acusaba de timidez para plantearles a los obreros que asistían a los cursos la necesidad de afiliarse a la organización y le decía: «Uno de los problemas que tú tienes es que te falta ambición. Trabajas mucho, es verdad, pero no le sacas todo el fruto político que debieras a tu trabajo. Te comportas como si todavía fueras cristiano, y eso no puede ser. No politizamos a los obreros para el cielo, sino para que luchen aquí y ahora. Un revolucionario tiene que ser

sanamente ambicioso, porque tiene que desear imponer las opiniones que considera acertadas, y eso sólo se consigue desde puestos de responsabilidad, marcando la línea del partido y llevándola a cabo. La lucha de clases por el control de la sociedad encuentra su reflejo dentro de la organización, donde se libra una batalla entre las diferentes líneas y, recuerda, del mismo modo que no pueden ser verdaderas dos afirmaciones que se contradicen, tampoco puede haber dos líneas correctas dentro de un partido. Una de las dos irá contra el proletariado y la revolución. Una de las dos será, aunque sus defensores lo ignoren y actúen con la mejor voluntad, traición». Así que Carmelo no conseguía librarse de la contradicción que lo torturaba constantemente: su simpatía por las actividades e ideas generosas del grupo le parecía que contrastaba con la presencia en él de Luis Coronado, en forma de riguroso camarada Carlos, que le molestaba y que, en cierto modo, volvía a hacerlo sentirse inferior. No entendía cómo una idea que a él le parecía que debía llegar envuelta en el aceite dulcificador de la piedad, porque recogía las aspiraciones de los desheredados, podía encontrar su expresión en el orgullo con que se expresaba Coronado, que parecía hablar desde un altivo mirador invertido de clase cuando criticaba el «subjetivismo» de José Luis del Moral y el «esteticismo» de Antonio (ése era el nombre de guerra de Mendieta) y que a Carmelo le parecía que repetía el tono con el que unos años antes le recriminaba su ingenuidad de pueblerino recién llegado a Madrid. Pero es probable que todas aquellas disquisiciones en las que se enredaba él solo no fueran más que miedos y vacilaciones pequeñoburguesas. Sin embargo, hubo algo que vino a reforzar en él la desconfianza, al tiempo que desataba nuevas reacciones de enemistad hacia Luis Coronado. Lo personal (lo pequeñoburgués) volvió a cruzarse con lo colectivo, deteriorándolo. Ocurrió cuando, al final de una de las reuniones, el camarada Carlos le llamó en un aparte por su nombre, incumpliendo inesperadamente las normas del grupo («Oye, Carmelo», le dijo en voz baja) y, en un rincón del cuarto, le pidió que dado que, según el propio Carmelo le había dicho días antes, José Luis y Mendieta iban a pasar un par de días fuera de Madrid, le dejara las llaves del piso y le permitiera utilizarlo durante algunas horas para celebrar una reunión importante. Carmelo aceptó pasarle una llave al día siguiente y Coronado le aseguró que podría volver a su casa a partir de las ocho de la tarde y que encontraría la llave en el buzón. Pero, cuando Carmelo volvió a casa pasadas las diez de la noche, advirtió desde la calle que aún había luz dentro y, una vez en el portal, comprobó que la llave no estaba donde Coronado le había dicho que iba a estar a partir de las ocho, así que, para hacer tiempo, se metió durante un rato en el bar de enfrente. Salió cerca ya de la medianoche, y la vivienda seguía todavía ocupada, como demostraban las rendijas de luz que se escapaban entre los postigos entornados, y a él ya no le quedaba dinero para tomarse otro café. Se puso a dar paseos, primero arriba y abajo de la calle, y luego emprendiendo un rodeo por Echegaray, por la carrera de San Jerónimo, cruzando la Plaza de Santa Ana. Evitó acercarse a la calle de la Cruz, no fuera a ser que sus padres lo vieran desde la ventana. Se trataba de una fría noche de

otoño (José Luis e Ignacio se habían ido fuera aprovechando el puente de Todos los Santos) y apenas circulaban transeúntes a aquellas horas. Carmelo pasó un buen rato intentando distraerse ante los escasos escaparates que aún permanecían iluminados, pero el frío le impedía relajarse y le obligaba a mirar el reloj a cada instante. Ni siquiera en el interior de la zamarra conseguía Carmelo mantener las manos templadas. Le dolían las articulaciones de los dedos de las manos y también los pies; además, se había cruzado un par de veces con el coche de la policía y le pareció que uno de los guardias se volvía en el interior para mirarlo, lo que consiguió acabar de ponerlo nervioso. Era más de la una cuando vio salir del portal a Coronado. Llevaba el brazo derecho extendido sobre los hombros de una mujer que reconoció a pesar de la oscuridad y la distancia. Pensó con dolor que aquellos ojos que tantas veces intentaba inútilmente que lo mirasen, habían mirado con deseo a Coronado a la luz del flexo de su mesilla. Una vez que la pareja dobló la esquina de la calle y se perdió de vista, Carmelo reanudó su paseo nocturno, porque ahora temía más las huellas que podía encontrar en la casa que el frío de la noche.

Ignacio y Helena habían visto unos meses antes aquella película de Godard que tanto les gustó y con la que durante los últimos días del año 1970 se identificaron con frecuencia. *À bout de souffle*, se titulaba la película. Y ellos, como Belmondo y Jean Seberg, tenían la sensación de que vivían en una carrera que los agotaba hasta el último aliento y que no era difícil que, como la del protagonista de la película, terminase de repente sobre el asfalto de una calle solitaria. Ninguno de los dos imaginaba por entonces cómo podía ser su vida a los cuarenta años. Es más, si se hubiesen parado a pensar durante unos instantes, se hubieran dado cuenta de que les parecía imposible llegar a esa edad. La vida de un revolucionario destellaba cegadora un instante, como una bengala, y como una bengala se extinguía con brusquedad. Aunque seguramente ni siquiera tuvieron ese pensamiento. Estaban demasiado ocupados en vivir intensamente. Helena salía a diario de su casa antes del amanecer (su padre ni siquiera discutía ya con ella: apenas se veían) y se metía en el seiscientos de Ignacio, que a esa hora permanecía un par de calles más abajo, aparcado en segunda fila y con las luces apagadas, y allí dentro ya estaba también Carmelo, y a veces Gloria, o un contacto de Ignacio que, aunque era de la facultad, no había frecuentado anteriormente el grupo, y que se llamaba Coronado, aunque nunca debían llamarlo así al hablar entre ellos, sino camarada Carlos, precisamente porque no formaba parte del grupo de amigos. Ellos, en cambio, utilizaban con una labilidad distinta los nombres: en la facultad, o cuando estaban con amigos comunes, y también a solas, se llamaban por sus nombres de pila; en cambio, cuando acudían a reuniones de la organización, o estaba presente gente a la que sólo conocían por la actividad política, o si firmaban informes o levantaban actas de las reuniones de célula, utilizaban —siguiendo las normas de seguridad— nombres de guerra. Helena era Rosa (por Rosa Luxemburgo), Ignacio era Antonio (por Antonio Gramsci), Gregorio, el albañil de la organización que también se había trasladado a vivir recientemente al piso de Ventura de la Vega, había elegido como nombre José (por José Díaz, el fundador del Partido Comunista) y Carmelo era Pedro. El seiscientos de Ignacio les servía para trasladarse a los barrios periféricos, en los que a diario procedían a sembrar de panfletos las puertas de fábricas y las paradas de autobuses. Ésa era una actividad que se repetía monótona y peligrosamente cada amanecer y que tenía luego su continuación en la universidad, con pegadas de carteles, asistencia a actos de solidaridad y salidas en manifestación —también eran casi diarias las manifestaciones— hasta que los caballos y las mangueras de la policía disolvían los grupos. A mediodía y por la tarde, en momentos de máxima afluencia de tráfico, durante las horas punta de la ciudad, se procedía a algún improvisado corte de circulación, se arrojaban cócteles molotov en alguna oficina bancaria o se colgaba por sorpresa una pancarta entre dos farolas o dos acacias. La actividad resultaba febril. Por aquellos días, además, Alternativa Comunista mantenía reuniones con otros grupos de izquierda universitaria en las que se intercambiaban iniciativas y citas para participar en actividades organizadas por ellos, aunque en esas convocatorias ajenas

se extremaban las precauciones, puesto que en Alternativa Comunista se cumplían a rajatabla las normas de seguridad y no debían permitirse el riesgo de una caída por culpa de un chivatazo de infiltrados de la policía en otras organizaciones cuyas normas no podían controlar. Incluso se mantuvieron conversaciones y se intercambiaron citas para efectuar actividades con los militantes del Partido Comunista, a pesar de que a éstos Alternativa los consideraba revisionistas, porque habían renunciado por completo a las acciones violentas y eran partidarios de una huelga nacional pacífica y utilizaban una retórica paralizante que hablaba de la reconciliación entre vencedores y vencidos de la guerra civil. Sin embargo, y a pesar de todo, los del partido (por ese nombre, «el partido», se conocía al Partido Comunista de España) eran en muchos casos auténticos y honestos revolucionarios, aunque equivocados, y también quienes continuaban manteniendo la iniciativa en el movimiento obrero y los que tenían contactos internacionales que podían hacer presión sobre el gobierno de Franco, por más que la verdadera presión tuvieran que hacerla las masas en la calle. Pero, en aquellos últimos meses de 1970, casi todas las alianzas estaban permitidas. Lo único que importaba era impedir que el régimen fascista se sintiera con la fuerza suficiente para acabar fusilando a la media docena de militantes vascos detenidos bajo la acusación de haber ejecutado al torturador Melitón Manzanás. Había que impedir que dictara sentencia el tribunal militar, que se consumara la farsa de justicia organizada para legitimar unas muertes que los sectores más duros del régimen exigían. Y ésa era la lucha que durante tantas horas cada día, y con tanto riesgo, ocupaba al grupo. Una de las primeras pancartas que Alternativa Comunista colgó en el hall de la facultad decía: «Juicio militar en Burgos. La justicia militar es a la justicia lo mismo que la música militar a la música». Fue muy bien recibida por los estudiantes, que rieron la ocurrencia, pero provocó agrias discusiones en la célula, porque Coronado pensó que con la vida de los patriotas vascos no se podía hacer chistes, y que las consignas debían ser activas, llamando a la rebelión, e inmisericordes con el régimen, hablando de sangre y fusiles. Esa opinión suya causó el primero de sus enfrentamientos dentro de la organización con Ignacio, que había sido el autor de la pancarta. Al camarada Carlos, y ya se lo había expuesto él mismo en secreto a la dirección en varias ocasiones, le molestaba la tendencia de Ignacio a plantearse la lucha de un modo romántico que tenía demasiados rasgos anarquistas. «No entiendo tu fascinación por lo más decadente de la cultura burguesa», le decía. Ignacio imitaba moviendo la lengua a toda velocidad el sonido de la guitarra de Jimi Hendrix y se sabía de memoria las canciones de Janis Joplin y de los Rollings, se divertía con los juegos de palabras y las ocurrencias dadaístas y leía con pasión los libros de Freud y de los surrealistas. «La revolución ha de ser total, compañero», se burlaba de Coronado, «Aragon era surrealista y no puedes decirme que no sea comunista». «Porque rompió con el surrealismo», cortaba la discusión el camarada Carlos, «y, además, es un comunista de salón, un revisionista». Pero aquellos enfrentamientos no llegaban muy lejos, ya que los tiempos no estaban para

discusiones teóricas, sino que exigían acción. Todo el país, el mundo entero, luchaba por la libertad de los patriotas vascos, y la organización celebró como un éxito el indulto de Franco, que llegó tras la sentencia capital, evitando en el último momento que los fusilaran. Por vez primera se tenía la impresión de que las luchas habían servido para algo. El régimen mostraba su debilidad. Era el principio de su fin. Y, sin embargo, el día en que les llegó la noticia del indulto, la alegría de los componentes de la célula se vio de repente enturbiada por culpa de una estúpida discusión entre Ignacio y Helena, seguramente fruto del cansancio y la tensión acumulados a lo largo de tantas semanas de intensa lucha. Después de comer, Carmelo y Gregorio habían bajado a la taberna de enfrente y habían comprado unas cuantas botellas de vino, con la intención de celebrar en casa la buena nueva, así que por la tarde los amigos reunidos brindaron por la libertad de los patriotas y del pueblo vasco y pusieron varias veces en el tocadiscos «Gracias a la vida», de Violeta Parra, y también una canción de Raimon que repetía la palabra «gora». Cuando el vino les calentó los sentimientos, acabaron tarareando a coro, aunque en voz baja, el «Eusko Gudariak» y «La Internacional». Fue una tarde entrañable, que se malogró de un modo absurdo cuando, a última hora, Ignacio le pidió a Helena que se quedara en el piso a pasar la noche con él y ella se negó, alegando que no quería discutir con su padre precisamente aquel día. Ignacio entonces le recriminó que se preocupara tanto por lo que pensara o no pensara el viejo, y, además, para referirse a él, utilizó un adjetivo del que al día siguiente acabó disculpándose, pero que aquella tarde provocó la furiosa y justificada reacción de Helena, que dijo a voces que le jodía —«me jode un huevo», dijo— que alguien como Ignacio —«con una familia como la tuya, y con los padres que tienes»— se permitiera hablar así de don Vicente, «que será lo que sea, pero ha estado condenado a muerte». Las últimas palabras las dijo Helena entre sollozos. Seguramente, el exceso de tensión acumulada había roto sus nervios. Era la primera vez que discutían en serio Ignacio y Helena. Y a pesar de los esfuerzos de todos por calmarla a ella, por quitarle importancia a lo que Ignacio había dicho, Helena se marchó del piso de Ventura de la Vega dando un portazo y, una vez en la calle, caminó deprisa durante un buen rato sin saber muy bien adónde ir. Estaba cansada, triste, tenía ganas de llorar. Le cambió repentinamente el humor la visión de la luz de un ultramarinos situado en Fernando el Católico que permanecía abierto a pesar de que eran casi las diez de la noche, porque, ante aquel escaparate iluminado, se le ocurrió que podía comprar una botella de sidra para bebérsela en casa con su padre. Pensó: «Estoy segura de que él también se habrá alegrado y querrá celebrarlo». Y ese pensamiento le pareció que la ayudaba a tener razón frente a Ignacio. Ya en casa, saludó desde el pasillo a su madre, que, como todas las noches, permanecía en el saloncito viendo la televisión, y se detuvo ante la puerta del despacho de don Vicente. Golpeó suavemente la madera con los nudillos, pero no obtuvo respuesta, aunque su padre tenía que estar allí dentro, ya que acostumbraba a encerrarse a leer después de la cena. Además, hasta el pasillo llegaba el sonido de la radio en el

interior del despacho. Al no obtener respuesta a sus llamadas, Helena abrió la puerta procurando no hacer ruido y asomó la cabeza. Allí estaba su padre, dormido en la butaca junto al aparato de radio que emitía noticias y música. Tenía un periódico extendido sobre las rodillas y respiraba pesadamente. Lo vio dormir durante unos instantes, antes de volver a cerrar con cuidado la puerta. A continuación, se dirigió al baño, descorchó la botella, amortiguando con la palma de la mano el estallido del tapón, y vertió en el interior del lavabo su contenido. También ella se sentía aquella noche vacía sin saber por qué.

Precisamente unos días antes de la llegada del indulto, cuando la lucha estaba en su momento más álgido, José Luis había tenido un inesperado encuentro. Caminaba jadeante después de que la policía disolviera el comando que había interrumpido durante más de un cuarto de hora el tráfico en la calle Princesa, cuando se dio de cara con un grupo de militantes de los Guerrilleros de Cristo Rey, una organización de extrema derecha que colaboraba con la policía (con ayuda de barras de hierro, cadenas y pistolas) en la represión de los estudiantes revolucionarios. Una decena de aquellos individuos interrumpía el paso en la acera por la que él caminaba. Cuando advirtió su presencia, ya era demasiado tarde para dar la vuelta sin levantar sospechas y, por un momento, no supo qué hacer, sintiéndose perdido, porque incluso le había parecido reconocer entre ellos a un alumno de su curso que por fuerza (a pesar de lo poco que él pisaba la facultad) tenía que saber de sus actividades. En aquel momento no tenía claro si seguir avanzando hacia ellos o si dar media vuelta e intentar regresar a paso ligero hacia la calle Princesa, donde podría confundirse con los viandantes, o, al menos, llamar su atención en caso de ser agredido. Pero ese movimiento repentino podía poner sobre aviso a los gorilas. Había poca gente a aquella hora en Altamirano, y los matones seguramente ya habrían reparado en él, así que, apretando los dientes y notando que empezaba a sudar, decidió seguir adelante. Fue en el instante en el que tomaba esa decisión cuando oyó su nombre pronunciado por una voz que procedía del grupo de guerrilleros. «¡José Luis!», escuchó, y se detuvo aterrorizado al darse cuenta de que uno de los matones, quizá el más fuerte, avanzaba hacia él, haciéndole gestos con la mano con la que sostenía una barra de hierro. «José Luis. José Luis», volvió a gritar aquel individuo a quien de repente identificó como su hermano Ángel, y que se lanzó sobre él para abrazarlo y que, con el abrazo, le dejó sentir en la espalda la dureza de la barra que esgrimía. En pocos segundos José Luis se vio rodeado por aquella gente odiada, mientras su hermano procedía a presentarlo, obligándole a darle la mano a cada uno. «Mi hermano», decía dirigiéndose a los demás, y hablando con él, pero sin dejar de mirar hacia los otros, «José Luis, aquí están los patriotas, aquí puedes encontrar buenos amigos para lo que necesites. Se dejarían partir la cara para defenderte», y explicando: «Siempre ha sido poca cosa. Pero, eso sí, un cerebro, listo, pero lo suyo son las poesías». Y riéndose: «Oye, cabrón, ¿no te juntarás con rojos en la universidad? Mira que mis amigos te calientan rápido, ¿eh? Éstos te pueden aguantar de cobarde, pero de traidor, ni agua. ¿A que le daríais?, ¿eh?, pero cuidado, porque este muchacho es hijo de un camisa vieja, de un tío con dos cojones. Aunque, eso sí, el chaval nació tarde. Cuando vino al mundo este chaval, mi viejo estaba ya cansado, por eso lo dejó así, a medio acabar». Se reían todos, incluido José Luis, que se limitaba a pensar en aquellos momentos que ojalá que no se le ocurriera a su hermano hacer una broma y registrarle los bolsillos en plan gracioso, porque llevaba doblados en el bolsillo de la chaqueta, junto a la cartera, unos panfletos que no había tenido ocasión de tirar durante el salto. Sentía vértigo, y pensaba que no podría sostenerse en pie, mientras continuaba riéndose, y ahora era él el que le daba un

puñetazo en el hombro a su hermano y conseguía bromear, y pensar que podría continuar hablando sin miedo durante horas porque hasta se le iba evaporando el sudor de la frente. Al rato, se encontraba tomando cervezas con todos ellos en un bar que se llamaba El Quinto Toro, y que él había frecuentado con Carmelo. Quería despedirse y no sabía cómo. Miraba hacia todas partes pensando que alguien podía verlo allí, rodeado de todos aquellos matones, que llevaban gafas Ray-Ban y el pelo engominado, y que mostraban ostentosamente sus porras y que hacían chistes. Pero no podía despedirse, porque pensaba que, antes de despedirse, tendría que darle su dirección y su teléfono a Ángel, y eso no podía hacerlo, porque sería poner en peligro a sus compañeros de piso, y, para evitar ese momento, siguió hablando, aplazando la despedida, y a medida que el rato se hacía más largo, era como si se pinchase una burbuja que lo había mantenido aislado de cuanto lo rodeaba, impidiéndole ver en qué lugar estaba, qué lejos de todo y qué alto en el instante de la caída, porque se daba cuenta de que no tenía una sola dirección en Madrid que dar, una sola persona fuera de sospechas que atestiguarase en su favor, que le proporcionara una coartada, y ese pensamiento lo estremeció, porque le hizo darse cuenta de que, burla burlando, se había convertido en un clandestino, que vivía clandestinamente en Madrid, y que si la policía lo interrogaba, no podía justificar ni dónde vivía ni en qué ocupaba las horas a la salida del trabajo; que no podía nombrar, sin comprometerlo, a ni uno solo de sus amigos, ni dar la dirección de una sola casa, ni el nombre de ningún bar que frecuentaba, porque todo, todo cuanto hacía —a excepción de las horas que pasaba en la oficina de la empresa de tejidos—, estaba fuera de la ley. Fue en ese instante, aunque sólo de pensamiento, cuando traicionó a Raúl, al decidir que, si su hermano le pedía una dirección, le daría la de la calle del Olivar, que era la única que conocía en la que no comprometía a nadie. Pero eso lo obligaba a llamar por teléfono y a explicárselo a Raúl, lo obligaba a volver a hablar con él, y a sufrir nuevamente. Raúl, como vengándose de su traición, empezó a hacerle daño otra vez en aquel mismo instante, cuando se lo imaginó quién sabe en qué lugar de Madrid a aquella hora, en clase tal vez, o ante la barra de un bar, riéndose, encendiendo el cigarro y protegiendo la llama de la cerilla con la palma curvada de la mano, en la que se dibujaban las rayas de la vida, del dinero, del amor, en la que se dibujaba una fuerza ajena y libre. Por suerte no tuvo que usar el nombre de Raúl en vano, porque su hermano no le preguntó nada, sino que lo obligó a acompañarlo a la pensión en la que vivía allí cerca y a entrar en su habitación, donde reinaba un desorden que más que grande era triste: el pan, el queso para los bocadillos, la navaja y las naranjas en la mesita, la botella de vino medio vacía y la de coñac que Ángel abrió para servir en dos vasos. Con el vaso en la mano, Ángel se tumbó en la cama. Se había quitado los zapatos. «¿Ves al viejo?», le preguntó, y él le respondió que había estado con él durante el puente de Todos los Santos. «¿Sigues creyendo que soy rico?», volvió a preguntar. José Luis le respondió: «Él no dice nada. No debe creer en muchas cosas». Y Ángel se quedó mirando al frente y dando tragos de coñac. Se subía el vaso a la altura de la

boca y lo inclinaba para beber. Inclinaba el vaso, no la cabeza, que seguía inmóvil, apoyada en la almohada, los ojos quietos, mirando el espejo del armario. Sin moverse de la cama, Ángel le pidió a José Luis, que permanecía sentado en una silla a su lado, que le sirviera más coñac y volvió a preguntarle: «Entonces, ¿soy un cabrón?, ¿soy un cabrón por no ser nadie?». Dejó el vaso encima de la mesilla y se puso a desabrocharse la camisa y también los pantalones. Debajo del vientre tenía un bulto grueso, del tamaño de un puño. José Luis apartó la vista. «Es sólo una hernia. No te asustes. ¿Tienes algún amigo que me opere gratis? ¿No conoces a ningún médico? Bueno, pues ellos sí. Mira, tienen medicinas». José Luis se preguntó a quién se refería cuando decía ellos (¿a los matones?). Le pareció que no, que su hermano deliraba. Entre tanto, Ángel sacó de la cartera un pequeño envoltorio cuyo contenido fue dejando caer en el cristal de la mesilla, al lado del vaso. «Medicina», repetía en voz baja. Era un polvo blanco que manipuló hasta que adquirió la forma de dos delgadas rayas. Entonces, hizo un cilindro con un billete de veinte duros y se inclinó ante los polvos. Una de las rayas desapareció de la superficie de la mesilla. «Toma», le dijo a José Luis, «pero no te envicies». José Luis negó con la cabeza. «Toma, coño», insistió Ángel, «¿no te acuerdas de lo que decían en la tapa aquellos libritos que te comprabas en Salamanca cuando eras pequeño? El saber no ocupa lugar, decían, ¿no? Saber no daña. Lo que te pierde es la acción. Uno golpea algo, lo rompe, y lo que se rompe ya no tiene arreglo. La acción». José Luis se inclinó y, sirviéndose del cilindro de papel, se metió por la nariz la raya que el otro le había reservado y notó el sabor amargo en la garganta y luego un leve percutir en la sien y tuvo ganas de tomarse otra copa y encendió otro cigarrillo. «Las malas acciones», apostilló en voz muy baja Ángel. José Luis se había sentado ahora en la cama al lado de su hermano y le miraba los pies envueltos en gastados calcetines de un dudoso color blanco. Hasta los pies eran fuertes en él, y también ellos parecían mostrar el cansancio del uso, de la acción, igual que los calcetines, igual que la piel que asomaba blanquecina prolongando el cuello en el escote de la camiseta. José Luis miraba aquel pedazo del cuerpo de su hermano, la parte superior de su pecho, y pensaba en acción y en saber, en el cansancio de saber y actuar. Tenía ganas de decírselo: «Lo único que hiciste fue marcharte». Le tocó con la palma de la mano la frente y tuvo ganas de besarlo, de llorar, pero se levantó para apagar el cigarro en el cenicero. Le pareció que su hermano sí que estaba llorando, pero por cosas que no se referían a él, sino que tenían que ver con el cansancio, con lo que sabía y había vivido aquella piel blanquecina.

Cuando Carmelo cumplió los deseos de Luis Coronado y le comunicó a José Luis que tenía que abandonar el piso, su amigo pensó por un momento que alguien podía haberlo visto en la acera de la calle Altamirano o en el bar en que estuvo tomando cervezas con su hermano y con los Guerrilleros de Cristo Rey, y que la noticia les habría llegado a sus compañeros de piso y ahora desconfiaban de él tomándolo por confidente. Estuvo a punto de explicarle a Carmelo lo que había ocurrido aquella mañana en los alrededores de la calle Princesa, pero no se atrevió, con lo cual evitó sumar un malentendido a la tensa situación que vivió su amigo, porque su amigo, en realidad, no hubiera querido que se marchara, ni sabía cómo decirle que tenía que irse, ni qué explicación darle, por eso estaba nervioso, enfadado consigo mismo, mientras le decía: «José Luis, no te puedo explicar el motivo. Sólo que soy tu amigo, que confíes en mí y sepas que, si me atrevo a decirte que te vayas, es por tu bien». No, no parecía que tuvieran ninguna relación el encuentro con Ángel y la súplica (era una súplica, más que una petición) de Carmelo. «De verdad, es para protegerte», insistió Carmelo, y se sentía tan incómodo, tan nervioso, que, sin saber por qué, sobre la marcha empezó a inventarse la absurda historia de unas pistolas que «cierta persona del norte» —el norte era el País Vasco— le había encargado guardar en la habitación, y que podían comprometerlo a él, a José Luis, cosa que él no podría soportar, y a medida que desgranaba aquella mentira, se iba dando cuenta de que, para guardar la clandestinidad del grupo, acababa de comprometer a Alternativa Comunista en algo mucho más grave (¿por qué le habría dado por contarle aquella estúpida historia?) y que, en caso de que José Luis fuera alguna vez detenido y hablara de las pistolas del norte, iba a ser mucho peor que si le hubiera contado sencillamente la verdad, pero ahora ya era tarde, ya no podía dar marcha atrás, y confesarle que le había mentado, que se limitaba a cumplir la exigencia que Luis Coronado le había impuesto, esgrimiendo las normas de seguridad que regían en Alternativa Comunista, y que, en este caso, cumplía tales normas con gran dolor de su corazón, porque él era su mejor amigo, pero ahora era demasiado tarde (¿por qué, por qué esa mentira tan absurda de las pistolas?, se repetía mentalmente) y no podía disculparse y contarle lo que en realidad ocurría. Veía a su amigo con la cabeza gacha, escuchando en silencio aquella mentira ridícula, que ojalá no se creyera (¿y si Coronado llegara a enterarse de lo que le había contado a José Luis?). Lo veía allí delante de él, sentado ante la mesa de estudio, levantando inesperadamente los ojos para mirarlo en silencio, y volviendo la cabeza y poniéndose a mirar la superficie de la mesa y jugueteando con un encendedor, haciéndolo resbalar sobre la madera, como si aquel gesto repetido una y otra vez exigiera toda su atención y las palabras explicativas que le dedicaba su amigo lo único que pudieran hacer fuera distraerlo de aquella actividad tan importante. A Carmelo le hubiera gustado que le discutiera, que le dijera una palabra hiriente que le diera a él pie para responder, que le dijera: «Eso es mentira, lo que queréis es que me vaya para meter a alguno de vuestros amigos», o lo contrario, «Si hemos corrido tantos riesgos juntos, ¿por qué no íbamos a correr ese

de las pistolas?, ¿acaso no somos amigos?», que se quejara, que lo insultara, pero no fue así, se quedó silencioso, jugando con el encendedor, y cuando a la mañana siguiente a Carmelo se le ocurrió proponerle que se trasladara durante un tiempo («hasta que pase el peligro», le propuso) a la pensión de sus padres (le dijo: «Te harán un precio bueno por ser amigo mío. Te saldrá más barato que el piso, porque podrás comer allí. Y seguiremos viviendo cerca»), entonces sí que recibió una respuesta que no hubiera deseado y que puso en evidencia su torpeza. Su amigo le dijo en voz baja, pero heladora: «No soy una maleta que se lleva de un sitio para otro». José Luis se mudó a una buhardilla que alquiló para él solo en la calle de Santa Isabel y que fue amueblando con algunos trastos viejos comprados en el Rastro y con otros que recogía de los contenedores de basura en sus paseos nocturnos: una mesilla vieja, un espejo con el azogue picado de óxido, un par de sillas desvencijadas, una mesa que, después de pulimentada, se quedó como nueva. No comunicó a ninguno de sus conocidos la dirección y, de repente, ni siquiera tenía la sensación de que Carmelo lo hubiese echado del piso, sino que era como si él hubiera emprendido una nueva escapada. De alguna manera pensaba que por fin conseguía la libertad de movimientos que su solitario camino le exigía. Seguía acudiendo a los cursos de alfabetización y al cineclub, donde se encontraba con Carmelo, a quien hablaba con frialdad, pero con cuidado de que su alejamiento no trascendiese a los obreros que asistían a clase o a las proyecciones. No sentía rencor hacia él, bueno, quizá sí, aunque ese rencor lo viviera más bien como tristeza, como la segunda etapa del camino en el que Raúl lo había puesto a andar un par de años antes. Ahora descubría que los sentimientos que lo habían unido a Carmelo se parecían a los que dedicó a Raúl, a pesar de que no lo hubiese advertido en todo aquel tiempo. Sabía únicamente que echaba de menos oír cómo se movía en la cocina ayudándole a preparar la cena, o verlo cruzar la habitación para coger la muda del armario, o escucharlo respirar por la noche pausadamente, marcándole con esa respiración acompasada una calma que ahora, en la buhardilla, la soledad disolvía, desvelándolo y obligándolo a permanecer durante horas mirando el techo. Fue por aquellos días cuando en el trayecto en metro hacia Vallecas lo miró un hombre de unos cuarenta años que llevaba colgada del hombro una bolsa de deportes de las que emplean los albañiles para transportar a la obra la ropa de trabajo y la comida, y él sostuvo aquella mirada que ejercía un papel semejante al de la pausada respiración de Carmelo que tantas noches había escuchado. Pensó que si aquellos ojos lo miraban de ese modo recobraría la calma que había perdido, así que, una vez en la calle, se detuvo frente al escaparate de una zapatería que había junto a la boca del metro, y vigiló en el reflejo de la vitrina los movimientos del otro, que también se había parado, y a continuación caminó despacio, dejando que aquel hombre lo siguiera hasta un descampado cercano y, que allí, en la oscuridad, se pusiera frente a él y lo abrazara, y le mordiera el cuello y respirara en su boca y le cogiera las manos y se las acercara con ansiedad. Cuando quiso dirigirle la palabra, ya estaba el hombre abrochándose el pantalón, metiéndose

deprisa los faldones de la camisa y ajustándose la correa. El hombre se marchó caminando a paso ligero después de haber balbuceado algunas palabras de despedida. José Luis se quedó en el descampado y se sentó sobre una piedra y estuvo inmóvil bajo el cielo sin estrellas de la ciudad, y pensó que sus esfuerzos eran vanos, o nocivos, como si en vez de vivir su vida viviera una vida que fuese directamente contraria a él. Estaba allí, inmóvil, y no encontraba fuerzas ni para encender un cigarro. Ni siquiera le molestaba el olor a podrido del descampado, en el que, sin duda, los vecinos de la zona arrojaban escombros y basuras aprovechando la soledad del lugar. Aquel olor dulzón, pegajoso, le parecía una prolongación del que habían dejado en él los besos jadeantes del hombre que acababa de marcharse, un olor de saliva que, al enfriarse, se había vuelto impúdico, como había sido impúdica la agitación del cuerpo que lo había apretado contra él. Cuando al cabo de un rato entró en el local en el que daba las clases, y vio a Carmelo de espaldas escribiendo en la pizarra, sintió una mezcla de orgullo y pena, y el orgullo tenía que ver con la acción, con aquella capacidad de acción a la que se refería Ángel, su hermano, construir algo y destruirlo (las buenas acciones, las malas acciones); y la pena tenía que ver con la soberbia, con el egoísmo, era hermana gemela del orgullo, porque se encargaba de repetirle que eran los demás, y no él, quienes dejaban caer al suelo los sentimientos y los hollaban, y que tenía que ir alguien a un vertedero y recogerlos con precipitación para evitar que se perdieran para siempre. José Luis no sabía que quien había ocupado el lugar que él había dejado en el piso —su mesa de estudio, su habitación, su cama— había sido Luis Coronado y que ahora Carmelo soportaba de mala gana su presencia, y lo que era aún peor, la de Gloria, que comía muchos días con ellos y se pasaba la mayor parte de las tardes en el piso. Desde que se había marchado José Luis, Carmelo tenía que esperar no pocas veces a la puerta del cuarto mientras Gloria y Coronado permanecían dentro. Preparaba la cena para los tres —para ellos dos y para él; Ignacio solía llegar un poco más tarde porque acompañaba a Helena a su casa y Gregorio se acostaba antes porque tenía que madrugar— y, durante la cena, los tenía sentados enfrente, al otro lado de la mesa, acariciándose, bromeando, charlando, quedándose como extasiados los ojos del uno fijos en los del otro, la cabeza de Coronado en el hombro de Gloria, que le acariciaba el pelo. Carmelo se quedaba leyendo en el sofá, o estudiando sentado a la mesa del saloncito, bajo la luz del flexo, y los oía dentro de la habitación, oía el rumor de sus voces, los ruidos de la cama golpeando contra la pared, y no conseguía concentrarse en nada de cuanto hacía, y salía a dar un paseo por el barrio, pero ni siquiera el rumor de la calle y la luz de las farolas mojando las fachadas lo distraían, y lo que era aún peor, no podía reconocer ante nadie, ni siquiera ante sí mismo, que tenía celos, porque para eso tendría que haber reconocido que existía aún en él el rescoldo pequeñoburgués del amor, que un militante comunista tenía que haber sustituido por el del compañerismo, por la solidaridad, y se miraba con desprecio en el espejo del baño las noches en las que Coronado le pedía que, por favor, les dejara la habitación a Gloria y a él y se acostara

en el sofá, y se lo decía dándolo por supuesto, porque mientras se lo pedía, le alargaba ya la manta con la que tendría que cubrirse. Delante del espejo, Carmelo se miraba la cara y se sentía mezquino, porque comparaba miserablemente sus rasgos, sus miembros, su ropa, con los miembros, rasgos y ropa de Coronado, y hubiera querido desmontarse por completo, cambiarse pieza a pieza, como un mecano, quitarse su nariz corta y con las aletas levantadas y sustituirla por la de Coronado, que era aguileña y delgada, y cambiar su piel blanquecina y lisa, como de mujer, que a cada roce se volvía sonrosada, por la piel cetrina y cubierta de vello del pecho de Coronado, y tener los ojos alargados de Coronado, en vez de los suyos, que eran casi redondos, infantiles, como de permanente sorpresa. Pensaba que cada parte de su cuerpo era justo lo contrario de lo que Gloria podía desear y eso lo cargaba con un sufrimiento insoportable, porque la brillantez que derrochaba esforzadamente cada vez que estaban juntos no le servía para nada. Gloria escuchaba sus palabras cuando él le exponía algo que había estudiado con atención, pero no las abrazaba, no se abría ante ellas, ni gemía dejándose penetrar por ellas, ni destilaba calor físico ante su aleteo. Carmelo descubría dolorosamente que ella le agradecía con una sonrisa que hubiera preparado la cena, o se mostraba de acuerdo con que también los cuerpos, como los bienes, debían ser colectivizados y con que el amor era un sentimiento pequeñoburgués que, un día, sería sustituido por la solidaridad, como sería sustituida la pareja por la comuna y todos serían de todos y nada sería de nadie; y los hijos, para evitar los sentimientos egoístas de acumulación que la herencia posibilita, no sabrían quiénes eran sus padres, ni los padres quiénes sus hijos, porque el amor sería hermoso, plural y libre. Y esa conversación duraba hasta la madrugada mientras la habitación se iba llenando entre tanto de humo como una niebla que lo cubría todo, y envolvía hasta los sentidos, que poco a poco parecían a punto de relajarse. Pero, a continuación, Coronado miraba el reloj, decía: «Hostia, vaya hora», y le hacía un gesto a Gloria, y los dos se encerraban en el cuarto, entreteniéndose una noche más a la espera de la deseable llegada del matrimonio múltiple. «Carmelo tiene las mejores manos para cocinar que he visto en un hombre», decía Gloria, mientras se acurrucaba bajo el brazo del otro, y se dejaba acariciar por las manos del otro, que no sabían echar la sal exacta en la ensalada, ni el vinagre, ni el aceite, ni sacar de la sartén en su punto las rodajas de pescadilla, ni poner en el momento preciso el pedazo de tocino en el cocido. Las manos de Coronado eran unas manos insolidarias, voraces, pero eran las que ella deseaba y nada se podía hacer contra eso. Carmelo acudía algunos días a visitar a sus padres en la pensión, y su madre le decía que lo encontraba delgado, que tenía los ojos hinchados, «como si no durmieras, hijo, pareces un penitente», le decía, y cuando su madre le contaba a veces los sufrimientos de la tía Eloísa, Carmelo se identificaba mentalmente con ella, se sentía solidario con ella, él, qué vergüenza, el militante comunista, comparaba sus sentimientos con los de aquella pobre esposa de un guardia civil infiel. Sin embargo, en las ocasiones en que coincidía con la tía Eloísa, se dejaba acariciar y mimar por ella —su tía le preparaba

una taza de chocolate, o le sacaba de un escondrijo de la nevera un flan, y le colocaba el cuello de la camisa fuera del jersey mientras le daba el beso de despedida— y le gustaba hacerle confidencias y hablarle como si Gloria fuera novia suya. Le decía que sí, que estaba enamorado de una chica que se llamaba Gloria y que era muy guapa y buena y que lo quería y que muy pronto iba a presentársela y que un día iban a ir los tres a merendar unos sandwiches de Rodilla, y al cine, a ver una película, y su tía Eloísa estaba convencida de que cuanto él le decía era verdad. «Cómo no vas a enamorarlas, Carmelo. Siempre has sido muy dulce», le decía ella, «tendrás las novias a puñados, porque las mujeres queremos eso, suavidad, cariño, que nos cuenten historias hermosas, y tú hablas muy bien. Contigo no hace falta ni ir al cine, estoy convencida de que me gustan más las películas si me las cuentas tú que si las veo en el cine», y Carmelo se acurrucaba en la cocina como un gato, pero, cuando cerraba la puerta de la pensión y bajaba las escaleras, se rompía en pedazos contradictorios y ya no era un gato, era trozos de felino rabioso, lleno de envidia, de rencor; y trozos de ratón acorralado, lloroso, autocompasivo. Bajaba la escalera y se metía en un bar y se pedía una copa de coñac que le abrasaba la garganta y le producía acidez de estómago, y tenía ganas de hablar con alguien de la barra, pero la gente estaba a su aire, charlando unos con otros, o mirando hacia la pantalla de la televisión, y el coñac no le hacía bien, en absoluto, le traía los labios de Gloria, los ojos de Coronado, imágenes que a veces eran terriblemente concretas, puntuales: el destello de los cuerpos de ambos buscando precipitadamente la protección de la sábana una vez en que, sin darse cuenta de que estaban en casa, abrió la puerta de la habitación y los encontró acostados el uno sobre el otro; el gesto de Coronado cruzando desnudo el pasillo en dirección al baño con el miembro todavía en erección. Carmelo había pensado, al verlo, que aquel miembro era un termómetro que medía periódicamente el calor de ella, un explorador que visitaba los paisajes que ella guardaba dentro, que recorría sus pliegues, que se estremecía con sus latidos, que se detenía en sus recovecos y playas interiores, y se bañaba en el mar de sus líquidos. No, las mujeres no querían que alguien les contara historias. Su tía Eloísa lo engañaba piadosamente, porque tampoco ella había buscado un narrador en el guardia Martín; las mujeres querían bruscos artesanos que las amasaran con sus manos, las abrieran, cerraran, penetraran, hollaran, y él no sabía más que hablar de justicia y solidaridad y eso no era nada, absolutamente nada. «Son una mierda, Gregorio», le repetía a su amigo quejándose de las mujeres, y tantas veces se lo dijo, que el otro acabó entendiendo que aún no había conocido a ninguna y se lo llevó con él a la calle de la Ballesta y lo dejó al cargo de una mujer a la que conocía por haber subido con ella a la habitación en algunas ocasiones, y que le dijo a Carmelo que se llamaba Lola y que, cuando se enteró de que era la primera vez, lo lavó cuidadosamente con agua templada en el bidet y cambió las sábanas de la cama y le dijo que se tendiera boca arriba y lo lamió despacio y luego se sentó encima de él y le hizo visitar a su miembro una geografía semejante a la que tanto le envidiaba a

Coronado. Hasta que se vertió, se sintió tan poderoso como el otro, pero luego, una vez que se hubo vaciado, empezó a pensar que no era aquel territorio el que él deseaba visitar y fue aún peor cuando la mujer que le había dicho que se llamaba Lola y que tenía una hija interna en un colegio de Navacerrada, le acarició el pecho sin vello y le dijo: «Eres muy suave, ¿sabes? Muy cariñoso. A las mujeres nos gustan los hombres como tú. En cuanto cojas experiencia serás un amante muy bueno. ¿Volverás otro día?», porque entonces le pareció que también ella participaba en la conjura tejida en torno a él para desviarlo de su camino, que era Gloria, y que Lola le mentía como los demás, como su tía Eloísa, porque si ella tenía una hija en un internado de Navacerrada no era porque su amante hubiese sido suave y dulce y cariñoso, sino porque había sido brutal y la había poseído, despreciado y abandonado, y el fruto de todo ese desprecio era la niña y la vida era fruto del desprecio siempre, de la brutalidad; y la ternura era algo así como juguetes encerrados en una caja de cartón, tarjetas postales, programas de cine, mentiras improductivas, distracciones y entretenimientos para después de la vida, para que disfrutaran de ellos quienes habían sido vencidos por la vida y arrojados a la cuneta. Todo eso se lo contó a Gregorio, que lo escuchó sin entender demasiado su largo discurso, pero que así fue como obtuvo la evidencia de lo que ya sospechaba desde hacía tiempo. «O sea, que estás enamorado de Gloria, y le dejas tu cuarto para que folle con otro», concluyó, sin atender a las razones acerca del libre albedrío de los seres humanos que Carmelo le expuso.

En el bar que había debajo del piso de Ventura de la Vega, Gregorio les dijo al final de aquella tarde a sus amigos Helena y Carmelo que él era un poco podenco y que olía la desgracia antes de que se produjera. «Desde el principio, me olía mal», dijo, y por más que Carmelo —a quien ya se le había subido un tanto el vino a la cabeza— le explicó que eso no eran ni presagios ni nada, y que lo de ser podenco era «ni más ni menos que la memoria genética de tantos miles de años de putadas», el albañil se acostó aquella noche convencido de que a él le funcionaban los presentimientos y estuvo pensándolo en la cama, mientras escuchaba el ruido que hacían en la calle los basureros recogiendo los cubos. Sí, pensó que era un perro que llevaba muchos días olfateando algo extraño. Recordó el escalofrío que había notado las primeras veces que pisó la casa del Viso. Cruzar la puerta metálica que Gloria abría con sus manos delgadas y largas, atravesar el jardín a su lado, pasar entre los rosales, notar el olor de hierba húmeda y de flores empezando a marchitarse en los primeros días de septiembre, un olor de campo guardado en el centro de la ciudad como en un joyero, eso le imponía respeto. Había sentido el escalofrío del perro que huele la desgracia desde lejos. Se abría la verja y entraban allí, en aquel verdor oloroso, que olía a campo, y sin embargo no era el campo, porque incluso el olor del jardín era campesino nada más que de un modo engañoso, dado que el campo mezcla en la nariz lo agradable con lo que no lo es, puesto que el olor de las flores, de la hierba húmeda, y el de la piel de los animales tendidos al sol, se mezcla con el de los excrementos, o con el del cadáver del mulo que enfermó y murió y que alguien ha arrojado para que se pudra en un hoyo entre dos lindes de piedra. Le imponía algo más que respeto subir la escalera de granito que llevaba al porche, y a él le parecía hasta cierto punto normal esa sensación rara al sentir el crujido del parqué bajo los zapatos, crujido y silbido a un tiempo, porque crujían las tablillas de madera y silbaba la cera con que habían sido abrillantadas, y también la madera y la cera traían recuerdos de un campo lejano, ajeno y civilizado, artificial, y en su avance hacia el interior de la casa pisaban los componentes del grupo las alfombras, que respondían a sus pasos con un silencio que extrañaba, porque no era ausencia de ruido, sino mullida presencia. Con el tiempo, la costumbre había diluido ese sentimiento y, por eso, cuando aquella tarde le llegó en mitad del jardín la confirmación del presentimiento, ya casi no se acordaba de los escalofríos, como de fiebre terciana, que había sentido al principio, dado que entonces ya había empezado a familiarizarse con el puntiagudo tejado de pizarra, con las chimeneas, con los muebles de maderas relucientes, con el jardín de álamos y olmos que fueron perdiendo las hojas y que se quedaron desnudos detrás de los cristales del cuarto de estudio de Gloria en el que se reunían ocho o diez personas con la certeza de que nadie podía sospechar que se conspirase en aquel chalet situado en la elegante parte alta de Serrano, y en donde se podía estar tranquilo, ya que tampoco existía el menor problema por parte de los padres de Gloria, porque el padre no estaba nunca allí, siempre en la oficina, o de viaje, y la madre era tan abierta y permisiva que incluso se leía los libros que su hija

le dejaba, y la había acompañado en alguna ocasión a ver películas en los cineclubs universitarios, y se la notaba (aparentando muchos menos años de los que, sin duda, tenía) encantada de la vida, viendo que su hija tenía la suficiente confianza con ella como para llevarle a los amigos a pasar la tarde en casa, libremente, con sinceridad. Doña Gloria acostumbraba a enviar a la muchacha de servicio con unas bandejas de aperitivos y refrescos para la merienda de los amigos de su hija, y a veces —siempre después de dar unos corteses golpecitos en la puerta—, interrumpía ella misma la reunión, para preguntarles si todo estaba en orden, si necesitaban alguna otra cosa, e incluso para pegar hebra comentándoles alguna noticia que había leído recientemente en la prensa, o hablándoles de alguna película de estreno que había tenido ocasión de ver, y, sobre todo, como un tema monocorde que siempre acababa saliendo, contándoles lo mucho que había cambiado el país en los últimos años, especialmente en lo referente a la condición de la mujer, porque ni ella ni ninguna de las mujeres de su generación habían podido soñar con rodearse de gente inteligente y discutir de tú a tú con los hombres de cuestiones intelectuales o artísticas, ni se habían permitido invitar a sus amigos a casa para mantener con ellos una sana y fructífera amistad. Cuando decía lo de la amistad sana, se le llenaba la boca, e Ignacio y Coronado tenían que hacer auténticos esfuerzos para no soltar una carcajada antes de que doña Gloria se despidiese y desapareciera al otro lado de la puerta. Por su parte, Gregorio asentía con la cabeza, muy serio, como dándole la razón, y la verdad es que ni se la daba ni se la quitaba, porque estaba pendiente sobre todo de esconder sus manos. ¿O es que acaso no se había dado él cuenta de la cara que había puesto doña Gloria la primera vez que se habían saludado y él le había tendido la mano y ella la había estrechado, notándola llena de rugosidades y callos? De poco tenía que haber servido (él, al menos, así lo vivía) que lo presentaran como perito agrícola y amigo de infancia de Coronado en un pueblo que se inventaron sobre la marcha entre risas. Doña Gloria, al estrechar aquella mano, se había visto movida por un resorte que la había llevado a abrir un poco más los ojos y a recorrer, con un movimiento de la cabeza, desde el pelo hasta los zapatos, la figura humana que tenía delante. A los demás pareció darles igual aquel movimiento, como si no lo notaran, aunque luego hiciesen chistes diciendo: «Se ha tragado el rollo», y llamándole a él ingeniero y perito, «el perito Gregorio», se rieron luego, pero Gregorio advirtió que había sonado un chasquido en una frecuencia que los oídos de los demás no estaban capacitados para escuchar, pero que él sí que había oído claramente, como dicen que los murciélagos o las ratas oyen sonidos que el oído humano no percibe. Pensó que era un chasquido que seguramente la manta de la revolución que los cubría amortiguaba hasta convertirlo en imperceptible para los demás componentes del grupo, pero que indudablemente se había producido. Él lo había percibido esa vez con claridad y había seguido percibiéndolo las veces que siguieron a la primera, lo notaba en cada ocasión en que doña Gloria abría la puerta después de golpearla suavemente con los nudillos y derramaba su mirada sobre los componentes del grupo que permanecían

sentados en las sillas, butacas y sofás de la habitación. Notaba el chasquido todas las veces que, en su recorrido, la mirada de ella pasaba por encima de él. Era como una rueda dentada que giraba apaciblemente hasta que llegaba al lugar en el que le faltaba un piñón y, en ese punto, crujía levemente. Gregorio pensaba, dándole vueltas a la inquietud que no comunicaba a nadie, que la falta de ese piñón debía de ser algo hereditario, la enfermedad hereditaria que lo delataba, como las tercianas delataban a quienes habían ido a la isla a segar el arroz, porque no era la forma de vestir, puesto que Ignacio llevaba unos pantalones de pana sucios y rotos y, en cambio, él iba limpio y se planchaba su propia ropa con cuidado, y la trenca de Ignacio daba pena verla, mientras que sus jerséis estaban siempre recién lavados, y olían a detergente, y tenía cuidado de limpiarse los zapatos cada mañana antes de salir de casa, cosa que no hacía ninguno de los demás, y se peinaba el pelo que llevaba muy corto y con la raya bien marcada. No, era otra cosa imperceptible que seguramente tenía algo que ver con lo que, a veces, en privado, se encargaba de recordarle Coronado cuando se investía con la personalidad del camarada Carlos, y le decía: «Es el origen de clase. Por más que ellos se esfuercen, nunca serán auténticos proletarios. Son burgueses. Simples compañeros de viaje». Y, curiosamente, a pesar de ese valor en alza del que él guardaba las esencias sólo por su oscuro origen, no podía remediar el hecho de empeñarse continuamente, y sobre todo las tardes en las que acudían a casa de Gloria para las reuniones de célula, en convertirse en compañero de viaje de ellos, en invertir los valores, volviendo la mirada hacia lo que, en palabras del camarada Carlos, representaba el pasado, y, por eso, por ese afán de compañerismo inverso, se preocupaba por no dejar demasiado tiempo los ojos colgados ante las braguitas rojas o azules de Gloria que aparecían nítidas en el hueco de la minifalda cada vez que descruzaba las piernas, se esforzaba en coger los minúsculos canapés con dos dedos en vez de con toda la mano, y en bajar el tono de la voz, no sólo por razones de clandestinidad, sino también por un sentido de la elegancia que se le agudizaba cuando estaba doña Gloria con ellos y hablaban de cualquier cosa; entonces Gregorio callaba casi todo el tiempo, pero permanecía atento a las palabras de los otros, se esforzaba en escuchar y aprender las palabras que ellos utilizaban y el nombre que daban a las cosas. Ellos decían: «Me siento yo en el puf», «coge mucha fuerza cuando entra el saxo», «tiene fallos de guión», «es de diseño muy atrevido», o «como metáfora resulta eficaz», expresiones que él no sabía con exactitud a lo que se referían, pero que vigilaba en qué momento volvían a utilizarlas sus amigos, para de ese modo llegar a aislar su significado. Cuando se ponía de pie para acercarse el cenicero, o se daba un paseo por el cuarto para estirar las piernas, en vez de quedarse acurrucado y callado en un rincón como hacía los primeros días, o cuando elegía uno de los discos y lo ponía sobre el plato (siempre, en todos los sitios en los que celebraban las reuniones, ponían música de fondo mientras discutían para que sus palabras no pudieran escucharse desde el cuarto de al lado: era una de las normas de clandestinidad), Gregorio sentía que se iba convirtiendo en uno más, que se

confundía con ellos, y que se habituaba a moverse con libertad en ese mundo, que era el pasado burgués condenado a morir, pero en el que le parecía necesario acomodarse a la espera del derrumbe, igual que los lagartos se acomodan al territorio en que viven hasta confundirse con él, cambiando el color de su piel y tomando el de la tierra o la hierba en las que se mueven. Gregorio había llegado a acostumbrarse a aquellas alfombras, al brazo del tocadiscos que se levantaba con un crujido y que había que dejar caer con cuidado para que, cuando la aguja entrara en contacto con el disco, no produjese una ruidosa distorsión; a los canapés confeccionados con aquel pan que se deshacía en la boca sin que intervinieran prácticamente los dientes en su masticación; al ruido del hielo amortiguado por la seda dorada del whisky cuando golpeaba contra el vidrio de los vasos. Se había relajado. Y se sentía como el lagarto que se ha vuelto del color de la tierra y piensa que el enemigo pasará a su lado sin advertirlo. Por eso, la aparición tuvo más aspecto de presagio confirmado, porque lo pilló ya desprevenido: la imagen de la mujer alta y delgada que estaba aquella tarde en el porche, y que saludó a Gloria con un gesto de la mano que se le paralizó, y con una sonrisa que se le convirtió de repente en mueca, dejándola quieta, con los ojos relucientes aparentemente fijos en el grupo, pero en realidad fijos —como Gregorio advirtió enseguida— en él. La mujer se había quedado con el brazo en alto y sólo lo bajó al cabo de unos instantes, al mismo tiempo que empezaba a caminar, cruzando el porche de cuatro zancadas y descendiendo los escalones como si no tuviera voluntad propia, como si fuera un autómatas al que se ha dado cuerda y avanza a ciegas, sin obedecer deseos ni órdenes, nada más que el impulso de la maquinaria que la cuerda ha activado. Con ese impulso imparable, se abrió paso entre los cuerpos juveniles que formaban el grupo, apartándolos a manotazos, hasta que se quedó quieta delante de él, de Gregorio, los dos frente a frente, y ella mirándolo de arriba abajo. Entonces, extendió el brazo, alargó el dedo índice y le pegó con él en el pecho, antes de decir con una voz ronca: «Desgraciado. Tú qué haces aquí». Gregorio había enmudecido ante la imagen de doña Sole Beleta. Estaba ocupado mirando hacia el interior de sí mismo, donde giraba un vértigo de arrozales recién segados, de encimares sobre los que caía la noche, la pesadilla de los caminos embarrados, el olor agrio de orín y excrementos de los corrales, y también el olor templado y dulce de la panadería y el brillo del anillo con una piedra roja abrazando el grueso dedo corazón del panadero de Montalto. No pudo hablar. Había enmudecido él, pero también los demás permanecían silenciosos y se apartaron un par de pasos como desentendiéndose de la escena que se desarrollaba ante ellos y que, por así decirlo, no les concernía. «¡Largo!», pronunció en voz baja y tajante doña Sole, volviendo a desplegar el brazo, y golpeando con el índice extendido sobre el pecho del muchacho. Gregorio, como si se reprodujera en él aquel fresco de la Capilla Sixtina en el que Dios infunde su vida a Adán con la punta del dedo, se removió con ese contacto: se le hinchó el pecho, afluyó un golpe de sangre a su cara, abrió la boca y dijo: «Vete a la mierda». Gloria se interpuso entre los dos, mientras repetía: «No, no». Pero ya doña Sole había

echado a correr en dirección a la escalera del porche, cuyos escalones subió, con imprevista agilidad, de dos en dos. Se metió en la casa y cerró la puerta con un golpe seco. «Vámonos todos», dijo Ignacio, como si llamara a un motín, pero Gloria protestó con palabras inconexas: «Espera, esto es mi casa. No os vayáis. Y tú, ¿de qué conoces a Sole?», dijo sin moverse de su sitio. Las dos primeras frases las había dicho mirando a Ignacio, mientras que la pregunta se la había dirigido a Gregorio. Sonó raro el tú que acababa de pronunciar Gloria, como si, al pronunciarlo, bajara un peldaño en la escala del universo de los seres vivos, aunque ciertamente más raro hubiese sonado que llamara a Gregorio de usted. Pareció evidente que tenía que existir una fórmula intermedia. Ignacio obedeció las palabras de Gloria y se quedó quieto a su lado, y también había dejado de caminar Coronado. Sin embargo, Gregorio no respondió a la pregunta que acababan de hacerle, y ni siquiera estaba claro que la hubiese oído, porque, mientras Gloria hablaba, él ya había empezado a caminar en dirección a la verja de la entrada, seguido de cerca por Carmelo. Coronado, al darse cuenta de la fuga, le llamó: «Espera, vamos a aclarar lo que ocurre aquí». Pero, en aquel momento, Gregorio empuñaba la falleba y se oía el chirrido del metal al girar la puerta sobre sus goznes. «¿Cómo vamos a irnos de mi casa?», se lamentaba llorosa Gloria. Coronado preguntó: «¿Quién es esa mujer?». E Ignacio: «¿Pero de qué lo conoce?». Y Gloria dijo, buscando la virtud de la equidad: «Tengo que enterarme, saber de qué se conocen. Carmelo tiene que saberlo. Él es su amigo». En ese instante, Helena echó a correr detrás de los que acababan de traspasar la verja y ya se dirigían calle de Serrano abajo. «Esperadme, esperadme», suplicaba, mientras que Ignacio le pedía, también a voces, que se quedara allí para aclarar qué era lo que ocurría. «Tenemos que hablar, saber qué es lo que pasa. Vuelve, Helena. Te digo que vuelvas. No te pongas histérica. Hay que aclarar esto», le gritaba sin que sus órdenes obtuviesen el menor resultado. Helena ya había dado alcance a los otros dos y estaba lo suficientemente lejos como para no poder escuchar sus palabras. Oía el ruido de los coches.

Sole Beleta se derrumbó en el sofá del salón y se echó a llorar con un llanto nervioso que parecía que no iba a pararse nunca. Gloria Seseña de Giner intentaba en vano que su amiga le explicara aquel llanto repentino. La había visto entrar a la carrera y arrojarle sobre el sofá, y meter la cabeza entre los almohadones. Las lágrimas humedecían el raso de color perla de las fundas formando manchas oscuras e informes. «Aquí, tener que soportar que ese desgraciado venga a insultarme aquí», repetía Sole Beleta sin hacer caso de las preguntas de su amiga. «Pero, Sole, por Dios, ¿qué tienes?, ¿qué ha ocurrido?», intentaba enterarse de las razones de su llanto Gloria Seseña. Fuera, en el jardín, su hija, Ignacio Mendieta y Luis Coronado —ajenos a la escena que se estaba desarrollando en el salón— se hacían en vano las mismas preguntas. «Y tu hija, con él, de su parte», decía ahora Sole. Pasó un buen rato antes de que se incorporara Sole Beleta y se quedara con la cabeza gacha, ronroneando como un gato, y haciendo ruidos con la nariz al sonarse en un pañuelo que se sacó del escote. Gloria se dirigió a la cocina y volvió con un vaso de agua. «Bebe, cálmate, hija», le suplicó, «cuéntame qué es lo que te pasa». Gloria estaba asustada, ya que no podía imaginar cuál había sido la desgracia que había sacudido tan de repente a Sole y se preguntaba qué podría tener que ver esa desgracia con los habitantes de la casa. La respuesta de Sole fue una nueva pregunta: «¿Pero con quién se junta tu hija?». Y, a continuación, recuperada la lógica, se puso a contarle una historia que al principio a Gloria Seseña le pareció confusa, y que luego la aterró, porque, entre otras cosas, le daba la razón a su marido cuando le decía que era una inconsciente y la amenazaba con un cúmulo de desdichas que esa inconsciencia haría caer sobre ella y sobre su hija. ¿Qué hacía en su casa aquel tipo del que Sole le hablaba? Mientras su amiga proseguía la narración, la cabeza había empezado a ponerse en marcha. Recopilaba a gran velocidad todas las cosas raras que habían ocurrido en su casa durante los últimos meses. Calculaba si había notado algo anormal, y también si había echado en falta algo. No. No recordaba que hubiese ocurrido nada raro, ni había echado en falta nada en particular. Pero claro, ella era despistada, un desastre. Demasiado confiada. Porque, por ejemplo, ahora la película de sus sospechas que le pasaba por la mente acababa de detenerse en algo que ocurrió un par de meses antes, sí, en efecto, se había parado en la tarde en que ella detectó la desaparición de un joyerito que siempre había estado en el estudio de su hija y en el que se guardaba desde hacía una eternidad el crucifijo de primera comunión de la niña, los pendienteitos de brillantes y el anillo. Claro que sí. Eso era. Habían estado buscándolo su hija y ella durante horas por detrás del escritorio y hasta habían separado de la pared la librería y el sofá y el secreter de palosanto, encima del cual tenía que estar (siempre había estado allí el joyerito) por ver si se había caído entre la pared y los muebles, pero todo había sido en vano. «Lo habré metido en alguna parte y me acordaré en cualquier momento, mamá. No sé qué manía te ha dado ahora por buscar eso», le había dicho aquel día Gloria, y claro, ahora ella pensaba que seguramente, con esas palabras, su hija intentaba encubrir a aquel tipo que vaya usted

a saber lo que se habría llevado de una casa en la que le habían dado toda la confianza. Sole proseguía su lamento, y ella, con disimulo, miraba inquieta hacia el taquillón, hacia las vitrinas, en dirección al aparador, y comprobaba mentalmente que cada una de las piezas de vidrio o plata seguía en su lugar. Se le había encendido una señal de alarma dentro de la cabeza y su aullido estaba a punto de volverla loca. Estaba convencida de que, con el tiempo, acabaría descubriendo que habían desaparecido piezas valiosas o queridas. ¿Cuáles? Aquel tipo en su casa, amigo de su hija. Se entretenía en la angustia que le transmitía la posible desaparición de objetos materiales, porque era un espigón que detenía el mar de unos interrogantes más dolorosos que iban ocupándola con la misma ineluctabilidad con que la marea alta ocupa zonas de la playa. ¿Qué hacía su hija metiendo en casa a gente como la que estaba describiéndole Sole en su narración? ¿En qué nuevo personaje se había convertido su hija sin que ella lo advirtiera? La verdad es que, últimamente, no le contaba demasiadas cosas. Hablaban poco. Pensaba: «Dios mío, qué habrán hecho con esa pobre chica», y también: «Pero ¿quién es esa gente? ¿Qué buscan en nosotros?», y su desconfianza la perforaba como una carcoma y amenazaba con convertir en serrín sus valores y en desmoronar sus fuerzas. De Ignacio Mendieta sabía que pertenecía a una excelente familia. Es más, ahora tenía que darle la razón a la madre del muchacho, que siempre la había hecho reír con sus melindres y aprensiones de beata. Últimamente, la madre de Ignacio la había llamado en varias ocasiones y, cuando habían coincidido en algún sitio, había aprovechado para expresarle la inquietud que le producían los chicos «en unos tiempos de tanta confusión» (ésas habían sido sus palabras exactas). Claro que la Mendieta era una mujer enfermiza, anticuada, que parecía que no hubiera acabado de salir nunca de su pazo de Galicia, aunque ahora Gloria Seseña pensaba si no tendría razón. Porque, en cambio, de los padres de Helena, que había sido compañera de su hija en el Bertrand, no tenía buenas referencias. Y luego estaban los otros dos individuos: el tal Luis, con sus corbatas pasadas de moda, que le recordaban a las que usaban los gitanos con los que trataba su amigo Suso Martín cuando iba a ver piezas antiguas en el Rastro y ella lo acompañaba. Y aquel otro tipo de rasgos vulgares, piel curtida y manos rugosas del que ahora Sole le contaba tal cúmulo de miserias, que daban ganas de salir corriendo. ¿Qué estaba pasando en la universidad? Y aún peor, ¿qué había ocurrido en su propia casa? Sintió un nuevo escalofrío. Durante meses había tenido ante sus narices unas estridentes señales de alarma a las que no había hecho caso y quizá ahora se viese obligada a pagar un elevado precio por su despreocupación. Su marido se lo decía muchas veces, refiriéndose a ella y a su hija: «Esas cosas que os gustan no son modernas. Son basura». Claro que Ramón lo decía refiriéndose a los cuadros abstractos que a ella y a su hija tanto les gustaban y que estaban más que reconocidos por todas partes en el extranjero. No. Ahí él no tenía razón. Había cosas modernas que no eran porquerías, aunque no era el momento de discutir eso. Era el momento de pensar qué es lo que diría Ramón si llegaba a enterarse de la gente que se había traído

a casa su hija. Sole le contaba cosas terribles y ella pensaba qué era lo que podría decirle a su marido, cómo explicarle que ella misma había bromeado con aquella gente que se había metido en su casa y convivía con su hija con una libertad que ahora le ponía los pelos de punta. Consolaba a Sole con desgana, con prisa. No quería saber más, o mejor dicho, quería saber más de otras cosas. Sole le había dado un par de piezas sueltas del rompecabezas y se entretenía coloreándolas, añadiéndoles detalles inservibles, y ella ya sabía lo que eran aquellas piezas. Sabía que eran los ojos de un animal, y no le interesaba demasiado que Sole le describiera el color de aquellos ojos ni su brillo. Ahora quería conocer lo demás, componer la figura completa, las patas, la cola, la boca, sí, sobre todo, la amenazadora boca llena de dientes. Averiguar a qué especie correspondía y cuál era su ferocidad. Le pidió a Sole que guardara en secreto el descubrimiento que a ella le había revelado («No quiero pensar lo que diría Ramón si se enterase», le dijo) y procuró despedirla deprisa. Quería quedarse a solas. «Mañana te llamo sin falta y seguimos hablando», le dijo para que se callara de una vez y comprendiera que, por aquel día, ella ya tenía suficiente dosis. Aunque eso no fuera del todo verdad. Lo que ocurría era que el siguiente trago de aquel jarabe tenía que bebérselo a solas, porque sus sospechas empezaban a convertirse a toda prisa en certezas. Así que, en cuanto cerró la puerta de la calle a espaldas de Sole, y comprobó que también su hija y sus amigos se habían marchado, se metió en el cuarto de estudio, donde los del grupo acostumbraban a reunirse, y se puso a registrar los cajones con ansiedad, y lo cierto es que no necesitó más que abrir los dos primeros para empezar a tasar la cuantía del mal, porque ya en el segundo descubrió los primeros indicios, las señales de la presencia del animal, sus huellas, y en el tercero de los cajones que abrió (uno que su hija cerraba con una llavecita que escondía debajo del viejo tintero de cristal del abuelo) supo que estaba la madriguera. Allí apareció la tramoya del espectáculo que se había desarrollado ante ella con una apariencia inocente y cuya doblez no había ni siquiera sospechado para poder desenmascararla a tiempo. Sí, en aquel cajón se amontonaban las pruebas de hasta dónde había llegado la transformación de su hija: los libros comunistas, los papeles que llamaban a la revolución, a la lucha armada, al sabotaje, las hojas en las que se enseñaba a hacer un cóctel molotov y los documentos que predicaban la violencia. Todo aquel mal que había crecido ante sus narices sin que ella lo advirtiera fue desplegándose con claridad sobre la superficie del escritorio, mostrándole su cara más terrible. Creyó que se volvía loca. Quiso gritar. Oyó de nuevo las sirenas que anunciaban los bombardeos en mitad de la noche de un Madrid asediado y volvió a ver cómo entraba en el estudio aquella horda de pistoleros que olían a tabaco y a chinchón y que tiraron por el suelo muebles y jarrones y que le arrebataron de los lóbulos de las orejas los pendientes que llevaba puestos. Doña Gloria Seseña de Giner lloró de pena y de rabia, pero sobre todo de miedo. Tenía delante la boca del animal que había querido ver de cerca y ahora sabía que el aliento que salía de aquellas fauces la abrasaba.

Estuvieron vigilándolos durante una semana y procedieron a detenerlos una tarde de domingo en la que permanecían reunidos en el piso. Resultó paradójico que el sonido del timbre los sorprendiera en lo más álgido de la discusión que los enfrentaba desde hacía horas. Tras el incidente ocurrido en el jardín de la casa de los padres de Gloria, un mecanismo se había roto en ellos y la célula estaba a punto de disolverse. Sonó el timbre, Helena abrió la puerta, se oyeron voces y carreras en el pasillo, y el salón en el que permanecían reunidos se llenó de hombres que empuñaban porras y pistolas y que, a patadas y empujones, los plantaron de cara a la pared con las piernas muy abiertas, les registraron los bolsillos, les cachearon palpándoles el cuerpo —el tórax, las ingles, las nalgas, las piernas— y se pusieron a revolver la casa, arrojando al suelo los cajones llenos de ropa, tirando las estanterías de libros y levantando los colchones. Miraron hasta en el interior de la cisterna del váter, en el congelador de la nevera, en los azucareros y botes de judías, garbanzos o café. Golpearon en las paredes en busca de huecos que sirvieran de escondrijos y también —con idéntico propósito— en las escayolas del techo. Los esposaron a los seis, formando dos grupos de a tres y, mientras bajaban la escalera, a Gregorio ya le habían roto una ceja y le caía la sangre tapándole un ojo. Ante el portal se había congregado media docena de personas que miraron con curiosidad cómo metían a los esposados en las furgonetas. En el momento de ponerse en marcha la comitiva, un hombre se acercó y golpeó con el puño en la ventanilla, mientras gritaba: «Viva Franco, arriba España». Desde el interior de los vehículos, los detenidos pudieron escuchar, mezclada con el ruido de los motores, la voz de aquel hombre.

Los tuvieron incomunicados durante casi un mes en celdas de apenas dos metros en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, porque les aplicaron las normas del estado de excepción implantado en el país, según las cuales la policía podía retener a los detenidos todo el tiempo que creyera necesario antes de ponerlos a disposición del juez. Encima de la puerta metálica de las celdas, a cuya mirilla se asomaban cada poco rato los guardias que estaban de servicio para vigilar a los presos, había una bombilla que no se apagaba nunca. Durante todo aquel tiempo, no les permitieron ducharse ni afeitarse. A pesar de que allí dentro no entraba la luz del día, Carmelo sabía que los interrogatorios a los que lo sometían se desarrollaban de madrugada, porque siempre venían a despertarlo mucho tiempo después de la cena y cuando ya se habían extinguido los ruidos que hacían detrás del ventanuco enrejado que había cerca del techo los viandantes que salían de los espectáculos nocturnos. Casi a diario se repetía la misma ceremonia. Una pareja de guardias lo sacudía por los hombros para despertarlo y, a continuación, lo acompañaba esposado a través de un laberinto de pasillos y escaleras, hasta alguno de los despachos de la parte alta del edificio, donde lo dejaba a disposición de los agentes de la brigada político-social, quienes, en las primeras comparecencias de Carmelo, alternaron las preguntas con los golpes, después pasaron a golpearle sin preguntarle nada y, durante las últimas sesiones, lo invitaron a vasos de leche y le dieron cigarrillos para que fumara antes de ponerle delante una declaración en la que se autoinculpaba de ser militante de una organización comunista y pedirle con repentinos buenos modales que la firmase. Carmelo, siguiendo las instrucciones recibidas durante su tiempo de militancia en el grupo, se negó a poner su firma debajo de aquel documento y también de los que le presentaron luego, en los que se repetía la autoinculpación aunque con algunas modificaciones. Así que, vista su negativa, volvieron a retirarle los vasos de leche y los cigarrillos y reanudaron las palizas. Cada vez que volvían a bajarlo a la celda, Carmelo se miraba los brazos, las piernas y el tórax en busca de nuevos hematomas y escoriaciones. En los sótanos de la Dirección General de Seguridad no había espejos en los que mirarse la cara, pero una noche, a través de la mirilla de la celda, vio pasar a Helena entre dos guardias. Tenía los cabellos revueltos, dos moretones bajo los ojos y manchas de sangre seca en la mejilla. Fue una imagen que le sirvió de espejo para reconocerse él mismo y que lo conmovió. Excitado por la piedad, se puso a silbar «La Internacional» con la cara pegada a los hierros de la mirilla y pensando que Helena estaría escuchándolo, y que en aquellas notas encontraría una medicina. Mientras silbaba, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y que luego las lágrimas se desbordaban y le caían por la cara. Alguien respondía a su canción, acompañando con la voz la música de sus silbidos. «Agrupémonos todos en la lucha final», decía aquella voz que llegaba desde algún lugar para acordarse con la melodía que Carmelo silbaba. Pero los guardias empezaron a gritar y a amenazar y se oyeron sus ruidosos pasos en el corredor y los golpes que daban contra las puertas metálicas, y calló Carmelo y también se cortó el sonido de la voz, haciéndose de nuevo el silencio. Un

par de noches más tarde, fue a Gregorio a quien vio pasar entre dos guardias. Lo reconoció por el jersey amarillo que vestía su amigo la tarde en que los detuvieron, porque no pudo verle la cara: los guardias lo llevaban cogido de las axilas, arrastraba los pies sobre las baldosas del corredor, sin apoyarlos, y llevaba la cabeza envuelta en una venda en la que destacaba una enorme mancha oscura. Pocas horas después le tocó a él ser arrastrado por el corredor entre dos guardias que lo cogían por las axilas, pero de ese paseo no se enteró porque cuando lo llevaron estaba inconsciente. Lo último que recordaría de aquella sesión fue la cara de alguien a quien los policías llamaban señor Yagüe y que le decía: «Levántate, no enfades más a los chicos», y también recordaba que, al pasar ante una puerta entornada, oyó que alguien decía entre sollozos: «Es que mi hermano es guardia», aunque seguramente esos últimos recuerdos fueran más bien fruto de su delirio, porque, cuando se despertó, por el ventanuco enrejado volvían a oírse los pasos de los que salían del cine y sus conversaciones, y sus risas caían desde lo alto de la celda y resonaban con un eco que parecía ponerlas al alcance de la mano. Pensó si le habrían dado algún hipnótico. Tuvo deseos de gritar, pero desistió. Él oía amplificadas las voces de la calle, pero a él, por mucho que gritase, nadie podría oírlo desde el exterior. Tendido sobre el podio de cemento que hacía las veces de cama, aceptó que seguramente tendrían que pasar años antes de que su voz sonara mezclada con las que emitía allí arriba aquella gente que bromeaba, reía y se encaminaba a sus casas o a tomarse una copa en alguna cafetería cercana. Las risas y voces que el eco hacía sonar dentro de la celda con una viveza que las volvía casi tangibles estaban, sin embargo, alejadas de él por una distancia que, como la de las estrellas, se medía en años. Seguramente tendrían que pasar años antes de que su voz se mezclara de nuevo con ellas. Fue en aquel momento cuando quiso volver atrás, pedirle a alguien una tregua, que echasen a andar en dirección contraria las manecillas del reloj, establecer con un interlocutor válido un pacto que lo devolviera a la normalidad. Recordó con viveza el rumor del torrente en las traseras de su casa de Fiz, las camelias y las jacarandás del jardín de la mansión del indiano y el viejo almacén a espaldas de la iglesia en el que los domingos proyectaban las películas, y quiso echarse a correr hacia atrás, hacia todo aquello que de repente sabía que ya nunca volvería a ver porque yacía enterrado para siempre bajo el agua de un pantano. Una tregua. La normalidad. Tenía ganas de llorar. La normalidad había sido un instante de su vida que se había desvanecido. Vino a distraerlo de aquellos pensamientos el ruido que hizo la tapa de un cubo de la basura que rodó sobre la acera y los gruñidos de los perros que se disputaban detrás del ventanuco enrejado los desperdicios. Ya no se oían ni pasos ni voces, sólo los gruñidos y jadeos de los perros. Encima de la puerta metálica alumbraba sin tregua la bombilla. Allí dentro era siempre la misma hora y el mismo día. Una eternidad llegada después del instante que se había ido.



RAFAEL CHIRBES MAGRANER, Tavernes de la Valligna (Valencia) 1949-2015. Desde los ocho años estudió en colegios de huérfanos de ferroviarios, estudió Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, fue profesor de español en Marruecos y durante algún tiempo se dedicó a la crítica literaria y posteriormente a otras actividades periodísticas, como las reseñas gastronómicas y los relatos de viajes.

Dice que por culpa de unos análisis ha pasado de tomarse diez gin tónicos diarios y fumarse tres paquetes de tabaco «a nada», de ser «un adolescente inconsciente» a un «anciano enfermo», de un epicúreo a un estoico. Junto a su trasteado ordenador, una leída y releída edición de San Juan de la Cruz, obras de Peter Handke y de Gracián, botellas de agua y una cama sin hacer. Vive solo con dos perros, Tomás y Ramonet, en una casa que le compró a un camionero jubilado hace diez o doce años a las afueras de Beniarbeig, en la carreterita que se aleja sinuosa de las tapias del cementerio, en una región tan hermosa como degradada por urbanizaciones y puticlubs como buena parte de los personajes, endiabladamente humanos, de su paisaje literario. Allí saluda a los vecinos por su nombre. Nada distingue al escritor, salvo su vida interior.

Su primera novela, *Mimoun* (1988), quedó finalista del Premio Herralde de Novela, y su obra *La larga marcha* (1996) fue galardonada en Alemania con el Premio SWR/Die Bestenliste Prize. Con esta novela inició una trilogía sobre la sociedad española desde la posguerra hasta la transición, que se completa con *La caída de Madrid* (2000) y *Los viejos amigos* (2003). Con *Crematorio* (2007), una novela sobre

la evolución política y moral de una generación, recibió el Premio Cálamo Libro del Año 2007 y el Premio de la Crítica en 2008. Su continuación *En la orilla* (2013) es considerada como la novela definitiva sobre la crisis y recibe el Premio Francisco Umbral al Libro del Año, el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Narrativa 2014 por ser «una novela de extraordinaria construcción literaria, que tratando de la realidad actual, no se limita al realismo, mostrando una riqueza formal y recursos poéticos que lo trascienden».